AGATHA CHRISTIE

LA TERCERA MUCHACHA

Selecciones de Biblioteca Oro

Tres chicas solteras comparten piso en Londres. Una trabaja como secretaria, otra es artista y la tercera, que acaba de pedir ayuda a Poirot, desaparece repentinamente al creer que es una asesina.

Hércules Poirot encuentra una joven que le dice una frase que probablemente no escuchara antes, confesándole que creía haber cometido un homicidio, pero que no tenía total certeza y que probablemente él no podría ayudarla pues era demasiado viejo.

Es así que el detective comienza a investigar el extraño caso y descubre quien es la chica que no sabe si cometió un crimen. Uno de sus primeros descubrimientos es que ella comparte un apartamento en Londres con otras dos jóvenes, razón por la que era conocida como la tercera muchacha, sin contar que muchos la creían enferma mental. En la investigación, Poirot encuentra varios hechos en el pasado de los familiares de la muchacha, tramas paralelos, conexiones misteriosas, que lo ayuda a descubrir la verdad detrás de esta inquietante joven.

Se habla de pistolas, navajas y manchas de sangre pero, a falta de pruebas concluyentes, Poirot necesitará hacer uso de su tenacidad para esclarecer el asunto y descubrir si la tercera chica es culpable, inocente o si está loca.

Agatha Christie

La tercera muchacha

Hércules Poirot # 37

ePUB r1.2
Titivillus 28.12.2014

Título original: *Third girl*
Agatha Christie, 1966
Traducción: Ramón Margalef Llambrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0

Para Nora Blackborow.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BAKER David: Un «beatnik» moderno, que corteja a Norma.
BATTERSBY: Directora, ya retirada, del antiguo colegio.
CHARPENTIER: Dama algo madura, muerta misteriosamente por defenestración.
FRANCES Cary: Completa, con Norma y Claudia, el trío de muchachas que viven juntas.
GEORGE: Ayuda de cámara de Hércules Poirot.
GOBY: De una agencia informativa, de la que se sirve Poirot.
HORSEFIELD sir Roderick: Ya muy anciano, miembro que fue de los servicios secretos. Es tío de Andrew.
LOUISE: Ex amante de Andrew Restarick.
MACFARLANE: Administrador del piso de las «tres muchachas».
NEELE: Inspector jefe de Policía.
OLIVER Ariadne: Dama escritora de relatos detectivescos, amiga de Poirot.
POIROT Hércules: Nuestro ya bien conocido detective belga.
REECE-HOLLAND Claudia: Empleada de Andrew, convive con su hija Norma.
RESTARICK Andrew: Acaudalado negociante casado en segundas nupcias con Mary.
RESTARICK Mary: Esposa segunda de Andrew; madrastra de Norma.
RESTARICK Norma: La tercera muchacha. Hija de Andrew.
SIMÓN: Hermano, ya difunto, de Andrew Restarick.
SONIA: Jovencita secretaria de sir Roderick.

STILLINGFLEET: Doctor, especialista en psiquiatría.
WEST: Apellido que utiliza algunas veces Norma.

Capítulo I

Hércules Poirot se hallaba sentado frente a la mesa donde solía desayunarse. Tenía a la derecha una humeante taza de chocolate. Siempre había sido un hombre goloso. Para acompañar al chocolate disponía de un *brioche*. Le iban bien a aquél… Hizo unas leves y mudas afirmaciones, unos ligeros movimientos que evidenciaban su aprobación. La pasta procedía de la cuarta tienda por él visitada. Tratábase de una confitería danesa, pero que superaba en mucho a la que se decía francesa de las inmediaciones. Un fraude, un engaño claro, era la que había venido siendo la última.

Gastronómicamente se consideraba satisfecho. En su estómago reinaba la paz. También en su mente… Bueno. Quizás así la tranquilidad fuese excesiva. Había terminado su *Magnum Opus*, un análisis de los grandes escritores del género detectivesco. Se había atrevido a hablar poco de Edgar Allan Poe; se lamentaba de la falta de método, de la carencia de orden en las románticas producciones de Wilkie Collins; había puesto por las nubes a dos escritores americanos que, prácticamente, eran desconocidos… En general, había honrado en aquellas páginas a quienes lo merecían, regateando severamente los elogios a los que no se hallaban en tal caso.

Había visto el volumen ya confeccionado. Hojeándolo descubrió un sinfín de errores de imprenta en sus páginas. Pero con todo, estimó que se hallaba ante una obra bien hecha. Había pasado muy buenos ratos enfrascado en aquella empresa literaria, causándole no pocas satisfacciones las sesiones de lecturas correspondientes. En ocasiones, disgustado había acabado por arrojar lejos de sí el libro de turno, cogiéndolo finalmente del suelo para acomodarlo en la papelera.

Bien. Y ahora, ¿qué? Vivía un paréntesis agradable de despreocupación, muy necesario tras la labor intelectual. Pero no se puede estar así indefinidamente. Lo normal es que, sobre la marcha, se piense en la siguiente meta. Desgraciadamente, no tenía la menor idea sobre la naturaleza y carácter de su próximo empeño. ¿Otra labor de tipo literario? Se contestó negativamente. Había que esmerarse en lo que se acometiera hasta el máximo, olvidándose luego de ello. Tal era su máxima. La verdad era que se aburría. Había desarrollado una actividad mental intensa, excesiva quizás… Este proceder le llevó poco a poco a adquirir malos hábitos, causándole un gran desasosiego.

Poirot movió la cabeza, impaciente, tomando otro sorbo de chocolate.

Abrióse la puerta de la habitación y entró en ésta George, su servidor, un hombre muy al tanto de todo siempre. Su actitud era deferente y algo así como de excusa. Tosió con discreción antes de murmurar:

—Acaba de llegar… ¡ejem!… una joven, señor.

Poirot le miró, sorprendido y levemente contrariado.

—Nunca recibo a nadie a esta hora —dijo en tono de reproche.

—No, señor —convino George.

Amo y criado se contemplaron mutuamente. La comunicación, entre ellos, era una cosa complicada a veces. Mediante una inflexión de voz, una indirecta o una selección de ciertos vocablos, George podía significar que tenía algo que decir, siempre y cuando fuese formulada la pregunta oportuna. Poirot consideró brevemente cuál era la que procedía en el presente caso.

—¿Es una joven de buen aspecto? —inquirió cuidadosamente.

—En mi opinión… no, señor. Claro que sobre gustos no hay nada escrito…

Poirot estudió esta réplica. Recordó el titubeo de George antes de pronunciar la palabra «joven». George era un hombre delicado en la cuestión del trato social. No había podido calibrar la categoría real de la visitante y prefería favorecerla con su duda.

—Usted opina que se trata de una joven mujer más bien que de una persona joven, por así decirlo, ¿no?

—Sí, señor… Naturalmente, en la actualidad no siempre es fácil

concretar, dar la medida exacta —manifestó George, con pesar que se adivinaba auténtico.

—¿Le dio a conocer el motivo de su visita?

—Me dijo… —George pronunció estas palabras con evidente desagrado, excusándose anticipadamente por ellas—, me dijo que deseaba consultarle algo referente a un crimen que quizás había cometido.

Hércules Poirot miró fijamente a George. Luego, enarcó las cejas.

—¿*Que quizá había cometido*? ¿No está segura?

—Eso es lo que la joven me dijo, señor.

—Una declaración nada satisfactoria, pero interesante, tal vez —señaló Poirot.

—Puede que se trate de una broma, señor —anunció George, dudoso.

—Todo es posible —concedió Poirot—. A uno no se le ocurriría, sin embargo… —tomó la taza—. Hágala pasar dentro de cinco minutos.

—Sí, señor.

George se retiró.

Poirot tomó su último sorbo de chocolate por aquella mañana. Dejó la taza y se puso en pie. Acercóse a la chimenea y se arregló el bigote detenidamente, contemplándose en el espejo que había encima de la repisa. Satisfecho, regresó a su silla, aguardando la entrada de la visitante. ¿Qué esperaba ver, concretamente? No lo sabía…

Estuvo esperando, quizás, una figura femenina de rasgos semejante a la que él estimaba, para sí, el ideal. Le había pasado por la cabeza una frase: «una belleza en apuros». Quedó desconcertado cuando George hizo entrar a la muchacha. Movió la cabeza invisiblemente y suspiró. Allí no había belleza… ¿Y por qué había de pensar en unos supuestos apuros…? Se sintió poseído por una extraña perplejidad.

«¡Uf! —pensó disgustado—. ¡Estas muchachas! No quieren sacar partido de sí mismas. ¿Por qué? Esta chica, por ejemplo, atractivamente vestida, peinada por un buen peluquero, tendría pase. Pero así tal como va…».

Su visitante tendría poco más de veinte años. Sus cabellos, largos y de un matiz indeterminado, le caían desordenadamente sobre los hombros. Sus ojos, de un azul verdoso, eran grandes. Carecían de expresión, sin embargo. Vestía las prendas que han llegado a constituir el uniforme de los seres de su generación: medias blancas de lana, dudosamente limpias, una falda roñosa y un largo y sucio jersey de lana también, muy gruesa. Calzaba botas altas.

Poirot experimentó un deseo común en todas las personas de su tiempo: arrojar a la joven a la primera pila de baño que estuviese a mano, con urgencia. Caminando por las calles de la ciudad había reaccionado, en ciertas ocasiones, de una manera muy semejante. Veíanse chicas como aquélla a centenares. Se descubría a primera vista su desaseo. Y no obstante —aquí saltaba la contradicción—, la joven que tenía delante parecía haber sido sumergida recientemente en las aguas del río para ser sacada en seguida. Tales muchachas, pensó Poirot, no eran, tal vez, sucias. Simplemente, se tomaban muchos trabajos para parecerlo…

Levantóse y estrechó cortésmente la mano de ella. Luego, le mostró una silla.

—¿Deseaba usted verme, señorita? Siéntese, se lo ruego.

—¡Oh! —exclamó la chica, algo agitada.

Después dirigió una mirada en silencio al rostro de Hércules Poirot.

—¿Y bien? —inquirió aquél.

Ella vaciló.

—Creo que… Prefiero continuar de pie.

Los grandes ojos de la visitante seguían fijos en la faz de Poirot. Su dueña vacilaba, evidentemente.

—Como guste.

Poirot la miró con atención. Esperaba… La muchacha movió los pies. Fijó los ojos en las puntas de sus botas y luego de nuevo en el hombre que tenía delante.

—¿Es usted…? ¿Es usted Hércules Poirot?

—Con seguridad que sí. ¿En qué puedo servirla?

—¡Oh! Es bastante difícil de… Quiero decir que…

Poirot pensó que quizás anduviera un poco necesitada de ayuda.

Servicial, manifestó:

—Mi criado acaba de decirme que deseaba usted hablar conmigo para consultarme acerca de un crimen que *quizás ha cometido*… ¿Es mi interpretación correcta?

La joven asintió.

—Sí.

—A mi parecer, ésa es una cuestión que no admite duda. Usted tiene que saber forzosamente, si ha cometido un crimen o no.

—Bueno… No sé cómo explicárselo… a mi entender…

—Vamos. Descanse unos instantes. Explíquese.

—No sé… ¡Oh, Dios mío! No sé cómo… Verá usted… Es muy difícil… He… he cambiado de opinión. No quisiera mostrarme brusca, pero… bueno. Creo que será mejor que me marche.

—Vamos. Tenga valor.

—No. No puedo. Creí poder… ser capaz de presentarme ante usted para preguntarle qué era lo que yo debía hacer… Pero no me es posible. Es todo tan diferente…

—Diferente… ¿por qué?

—Lo siento muchísimo y de veras se lo digo, no quisiera que me juzgase descortés, pero…

La chica suspiró, mirando a Poirot, fijando luego la vista en otro punto de la habitación, para manifestar, súbitamente:

—*Es usted demasiado viejo*. No hubo nadie que me dijera que era usted tan viejo. Desearía que no me considerase una persona desconsiderada, ruda, pero… Así es. *Es usted demasiado viejo*. Lo siento muchísimo, de veras.

Volviéndose rápidamente, la visitante echó a correr hacia la puerta, con la precipitación de un mosquito que se lanzara sobre una luz.

Poirot escuchó, boquiabierto, el portazo, procedente de la entrada.

—*Nom d'un nom d'un nom*…

Capítulo II

Sonó el timbre del teléfono.

Hércules Poirot no pareció haberlo oído.

Volvió a sonar, agudo, insistente.

George entró en la habitación, acercándose a la mesita al tiempo que dirigía a su señor una inquisitiva mirada.

Poirot movió una mano.

—Déjelo, George.

George obedeció, tornando a salir. El timbre continuó sonando, con cortos intervalos de silencio. El sonido resultaba irritante. Finalmente, cesó. Un minuto o dos después, sin embargo, volvió a sonar de nuevo.

—¡Ah, *Sapristi*! Debe ser una mujer… Sí. Es una mujer, indudablemente.

Poirot se puso en pie con un suspiro.

Descolgó el micro.

—Diga.

—¿Es usted? ¿Hablo con el señor Poirot?

—Poirot al habla.

—Soy la señora Oliver… Su voz me había parecido otra. No la identifiqué…

—*Bonjour*, señora Oliver. Espero que se encuentre usted bien.

—¡Oh! Me encuentro perfectamente.

La voz de Ariadne Oliver llegaba a sus oídos con su habitual inflexión alegre. La célebre escritora de novelas detectivescas y Hércules Poirot eran excelentes amigos.

—En realidad, es demasiado temprano para llamarle a usted por teléfono. Ahora bien yo pretendía pedirle un favor.

—Usted dirá.

—El «Club de los Autores de Novelas Detectivescas» se dispone a celebrar su cena de todos los años. ¿Aceptaría usted el puesto de orador-invitado? Le quedaría muy agradecida, si me contestara afirmativamente.

—¿Cuándo va a ser eso?

—El mes que viene… El día veintitrés, concretamente.

El hilo telefónico transmitió un profundo suspiro.

—¡Ah! Soy demasiado viejo.

—¿Que es usted demasiado viejo? ¿Qué demonios quiere decir? Usted de viejo no tiene nada.

—¿De veras lo cree así?

—Naturalmente que lo creo. Su presencia será acogida con mucho agrado. Usted está en condiciones de referirnos una serie muy interesante de historias relacionadas con crímenes reales.

—¿Y quién estará dispuesto a escucharlas?

—Todos. Los asistentes… Oiga usted, señor Poirot: ¿pasa algo? ¿Qué le ha ocurrido? Parece hallarse un tanto alterado.

—Pues sí lo estoy. Mis sentimientos… Bueno, ¿qué importa ahora eso?

—Explíquese, por favor.

—¿Qué más da?

—Mire, señor Poirot. Será mejor que venga a verme y me hable de eso. ¿Cuándo piensa venir por aquí? Esta tarde. Venga y tomaremos el té juntos.

—El té de la tarde… ¡Si no lo tomo nunca por la tarde!

—Le serviré café, entonces.

—No bebo nunca café a tales horas.

—¿Y qué le parece una taza de chocolate? Con un poco de nata encima ¿eh? Y si no una *tisane*… Sé que le gustan. De no apetecerle la *tisane* saboreará una limonada, o una naranjada. Aunque es posible que una taza de caté sin cafeína…

—*Ah, ça, non, par exemple*! Es algo que aborrezco.

—Pues le irá bien cualquiera de los jarabes que a usted tanto le agradan… ¡Ya sé! Tengo en la alacena media botellita de Ribena…

—¿Ribena? ¿Qué es eso?

—Una bebida que sabe a grosella.

—Desde luego, que con usted hay que rendirse, señora Oliver.

Me conmueve su solicitud. Esta tarde le aceptaré con mucho gusto una taza de chocolate.

—Perfectamente. Y con tal motivo me explicará qué es lo que le ha afectado tanto. La conversación telefónica terminó aquí.

* * *

Poirot reflexionó unos instantes. A continuación marcó un número. Cuando quedó establecida la comunicación, inquirió:

—¿El señor Goby? Habla con Hércules Poirot. ¿Está usted muy ocupado en estos momentos?

—Así, así —replicó el señor Goby—. Regularmente ocupado estoy, si he de serle sincero. Pero si lleva usted prisa, como de costumbre señor Poirot, podré atenderle… Creo que mis ayudantes están en condiciones de valerse por sí solos con lo que actualmente tienen entre manos. Desde luego, hoy en día no es fácil hacerse con buenos colaboradores. En otros tiempos todo era distinto. Los jóvenes piensan demasiado en sí mismos actualmente. Creen, además, saberlo todo antes de haber comenzado a aprender. Pero, en fin, no se puede esperar que unos hombres nuevos sostengan cabezas viejas. Muy complacido, me pongo a su disposición, señor Poirot. Hasta existe la posibilidad de que se dedique a uno o dos de los mejores muchachos al trabajo que usted fije. Me imagino que será lo de siempre… ¿Hay que procurarle alguna información especial?

Poirot empezó a facilitarle detalles exactos referentes a la tarea a realizar. Cuando hubo terminado con el señor Goby, Poirot llamó a Scotland Yard, poniéndose en comunicación con un amigo suyo. El hombre, después de escuchar las palabras de aquél, replicó:

—¿No me está usted pidiendo mucho, señor Poirot? Cualquier crimen, Cometido en cualquier lugar… Se desconoce el sitio, la fecha, la víctima… Esto va a ser como buscar una aguja en un pajar: algo disparatado —el comunicante añadió, adoptando un tono desaprobador—: Al parecer, no está usted enterado de muchas cosas…

* * *

A las cuatro y cuarto de aquella tarde, Poirot se sentaba en el saloncito de estar de la señora Oliver, saboreando un chocolate colmado de nata. Ella acababa de colocarle la taza delante encima de una mesita. También se veía allí una menuda fuente colmada de bizcochos *langue de chats*.

—¡Cuánta amabilidad, *chére* madame!

Poirot apartó los ojos del chocolate para fijarse, con alguna sorpresa, en el peinado de la señora Oliver, así como en el nuevo empapelado de la habitación. Ambas eran cosas inéditas para él. La última vez que viera a la dueña de la casa juzgó su peinado sencillo y severo. Ahora observaba sobre su cabeza un despliegue completo de rizos de todas clases, de intrincadas formas. Esto tenía mucho de artificial sobre su persona. Mentalmente, se preguntó qué quedaría de semejante fantasía si la señora Oliver se mostraba de pronto excitada, reacción frecuente en ella. En cuanto al empapelado…

Poirot experimentaba la impresión mirando hacia la pared de que se habían sumergido en un huerto de árboles frutales.

—¿Son nuevas… esas cerezas? —inquirió, señalando con su cucharilla.

—¿Estima excesivo su número? —quiso saber la señora Oliver—. ¿Opina usted que era mejor el otro papel?

Poirot hizo un esfuerzo ahora, recordando un aluvión de polícromos pájaros tropicales perdidos en el interior de un frondoso bosque. Sintióse inclinado a observar: «*Plus ça change plus c'est la même chose*», pero se contuvo a tiempo.

La señora Oliver siguió los movimientos de su huésped al dejar la taza en su platillo, recostándose a continuación en su asiento con un suspiro de satisfacción, limpiándose seguidamente unas impertinentes motas de tarta que se le habían quedado adheridas al bigote. Entonces ella le preguntó:

—¿Va usted a explicarme ya lo que ha ocurrido?

—Se lo puedo decir en muy pocas palabras. Esta mañana se presentó en mi casa una joven que deseaba verme. Sugerí la conveniencia de que solicitara hora para una entrevista. Uno lleva

su orden, ¿comprende? Respondió que quería verme inmediatamente, porque pensaba que quizás hubiese cometido un crimen.

—¡Qué cosa tan rara! ¿No estaba segura de ello?

—Precisamente. *C'est ennui*! Le indiqué a George que la hiciera pasar. Se plantó en mi habitación. No quiso sentarse. Limitóse a contemplarme. No apartaba los ojos de mí. Parecía haber perdido el juicio. Si es que alguna vez había tenido alguno. Intenté animarla. De repente, declaró que había cambiado de opinión. Me dijo que no quería que la juzgara descortés, pero que yo le parecía *demasiado viejo*…

La señora Oliver se apresuró a pronunciar unas palabras de consuelo.

—Bueno, es que las chicas son así… Para ellas, todas las personas que rebasan los treinta y cinco años de edad están ya medio muertos. Carecen de sentido común generalmente esas muchachas. Tiene usted que hacerse cargo.

—Me sentí herido —declaró Hércules Poirot.

—En su lugar, eso no me produciría ninguna preocupación. Naturalmente, fue brusca…

—Eso me tiene sin cuidado. Y no me he referido solamente a mis sentimientos personales. Estoy preocupado. Sí, preocupado.

—Yo de usted habría olvidado por completo el incidente —manifestó la señora Oliver, confortadora.

—No me ha entendido todavía. Me siento preocupado por la muchacha. Fue a verme para solicitar *mi ayuda*. Luego decidió que yo era demasiado viejo. Demasiado viejo para serle de alguna utilidad. Se hallaba equivocada, por supuesto, no hay ni que decirlo, huyendo posteriormente. Le digo que la joven andaba bastante necesitada de ayuda.

—Yo no pienso igual —declaró la señora Oliver—. Con frecuencia, las chicas hacen de ciertas cosas verdaderas montañas.

—Está usted equivocada. *La joven que me visitó necesita de alguien que la ayude*.

—¿Piensa usted que cometió realmente algún crimen?

—¿Y por qué no? Tal fue su afirmación.

—Sí, pero… —la señora Oliver se interrumpió—. Ella señaló la

posibilidad —agregó la escritora lentamente—. ¿Y qué es lo que quiso darle a entender exactamente con sus palabras?

—En cierto modo carecen de sentido.

—¿A quién asesinó la chica? Mejor dicho: ¿a quién creía haber asesinado?

Poirot se encogió de hombros.

—¿Y cuál fue el móvil de su crimen?

Poirot repitió su gesto anterior.

—Han podido sucederle muchas cosas, desde luego —la señora Oliver mostraba un rostro radiante, lo cual le pasaba siempre que ponía su fértil imaginación en marcha—. Pudo haber atropellado a algún transeúnte con su coche, sin detenerse a auxiliar a su víctima. Cabe la posibilidad de que hallándose en lo alto de un acantilado un hombre la atacara y que en el forcejeo que se produjese consiguiera ella lanzar a aquél al abismo… ¿Por qué no pensar que pudo administrar un medicamento a un enfermo equivocadamente? ¿Y si tomó parte en cualquiera de las reuniones que organizan los estrambóticos jóvenes de ahora, riñendo violentamente con uno de los asistentes? Un movimiento mal hecho y cuando se maneja un arma cortante es fácil apuñalar a una persona… También…

—¡Ya está bien, señora! ¡Ya está bien!

Pero a la señora Oliver ya no había modo de contenerla. Se había disparado…

—Supongamos que una enfermera que actúa dentro de un quirófano se equivoca con el anestésico… —la señora Oliver se interrumpió. Ahora ansiaba conocer más detalles—. ¿Qué aspecto tenía esa chica?

Poirot consideró atentamente la pregunta durante unos instantes.

—Era como una Ofelia carente de atractivos físicos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Oliver—. Oyéndole a usted decir eso casi la veo. ¡Qué extraño!

—No me pareció una persona capaz —declaró Poirot—. He aquí mi juicio sobre su persona… No la creo con condiciones para vencer ciertas dificultades. No es de esos seres que pueden prever el peligro con suficiente anterioridad. Si alguien necesitara una víctima y mirara a su alrededor se fijaría indudablemente en ella.

Pero la señora Oliver no escuchaba ya a su invitado. Los dedos de sus dos manos se hallaban empeñados en una dura lucha por los abundantes rizos de su peinado, en un gesto familiar para Poirot.

—¡Espere! —exclamó, angustiada—. ¡Espere!

Poirot esperó con las cejas enarcadas.

—No me ha dicho su nombre —observó la señora Oliver.

—No me lo dio…

—¡Espere! —imploró la señora Oliver, en el mismo tono que antes.

Suspiró. Su peinado se deshacía. Los cabellos comenzaron a caérsele sobre los hombros. Uno de los rizos abandonó su cabeza yendo a parar al suelo. Poirot lo cogió, colocándolo discretamente encima de la mesa.

—¡Vaya!

Súbitamente, la señora Oliver pareció recobrar la calma. Distribuyó unas horquillas por su cabeza mientras reflexionaba…

—¿Quién le habló a esa chica de usted, señor Poirot?

—¡Yo qué sé! Naturalmente, ella había oído hablar de mí, sin duda…

La señora Oliver pensó que «naturalmente» no era la palabra apropiada en sus labios… Lo natural era que Poirot supiese siempre que esta persona o aquella otra había oído hablar de él. Son muchos los hombres y mujeres que nos mirarían inexpresivamente, de ser mencionado el nombre de Hércules Poirot en su presencia, especialmente si aquéllos pertenecían a la generación más reciente.

«¿Y cómo decirle esto? —se preguntó la señora Oliver—. Hay que dar con un procedimiento para no herirle en su amor propio, en su vanidad».

—Opino que anda usted descaminado —manifestó—. Las chicas… Bueno… Las chicas y los jóvenes suelen entender muy poco de detectives y otras cosas análogas. Su atención sigue otros derroteros.

—Todo el mundo tiene que haber oído hablar alguna vez de Hércules Poirot —dijo él, soberbio.

Poirot tomaba aquélla como artículo de fe…

—Es que los jóvenes de esta generación no suelen recibir la instrucción debida —dijo la señora Oliver—. No conocen más

nombres famosos que los de sus cantantes favoritos, «jockeys» y otros tipos por el estilo. Bueno… Cuando una persona necesita algo especial, ponerse al habla con un médico, un detective o un dentista, lo lógico es que pregunte a alguien… ¿Quién es el que nos irá mejor? El amigo o la amiga nos contesta: «Mira, querida: tienes que ir a ver a ese hombre maravilloso que se ha establecido en la calle de la Reina Ana. Te subirá las piernas tres veces hasta la cabeza, al tiempo que te las retuerce, y te quedarás curada». Puede ocurrir que el diálogo tenga otra forma. «Me robaron todos mis diamantes. De haberse enterado, Henry se habría puesto muy furioso Entonces decidí no comunicar nada a la policía… Me valí de los servicios de un detective serio, sumamente discreto, quien ha conseguido recuperar las piedras. Así, Henry no ha llegado a saber nada del asunto…». Estas cosas se dan siempre de este modo, señor Poirot. Alguien le envió esa chica a usted.

—Permítame que dude…

—No podría enterarse de ello hasta que se lo dijeran. Y *yo se lo estoy diciendo ahora*. Todo procede de mí… Esa muchacha fue a verle por indicación mía.

Poirot miró fijamente a su interlocutora.

—¿Por indicación suya? ¿Y por qué no se apresuró a decírmelo?

—Porque acabo de caer en ello… Fue cuando habló de Ofelia, la de los largos y húmedos cabellos. Se me antojó la descripción de alguien que yo hubiese visto realmente. Y en fecha muy reciente. Luego, caí en la cuenta y recordé la identidad de esa chica…

—¿Quién es ella?

—La verdad es que ignoro su nombre. Lo averiguaré, sin embargo, y con relativa facilidad. Estábamos en un sitio charlando… La conversación se centró en el tema de los detectives privados… Yo aludí a usted y algunas de sus desconcertantes empresas.

—¿Y le dio mis señas?

—No, claro que no. Yo no pensé que ella necesitara ver a ningún detective, ni nada de eso. Hablábamos, simplemente… Mencioné su nombre varias veces. Nada tiene de extraño que ella, luego, consultara la guía telefónica, localizando su domicilio.

—¿Versaba la conversación sobre crímenes?

—No acierto a recordarlo… Ni siquiera sé cómo nos pusimos a hablar de los detectives privados. Ahora se me ocurre pensar que quizá fuese ella quien suscitara el tema…

—A ver, dígame todo lo que recuerde. No importa que desconozca el nombre de la chica. Cuénteme todo lo que sepa sobre ella.

—De acuerdo… La cosa ocurrió durante el último fin de semana. Yo me encontraba en casa de los Lorrimer. Me reuní con unos cuantos de sus amigos para tomar unas copas. Había varias personas allí… Yo no lo estaba pasando muy bien, porque bebo poco. O nada. En estos casos, los acompañantes se creen en la obligación de buscarle a una bebida floja, lo cual supone una molestia para ellos. Además, en esas reuniones la gente me suele decir lo mismo siempre: que le gustan mis libros, que tenían muchos deseos de conocerme personalmente… Yo acabo sintiéndome acalorada con tantas amabilidades y dejo de conducirme de una manera normal, exponiéndome a que me tomen por una estúpida. No obstante, voy saliendo airosa de tales trances, hasta ahora.

»Hay quien fija preferentemente su atención en uno de mis personajes repetidos, el detective Sven Hjrson, confesándome la admiración que inspira. ¡Si supiera el público cómo le odio yo, en cambio! Mi editor me recomienda siempre que no me exprese en términos despectivos al hablar de él. Me imagino que de ahí arrancamos para ocuparnos de los detectives privados, dentro de la vida real. Me puse a hablar de usted… La chica andaba encantada por mis alrededores, atenta a mis palabras. Cuando usted mencionó la figura de una Ofelia carente de atractivo recordé de pronto algo… Pensé: «¿Qué es lo que me recuerda?». Y me dije, a continuación: «Ya está… La chica de la reunión de aquel día». Me inclino a pensar que era la de la casa, si no estoy confundiéndola con otra muchacha.

Otro suspiro de Poirot. Con la señora Oliver siempre había que desplegar mucha paciencia.

—¿No recuerda el apellido de las personas con quienes estuvo departiendo?

—Trefusis, creo que era. No: Theherne. Una cosa así… Él es un

magnate de la industria, me parece, un hombre rico. No sé qué cargo tiene en la City… Ha pasado la mayor parte de su vida, sin embargo, por tierras de África del Sur…

—¿Es casado?

—Sí. La mujer es muy bella. Le lleva muchos años él. Una cascada de rubios cabellos… Segunda esposa. La hija procede de la primera. Y en la casa hay también un tío increíblemente viejo. Bastante sordo, por cierto. Debe de haber sido un personaje eminente. Lleva no sé cuántas siglas detrás de su apellido. Creo que llegó a almirante, o a mariscal, no lo sé con exactitud. También es astrónomo, creo. Sea como sea, el caso es que del tejado de la vivienda sale la caña de un gran telescopio. Me figuro que se tratará de un pasatiempo. Asimismo, vi allí una joven extranjera, que cuida del anciano. Va a Londres con él siempre para evitar que sufra cualquier percance, que sea atropellado, por ejemplo. Se me antojó bastante linda…

Poirot iba clasificando mentalmente la información que la señora Oliver le facilitaba, y hubo momentos en que se consideró una especie de computador electrónico…

—Entonces el matrimonio Trefusis…

—No es Trefusis el apellido. Ya lo recuerdo: Es Restarick.

—Pues no se parece en nada al otro.

—Hay cierta analogía. Es un apellido normal en Cornualles, ¿no?

—Tenemos, pues, allí al señor y a la señora Restarick, con el ilustre y anciano tío… ¿Lleva el mismo apellido?

—Él es sir Roderick no sé qué más…

—Está la chica *au pair*, o lo que sea, y una hija… ¿Hay más personas?

—No creo… En realidad no puedo estar segura. A propósito, la hija no vive en la casa. Se presentó en ella para pasar el fin de semana solamente. Me imagino que no se lleva bien con su madrastra. Tiene un empleo en Londres. Me enteré de que anda por ahí con un muchacho al que no le tienen mucho apego los familiares…

—Burla burlando, usted parece conocer muchos detalles relativos a esa familia.

—¡Oh! Lo usual es que una vaya recogiendo datos de aquí y de allí, escarbando como quien dice. Los Lorrimer no paran de hablar. Siempre tienen algo que decir de éste o aquél… Y, normalmente, ¿qué sucede en todas partes? Sin querer, nos enteramos de cosas que realmente no nos importan. Luego, no es raro que de cuándo en cuando una se meta por en medio. Probablemente, es lo que me ha pasado a mí. No sé lo que daría por recordar el nombre de esa joven. Es una palabra relacionada con una canción… ¿Thora? Háblame, Thora, Thora, Thora… Algo así. O Myra… ¿Myra? ¡*Oh, Myra! Mi amor es para ti*. Algo así. *Yo sueño con habitar entre marmóreas paredes*. ¿*Norma*? ¿*Vale Maritana*? *Norma*… Norma Restarick. Sí. De eso estoy segura.

Una pausa. La señora Oliver, inconsecuente, añadió:

—Se trata de la tercera muchacha.

—A mí me parece que usted dijo antes que era hija única.

—Y lo es… Eso creo, al menos.

—¿Entonces, qué quiere darme a entender diciendo ahora que es la *tercera muchacha*?

—¡Santo Dios! ¿No sabe que significa la tercera muchacha? ¿Es que no lee *The Times*?

—Suelo leer en ese diario los ecos de sociedad: los nacimientos y bodas… ¡Ah! También me fijo en las esquelas mortuorias. Y por supuesto, leo, además, los artículos que me parecen interesantes.

—Yo estaba pensando en los anuncios de la primera página, que por cierto han dejado de aparecer en ella. Por tal razón, tengo el proyecto de cambiar de periódico. Espere. Voy a enseñársela…

Encima de la mesa auxiliar había un ejemplar del *The Times*.

La señora Oliver mostró aquél a su huésped.

—Aquí tiene… Fíjese en esto: «Tercera muchacha para piso segundo, muy cómodo. Habitación propia. Calefacción central. Sarl's Court». «Se busca tercera muchacha para compartir piso. Cinco guineas semanales. Habitación propia». «Se busca cuarta muchacha. Regent's Park. Habitación propia». Así gustan de vivir las jóvenes de hoy en día. El piso es mejor que la residencia o el hotel. La primera de las chicas alquila un piso amueblado y comparte con otras la renta a pagar. La segunda es, frecuentemente, una amiga. Luego, si no conocen a nadie, las dos buscan una tercera

anunciándose en la prensa. Como ya ha visto, a veces necesitan una cuarta compañera. La primera se queda con la mejor habitación; la segunda paga algo menos; la tercera, menos todavía que ésta y se ve metida en un cuchitril. Se ponen de acuerdo para disponer del piso libremente una noche por semana, por ejemplo… Todo resulta bastante razonable.

—Y esta muchacha, cuya nombre es posible que sea Norma, ¿dónde vive, dentro de Londres?

—Como ya le he indicado, en realidad no sé nada acerca de ella.

—Pero usted podrá llevar a cabo algunas indagaciones.

—¡Oh, sí! Creo que no me será difícil…

—¿Está usted segura de que en esa conversación no se aludió a ninguna inesperada muerte?

—¿Se refiere usted a una muerte en Londres o en casa de los Restarick?

—Pienso en ambos casos…

—No creo… ¿He de probar, por si puedo averiguar algo de particular?

A la señora Oliver le brillaban los ojos. Le interesaba aquello. Comenzaba a comprender el sentido del diálogo.

—Se lo agradecería mucho.

—Telefonearé a los Lorrimer. No es mala hora ésta… —descolgó el micro—. Tendré que dar alguna excusa, inventar, quizás, alguna historia…

Contempló, vacilante, el rostro de Poirot.

—Naturalmente que sí. Eso se sobreentiende. Usted es una mujer dotada de fértil imaginación… No experimentará ninguna dificultad. Pero, bueno, no sea demasiado fantástica, ¿me comprende? Muéstrese moderada.

La señora Oliver asintió, comprendiendo.

Llamó a la central solicitando un número. Volviendo la cabeza hacia Poirot, siseó:

—¿Tiene usted a mano lápiz y papel o una agenda? Lo digo por si hay que tomar nota de algún nombre o señas… Poirot tenía ya preparada su agenda e hizo un gesto afirmativo, tranquilizándola.

La señora Oliver concentró su atención en el microteléfono, comenzando a hablar. Poirot, a su lado, la escuchaba.

—¡Oiga! ¿Podría hablar con…? ¿Ah? ¿Eres tú, Noami? Ariadne Oliver al habla. ¡Oh, sí! Demasiada gente… ¿Te refieres al viejo? No, tú sabes que yo… ¿Ciego, prácticamente?… Me figuré que iba a ir a Londres con la menuda extranjera… Sí. Debe de ser una preocupación para ellos, a veces… Pero ella parece arreglárselas bastante bien… Una de las cosas que deseaba preguntarte eran las señas de la chica… No. Me refiero a la Restarick… Por South Ken, ¿no? ¿Knighsbridge, quizás? Es que le prometí un libro, ¿sabes? Apunté su dirección en un papel y, como de costumbre, perdí éste. Ni siquiera recuerdo su nombre. ¿Es Thora o Norma? Sí. Yo me inclinaba por este último… Un momento. Voy a coger un lápiz… Sí. Ya estoy lista… Borodene Mansions, número sesenta y siete… Lo sé… Esa gran manzana de casas que recuerda la prisión de Wormwood Scrubs… Sí. Creo que los pisos son muy cómodos; que tienen calefacción central y todo lo demás… ¿Quiénes son las otras dos chicas que viven con ella? ¿Amigas suyas? ¿O bien se han conocido por medio de algún anuncio?… Claudia Reece-Holland… Su padre es miembro del Parlamento, ¿no? ¿Y la otra?… Claro, ya me lo imagino, no lo sabes… ¿A qué se dedican? Esas muchachas dan siempre la impresión de estar trabajando como secretarias en cualquier empresa… ¿No es así? ¡Ah! De manera que la otra es decoradora de interiores… Tendrá que ver con alguna galería de arte… No, Noami. No es que tenga tanto interés en averiguar esos detalles. Una se pregunta, ¿a qué se dedican, normalmente, las chicas de esta generación?… Pues sí. A mí me resulta conveniente el conocimiento de determinadas cosas para mis libros. Verás: hay que mantenerse al día… ¿Qué me contaste acerca de uno de sus amigos?… Los jóvenes suelen hacer ahora lo que les place.

»¿Que tiene un aspecto raro? ¿Es de esos que no se afeitan ni se lavan?… ¡Oh! Esos tipos… Chalecos de brocado, cabellos largos y ensortijados, que les llegan hasta los hombros… Desde luego. Cuesta trabajo, a primera vista, decir que se trata de chicos o de chicas… En efecto. Cuando son personas bien parecidas, uno se acuerda de ciertas figuras de Van Dyck… ¿Qué decías? ¿Que Andrew Restarick lo encuentra odioso?… Sí. Habitualmente, los hombres reaccionan así… ¿Mary Restarick?… No me extraña que una joven tenga discusiones frecuentes con su madrastra. Supongo

que la mujer se alegraría al saber que ella había logrado colocarse en Londres… ¿Qué me quieres sugerir aludiendo a las murmuraciones de la gente?… ¿Qué? ¿No lograron saber qué era lo que le pasaba? ¿Quién habló así?… Sí, pero, ¿qué es lo que silenciaron?…

»¡Oh! ¿Una servidora que se puso en contacto con el ama de llaves de los Jenner? ¿Su esposo, quieres darme a entender? ¡Ah! Ya comprendo… Los médicos no pueden averiguarlo… Bueno. Es que la gente tiene malas intenciones. Estoy de acuerdo contigo. Con mucha frecuencia, estas cosas se reducen a simples mentiras… ¿Algo de estómago? Pero… ¡qué ridículo! ¿Que hubo quien pronunció su nombre?… Andrew. ¿Crees que sería posible con esas sustancias destructoras de malas hierbas?… Sí, pero, ¿por qué?… No es el caso de una esposa odiada por espacio de años (se trata de la segunda mujer)… Es mucho más joven que él, hallándose en posesión de un hermoso físico… Podría ser… Sin embargo, ¿por qué la muchacha extranjera había de querer una cosa u otra?… ¿Quieres decir que puede haberse ofendido por ciertas palabras que ante su presencia pronunciara la señora Restarick?… Era muy atractiva… Supongo que Andrew se aficionaría a ella. Nada serio, desde luego. Mary se enojaría y al enfrentarse con la joven…

Al observar a Poirot con una mirada de soslayo, la señora Oliver descubrió que aquél no cesaba de hacerle señas.

—Un instante, querida —dijo Ariadne Oliver por el micro—. Me llama el panadero —Poirot pareció sentirse afrentado—. No te retires.

La señora Oliver dejó el teléfono y cruzó la habitación a toda prisa, llevando a su huésped al rincón en que desayunábase todas las mañanas.

—¿Qué pasa? —murmuró casi sin aliento.

—Un panadero… —contestó Poirot en tono de reproche—. ¡Yo un panadero!

—Bueno. Es que tuve que decir lo primero que se me vino a la cabeza. ¿Qué quería indicarme con sus señales? ¿Ha comprendido lo que ella…?

Poirot la interrumpió bruscamente.

—Luego me explicará… Por ahora ya he comprendido bastante.

Pretendo apelar a sus dotes de improvisadora. Invente usted algo que me sirva de pretexto para hacer una visita a los Restarick… Un viejo amigo suyo, vecino desde hace poco… Tal vez pudiera decirle…

—Deje eso en mis manos. Algo acabará ocurriéndoseme. ¿Doy un nombre falso?

—No, no. Hagamos la treta lo más sencilla posible.

La señora Oliver asintió, apresurándose a coger el teléfono.

—¿Noami? No puedo recordar lo que te estaba diciendo. ¿Por qué ha de surgir siempre algún intruso cuando una se halla charlando tan a gusto? Ni siquiera acierto a recordar el motivo inicial de mi llamada… ¡Ah, sí! Las señas de Thora… De Norma, mejor dicho. Ya me las has dado, sí. Pero había algo más que deseaba consultarte. Quería hablarte de un amigo mío, un hombre menudo y fascinante. ¡Si precisamente estuve hablando ahí de él la última vez que nos vimos! Se llama Hércules Poirot. Va a vivir cerca de los Restarick y tiene un interés grande en ver a sir Roderick. Sabe muchas cosas acerca de su persona, que le inspira una gran admiración. Me ha hablado de cierto maravilloso descubrimiento de la época de la guerra, de un hecho de carácter científico… Sea lo que sea, pretende visitarle sin otro fin que el de «presentarle sus respetos»… Así lo ha dicho. ¿Crees que habrá algún inconveniente?… ¿Tendrías entonces la amabilidad de avisarles? Sí. Se presentará allí cuando menos se lo figuren. Recomiéndales que le hagan contar alguna historia de espionaje… Él… ¿Qué? ¡Oh! ¿Tu segadora? Si, claro, tenemos que cortar esta conversación. Adiós.

La señora Oliver, después de colgar el microteléfono, sé recostó en su sillón.

—¡Dios mío! Ha sido algo agotador. ¿Qué le parece? ¿Marchó bien eso?

—No ha ido mal.

—Me figuré que lo mejor era centrar las cosas en el viejo. Ya tiene usted, pues, un pretexto para echar un vistazo por allí. ¿No era eso lo que se proponía? Y siendo una mujer, es fácil mostrarse vaga en lo tocante a temas científicos. Puede que antes de efectuar esa visita usted haya ideado algo más concreto. Bien. ¿Quiere saber lo que ella me ha dicho?

—Han estado ocupándose, creo, de la salud de la señora Restarick…

—Eso es. Padecía, por lo visto, una misteriosa enfermedad, localizada en el estómago, y los médicos se mostraban desconcertados. La enviaron a un hospital, sin resultado… No daban con la causa. Volvió ella a su casa y todo comenzó de nuevo… Otra vez los doctores dieron claras pruebas de desorientación. Después, la gente empezó a hablar. Las habladurías fueron iniciadas por una enfermera irresponsable. Una hermana suya comentó el caso con una vecina y ésta formuló diversos comentarios entre sus compañeras de trabajo. La onda fue ensanchándose más y más… Aquello parecía raro. Más adelante hubo quien afirmó que el esposo intentaba o había intentado envenenarla. El público siempre sigue estos derroteros… Pero en este caso, aquello no tenía ni pies ni cabeza. Seguidamente Noami y yo nos ocupamos de la chica *au pair*. Bueno. No es, exactamente, una chica *au pair*. Viene a ser más bien una especie de secretaria-acompañante del anciano… ¿Por qué razón habría de pensar en administrar una dosis de herbicida a la señora Restarick?

—La oí sugerir varios móviles…

—Bien. Habitualmente, siempre existen esta o aquella posibilidad…

—Un crimen deseado —dijo Poirot, pensativo—. Pero no cometido todavía.

Capítulo III

La señora Oliver penetró en el patio interior de Borodene Mansions. En la zona destinada al estacionamiento de automóviles había seis coches. Cuando Ariadne Oliver comenzaba a vacilar, uno de los vehículos dio marcha atrás, saliendo de la zona acotada. La señora Oliver se apresuró a ocupar el sitio que había quedado vacío.

Se apeó, cerró la portezuela y levantó la cabeza, observando el firmamento. Se hallaba ante una construcción recientemente terminada. Ocupaba aquélla un espacio devastado por las minas durante la guerra. Los pisos parecían funcionales en extremo. Evidentemente, los hombres que levantaron el edificio no habían pensado ni por un momento en adiciones de carácter ornamental.

Era aquélla una hora movida… Los coches entraban y salían del patio, lo mismo que algunas personas a pie. Se aproximaba el fin de la jornada de trabajo.

La señora Oliver echó un vistazo a su reloj de pulsera. Eran las siete menos diez minutos. La hora más oportuna, en su opinión. Era la hora en que las chicas que trabajaban volvían a sus casas, unas veces para dar un repaso a su maquillaje y otras para cambiarse de ropas, trocando sus faldas por unos exóticos pantalones al salir. Había también quien ya no se movía de su piso, dedicada a lavarse sus pequeñas prendas, sus medias… Bueno. Lo esencial era que había obrado sensatamente yendo allí a aquella hora del día. El bloque era lo mismo hacia el este que por el oeste. En el centro contaba con unas grandes puertas giratorias. La señora Oliver decidió avanzar en dirección a la izquierda, pero descubrió inmediatamente que iba mal. Los números, por aquel lado, iban del 100 al 200. Cruzó, camino de la otra parte.

El número 67 quedaba en la sexta planta. La señora Oliver

oprimió un botón del ascensor. Las puertas se abrieron como una boca bostezante, acompañándose con una amenazador crujido. Ariadne se coló en aquella caverna. Los ascensores modernos siempre le habían inspirado un gran temor.

Otro fuerte crujido. Las puertas se cerraron. El ascensor se puso en marcha. Detúvose casi inmediatamente… ¡Aquello era para tener miedo también! La señora Oliver asomó la cabeza igual que un conejo espantado que husmea a un lado y a otro la presencia de un cazador.

Empezó a caminar por un pasillo que quedaba a la derecha. Llegó así a una puerta en cuyo centro vio dos números metálicos que formaban el 67. Nada más plantarse delante, la segunda cifra, el 7, se soltó del elemento que la sujetaba a la madera, cayéndole a los pies.

«Esta Casa no me gusta nada», se dijo la señora Oliver, al tiempo que se agachaba para recoger el número, que colocó al lado del otro. Ambos colgaban de sendos y casi invisibles clavitos.

Oprimió el botón del timbre. Quizá no hubiera nadie…

La puerta, sin embargo, se abrió casi en el acto. Una alta y hermosa joven se plantó en el umbral. Llevaba un traje muy bien cortado, con una falda breve y camisa de seda blanca. Sus zapatos eran muy elegantes. Tenía los cabellos oscuros y recogidos hacia atrás. Su maquillaje era más bien discreto. Por una razón u otra, su presencia produjo cierta alarma en la señora Oliver.

—¡Oh! —exclamó ésta, procurando serenarse para decir lo que era procedente en aquel caso—. ¿Es usted por casualidad, la señorita Restarick?

—No. Lo siento. La señorita Restarick ha salido ¿Quiere que le dé algún recado?

—¡Oh! —volvió a exclamar la señora Oliver, antes de proseguir. Mostró a la chica un paquete descuidadamente envuelto en papel castaño—. Le prometí un libro —explicó—. Uno de los míos que todavía no ha leído. Espero no haberme confundido al cogerlo… Tardará en volver seguramente, ¿no?

—No le puedo decir. Ignoro qué es lo que tiene que hacer esta noche.

—¡Ah! Usted es la señorita Reece-Holland, ¿no?

La chica pareció ligeramente sorprendida.

—Sí, desde luego.

—Conozco a su padre —declaró la señora Oliver—. Soy Ariadne Oliver. Escribo libros… —añadió, adoptando el tono culpable que empleaba siempre mecánicamente al hacer tal confesión.

—¿No quiere pasar?

La señora Oliver aceptó la invitación y Claudia Reece-Holland la condujo hasta un cuarto de estar. El empapelado era igual en todas las habitaciones del piso: esbozos de bosques. Los inquilinos podían colgar de las paredes los cuadros que poseyeran, modernos o antiguos, y montar una decoración personal si ése era su gusto. La base de la misma estaba constituida por unos muebles de línea avanzada, armarios, librerías y otros elementos por el estilo, aparte de un gran sofá y una mesa extensible. Todo admitía sus complementos. Observábanse señales individualistas: un gigantesco Arlequín, que adornaba una pared, y un estilizado mono encuadrado por frondosa arboleda, que ocupaba la opuesta.

—Seguro que a Norma le encantará recibir su libro, señora Oliver. ¿Qué desea beber? ¿Una copita de jerez? ¿Le sirvo ginebra?

Aquella chica tenía los mismos modales de la secretaria eficiente.

La señora Oliver no quiso tomar nada.

—Disfrutan ustedes de una excelente vista aquí —señaló, mirando por la ventana parpadeando al alcanzarle los últimos rayos de sol en los ojos.

—Pues, sí. La verdad es que el piso nos resulta menos agradable cuando se estropea el ascensor.

—Nunca me hubiera atrevido a afirmar que un ascensor como ése se estropeara también, igual que los demás… Es… una especie de robot.

—Hace poco que lo instalaron, pero no crea, no es ninguna cosa del otro mundo —declaró Claudia—. Tienen que someterlo a periódicos ajustes… Siempre lo están manoseando.

Entró en el cuarto una chica que venía hablando desde fuera.

—¿Tú sabes, Claudia, dónde he podido poner…?

Guardó silencio, mirando a la señora Oliver.

Claudia las presentó rápidamente.

—Frances Cary… La señora Oliver, Ariadne Oliver.

—¡Oh, qué interesante! —exclamó Frances.

Era una muchacha alta y de ondulante silueta, largos y negros cabellos. Su pálida faz se hallaba intensamente maquillada. Las cejas y las pestañas apuntaban hacia arriba… La cosmética realzaba dicho efecto. Se había embutido en unos pantalones de terciopelo muy ajustados y vestía un grueso jersey. Su figura ofrecía un contraste muy brusco con la de la viva y eficiente Claudia.

—Le había prometido un libro a Norma Restarick y se lo he traído —explicó la señora Oliver.

—¡Oh! ¡Qué lástima que esté todavía en el campo!

—¿No ha regresado?

Hubo una pausa. La señora Oliver creyó ver que las dos muchachas intercambiaban una mirada.

—Yo creí que se había colocado en Londres —repuso aquélla, esforzándose para dar la impresión de que estaba un tanto sorprendida.

—Y así es —manifestó Claudia—. Se dedica a la decoración de interiores. De cuando en cuando la mandan por ahí con muestras —la chica sonrió—. Vivimos juntas, pero nuestras vidas discurren separadas. Salimos y entramos a nuestro antojo y lo más corriente es que no nos molestemos dejando escritos. Descuide: no se me olvidará dar a Norma su libro cuando vuelva.

Nada más natural ni elocuente que aquella explicación…

La señora Oliver se puso en pie.

—Muchas gracias por todo.

Claudia la acompañó hasta la puerta.

—Contaré a mi padre mi encuentro con usted —dijo la joven—. Es un gran lector de historias detectivescas.

Después de cerrar la puerta, la muchacha regresó al cuarto.

Frances se había apoyado en el antepecho de la ventana.

—Lo siento —declaró—. ¿He cometido alguna torpeza?

—Yo me limité a indicar a esa mujer que Norma había salido.

Frances se encogió de hombros.

—Bueno, Claudia, ¿y dónde para ella? ¿Por qué no se presentó aquí de nuevo el lunes? ¿A dónde se proponía ir?

—No acierto a imaginármelo.

—¿No estará en casa de sus familiares? Fue a pasar con ellos el fin de semana…

—No. Ya telefoneé para averiguar qué podía haber sucedido.

—Supongo que la cosa no tiene mayor importancia… No obstante, esa muchacha es… Hay que reconocer que resulta algo extraña.

—¡Bah! En la medida que tantas otras personas.

Claudia no parecía estar muy convencida de lo que acababa de decir sin embargo.

—Sí que es rara, sí. No se puede negar —insistió Frances—. En ocasiones, me asusta. No es una muchacha normal, y tú lo sabes.

De pronto, la joven se echó a reír.

—¡Norma no es normal! Sabes que no lo es, Claudia, aunque no quieras admitirlo. Fidelidad a la patrona, se llama, a mi entender, esa figura.

Capítulo IV

Hércules Poirot caminaba a lo largo de la calle principal de Long Basing. Calle principal y única, en verdad, ya que Long Basing era uno de esos poblados que van creciendo en longitud, sin ensancharse apenas. Contaba con una iglesia impresionante, dotada de un elevado campanario. Plantado en el atrio había un viejo árbol, un tejo, concretamente, de digno porte. En los escaparates de las tiendas, numerosas, se advertía una gran variedad de artículos. Había dos establecimientos dedicados a la venta de antigüedades, uno de los cuales se hallaba especializado, evidentemente, en elementos para chimenea; en el otro se amontonaban mapas que tenían ya muchos años, porcelanas, casi todas con algún defecto, piezas de vajillas victorianas, armarios de roble carcomidos, vidrios, etc. Todo ello ofrecía un aspecto algo desordenado por falta material de espacio.

Los dos cafés de la localidad resultaban desagradables por igual. Había una cestería, llena de una gran diversidad de objetos de confección doméstica; una estafeta de correos que era a la vez tienda de ultramarinos, y una tienda de tejidos en la que se vendían sombreros, contando también con una sección dedicada al calzado infantil y otra de camisería y mercería. En la papelería del poblado se vendían periódicos al tiempo que caramelos y tabaco. Había un establecimiento dedicado a las lanas que era el comercio *aristócrata* del poblado. Dos mujeres de aire severo y blancos cabellos se hallaban apostadas frente a unas estanterías en donde se mostraba todo lo habido y por haber en lo concerniente a las labores de aguja. En uno de los mostradores se almacenaban los patrones necesarios para aquéllas. Lo que había sido el establecimiento de comestibles más caracterizado era ya un «supermercado», lleno de

cestas de alambre, con géneros del ramo de la alimentación y del de limpieza en paquetes y cajas de deslumbrantes colores. Encima de una pequeña tienda había un rótulo hecho con caprichosas letras… El «Lillah» era un local destinado a recoger las últimas modas femeninas. En su escaparate una mano más bien descuidada había colocado una blusa francesa («lo más *chic*»), al lado de una falda azul marino y una prenda a rayas de color púrpura, entre cuyas piezas campeaban dos vocablos:

«Por separado».

Todo esto iba observando Poirot con superficial interés. Dentro de los límites de Long Basing, dando a aquella calle, se encontraban algunas viviendas de reducidas dimensiones y anticuadas fachadas, de estilo georgiano unas veces, con detalles victorianos otras, tales como terrazas, ventanas en saledizo y diminutos invernaderos. Ciertas casas habían sufrido reformas, tenían aire de nuevas y parecían hallarse orgullosas de ellas. Veíanse, asimismo, villas decrépitas, pertenecientes a una época ya distante, pretendiendo en ocasiones ser más viejas de lo que realmente eran. A muchas de ellos habían sido incorporadas modernas comodidades, ocultas por los dueños a las miradas impertinentes de los curiosos.

Poirot avanzaba lentamente, empeñado en asimilar plácidamente cuanto iba viendo. De haberse encontrado junto a él la señora Oliver, su impaciente amiga, aquélla se habría preguntado inmediatamente por qué razón perdía el tiempo de aquella forma, ya que la casa a la cual se dirigía encontrábase medio kilómetro más allá de los límites de la localidad. Poirot, de ser interrogado, hubiera respondido que intentaba respirar el ambiente del poblado, agregando que tales cosas eran a veces importantes.

Al final de Long Basing se producía una brusca transición. A un lado, respaldada por la carretera, había una fila de edificios levantados poco tiempo atrás. Daban alegría a aquel punto las notas verdes del césped y la sinfonía en color de las puertas, todas pintadas en diferentes tonalidades. Más allá se prolongaba el panorama normal por aquéllos parajes, moteado de trecho en trecho por los anuncios de los agentes de la propiedad inmobiliaria. Las residencias aisladas contaban con sus árboles propios y sus jardines, poseyendo cierto aire de reserva. Carretera abajo, Poirot

descubrió una casa cuya nota más característica y extraña era su abombado techo. Evidentemente, algo había sido modificado en ella no muchos años atrás. Ésta, sin duda, era la Meca a la cual se encaminaba.

Llegó a una puerta. «Crosshedges», leyó en la placa de la entrada. Inspeccionó atentamente la construcción. Se trataba de un edificio convencional, que databa, quizá, de comienzos de siglo. No era feo. Ni bonito. En él coincidían los lugares comunes de una arquitectura ni moderna ni antigua. El jardín era más atractivo que la casa. Se veía claramente que había sido objeto de grandes cuidados en otra época, cayendo luego en el abandono. Todavía había en las zonas de césped macizos de flores y matorrales desplegados para producir determinado efecto campestre. Poirot se dijo que allí había, con todo, unas manos que se ocupaban del jardín. No tardó en descubrir cerca de una de las esquinas de la casa la figura de una mujer que se inclinaba sobre uno de los macizos de flores, haciendo unos ramilletes de dalias, según creía. Su cabeza venía a ser un brillante círculo de oro puro. Era alta, esbelta, pero de ancha espalda. Poirot soltó la aldabilla de la puerta del jardín y pasó al interior, dirigiéndose hacia la entrada del edificio. La mujer volvió la cabeza, irguiéndose al tiempo que le acogía con una inquisitiva mirada.

Esperó a que él le hablara. De la mano izquierda de la mujer colgaban unos trozos de hilo… Poirot la notó un poco desconcertada.

—¿Deseaba usted algo? —preguntó.

Poirot se quitó el sombrero con ceremonioso ademán, haciendo una ligera reverencia. La mirada de ella, como fascinada, se fijó en el bigote del hombre que tenía delante.

—¿La señora Restarick?

—Sí, yo…

—Espero no haberla asustado, señora.

Una débil sonrisa floreció en los labios de ella.

—En absoluto. Usted es…

—Perdone que me haya permitido visitarles. Una amiga mía, la señora Ariadne Oliver…

—Claro, usted es… monsieur Poiros.

—Monsieur Poirot —corrigió él, forzando la última sílaba del apellido—. Hércules Poirot, para lo que guste. Pasaba por la localidad y decidí acercarme a esta casa por si se me autorizaba a presentar mis respetos a sir Roderick Horsefield.

—No faltaba más. Noami Lorrimer nos dijo que vendría usted.

—¿No hay inconveniente alguno, entonces?

—¿Qué inconveniente va a haber? Ariadne Oliver estuvo aquí el último fin de semana. Apareció en compañía de los Lorrimer. Escribe unos libros muy entretenidos, ¿verdad? Bueno. A lo mejor a usted se le antojan aburridas las novelas detectivescas. Usted mismo es un detective, ¿no? ¿Un detective auténtico?

—De lo más real que he conocido —manifestó, zumbón, Hércules Poirot.

Éste observó que la señora Restarick reprimía una sonrisa. La estudió ahora más detenidamente. Era una mujer bella, pero había en su físico no poco de artificioso. Sus rubios cabellos habían sido peinados con excesiva rigidez. Poirot se hizo algunas preguntas… Secretamente, ¿no se sentiría la señora Restarick poco segura de sí misma? Los cuidados que prodigaba a su jardín, ¿no habrían sido dictados por su deseo de imitar a la clásica ama de casa inglesa? Hubiera dado cualquier cosa por saber en qué medio social había crecido.

—Todo es muy bonito —comentó él.

—¿Le agradan los jardines?

—Me gustan, sí, pero no de la misma forma que a los ingleses. Para estos menesteres, ustedes poseen un talento especial. Los jardines encierran para ustedes un significado que no tiene nada que ver con el que nosotros advertimos.

—Con este «nosotros» alude usted a los franceses, ¿no?

—Yo no soy francés. Soy belga.

—¡Ah, sí! Creo haber oído decir a la señora Oliver que usted, en otro tiempo, perteneció a las fuerzas policíacas belgas.

—Así es. En efecto, soy un viejo sabueso belga. —Poirot rió discretamente, añadiendo con un expresivo movimiento de manos —: Siempre admiré los jardines ingleses. ¡Oh, sí! Tengo que rendirme ante ustedes. A las razas latinas les agrada el jardín clásico, formal, los jardines del castillo, el Castillo de Versalles en

miniatura… ¡Ah! No hay que olvidar que inventaron el *potager*. Muy importante, mucho, el *potager*. Ustedes los tienen aquí, en Inglaterra, pero porque los sacaron de Francia. No lo quieren como nosotros, sin embargo… Prefieren sus flores. ¿Qué tal? ¿Es verdad eso o no?

—Sí. Me parece que tiene usted razón —dijo Mary Restarick—. ¿No quiere entrar, monsieur Poirot? Ha venido a ver a mi tío…

—He venido aquí a presentar mis respetos a sir Roderick, pero antes haré lo mismo con usted, señora, si me lo permite. Siempre procedo de la misma manera ante la belleza, cuando tropiezo con ella.

Poirot hizo una reverencia.

La señora Restarick se echó a reír, un tanto nerviosa.

—No debe usted ser tan cumplido, señor Poirot.

La mujer echó a andar y él la siguió.

—Conocí a su tío en 1944. Claro que la nuestra fue una relación bastante superficial…

—¡Pobrecillo! Se está haciendo muy viejo. No oye nada casi, ¿sabe?

—Ha transcurrido mucho tiempo desde el día en que nos conocimos. Lo más probable es que no recuerde nada acerca del episodio. Fue un asunto de espionaje en el que tuvo que ver mucho cierto invento y sus posteriores aplicaciones. Debido ese invento al ingenio de sir Roderick. Espero que me recibirá de buena gana.

—¡Oh! Estoy segura de que sí… En determinados aspectos, el pobre lleva una vida muy aburrida actualmente. Tengo que ir tantas veces a Londres. Estamos buscando allí una casa que nos convenga —la señora Restarick suspiró, añadiendo—. La gente vieja es difícil de barajar, en ocasiones.

—Me consta —declaró Poirot—. Con harta frecuencia, yo también resulto difícil, señora.

Ella sonrió.

—¡Oh, no! ¿Pretende usted ser una persona de edad?

—Eso me han dicho, alguna que otra vez —Poirot suspiró—. Las chicas, ¿sabe? —añadió con lúgubre expresión.

—Pues eso es una descortesía. No me extraña, sin embargo. A nuestra hija no le costaría ningún trabajo tener una salida de ese

tipo.

—¡Ah! Tiene usted una hija…

—Sí. Bueno, es hijastra.

—Me alegrará mucho conocerla —dijo Poirot cortésmente.

—¡Oh! No se encuentra aquí ahora. Está en Londres. Trabaja allí.

—Hoy la mayoría de las jóvenes se colocan.

—Ésa es la tendencia general, sí —dijo la señora Restarick—. Incluso después de casadas, las mujeres de esta generación acaban volviendo a sus empleos en las empresas industriales o en los colegios o institutos.

—¿A usted no han conseguido convencerla en este sentido, señora?

—No. Yo me crié en África del Sur. Vine a este lugar con mi esposo hace tiempo… Este ambiente todavía me resulta algo extraño.

La señora Restarick dispensó a los alrededores una mirada de la que estaba ausente toda huella de entusiasmo. Habían penetrado en una habitación provista de muebles caros, pero de tipo convencional, carentes de personalidad. Colgaban de los muros dos grandes retratos, el único toque individual. En el primero se veía a una mujer de finos labios, embutida en un vestido de noche de terciopelo gris. En la pared opuesta se descubría a un hombre de treinta y tantos años de edad, dotado de un aire de contenida energía.

—Supongo que a su hija le parece aburrido el campo.

—Sí. A ella le va mejor Londres. No le gusta esto, desde luego… —la señora Restarick hizo una pausa brusca, añadiendo, como si le estuvieran sacando las palabras—: Tampoco le gusto yo…

—Eso es imposible —manifestó Poirot, galante.

—Está usted en un error. Antes bien, es lo que sucede normalmente en situaciones familiares como la nuestra. A las muchachas les suele costar trabajo aceptar la autoridad de una madrastra.

—¿Quería mucho a su madre, la chica?

—Es lógico pensar que sí. Resulta difícil entenderse con ella. Claro que ya me imagino que con cualquier otra me habría pasado

lo mismo.

Poirot suspiró antes de contestar.

—Actualmente, se nota un gran descenso de la autoridad paternal. No ocurre lo que en otros tiempos.

—Así es.

—No me agrada hablar de este modo, señora, pero… ¿verdad que las muchachas modernas no se muestran muy exigentes a la hora de escoger sus amistades masculinas?

—En este aspecto, Norma ha sido una gran preocupación para su padre. Sin embargo, yo creo que quejándonos no hacemos nada. Todos hemos de vivir nuestros personales desengaños para ir adquiriendo experiencia. Bueno… He de llevarle a donde está tío Roddy… Ocupa una habitación de las de la planta superior.

Salieron de la habitación. Poirot, que seguía a la dueña de la casa, volvió la cabeza. Un cuarto que no decía nada, que carecía de carácter, si no pensaba en los dos retratos. Guiándose por el vestido de la dama, Poirot se figuró que ya tenía algunos años. ¿Sería aquélla la primera señora Restarick? A Poirot su figura no le pareció muy agradable…

—Esos retratos son magníficos, señora.

—Sí. Son obras de Lansberger.

Lansberger había estado de moda como retratista veinte años atrás, siendo entonces un artista caro. Su meticuloso naturalismo ya no gustaba y después de su muerte dejóse casi de hablar de él. Se hablaba desdeñosamente de sus modelos tal como Lansberger los viera, pero Poirot no se había dejado llevar de los juicios de última moda, sospechando que detrás de los sencillos rasgos exteriores que el pintor fijaba con extrema facilidad había una buena dosis de ironía cuidadosamente disimulada.

Al empezar a subir las escaleras, siempre delante de Poirot, la señora Restarick dijo:

—Hace poco que fueron desembaladas… Se procedió a una primera limpieza, pero…

Guardó silencio de pronto, quedándose inmóvil, con una mano apoyada en la barandilla.

En lo alto de la escalera se había movido algo… Tenían ahora delante una figura extraña, incongruente. Parecía alguien que se

hubiese echado encima un disfraz, una persona que ciertamente, no le iba a la casa.

Sin embargo, la figura en cuestión tenía bastante de familiar para Poirot. Habíase encontrado con ella a menudo por las calles de Londres e incluso en algunas reuniones. Tratábase de un representante de la última generación. Vestía chaqueta negra, un complicado chaleco de terciopelo, pantalones ajustados… Sobre la nuca le caían unos rizos de cabellos castaños. Era una persona exótica y bella… Se necesitaban unos segundos de inspección para determinar su sexo.

—¡David! —exclamó Mary Restarick, muy seria—. ¿Qué demonios haces aquí?

El joven no se quedó desconcertado por la pregunta, ni mucho menos.

—¿La he asustado? —inquirió—. Lo siento.

—¿Qué haces aquí, en esta casa? ¿Has venido con Norma?

—¿Con Norma? No. Esperaba encontrarla aquí.

—¿Que esperabas encontrarla aquí? ¿Qué quieres decir? Norma está en Londres.

—¡Oh, no! No está en Londres. Al menos no se halla en el número sesenta y siete de Borodene Mansions.

—¿Quieres explicarme qué significa eso?

—De acuerdo. Al ver que no había regresado, después de su fin de semana, me imaginé que lo más seguro era que se hubiese quedado. Vine para ver qué era lo que le había sucedido.

—Salió de aquí el domingo por la noche, como de costumbre —la señora Restarick añadió, muy enfadada—: ¿Por qué no tocaste el timbre? ¿Por qué no nos hiciste saber que te encontrabas aquí? ¿Qué haces vagando por la casa?

—Señora: usted está pensando en estos momentos que yo me proponía robarle los cubiertos o algo semejante. Nada tiene de particular esto de entrar en una casa en pleno día. ¿Qué es lo que hay de sorprendente en eso?

—Bien… Nosotros somos gentes anticuadas y nos desagradan tales hábitos.

—¡Santo Dios! —suspiró David—. ¡Cuántas palabras por nada! Señora Restarick: como veo que usted no me da la bienvenida

precisamente y que además ignora el paradero de su hijastra, creo que lo mejor será que me marche. ¿Quiere que me vuelva los bolsillos del revés antes de salir?

—No digas tonterías, David.

—Adiós, entonces.

El joven bajó unos peldaños, agitando una velluda mano en señal de despedida. Seguidamente, se encaminó hacia la puerta de la entrada, que estaba abierta.

—Es una criatura horrible ese David —comentó Mary Restarick con un dejo rencoroso que sobresaltó a Poirot—. No puedo soportarlo. Es que no lo aguanto. ¿Por qué razón está Inglaterra llena de tipos de esa clase?

—¡Bah! No haga caso, señora. Se trata de una simple moda… Y siempre ha habido modas. En el campo apenas se aprecia la evolución de estas. Tales fenómenos son más perceptibles en Londres.

—Es espantoso, verdaderamente espantoso —dijo Mary—. Veo a esos individuos exóticos, afeminados…

—¿No ha caído en la cuenta de que recuerda mucho a las figuras de Van Dyck? De la cabeza de David, en un dorado marco, con un cuello de encaje, no se atrevería a decir que es algo afeminado o exótico…

—No sé como se ha atrevido a presentarse aquí de esta manera. Andrew se habría puesto furioso. Se siente inquieto. Las hijas traen innumerables preocupaciones. Es probable que Andrew no conozca a Norma muy bien. Siendo ella una niña se fue al extranjero. La madre se encargó de su educación y ahora se encuentra frente a un auténtico rompecabezas. A mí me ocurre lo mismo. Tengo que pensar forzosamente que es una muchacha sumamente extraña. Sobre estas chicas, hoy en día las madres no ejercen la menor autoridad. Norma siente pasión por David Baker. No se puede hacer nada. Andrew le prohibió que pusiera los pies en esta casa y ya ve lo que ocurre: se planta aquí dentro tranquilamente. Me parece… Me parece que lo mejor será evitar que Andrew se entere de su visita. No quiero verle más preocupado. Creo que esa chica anda con él por Londres. Indudablemente habrá otros jóvenes por el estilo… Claro, los hay peores todavía. Estoy pensando en los que no

se lavan, en los que se dejan la barba y visten sucios y raros trajes.

Poirot dijo, animoso:

—Por Dios, señora. No dé tanta importancia a esas cosas. Las tonterías de la primera edad acaban quedándose atrás.

—Eso espero. De todos modos, Norma es una chica auténticamente difícil de gobernar. Yo opino que no está muy bien de la cabeza. ¡Es un carácter tan especial! Sus aversiones, sus antipatías…

—¿Qué me dice?

—Norma me odia. Es verdad, me odia. ¿Por qué ha de ser así? Ya me imagino que querría mucho a su madre, pero, ¿qué tiene de particular que su padre volviese a casarse?

—¿Está usted convencida de que la odia?

—Naturalmente que sí. Tengo pruebas de ello. Cuando decidió marcharse a Londres sentí un gran descanso. Yo no quería que hubiese disgustos por mi causa…

La señora Restarick se calló de pronto. Parecía haberse dado cuenta por vez primera de que estaba hablando con un desconocido, con un extraño.

Poirot poseía la cualidad de suscitar confidencias. Sus interlocutores, en estos casos, hablaban y hablaban como si le hubiesen conocido toda la vida…

Ella dejó oír ahora una breve risita.

—¡Dios mío! —exclamó luego—. No sé por qué le estoy contando todo esto. En todas las familias hay problemas. ¡Pobres madrastras! Nosotras no solemos pasarlo bien en el plano de las relaciones con los hijos del marido. ¡Ah! Ya hemos llegado…

Llamó con las nudillos a una puerta.

—¡Adelante, adelante!

Aquello fue un rugido estentóreo.

—Tiene usted una visita, tío —dijo Mary Restarick, al entrar en la habitación.

Poirot la seguía.

Un hombre ya anciano, de ancha espalda y cuadrada faz, muy roja y de expresión irritada, que había estado paseando por el cuarto, se plantó frente a ellos. Detrás de él había una mesa. Una chica, sentada a la misma, clasificaba cartas y otros papeles.

Inclinaba sobre ellos su menuda y morena cabeza…

—Le presento a monsieur Hércules Poirot, tío Roddy —dijo Mary Restarick.

Poirot avanzó con naturalidad.

—¡Ah, sir Roderick! Han transcurrido muchos años desde la última vez que nos vimos… Hay que volver al pasado y detenernos en la última guerra. Yo me encontraba en Normandía… Recuerdo que allí estaban también el coronel Race, el general Abercromby, el mariscal del aire, sir Edmund Collingsby… ¡Y qué decisiones nos vimos obligados a tomar! ¡Cuantos obstáculos hubimos de vencer! ¡Ah! Ya no tenemos por qué ser reservados. Me acuerdo de cuando fue desenmascarado aquel agente secreto que tanto trabajo nos dio por espacio de mucho tiempo… ¿No se acuerda? Le hablo del capitán Henderson.

—¡Oh, claro! ¡El capitán Henderson! ¡Maldito cerdo! ¡Desenmascarado!

—Puede que usted no se acuerde de mí, de Hércules Poirot.

—¿No voy a acordarme? Sí, sí, hombre… Qué a punto estuvimos ahí de… Usted era el representante francés, ¿verdad? ¿No había dos? Ahora no logro recordar el nombre del otro. Siéntese, siéntese… No hay nada tan grato como hablar de los viejos tiempos.

—Temía que no se acordase de mí o de mi colega: monseñor Giraud.

—Pues se equivoca: me acuerdo de los dos. ¡Ah! Aquello era vivir, sí, señor.

La joven de la mesa se levantó. Cortésmente, acercó una silla a Poirot.

—Eso es, Sonia, eso es —dijo sir Roderick—. Permítame que le presente a mi encantadora secretaria. No puede usted imaginarse lo que esta muchacha representa para mí. Me ayuda constantemente, ordena y archiva mis papeles… Sin ella no sabría qué hacer.

Poirot se inclinó en una ceremoniosa reverencia.

—*Enchanté*, señorita —murmuró.

A modo de réplica, la chica susurró unas palabras. Era una menuda persona, de negros y abundantes cabellos. Parecía tímida. Sus ojos, de un matiz azul oscuro, se hallaban casi siempre fijos en el suelo. Sonrió dulcemente al oír las palabras de sir Roderick.

Éste le dio varias palmaditas en un hombro.

—No sabría qué hacer sin ella —repitió—. De veras.

—Sir Roderick exagera —protestó la muchacha—. Como secretaria no soy tan eficiente como él afirma. Por ejemplo: no soy capaz de escribir a mucha velocidad en la máquina.

—Tu velocidad me basta, querida. Además, eres mi memoria también. Y asimismo, mis ojos y oídos, y una gran cantidad de cosas más.

Sonia sonrió nuevamente.

—Yo me acuerdo ahora —dijo Poirot—, de algunos hechos sobresalientes de aquel tiempo. En realidad, no sé si la gente exagera o no. Así, el día que le robaron a usted el coche.

Poirot prosiguió fluidamente con aquella historia.

Sir Roderick estaba encantado.

—Sí, sí. Siempre hubo tendencia hacia la exageración. Pero en el fondo el incidente sé desarrolló tal cual usted acaba de referirlo. Es fantástico que usted se acuerde de él habiendo transcurrido tanto tiempo. Yo podría referirle ahora otro mucho más sabroso…

Ni corto ni perezoso, sir Roderick se lanzó a contarle otra historia.

Poirot le escuchaba atentamente. Al final hizo un simulacro de aplauso cariñoso. Luego se puso en pie.

—No debo entretenerle más, sir Roderick —manifestó—. Veo que está usted entregado a un trabajo importante… Es que pasé casualmente por aquí y estimé que debía presentarse mis respetos. Los años pasan sí, pero usted no ha perdido su antiguo vigor, su gusto por la vida.

—Pues sí… Es posible que tenga usted razón, amigo mío. Ahora, no se exceda en sus cumplidos, por favor…, me figuro que me aceptará una taza de té. Mary no tendrá inconveniente en preparárnoslo, quizás —el anciano miró a su alrededor—. ¡Oh! Se ha marchado. Buenísima muchacha.

—Sí. Y muy bella. Por espacio de muchos años ella habrá sido un gran consuelo para usted.

—¡Oh! La boda tuvo lugar recientemente. Se trata de la segunda esposa de mi sobrino. Voy a serle franco. De este sobrino mío, de Andrew, nunca hice mucho caso… No le veía un hombre sentado.

Se me antoja demasiado inquieto. Mi sobrino favorito era su hermano Simon, mayor que él. Claro que tampoco le conocía muy bien…

»Por lo que a Andrew respecta he de señalar que se portó muy mal con su primera mujer. Se fue, se ausentó, ¿sabe? Se marchó con una compañía nada recomendable. Todo el mundo sabía de ella. Sin embargo, él estaba enamorado. Todo terminó en un año o dos. El muy necio… De esta esposa no se puede afirmar nada desfavorable, por lo que hasta el momento he visto. Bueno. Simon era un individuo de más peso. Un tanto sombrío y aburrido, no obstante, para mi gusto. No puedo decir que me sintiera satisfecho cuando mi hermana entró a formar parte de la familia. Un matrimonio de conveniencia, ¿sabe? Gente rica… Pero el dinero no lo es todo… Todos los míos se han ido casando con personas afectas a los servicios. Nunca supe nada de los Restarick.

—Tienen una hija, según me han informado. Una amiga mía la conoció casualmente la semana pasada.

—¡Oh! Usted habla de Norma. Una estúpida. Anda por ahí embutida en unas ropas terribles, en compañía de un joven que nada más verlo repugna. Si. Ahora estos tipos se prodigan. Los muchachos se dejan crecer el pelo. Se dejan llamar de varias maneras también: «beatles» gamberros, etcétera. No puedo entenderme con ellos. Prácticamente, hablan un lenguaje extranjero. Pero nadie se molesta en escuchar las críticas de los que poseemos más edad y experiencia. Así vamos todos… Incluso Mary… Pienso, sin embargo, que terminará siendo víctima del histerismo… Su salud… Se ha hablado de que la visita al hospital es siempre conveniente, tanto para someterse a observación como para otra cosa similar. ¿Y si bebiéramos algo? ¿Un whisky? ¿No? Espérese unos minutos y tomaremos té.

—Gracias, pero estoy en casa de unos amigos y…

—Bueno. He de decirle que su visita me ha resultado muy grata. Uno disfruta recordando ciertas cosas ocurridas hace tantos años. Sonia, querida, ten la amabilidad de acompañar a monsieur… Lo siento. No recuerdo su nombre… Se me ha vuelto a olvidar. ¡Ah, sí! Poirot. Acompáñalo hasta donde esté Mary, ¿quieres?

—No, no —Hércules Poirot se apresuró a desechar su

ofrecimiento—. Ya he molestado bastante a la señora Restarick. Descuide… Sabré dar con la salida perfectamente. Ha sido para mí un gran placer volver a verle.

Poirot abandonó con estas palabras la habitación.

Sir Roderick, una vez hubo salido él dijo:

—No tengo la menor idea de quién puede ser este hombre…

—¿Que no sabe quién es? —inquirió Sonia, mirándole sobresaltada.

—La verdad es que no recuerdo a la mitad de las personas que vienen a verme y que hablan conmigo actualmente. Desde luego, tengo que aparentar lo contrario muchas veces. Uno ha aprendido a salir de esos trances… Es lo que suele suceder en muchas reuniones. Llega una persona y dice: «Es posible que usted no se acuerde de mí ya… Nos vimos por última vez en el año 1939». Y yo contesto: «Naturalmente que le recuerdo», pero es mentira. Estar medio ciego y sordo supone una desventaja considerable. Hacia el final de la guerra tuve que trabar relación con numerosos personajillos de distintas procedencias. Se me han olvidado los nombres y las caras de más de la mitad de esos individuos. ¡Oh claro! Aquí no cuenta eso… Este hombre me conocía y yo he recordado a la gente que estuvo mencionando. La historia del coche robado no es ninguna invención, sí; eso sí hubo alguna exageración al aludir al tema en aquella época. Bien. Espero que no se haya dado cuenta de que no le he reconocido. Yo diría que es un sujeto inteligente. Me ha parecido, sin embargo, excesivamente remilgado. Habla haciendo demasiados aspavientos y reverencias… ¿Dónde habíamos quedado, Sonia?

Sonia cogió una carta, entregándosela. Con gesto tímido, le ofreció las gafas, que él rechazó de plano inmediatamente.

—¿Y para qué quiero yo esto? ¡Si veo perfectamente sin ellas!

Entornó los párpados, mirando con atención el papel que tenía delante. Finalmente, se dio por vencido, devolviendo a la joven el escrito…

—Tal vez sea mejor que me lo leas…

Sonia obedeció. Su voz era clara y suave.

Capítulo V

Hércules Poirot se detuvo en el descansillo un momento, inclinando la cabeza con expresión atenta. No llegó a sus oídos ningún ruido procedente de la parte baja de la casa. Acercóse a una ventanilla lateral, por la que asomó la cabeza. Mary Restarick se encontraba en la terraza, ocupada con sus labores de jardinería. Poirot sonrió, satisfecho.

Se deslizó a lo largo de un pasillo. Una tras otra, fue abriendo las puertas. Un cuarto de baño, un armario guardarropa, una pieza de dos camas, una habitación individual, un dormitorio femenino con una cama de matrimonio (¿de Mary Restarick?), etcétera. La habitación contigua debía de pertenecer a Andrew Restarick. Poirot cambió de orientación… La primera puerta que abrió correspondía a otro cuarto individual. Se figuraba que éste no era ocupado continuamente sino en los fines de semana, quizás. Encima de la cómoda había unos cepillos. Poirot volvió a quedarse inmóvil, escuchando atentamente. Luego, comenzó a avanzar de puntillas. Abrió un armario. Contenía algunas ropas, prendas adecuadas para el campo.

Había una mesita-escritorio sin nada encima. Abrió los cajones con infinitas precauciones. Halló diversas cosas, entre ellas un par de cartas. Pero su autor se refería en estos papeles, a asuntos triviales y la fecha quedaba ya bastante atrás. Cerró los cajones con el mismo cuidado con que los abriera. Poirot se encaminó hacia la puerta, saliendo del edificio para despedirse de la señora Restarick. Rechazó cortésmente su ofrecimiento de una taza de té. Tenía que tomar un tren que partía del lugar poco más tarde.

—¿No quiere usted servirse de un taxi? Podría hacer venir uno llamando por teléfono. ¿Quiere que le acerque en mi automóvil?

—No, no, señora, ¡por Dios! Es usted muy amable.

Poirot regresó al poblado y bajó por la calle situada junto a la iglesia. Después cruzó un pequeño puente por debajo del cual discurría una corriente de agua sin importancia. Bajo un árbol vio un gran coche y su chófer al volante… El hombre le abrió la portezuela. Poirot se acomodó en su asiento, apresurándose a quitarse los zapatos, no sin suspirar, aliviado.

—Ahora ya podemos volver a Londres —dijo.

El chófer cerró la portezuela, regresó a su sitio y puso el motor en marcha. La visión de un joven apostado junto a la carretera, extendiendo expresivamente el pulgar de su mano derecha en el sentido de la marcha, no era nada extraña. Los ojos de Poirot descansaron con indiferencia casi en aquel miembro de la moderna humanidad, un muchacho vestido con ropas chillonas, de largas y exóticas melenas. Poirot se irguió rápidamente al quedar a su altura, hablando entonces al conductor.

—Pare usted un momento, por favor. Dé marcha atrás… Allí hay alguien que desea subir a nuestro coche.

El chófer volvió la cabeza, mirando a Poirot, incrédulo. No habría esperado nunca una petición semejante de labios de aquél. Pero Poirot hacía repetidas señales afirmativas, moviendo la cabeza, de manera que tuvo que obedecer.

El joven llamado David avanzó hacia la portezuela.

—Creí que no pensaba detenerse —dijo, risueño—. Muchas gracias, ¿eh?

Una vez sentado desprendió de sus hombros un paquete que llevaba sujeto a ellos deslizándose hasta el piso del vehículo. Seguidamente, se alisó los cabellos, que tenían el mismo color que el cobre.

—Así pues, me reconoció.

—Va usted vestido de una manera tan especial…

—Es verdad. Pero sólo soy uno más entre los nuestros.

—Me recuerdan la escuela de Van Dyck. Son muy vistosas sus prendas.

—¡Oh! Jamás me ha preocupado eso. Pues sí es posible que haya bastante de verdad en lo que me dice.

—Debiera complementar su atuendo con un sombrero de ala

ancha —opinó Poirot—. Y un cuello de encajes. No tome a mal, sin embargo, estos consejos.

—No creo que lleguemos tan lejos —el joven se echó a reír—. ¡Hay que ver! ¡Y qué mal encaja la señora Restarick mis cosas! Yo también siento por ella una profunda antipatía. Claro que esa gente me tiene sin cuidado. Existe algo particularmente repulsivo en las personas y bienes de los magnates industriales, ¿no cree?

—Depende del punto de vista aceptado. Según tengo entendido usted, por ejemplo, ha hecho objeto de muchas atenciones a la hija…

—Una bonita frase, sí, señor —dijo David—. Pero en esas atenciones sólo hay que ver el cincuenta por ciento de las intercambiadas por nosotros. Yo no le soy indiferente a la chica…

—¿Dónde para ahora esa señorita?

David volvió el rostro con fijeza hacia su interlocutor.

—¿Y por qué razón me hace esa pregunta?

—Me gustaría conocerla, hablar con ella —repuso Poirot, encogiéndose de hombros.

—No creo que ella pueda agradarle mucho más que yo. Norma está en Londres…

—Pero usted le dijo a su madrastra…

—¡Oh! A las madrastras no se les cuenta todo siempre.

—¿En qué parte de Londres?

—Trabaja como decoradora de interiores en «King's Road», por Chelsea. No acierto a recordar el nombre del establecimiento en estos instantes. No estoy seguro si es «Supan Phelps»…

—Pero ella no vive allí, supongo. ¿No tiene usted sus señas?

—Sí que las tengo. Habita en un gran bloque de pisos. No acierto a entender que le lleva a interesarse por…

—¡Hay tantas cosas que suscitan mí interés!

—¿Qué quiere decirme con eso?

—¿Qué es lo que le llevó a usted a esa casa hoy? Se llama «Crosshedges», ¿no? Una vez ante la vivienda penetró en ella procurando que nadie le viese, echando a andar luego escaleras arriba…

—Admito que utilicé la puerta posterior para entrar.

—¿Qué buscaba en el piso?

—Eso era cosa mía. No quisiera mostrarme brusco, pero… ¿no estará usted profundizando demasiado?

—Sí. Intento satisfacer mi curiosidad. Desearla saber dónde para la muchacha concretamente.

—Me hago cargo. Los buenos de Andrew y Mary (que Dios confunda), han contratado sus servicios, ¿verdad? ¿Es que intentan localizar a la chica?

—Me parece que todavía no la echan de menos.

—Alguien le ha hablado para que se ocupe de eso.

—Es usted una persona extraordinariamente observadora —murmuró Poirot.

Éste se recostó tranquilamente en su asiento.

—Me he estado preguntando qué se proponía —manifestó David —. Por tal motivo me aposté en la cuneta, haciéndole señas. Esperaba que se detuviese para conseguir algunas explicaciones. Norma es mi novia. Me imagino que usted lo sabe.

—Di por descontado tal hecho —contestó Poirot cautelosamente —. En ese caso, usted tiene que conocer su paradero. De no ser así… Ahora caigo en la cuenta de que sólo conozco su nombre de pila: David.

—Baker es mi apellido.

—Señor Baker: ¿no habrán reñido ustedes?

—No. No hemos reñido. ¿Por qué ha de pensar usted eso?

—¿Cuándo salió Norma Restarick de «Crosshedges»? ¿El domingo por la noche o el lunes por la mañana?

—Depende… Hay un autobús a primera hora. En él se llega a Londres poco después de las diez. Ese medio de comunicación le haría llegar tarde al trabajo. El retraso no sería considerable, sin embargo. Lo habitual es que ella emprenda el regreso en la noche del domingo.

—Norma salió el domingo por la noche, pero no ha llegado todavía a Borodene Mansions.

—Por lo visto no. Es lo que Claudia asegura.

—Y esa señorita… La señorita Reece-Holland… (así se llama, ¿verdad?) ¿se mostró sorprendida o preocupada?

—¡Santo Dios! No. ¿Por qué había de estar sorprendida o preocupada? Esas chicas no tienen costumbre de espiarse

mutuamente.

—Pero usted pensó que volvería allí, ¿no?

—Es que tampoco hizo acto de presencia en su trabajo.

—¿Está usted preocupado señor Baker?

—No. Naturalmente… Bueno, ¡que me aspen si lo sé! No acierto a ver razón alguna por la cual yo deba estar preocupado… El tiempo pasa, sin embargo. ¿Qué es hoy? ¿Jueves?

—¿No han tenido ustedes ningún disgusto?

—No. No hemos reñido.

—Pero a usted le preocupa Norma, ¿verdad señor Baker?

—¿Y qué le importa a usted eso?

—No es que me importe. Ahora bien, en la casa se ha promovido un conflicto. Ella no siente la menor simpatía por su madrastra.

—Cierto. Esa mujer es una bruja. Es dura como una piedra. A su vez, no quiere a Norma.

—Ha estado enferma, ¿no? Tuvo que ir a un hospital…

—¿De quién me habla? ¿De Norma?

—No. Le estoy hablando de la señora Restarick.

—Creo que ha visitado una clínica. Podía habérselo ahorrado. Tiene la fortaleza de un caballo.

—Y la señorita Restarick odia a su madrastra.

—A Norma le he notado en ocasiones una indudable falta de equilibrio. Le diré que lo corriente es que las chicas odien a sus madrastras.

—Las cuales, invariablemente, se sienten trastornadas. ¿Hasta el punto de verse obligadas a recluirse en un hospital?

—¿A dónde diablos quiere usted ir a parar?

—Al arte de la jardinería, quizá deteniéndome en la utilización de los herbicidas…

—¿Qué quiere dar a entender? ¿Sugiere que Norma… qué pensó en…?

—Habladurías de la gente —dijo Poirot—. Ya sabe usted lo que pasa… Los vecinos observan… murmuran…

—¿Sugiere que alguien ha dicho que Norma intentó envenenar a su madrastra? ¡Eso es absurdo! ¡Totalmente absurdo!

—Convengo que es muy improbable —anunció Poirot—. En realidad, la gente no hace afirmaciones de esa clase.

—¡Oh! Lo siento. He entendido mal… Pero, bueno, ¿qué ha pretendido significar?

—Mi querido señor Baker: ha de saber que circulan por ahí rumores y éstos se refieren casi siempre a la misma persona: a un esposo.

—¿Qué? ¿A Andrew? ¿A ese pobre viejo? Menos probable todavía que lo anterior.

—Sí, sí. Yo soy de la misma opinión.

—Perfectamente. ¿Qué hacía usted allí entonces? Usted es un detective, ¿verdad?

—Sí, sí.

—¿Entonces?

—Yo no fui allí con el propósito de efectuar indagaciones sobre un caso probable de envenenamiento. Habrá de perdonarme, ya que no me es posible responder a su pregunta. Todo es muy reservado, comprenda.

—No consigo entenderle una palabra de lo que me dice.

—Fui allí con el fin de ver a sir Roderick Horsefield.

—¿A ese viejo? Es un chiflado, prácticamente.

—Es un hombre que conoce muchos y grandes secretos —aclaró Poirot—. No es que yo sostenga que en la actualidad tome parte activa de esas cosas. Sabe mucho, sin embargo. Durante la pasada guerra tuvo relación directa con acontecimientos de enorme trascendencia. Conoció a muchas personas…

—Ya ha llovido desde entonces.

—Sí, conforme. Su actuación pertenece al pasado. Ahora bien, existen detalles que, de ser conocidos, serían sumamente útiles.

—¿Qué clase de detalles?

—Unos rasgos faciales, por ejemplo —dijo Poirot—. Una faz que sir Roderick fuese capaz de identificar… Quien habla de pronunciar, de andar, de hacer demasiados gestos. Hay que apreciar en lo que vale la memoria de los viejos. Éstos no recuerdan bien lo que ha sucedido la semana pasada, el último mes o año… Suelen recordar lo ocurrido… veinte años atrás, digamos. Y a su memoria puede acudir la imagen de alguien que no desea ser recordado. Así es como se encuentran en condiciones de aludir a cierto hombre, o a cierta mujer, o algo en que anduvieron mezclados… Ya ve: me

expreso de una manera muy vaga. Fui a él en busca de información.

—¿Que usted fue a verle con el propósito de obtener una información? Ese viejo chiflado dando… ¿Y qué? ¿La obtuvo?

—Me limitaré a señalar que me siento completamente satisfecho.

David no apartaba los ojos del rostro de Poirot.

—Veamos, veamos… ¿De veras deseaba usted entrevistarse con el viejo? ¿No pretendería más bien echar una ojeada a la muchachita que le acompaña a todas horas? ¿Quería averiguar qué hacía ella concretamente en la casa? Una o dos veces me lo he preguntado yo mismo… ¿Cree usted que se colocó en casa para sacarle informaciones al anciano?

—Me parece que no vamos a llegar a ninguna conclusión positiva discutiendo estas cosas. Es, sin duda, una criatura muy adicta y atenta… ¿Qué puesto desempeña? ¿El de secretaria, quizá?

—Viene a ser una mezcla de enfermera, secretaria, señorita de compañía y simple servidora. Su cargo ofrece muchas facetas. El viejo la quiere muchísimo. ¿No lo ha notado?

—Es muy natural, tal como está planteado todo —contestó Poirot, muy serio.

—Puedo señalarle una persona a la que la muchacha no hace la menor gracia: nuestra amada Mary.

—La chica sentirá idéntica antipatía por ella.

—Así, pues, eso es lo que piensa, ¿eh? —inquirió David—. Usted se figura que Sonia siente aversión por Mary Restarick… Es posible que haya llegado a imaginarse que la joven realizó algunas averiguaciones con el fin de saber dónde era guardado el herbicida. ¡Bah! Todo eso es ridículo. Bien. Gracias por haberme recogido. Voy a quedarme aquí, si me lo permite.

—¡Aja! ¿A este punto se dirige usted? Nos encontramos a once kilómetros, aproximadamente, de Londres, todavía.

—Voy a apearme aquí, no obstante. Adiós, señor Poirot.

—Adiós.

Poirot se recostó cómodamente en su asiento en el momento en que David cerraba la portezuela del automóvil.

* * *

La señora Oliver iba de un lado a otro de su cuarto de estar. Se sentía muy excitada. Una hora atrás había empaquetado un original mecanografiado que terminara de corregir. Disponíase a enviárselo a su editor, quien hacía tiempo que lo esperaba ansiosamente, cosa que ponía de manifiesto cada tres o cuatro días, con sus llamadas telefónicas o escritos a modo de recordatorios.

—Ahí tiene usted —dijo Ariadne, dirigiéndose al vacío, viendo en éste con los ojos de la imaginación la figura de su editor—. Ahí lo tiene… Espero que le guste. A mí me hace muy poca gracia. Hay más: ¡se me antoja detestable! Yo creo que usted todavía no sabe si lo que yo escribo es bueno o malo. Ya está advertido. Le dije que no valía nada. Y usted me respondió: «¡Oh, no! No puedo creer eso ni por un momento».

«Espere… Ya verá… —añadió la señora Oliver con aire vengativo—. Espere y verá…».

Abrió la puerta llamando a Edith, su doncella, en cuyas manos puso el paquete, diciéndole que tenía que ser entregado en la estafeta de correos inmediatamente.

«Y ahora —se preguntó la señora Oliver—, ¿qué voy a hacer? ¿Cómo voy a matar el tiempo?».

Empezó a ir de un lado para otro de nuevo.

«Sí —pensó—. Me gustaría ver en el empapelado pájaros tropicales y otras cosas semejantes en lugar de las cerezas de éste… Con los otros dibujos yo me sentía en ocasiones en medio de un bosque de los trópicos. ¡Me sentía leona, o tigresa, o la hembra del leopardo y el orangután! ¿Qué sensación puedo experimentar entre esas cerezas? Todo lo más, en medio de este huerto artificioso, puedo llegar a creerme una especie de espantapájaros».

Tornó a mirar a su alrededor.

«Debiera comenzar a lanzar gorjeos, como cualquier avecilla. Sí. Eso es lo que debiera estar haciendo ya —se dijo sombríamente—. Comiendo cerezas… Me gustaría que fuese la época adecuada del año para comer cerezas. Me pregunto si…».

Descolgó el teléfono.

—Me aseguraré de ello, señora —contestó al otro extremo del hilo telefónico George, correspondiendo a su pregunta.

Luego escuchó otra voz.

—Hércules Poirot a sus órdenes, señora Oliver.

—¿Dónde ha estado usted? Estuvo por ahí durante todo el día. Supongo que visitaría a los Restarick. ¿Ha sido así? ¿Vio usted a sir Roderick? ¿Qué averiguó concretamente?

—Nada —respondió Hércules Poirot.

—¡Oh! ¡Qué aburrimiento!

—Pues no, señora Oliver. No creo que la cosa tenga nada de aburrida. Estimo, en cambio, muy sorprendente que yo no consiguiera descubrir nada de particular.

—Sorprendente… ¿Por qué? No comprendo…

—Tal conclusión, mi querida amiga, no se halla de acuerdo con el planteamiento de los hechos. Puede ser que haya algo inteligentemente ocultado. He aquí otro detalle de sumo interés. A propósito, la señora Restarick no sabía que la muchacha estaba siendo echada de menos.

—Quiere usted significar entonces que no tiene nada que ver con la desaparición de la chica, ¿verdad?

—Así es, por lo visto. Hablé con el joven.

—¿Se refiere usted a ése que cae mal a todo el mundo?

—En efecto, estoy aludiendo a ese desagradable muchacho.

—¿Le juzga usted, personalmente, desagradable?

—¿Desde qué punto de vista?

—Desde el que puede adoptar una chica, no, por supuesto.

—Estoy seguro de que la que vino a verme se habría sentido encantada con él.

—¿No se puede calificar a ese sujeto de horroroso?

—Por el contrario; su rostro podría calificarse de bello —respondió Hércules Poirot.

—¿Sí? —inquirió la señora Oliver—. A mí los hombres bellos no me han gustado jamás.

—Las jovencitas no piensan como usted.

—Tiene usted razón. A ellas no les llaman la atención los hombres de rasgos faciales correctos, de aspecto cuidado, bien vestidos y aseados. Ahora sus preferencias se inclinan por los tipos

de aspecto semejante a los que aparecen en las comedias de la época de la Restauración, de ser posible, muy sucios, como si se dispusieran a aceptar cualquier trabajo repulsivo…

—Al parecer, tampoco él conocía el paradero de la muchacha.

—O no quiso admitir su desaparición.

—Quizá. Se presentó allí en la casa, penetrando en la misma sin que nadie le viera. ¿Por qué razón procedió así? ¿Buscaba a la muchacha? ¿Iba detrás de alguna cosa?

—¿Usted cree que buscaba alguna cosa?

—Algo buscaba dentro de la habitación de la joven.

—¿Cómo lo sabe? ¿Le vio usted allí?

—No. Yo solamente le vi bajar las escaleras. Pero encontré una mancha de cieno en el cuarto de la muchacha, mancha que podía proceder de uno de sus zapatos. Es posible que la misma Norma le encargara que recogiese cualquier objeto… Cabe tal posibilidad, sí. Hay otra chica en esa casa, una chica muy linda, por cierto… Es probable que fuera a verla. Sí. Hay que pensar en eso también.

—¿Qué se propone ahora? —inquirió la señora Oliver.

—Nada —contestó Poirot.

—Eso es bien poco —manifestó Ariadne en tono de reproche.

—Me va a ser facilitada una información, tal vez. Hice un encargo. Ahora bien, es posible que este paso resulte infructuoso.

—Pero… ¿de veras que no piensa hacer nada?

—Hasta el momento oportuno, no.

—Yo sí me propongo actuar —anunció la señora Oliver.

—Por favor, sea prudente.

—¡Qué tontería! ¿Qué puede sucederme?

—Cuando se ha cometido un crimen puede salirnos al paso lo más inesperado. Eso se lo digo yo, señora Oliver. Hércules Poirot.

Capítulo VI

El señor Goby se sentó en una silla. Era un hombre menudo y encogido, de traza muy corriente.

Había fijado la mirada en una de las patas en forma de garra de una mesa muy antigua, a la que dirigía sus observaciones. Nunca concentraba su atención directamente en sus interlocutores.

—Me alegro de que consiguiera los nombres, señor Poirot —declaro—. De otro modo, ya se lo puede imaginar, habría necesitado más tiempo. En realidad, me he hecho de los datos principales, captando habladurías, expresivas por otro lado. Las murmuraciones son útiles para el informador. Comenzaré por Borodene Mansions, ¿le parece bien?

Poirot inclinó la cabeza, complacido.

—Hay muchos porteros allí —dijo el señor Goby, dirigiéndose ahora al reloj que ocupaba el centro de la repisa de la chimenea—. Empezando por allí, utilicé a dos jóvenes. Me resultaron caros, pero valía la pena. Disimulé por todos los medios la presencia del investigador empeñado en averiguar cosas muy concretas. ¿Uso las iniciales o menciono los nombres completos?

—Entre estas paredes, puede usted mencionar los nombres completos —respondió Poirot.

—La señorita Claudia Reece-Holland es una encantadora joven. Su padre es uno de los miembros del Parlamento. Un hombre ambicioso. Aparece en las páginas de los periódicos con frecuencia. No tiene otra hija. Trabaja como secretaria. Una muchacha seria. Nada de reuniones estrambóticas, ni bebidas, ni compañías dudosas… Comparte el piso con otras dos chicas. La segunda trabaja para la «Wedderburn Gallery», en la calle Bond. Un tipo cursi. Alterna con la gente de Chelsea. Va de un sitio para otro,

organizando exposiciones de arte.

»La tercera es la suya. No hace mucho tiempo que reside allí. Se opina, en general que anda algo *despistada*. No se insinúa nada grave. Pero se la tiene por persona un tanto vaga, indefinida. Uno de los porteros es extraordinariamente parlanchín. Una copa o dos y uno se queda sorprendido al observar la cantidad de cosas que es capaz de referir. Sabe quiénes son los que beben, los que toman drogas, los que pasan apuros a la hora de pagar el impuesto estatal sobre la renta, los que ocultan su dinero debajo de cualquier losa suelta… Desde luego, no puede tomarse todo lo que afirma como artículo de fe. El caso es que circuló cierta historia acerca de un revólver disparado una noche…

—¿Un revólver? ¿Resultó alguien herido?

—Hay dudas a ese respecto. Ese hombre cuenta que una noche oyó el estruendo de un disparo. Salió para ver qué pasaba y se encontró con la chica, la que a usted le interesa, plantada, inmóvil y con el revólver en la mano. Parecía hallarse aturdida. Después acudió corriendo una de sus amigas… Mejor dicho, no; se presentaron ambas. Y la señorita Cary (la cursi, ¿eh?) inquirió: «Norma, ¿qué demonios has hecho?». La señorita Reece-Holland intervino con gran viveza, para decirle: «Cállate, Frances. ¿Es que no sabes cerrar el pico? Vamos, no seas tonta». Quitando el arma a la muchacha («Dame eso»), la metió en el bolso… A continuación advirtió la presencia de este mozo, Micky, y dirigiéndose a él, riendo, agregó: «Usted debe de haberse llevado un buen susto, ¿eh?». Luego, la joven agregó: «Que no le preocupe este incidente. La verdad es que no teníamos la menor idea de que esta, arma estuviera cargada. Por manosearla ya ve usted lo que pasa…». Guardó silencio un instante, para recomendarle después. «Si alguien hace preguntas sobre lo sucedido diga que no es nada, que no tiene importancia…». Norma se dejó conducir por su amiga al ascensor y las tres subieron al piso de nuevo. Pero Micky seguía dudando. Entonces salió a dar una vuelta por el patio.

El señor Goby bajó los ojos. Ahora leía lo escrito en una de las páginas de su libro de notas:

—«Le diré… Encontré algo… ¡Sí! Hallé unos rastros húmedos. Seguro. Eran gotas de sangre. Las toqué con mis dedos. Voy a

decirle lo que pensé… Habían disparado sobre alguien… Y el hombre había huido. Subí al piso, preguntando si podía hablar con la señorita Holland. Voy y le digo: "Creo que alguien ha sido herido ahí abajo, señorita. He descubierto unas gotas de sangre en el patio." La muchacha me contestó: "¡Santo Dios! ¡Qué tontería! Eso a que usted alude procede quizá de una de las palomas que vuelan constantemente por el recinto." En seguida añadió: "Lamento que se haya asustado una vez más. Olvídelo." Inmediatamente, deslizó en mi mano un billete de cinco libras. ¡Cinco libras, nada menos! Naturalmente, tras aquello guardé silencio».

»Otro whisky más y surge el informe complementario: «¿Quiere que le dé mi opinión? Yo creo que esa chica le pegó un tiro al joven que la acompañaba siempre. Reñirían, seguramente y ella utilizó el revólver. Vamos, eso es lo que yo me figuro, ¿eh? Y se lo digo a usted solamente… Si otra persona me insinuara algo le diría que no sé de qué me habla…».

El señor Goby hizo una pausa.

—Muy interesante —comentó Poirot.

—Si. Pero existen muchas probabilidades también de que todo sea mentira. Parece ser que no hay ninguna otra persona que esté enterada de ese episodio. Se ha hablado, asimismo, de un puñado de gamberros que penetraron en el patio una noche, armando una verdadera trifulca, durante la cual salieron a relucir varias navajas…

—Me hago cargo —manifestó Poirot—. Otro posible origen de las manchas de sangre encontradas…

—Es posible, desde luego, que la chica riñera con el joven, amenazándole con disparar sobre él. Puede ser que Micky oyese algo o interpretara mal las cosas, especialmente si en aquel preciso instante fue puesto en marcha el motor de un vehículo.

Hércules Poirot suspiró.

—Eso podría explicar lo sucedido bastante bien.

El señor Goby pasó una de las hojas de su libro de notas, seleccionando su nuevo confidente. Esta vez optó por dirigirse a uno de los radiadores eléctricos.

—«Joshua Restarick Ltd». Una firma perteneciente a la familia. Cuenta ya más de un siglo. Está bien conceptuada en la *City*.

Siempre al tanto de sus obligaciones. No presenta nada espectacular. Fundada por Joshua Restarick en 1850. Comenzó a actuar después de la primera guerra mundial en el extranjero efectuando considerables inversiones, principalmente en África del Sur, África Occidental y Australia. Simon y Andrew Restarick… Los últimos miembros de la familia. Simon, el hermano mayor, murió hace cosa de un año, sin dejar ningún hijo. Su esposa había fallecido varios años antes. Andrew Restarick parece haber sido un individuo muy inquieto. No se entregó nunca de lleno al negocio, pese a poseer habilidad sobrada para llevarlo. Finalmente, huyó con una mujer, abandonando a su esposa y una hija que contaba entonces cinco años de edad. Trasladóse a África del Sur, Kenya, visitando otros lugares. No hubo divorcio. Su mujer falleció hace un par de años. Vivió como una inválida durante algún tiempo. Andrew Restarick viajó mucho y parece ser que siempre ganó dinero. Concesiones mineras, principalmente. Todo lo que tocaba comenzaba a prosperar.

»Tras la muerte de su hermano decidió, seguramente, que había llegado la hora de sentar la cabeza. Contrajo matrimonio de nuevo y creyó que lo más oportuno era volver y formar un hogar para su hija. Con ellos vive su tío (parentesco nacido del primer enlace), sir Roderick Horsefield. Su domicilio de ahora es provisional. La esposa busca una casa adecuada en Londres. Lo de menos es el gasto que esto pueda implicar. Nadan en oro.

Otro suspiro de Poirot.

—Ya veo —dijo—. Me está usted contando una especie de cuento de hadas. ¡Todo el mundo gana dinero! ¡Todos pertenecen a familias excelentes, muy respetables! Los parientes son personas distinguidas en extremo. En los círculos financieros poseen un prestigio indiscutible…

»No hay más que una nube en ese despejado firmamento: una chica a la que no se considera *completa*, una chica que gusta demasiado de la compañía de cierto dudoso joven, una chica, en fin, que muy probablemente, ha intentado envenenar a su madrastra, y que sufre alucinaciones, ¡si no es verdad que ha cometido un crimen! He de decirle señor Goby, que esto último no encaja en esta novela rosa que acaba usted de referirme.

El señor Goby movió la cabeza, entristecido, manifestando ambiguamente:

—En todas las familias hay siempre un punto oscuro…

—La señora Restarick es una mujer joven. Supongo que no es aquella con quien Andrew huyó del país…

—¡Oh, no! Esa unión se quebrantó en seguida. Ella era una buena pieza en todos sentidos. Dominante, gruñona, el hombre fue un necio al ponerse en sus manos —el señor Goby cerró su libro de notas, mirando inquisitivamente a Poirot—. ¿Desea usted hacerme algún otro encargo?

—Sí. Quiero que haga unas averiguaciones más acerca de la difunta señora Restarick. Era una inválida y frecuentaba las clínicas… ¿Qué clase de clínicas? ¿Las dedicadas al tratamiento de las enfermedades mentales?

—Comprendo su punto de vista, señor Poirot.

—A ver si hay dementes en la familia… Estudie este detalle en las dos ramas.

—Me ocuparé de ello, señor Poirot. El señor Goby se puso en pie.

—He de marcharme ya. Buenas noches.

Una vez solo, Poirot adoptó una actitud reflexiva. Sus cejas subían y bajaban… Se formulaban preguntas y más preguntas. A continuación, telefoneó a la señora Oliver.

—Le dije que se mostrara prudente. Voy a repetírselo: prudencia, prudencia…

—Prudencia, ¿por qué concretamente?

—Creo en la existencia de un peligro. El peligro, sí, se cierne sobre todo aquella persona que husmea donde nadie le llama. Flota el crimen en el aire… No quisiera que la víctima fuese usted.

—¿Tiene ya toda la información que, según me dijo, le iban a facilitar?

—Sí —respondió Poirot—. Me he hecho con una pequeña información, en efecto, integrada casi exclusivamente por rumores, simples habladurías… No obstante, algo raro parece estar en marcha en Borodene Mansions.

—¿Qué es lo que le hace pensar así?

—Se han visto huellas de sangre en el patio —declaró Poirot.

—¿De veras? —inquirió la señora Oliver—. «Huellas de sangre». He aquí el título de una vieja historia detectivesca fundida en los moldes de la antigua escuela.

—Cabe la posibilidad también de que no hayan existido nunca dichas huellas. Es probable que todo sea fruto de la imaginación de un portero irlandés.

—¡Bah! Alguien que derramaría sin querer el contenido de una botella de leche —opinó la señora Oliver—. De noche, no pudo ver tal detalle.

¿Qué fue lo sucedido?

Poirot no contestó directamente.

—La chica pensaba que «quizás hubiese cometido un crimen». ¿Se refería a éste?

—¿Quiere usted decir que hizo fuego sobre alguien?

—Uno puede suponer que disparó contra alguna persona, pero hay que pensar que erró el tiro. Unas cuantas gotas de sangre… Eso fue todo. No se encontró ningún cadáver.

—¡Válgame Dios! —exclamó la señora Oliver—. ¡Y qué embrollado está todo! Naturalmente, de una persona que es capaz de salir corriendo de un sitio como el patio de Borodene Mansions, usted no diría que ha sido asesinada, ¿verdad?

—*C'est difficile* —replicó Poirot, cortando la comunicación.

* * *

—Estoy preocupada —dijo Claudia Reece-Holland.

Sirvióse otra taza de café. Frances Cary dio un enorme bostezo. Las dos muchachas estaban desayunándose en la pequeña copina del piso. Claudia se hallaba vestida y preparada para iniciar su trabajo de todos los días. Frances habíase limitado a echarse encima del pijama una bata. Un negro mechón de cabello le caía sobre una mejilla.

—Norma me preocupa, sí —insistió Claudia.

Frances tornó a bostezar.

—En tu lugar, yo estaría tan tranquila. Cuando menos te lo esperes acabará telefoneando o presentándose aquí, supongo.

—¿Tú crees? Mira, Fran, no puedo evitar…

—No te entiendo —manifestó Frances, sirviéndose a su vez más café. Con gesto vacilante, tomó un sorbo—. Verás… No vamos a vivir pendientes de lo que haga Norma, ¿verdad? ¿Hemos contraído acaso la obligación de cuidar de ella, de llevarla de la mano? Comparte con nosotros el piso, eso es todo. ¿A qué viene tu maternal solicitud? He de serte sincera: a mí no me preocupa.

—Ya lo veo, ya… Para ti nada constituye un motivo de preocupación. Sin embargo tu posición es distinta…

—¿Por qué es distinta? ¡Ah, bueno! Te refieres a que tú eres la auténtica inquilina del piso o algo así, ¿eh?

—Mi situación, Fran, es más delicada.

Frances volvió a bostezar.

—Anoche me acosté demasiado tarde —dijo—. Estuve en la reunión de Basil. Me siento terriblemente fatigada. ¡Oh! Supongo que el café me ayudará a levantar el ánimo. Basil se empeñó en que probáramos unas pastillas nuevas… «Sueños de Esmeralda», se llamaban. Considero una estupidez tomar esos potingues.

—Llegarás tarde a tu trabajo en la galería de arte —anunció Claudia.

—¡Bah! Es igual. ¿Qué más da esto o lo otro?

Una pausa y Frances agregó:

—Anoche vi a David. Iba vestido de tiros largos y me pareció un muchacho maravilloso.

—No me digas que te estás enamorando de él, Fran. Ofrece un aspecto triste, en realidad.

—Yo sé muy bien cómo piensas, Claudia. Eres una mujer perteneciente al tipo convencional, querida.

—Te equivocas. Sí es cierto, en cambio, que no paso por lo que vosotros hacéis. ¿A qué viene probar esas drogas? ¿Por qué ese gran afán de aturdirse, de perder la cabeza?

Frances parecía sentirse divertida.

—No estás hablando con ninguna toxicómana, querida. Simplemente me gusta satisfacer mi curiosidad y ver cómo son esas cosas. Y en nuestra pandilla hay gente que vale. David sabe pintar, cuando quiere.

—David quiere muy raras veces, realmente, ¿verdad?

—Siempre has de zaherirle, Claudia. No vacilas nunca a la hora de hundir tu cuchillo en su delicada carne… Te fastidia que venga aquí para hablar con Norma. ¡Oh! A propósito de lo del cuchillo.

—¿Qué?

—Me he estado preguntando qué era mejor: si callarme o decírtelo —declaró Frances, pronunciando muy despacio las palabras.

Claudia consultó su reloj de pulsera.

—Ahora no dispongo de tiempo ya —replicó—. Déjalo para la noche, si es que quieres confiarme algo. Además, mira, chica, no estoy de humor. ¡Dios mío! —suspiró Claudia—. Lo que daría yo por saber qué hacer.

—¿Te refieres a Norma?

—Sí, claro. Nosotras ignoramos dónde para. ¿Tú crees que tenemos la obligación de dar cuenta de este hecho a sus padres?

—Le haríamos un flaco favor, sin duda. ¡Pobre Norma! ¿Por qué no ha de campar un poco por sus respetos si ése es su gusto?

—Bueno. Norma no es, exactamente…

Claudia se interrumpió de pronto.

—No, por supuesto. *Non compos mentis*. He aquí lo que tú has querido significar. ¿Has telefoneado a ese terrible lugar en que trabaja? ¿Cómo demonios se llama? ¡Ah, sí! Claro que telefoneaste. Ahora me acuerdo.

—¿Dónde se encuentra entonces? —inquirió Claudia—. ¿Te dijo algo David anoche sobre el particular?

—David no parecía saber nada. De veras, Claudia: ¿qué importancia tiene eso?

—Para mí sí que la tiene, por darse la coincidencia de ser su padre mi jefe. Antes o después, de sucederle algo, me preguntará por qué razón no le comuniqué que no se había presentado en el piso.

—Sí. Ya me figuro que ese hombre terminará por dirigirse a ti. Ahora bien, ¿tiene Norma la obligación de decirnos dónde ha estado cada vez que se ausenta de aquí por un día o dos? Tú sabes que en algunas ocasiones no ha venido a dormir en unas cuantas noches. No es, entre nosotras, una huésped de pago, ni nada semejante. Tú no eres la encargada de velar por esa muchacha.

—Cierto, pero no puedo olvidar que el señor Restarick me comunicó que le alegraba que compartiera este piso con nosotras.

—¿Y eso te autoriza a ir en su busca cada vez que se ausente sin previo aviso de nadie? Lo más probable es que se haya enamorado de otro amigo.

—Es de David de quien está enamorada —opinó Claudia—. ¿Estás segura de que no se ha refugiado en su casa?

—No creo, no creo… A él, Norma le tiene sin cuidado, ¿sabes?

—Tú te sientes complacida pensando en eso —manifestó Claudia —. Y es que David te tiene sorbido el seso.

—Te equivocas —contestó Frances con viveza—. No hay nada de lo que tú te imaginas.

—Creo que David se interesa muy a fondo por Norma —añadió Claudia—. ¿Cómo te explicas sino su presencia el otro día?

—Tú te las arreglaste magníficamente para que se fuera enseguida, por cierto —señaló Frances—. Yo me inclino a pensar — Frances contempló en este momento su rostro en el pequeño espejo de la cocina, muy poco halagador—, que vino a verme a mí…

—¡Qué tonta eres! Vino en busca de Norma.

—Esa chica no está bien de la cabeza —observó Frances.

—Es lo que yo me digo, en ciertas ocasiones.

—Yo estoy segura de ello. Mira, Claudia… No voy a dejar para luego lo que deseaba decirte. Es preciso que estés informada. El otro día se me rompió una de las cintas del sostén cuando tenía más prisa… Sé perfectamente que no te agrada que nadie husmee en tus cosas.

—Es verdad —afirmó Claudia.

—…pero a Norma eso no le importa, o bien no se da cuenta. El caso es que entré en su habitación, procediendo a abrir uno de los cajones de su cómoda… En él hallé un objeto: un cuchillo.

—¡Un cuchillo! —exclamó Claudia sorprendida—. ¿De qué clase?

—¿Te acuerdas de la trapatiesta que tuvimos en el patio? Un grupo de jovencitos armó camorra y durante la riña salieron las navajas a relucir… Norma entró aquí poco después…

—Si, sí, ya me acuerdo.

—Uno de los muchachos resultó apuñalado (eso me dijo un

portero), y huyó. El cuchillo que Norma guardaba en el cajón de su cómoda era de esos de pulsador, como algunas de las armas empleadas en la pelea. Presentaba una mancha… Parecía sangre reseca…

—¡Frances! Estás dramatizando de una manera absurda. Un incidente tan simple…

—Quizá tengas razón. Pero estoy segura de que se trata de una mancha de sangre. ¿Y qué demonios hacía *eso* escondido en el mueble de Norma? Me gustaría mucho saberlo, querida.

—Supongo… que se lo encontraría, optando por cogerlo.

—¿A modo de recuerdo? ¿Por qué lo escondió sin decirnos una palabra?

—¿Qué hiciste luego con el cuchillo?

—Lo dejé donde estaba —repuso Frances—. No se me ocurrió otra cosa… No sabía qué hacer: si decírtelo o callarme. Finalmente, ayer torné a mirar en la cómoda. *El arma había desaparecido*, Claudia, no vi el menor rastro de ella.

—¿Crees a Norma capaz de haber enviado a David aquí para conseguirla?

—Es una posibilidad que no descarto… Voy a decirte una cosa, Claudia: en el futuro pienso encerrarme en mi habitación bajo llave todas las noches.

Capítulo VII

La señora Oliver abrió los ojos, sintiéndose profundamente satisfecha. Veía extenderse ante ella todo un día sin nada que hacer. Habiéndose desprendido de su último original, se enfrentaba con una etapa de descanso. Al igual que otras veces, en situaciones parecidas, podía dedicar sus ocios a lo que más le gustara. Así, hasta que el afán creador volviese a manifestarse.

Comenzó a pasear de un lado para otro del piso, vagando sin rumbo, tocando sus cosas, examinando un objeto u otro, registrando los cajones de su mesa de trabajo… Comprendía que eran ya excesivas las cartas sin contestar que en ella se amontonaban, pero estaba convencida de que no se encontraba precisamente en la disposición de ánimo apropiada para emprender la tarea de responder a sus diversos comunicantes. Era una labor muy fatigosa… Le apetecía un trabajo *interesante* de veras. Quería… ¿Qué era lo que quería?

Pensó en la conversación que había sostenido con Hércules Poirot, en el consejo que éste le había dado. ¡Qué absurdo! Después de todo, ¿por qué no había de intervenir en aquel problema que llevaba a medias con Poirot? Poirot era muy dueño de tomar la decisión de sentarse en una silla, juntar las yemas de sus dedos y poner en actividad las células grises de su cerebro mientras hundía el cuerpo en cualquier sillón cómodo, encerrado entre cuatro paredes. Tales procedimientos no atraían lo más mínimo a Ariadne Oliver. Habíase dicho que por fin iba a llevar a cabo algo positivo. Haría averiguaciones relativas a aquella misteriosa muchacha. ¿Dónde se encontraba Norma Restarick? ¿Qué hacía? ¿A qué conclusiones sería capaz de llegar ella, Ariadne Oliver, en relación con la chica?

La señora Oliver seguía yendo de un lado para otro, cada vez más desconsolada. ¿Qué rumbo tomar? No era fácil decidirse. ¿Y si se encaminaba a un lugar concreto, formulando preguntas a diestro y siniestro? ¿Y si se presentaba, por ejemplo, en Long Basing? Claro que Poirot ya había estado allí, averiguando todo lo que, seguramente, podía averiguarse en aquel sitio… ¿Y que excusa podía aducir para meterse en casa de sir Roderick Horsefield?

Consideró la perspectiva de otra visita a Borodene Mansions. ¿Se enteraría de algo allí, quizás? Habría de inventar un pretexto, otro… ¿Cual? Vacilaba. Consideraba aquel punto, sin embargo, el más indicado para procurarse una información complementaria. ¿Qué hora era? Faltaban dos minutos para las doce. Existían ciertas posibilidades…

Por el camino forjó la excusa que precisaba. No le pareció muy original. A la señora Oliver le hubiera agradado dar con algo más intrigante. Luego se dijo que tal vez fuera mejor un pretexto corriente. Nada más llegar a Borodene Mansions examinó con atenta mirada la imponente y ceñuda construcción, aproximándose al patio central.

Uno de los porteros estaba conversando con el conductor de un capitoné… Un lechero que empujaba un pequeño carromato se acercó a la señora Oliver en las inmediaciones del ascensor.

Empezó a trasegar botellas, silbando alegremente. La señora Oliver contemplaba con abstraída mirada la mole del capitoné.

—La ocupante del número sesenta y seis se muda —explicó a Ariadne el lechero, interpretando equivocadamente su actitud.

El hombre trasladó un montón de frascos al ascensor.

—Claro que ella misma, con anterioridad, sí que se ha mudado definitivamente —añadió, emergiendo de nuevo.

Tratábase de un tipo comunicativo, locuaz.

Señaló con un pulgar hacia arriba.

—Se arrojó por una de las ventanas del séptimo piso, hace tan sólo una semana. A las cinco de la mañana. Una hora muy chocante, ¿eh?

A la señora Oliver le pareció bastante impertinente su frívola despreocupación.

—¿Por qué hizo eso?

—¿Que por qué lo hizo? ¿Quién puede saberlo? Se dice que estaba loca.

—¿Era… joven?

—¡No! Rondaría ya la cincuentena.

Dos hombres procedían a subir al capitoné una cómoda. El mueble era pesado. Un par de cajones fueron a parar al suelo. A los ojos de la señora Oliver llegó revoloteando una hoja de papel, que ella se apresuró a recoger.

—Vas a hacer todo polvo, Charlie —dijo el risueño lechero en tono de reproche, al tiempo que se metía en el ascensor con su cargamento de botellas.

Los individuos del camión empezaron a discutir. La señora Oliver les ofreció la hoja de papel encontrada, pero los dos hicieron unos expresivos aspavientos, rechazándola.

Sin pensarlo más, Ariadne entró en el edificio, subiendo hasta el apartamento número 67. Oyó un ruido dentro y la puerta se abrió. En el umbral se plantó una mujer de mediana edad que llevaba una bayeta en las manos. Evidentemente, realizaba en aquellos instantes tareas de carácter doméstico.

—¡Oh! —exclamó la señora Oliver, recurriendo como casi siempre a su monosílabo favorito—. Buenos días. ¿Hay… hay alguien en el piso?

—No, señora. Sus ocupantes han salido ya. Cada una se ha ido a su trabajo.

—Sí, claro, es natural. Verá usted… La última vez que estuve aquí me dejé olvidado un pequeño dietario. ¡Qué fastidio! Debió caérseme hallándome en el cuarto de estar.

—Pues yo no he visto nada, señora. Claro que, ¿cómo iba a saber que era suyo, en caso contrario? ¿Quiere usted entrar?

La mujer se echó a un lado amablemente, siguiendo a la señora Oliver hasta la habitación por ella indicada.

—Sí… —Ariadne deseaba estrechar sus relaciones a toda costa —. Ahí está el libro que traje para la señorita Restarick, para la señorita Norma. ¿Ha vuelto ya del campo?

—Su cama está intacta. No ha debido de regresar. Yo sé que fue a pasar con su familia el último fin de semana.

—Es lo más seguro: que esté con los suyos todavía —manifestó

la señora Oliver—. Éste fue el libro que traje para ella. Uno de los libros de que soy autora.

Tal revelación no pareció suscitar el menor interés en la mujer de la limpieza.

—Yo me había sentado aquí —prosiguió diciendo Ariadne acariciando los brazos de uno de los sillones—. Es lo que recuerdo, al menos. Después me acerqué a la ventana y más tarde al sofá.

Miró con atención detrás de unos cojines. La mujer se creyó en la obligación de hacer lo mismo con los del sofá.

—Cuando una pierde una cosa como esa… bueno… es que resulta desesperante —explicó la señora Oliver, deseosa de estimular la locuacidad probable de su interlocutora—. En las páginas de mi dietario tengo anotados mis compromisos, día por día, señas de amigos, etc. Estoy segura de que hoy tenía que comer con una persona importante y no consigo recordar el nombre ni el sitio en que teníamos que vernos. ¿Y si fuera mañana el día de la cita concertada? Entonces es que voy a obrar a ciegas, al faltarme la preciosa guía de mi dietario. ¡Qué contrariedad!

La mujer le dirigió una mirada saturada de simpatía.

—Ya me doy cuenta de que es para usted un incidente verdaderamente desagradable esa pérdida.

—Qué pisos tan bonitos, ¿eh? —dijo la señora Oliver mirando a su alrededor.

—Quedan muy altos, para mi gusto.

—Mejor. Así se disfruta de un panorama excelente, ¿no?

—Sí, pero los que dan al este tienen que soportar las embestidas de los fríos vientos invernales, que entran libremente gracias a las armaduras metálicas de esas ventanas. Algunos inquilinos han hecho construir otras interiores. Un piso, en estas condiciones, no me llama la atención. A mí déme usted una planta baja, por mala que sea. Es más cómoda, sobre todo si se tienen pequeños. Es fácil dejar en la entrada el coche-cuna y otros objetos engorrosos. Pues sí, señora. A mí lo que me gustan son las plantas bajas. Sin ir más lejos, piense usted lo que ocurriría aquí si hubiese un incendio.

—Tiene usted razón. Sería horrible. Me imagino que habrá salidas de urgencia.

—Esas salidas no se alcanzan siempre fácilmente. A mí el fuego

me espanta. Siempre me ha pasado lo mismo, ¿sabe usted? Y luego esos pisos tan caros. No se lo creería si le dijese algunas de las rentas que se pagan aquí. Por tal motivo, la señorita Holland buscó a las otras dos chicas, para compartir con alguien los gastos.

—¡Oh, sí! Creo haberlas visto a las dos. La señorita Cary es una artista, ¿no?

—Trabaja para una galería de arte. No se mata con su labor cotidiana, ¿sabe? Pinta un poco… Generalmente, vacas y árboles que usted no reconocería. Es una joven muy desordenada. ¡En qué estado encuentro siempre su habitación! No puede usted imaginárselo… La señorita Holland es diferente. Sus cosas se hallan en regla constantemente. Trabajó como secretaria en la Junta Nacional del Carbón en otro tiempo. Ahora hace una labor parecida en una firma de la *City*. Dicen que ha mejorado. Está a las órdenes de un caballero muy rico que hace poco llegó al país procedente de América del Sur, creo recordar… Es el padre de la señorita Norma. Él fue quien le pidió que aceptase a su hija en el piso cuando la chica anterior se marchó para contraer matrimonio. La señorita Holland había referido casualmente que buscaba una tercera muchacha para compartir la renta y el apartamento. ¿Cómo iba a negarse la señorita Holland? Se trataba de su patrono…

—¿Es que le contrarió la petición?

La mujer arrugó la nariz.

—Se habría negado… de haber sabido ciertas cosas.

—De haber sabido… ¿qué?

La pregunta le había salido a la señora Oliver demasiado directa.

—No está bien que hable. No es asunto que me importe…

La señora Oliver continuó mirando inquisitivamente a su interlocutora y ésta se dio por vencida.

—No voy a afirmar que sea mala chica, ni mucho menos… La veo recelosa, sin embargo. A veces da la impresión de no saber qué está haciendo, de ignorar dónde se encuentra. En ocasiones, asusta… Mire… Mi esposo tiene un sobrino. Pues bien, esta muchacha ofrece el aspecto de aquél cuando sale de uno de sus ataques, porque el pobre no tiene salud. Pero yo no sé que ella haya sufrido de algo semejante. Es posible que tome cosas… Son muchos los jóvenes que han adquirido esas costumbres.

—Creo que anda un muchacho por en medio al que la familia de la señorita Norma se opone.

—Sí, eso he oído decir. Ha venido por aquí una o dos veces, si bien yo nunca le he visto. Es uno de esos tipos extravagantes que andan por la ciudad ahora. A la señorita Holland no le gustan tales cosas… Pero, bueno, ¿qué puede hacerse hoy en este sentido? Las chicas quieren ser libres a toda costa.

—Las jóvenes de hoy en día desconciertan a cualquiera —opinó la señora Oliver, intentando adoptar una actitud de persona extremadamente seria y responsable.

—Es lo que yo digo siempre: no se les educa como es debido.

—Cierto. Muy cierto. Yo creo que una muchacha como Norma Restarick estaría mejor en su casa que correteando por Londres y ganándose la vida como decoradora de interiores.

—No le gusta vivir en su casa, con los suyos.

—¿Cómo puede ser eso?

—Tiene madrastra. A las chicas, generalmente, les disgustan las madrastras. Por lo que yo sé, la mujer en cuestión se porta bien. Se empeñaba, esto sí, en mantener alejados de la casa a determinados jóvenes. Sabe, por lo visto, perfectamente, que las muchachas suelen buscar las compañías que menos les convienen, inclinación que puede causarle graves daños. A veces —la mujer pronunció estas palabras con tono muy solemne—, doy gracias a Dios por no tener ninguna hija…

—¿Tiene usted varones solamente?

—Dos. Uno de ellos es muy buen estudiante, y el otro trabaja como impresor, oficio en el que hace muchos progresos. Mis hijos son excelentes… Naturalmente, los chicos traen sus problemas también. Pero dan más preocupaciones las hijas, creo yo. No hay que perderlas de vista.

—Es verdad. Se impone una vigilancia rigurosa —dijo la señora Oliver pensativamente.

Advirtió que su interlocutora daba señales de disponerse a reanudar sus tareas.

—¡Qué contratiempo tan desagradable lo de mi dietario! De todos modos, muchas gracias, señora. Espero no haberle hecho perder demasiado tiempo.

—No tiene importancia. Lo que es menester es que acabe encontrando lo que busca —repuso la mujer de la limpieza muy atenta.

La señora Oliver salió del piso… ¿Qué hacer ahora? No se le ocurría nada para aquellos momentos; sin embargo, en su mente empezaba a tomar forma un plan destinado al día siguiente.

Ya en su casa, la señora Oliver cogió un libro de notas y escribió en él varias bajo el encabezamiento: «Hechos que he averiguado». En total, no eran muchos. Procuraba sacar partido de lo que conocía, únicamente. Con seguridad que el dato más saliente era el relacionado con la señorita Claudia Reece-Holland: ésta era empleada del padre de Norma. Había ignorado hasta su visita a Borodene Mansions tal circunstancia y se inclinaba a pensar que tampoco Hércules Poirot sabía nada. ¿Y si le telefoneaba para que estuviese al corriente? En último término decidió reservarse la noticia, con vistas al plan de la siguiente jornada. La señora Oliver se sentía más compenetrada con el papel de un ardiente sabueso que con el de novelista del género detectivesco. Avanzaba tras una pista guiada por su olfato, y al día siguiente, por la mañana… Bueno. Ya vería lo que pasaba.

Ese día, la señora Oliver, fiel a su plan, se levantó temprano. Después de beberse un par de tazas de té y de saborear un huevo pasado por agua, concentró la atención en su empresa. Una vez más, se plantó en las proximidades de Borodene Mansions. Se exponía a que la reconocieran, a suscitar la curiosidad de algunos vecinos o porteros. Por tal razón, se abstuvo de penetrar en el patio, vagando de una entrada a otra, escudriñando los rostros de las personas que se aventuraban bajo la llovizna, camino de sus respectivos lugares de trabajo. Eran, en su mayoría, muchachas. Unas muchachas que se parecían extraordinariamente entre sí. La señora Oliver pensó que su postura de observadora le hacía ver los seres humanos de otra manera. Viéndoles salir, muy graves, y con un objeto definido, evidentemente, de aquellos grandes edificios, se acordaba de los hormigueros… Se dijo que nunca había dado a éstos la importancia que en realidad tenían. Hasta el punto de que su impulso espontáneo al descubrir uno había sido siempre estropearlo con el tacón del zapato. Los menudos animalillos

portadores de briznas de hierbas y de granos de trigo o avena, sumamente industriosos, empujados por un tremendo afán, corriendo en un sentido u otro, debían de estar organizados tan inteligentemente como los seres humanos que contemplaba. Aquel hombre que había pasado junto a ella, por ejemplo… Llevaba prisa; iba murmurando algo. «¿Por qué te sentirás tan excitado?»; se preguntó Ariadne. Ésta continuó paseando durante otro rato. Finalmente, se detuvo de pronto…

Claudia Reece-Holland apareció en una de las entradas, echando a andar con cierta premura. Iba bien arreglada, como siempre. La señora Oliver se alejó discretamente para evitar que la reconociera. Habiendo calculado una distancia prudente, giró en redondo y a continuación comenzó a seguirla.

Al llegar a las últimas casas de la calle, Claudia se desvió hacia la derecha, penetrando en otra vía de más importancia. La señora Oliver se sintió inquieta. ¿Y si la chica volvía la cabeza de repente y la reconocía? Bien. Entonces se apresuraría a sacar un pañuelo del bolso, sonándose a continuación para hurtar el rostro a su mirada. No se le ocurría otra treta. Pero Claudia Reece-Holland parecía absorta en sus pensamientos. En la cola del autobús no llegó a mirar siquiera a los que esperaban. Dos personas separaban en aquélla a la señora Oliver de la chica.

Llegó el autobús. La gente desfiló un poco precipitadamente en dirección a la puerta de acceso. Claudia se instaló en la parte alta. La señora Oliver pudo sentarse en un asiento corrido para tres. Cuando el cobrador pasó junto a ella con su talonario, Ariadne dejó en su mano una moneda de medio chelín. No tenía la menor idea sobre la ruta que seguían. Tampoco sabía cuál era la distancia a recorrer para llegar a lo que la mujer de la limpieza le había descrito vagamente como «uno de los edificios recientemente levantados junto a la catedral de San Pablo».

Manteníase alerta. Por último, avistó la venerable cúpula. Unos minutos más, unos segundos, quizá, y descendería del autobús. No perdía de vista a los que bajaban de la plataforma superior. ¡Sí! Allí estaba Claudia, perfilada, limpia, embutida en su elegante vestido. Se apeó. La señora Oliver la siguió oportunamente, volviendo a situarse a una distancia razonable de ella.

«¡Muy interesante! —pensó Ariadne—. Aquí estoy, siguiendo los pasos de una persona, igual que los personajes de mis libros en determinadas ocasiones. Y lo que es más, debo de estar haciéndolo muy bien porque esa chica no ha notado nada en absoluto». Verdaderamente, Claudia Reece-Holland parecía continuar ensimismada, como al principio de su desplazamiento de aquel día.

«Tiene toda la estampa de una joven eficiente —se dijo la señora Oliver—. En un asunto de intriga, Claudia no haría mal papel. A la hora de buscar un criminal capaz me decidiría por ella». Desgraciadamente, nadie había sido asesinado todavía, es decir, si eran ciertas las vacilaciones expresadas por Norma…

Aquella parte de Londres parecía haberse beneficiado con el incremento de la construcción a lo largo de los últimos años. Enormes rascacielos (que la señora Oliver estimaba feísimos) apuntaban al cielo sus moles cuadradas, en forma de gigantescas cajas de cerillas.

Claudia entró en uno de los edificios. «Ahora sabré a qué atenerme», pensó la señora Oliver siguiéndola. Divisó cuatro ascensores que subían y bajaban con frenéticas prisas. «Esto —dijo Ariadne—, me va a resultar más difícil». Pero las cabinas eran grandes y ella se limitó a dejarse adelantar por una masa de hombre de gran estatura, que utilizó como muralla, para escapar a la posible observación de la joven. El destino de ésta era el cuarto piso. Deslizóse a lo largo de un pasillo y la señora Oliver remoloneó unos instantes detrás de dos desconocidos de gran talla. Así pudo ver qué puerta había franqueado. Había tres en el fondo del corredor. Ariadne leyó uno de los rótulos: «Joshua Restarick Ltd». Se encontraba frente a aquél que le interesaba.

Verdaderamente, no sabía qué hacer ahora. Había dado con el domicilio social de la entidad regentada por el padre de Norma, el lugar en que Claudia trabajaba. Su descubrimiento no tenía nada de sensacional a fin de cuentas. ¿De qué le serviría haber dado aquellos pasos? De nada, probablemente.

Esperó unos momentos y se entretuvo yendo de un extremo a otro del pasillo. Quizá viera acercarse a aquella puerta alguna figura interesante. Entraron en el local dos o tres chicas, pero no advirtió nada de particular en sus personas; la señora Oliver volvió

a tomar el ascensor, saliendo del edificio un tanto desilusionada.

¿Qué hacer a continuación? ¿Qué hacer? Dio un paseo por las calles próximas al edificio. ¿Y si entraba en la catedral de San Pablo?

«Podría meterme en la "Galería de los Susurros" y recrearme con esta curiosidad —pensó la señora Oliver—. Y… ¿qué tal resultaría el lugar como escenario de un crimen?».

«No —decidió—. Sería como una profanación. No estaría bien, desde luego». Encaminóse, pensativa, al teatro Mermaid. Este punto, se dijo, encerraba muchas más posibilidades.

Dio la vuelta, dirigiéndose a la zona de los nuevos edificios. Sintió entonces la necesidad de un desayuno más sustancial que el que había hecho, penetrando en un café. El establecimiento estaba lleno a medias de gente que se desayunaba tarde o anticipaba algo la ligera comida del mediodía. En el instante en que miraba a su alrededor en busca de una mesa que le agradara, la señora Oliver se quedó con la boca abierta, auténticamente asombrada. Sentada a una de las mesitas acababa de descubrir a Norma. Frente a ella había un joven de frondosa cabellera de color castaño, con las puntas rizadas a la altura de los hombros. Vestía chaleco de terciopelo rojo y una chaqueta de fantasía.

«David —pensó Ariadne, conteniendo el aliento—. Debe de ser David».

Norma y él hablaban animadamente.

Consideró su plan de acción… Habiendo decidido ya cuál iba a ser su conducta inmediata, cruzó el café encaminándose a una pequeña puerta discretamente rotulada: «Señoras».

No sabía si Norma la reconocería o no. Una mirada distraída o vaga es a veces profunda en la práctica. Una ventaja de momento, la atención de la chica parecía haberse fijado exclusivamente en su acompañante, en David. Claro que, ¿quién sabía lo que podía suceder?

«En este aspecto —pensó Ariadne—, yo puedo aportar mi granito de arena». Se plantó delante de un pequeño espejo saturado de diminutas manchas (huellas del paso de las moscas, tal vez), estudiando lo que a su juicio era siempre el punto en que se centraban las miradas de la gente nada más ver a una mujer: sus

cabellos. Pocas personas estaban tan al tanto de esta verdad como la señora Oliver, que habiendo cambiado en muchas ocasiones de peinado, lograra pasar inadvertida junto a algunas de sus amistades.

Después de mirarse de frente y de perfil inició su trabajo. Fuera las horquillas… Se quitó algunos mechones de pelo, que procedió a guardar en su bolso, una vez envueltos en su pañuelo. Luego partió sus cabellos en dos, dejándose una raya en medio. Seguidamente, se los echó hacia atrás, formando un moño corriente a la altura de la nuca, casi. Se puso las gafas que llevaba consigo. ¡Había sabido darse un aire muy serio! «¡Si parezco una intelectual!», pensó. Su gesto era de aprobación ante su propia obra. El lápiz de labios le sirvió para alterar la forma de su boca. Realizados estos preparativos, regresó al café. Ponía mucho cuidado al andar porque las gafas eran sólo para leer y todo lo divisaba borroso. No tardó en ocupar la mesita libre que había al lado de Norma y David. Daba la cara a este último. Norma quedaba de espaldas. Por consiguiente, la chica no la vería, a menos que volviese la cabeza. Apareció una camarera. Ariadne pidió una taza de té y un bollo. Procuraría no llamar la atención.

Norma y David discutían. Ni siquiera habíanse dado cuenta de su llegada.

La señora Oliver necesitó un minuto o dos para empezar a captar sus palabras…

—…esas cosas deben de ser figuraciones tuyas —estaba diciendo David a la chica—. Te las imaginas, ¿comprendes? A mí me parece una insensatez, querida.

—No lo sé. No puedo decírtelo.

Norma hablaba con voz extraña y monótona.

La señora Oliver oía mejor a David que a Norma, por el hecho de darle ésta la espalda. Sin embargo la inflexión con que pronunció sus palabras le produjo una desagradable inquietud. Allí había algo raro, pensó. Muy raro. Recordó la información que Poirot le diera al iniciarse aquella historia: «La muchacha cree en la posibilidad de que haya cometido un crimen». ¿Qué le pasaba a Norma Restarick? ¿Era víctima de continuas alucinaciones? ¿Sentíase mentalmente afectada por algo? ¿Era lo suyo, simplemente, una reacción lógica ante la brusca realidad?

—¿Quieres que te diga lo que pienso? ¡Todo sale de Mary! Es una mujer estúpida, que se inventa enfermedades y otras cosas parecidas…

—Ella estuvo enferma.

—De acuerdo. Lo estuvo. Cualquier persona sensata habría solicitado los servicios de un médico, para que le administrase un medicamento adecuado; antibiótico u otro, sin más…

—Mary pensó que fue obra mía. Mi padre opina lo mismo.

—Te he dicho, Norma, que todo eso es fruto de tu imaginación.

—Acabas de decírmelo, sí, David. Y procedes así para consolarme. Supón que yo diera esa sustancia…

—¿*Supón*…? ¿Qué quieres sugerir? Tú tienes que saber si se la diste o no.

—No lo sé.

—Sigues aferrada a eso. Me lo repites a cada paso. «No lo sé, no lo sé…».

—No me comprendes, David. No tienes la menor idea acerca de lo que es el odio. Yo empecé a odiar a esa mujer en el mismo momento en que la vi.

—Me consta. Lo has dicho muchas veces.

—He ahí lo más extraño. Te lo he dicho y sin embargo no me acuerdo de haberte hablado en tales términos. ¿Te das cuenta? Siempre estoy diciendo cosas a una persona u otra. Hablo de lo que quiero hacer o de lo que he hecho… Y luego no lo recuerdo. Es como si las pensara y en ocasiones salieran a la luz, comunicándolas a los demás. Entonces… te he hablado de ello, ¿verdad?

—Pues… Quiero indicarte, quiero pedirte, Norma, que dejemos este tema.

—Pero… te he hablado en esos términos, ¿no?

—¡Sí, sí! Todas les personas tienen arranques de ese tipo, querida: «La odio. Quisiera matarla. Yo creo que si pudiera la envenenaría». Pero tales frases no dejan de ser estúpidos, infantiles desahogos ¿Me entiendes? Es como si uno no tuviera conocimiento, una reacción natural, dentro de lo que cabe. ¿No has oído nunca a los niños?: «¡Oh! ¡Qué rabia me da! A ése yo le cortaría la cabeza». Estas barbaridades se oyen con frecuencia en los patios de recreo de los colegios. Refiriéndose a algunos condiscípulos, cuando piensan

particularmente en este o aquel profesor antipático…

—¿En eso lo dejas todo? Tú pareces pensar que sigo siendo una criatura…

—Y lo eres, en ciertos aspectos. Júzgate desapasionadamente y verás… ¿Qué más da ya que odies o no odies a esa mujer? Saliste de la casa de tu padre y ya no tienes que convivir con ella.

—¿Y por qué no he de continuar en mi casa? ¿Por qué no he de seguir viviendo con mi padre? —inquirió Norma—. No es justo. No es justo. Primeramente, él huyó abandonando a mi madre, y ahora, al volver, se casa con Mary. Naturalmente que la odio. Como ella me odia a mí. He estado pensando en matarla, en el mejor procedimiento para llegar a eliminarla. Me he recreado en tales pensamientos. Pero más tarde… cuando ella, realmente, cayó enferma…

David contestó, molesto…

—No te tendrás por una especie de bruja, ¿verdad? No creo que te dediques a hacer figuritas de cera para clavar alfileres en ellas, ¿eh?

—¡Oh, no! Eso sí que son tonterías, lo que yo hice fue algo real. Completamente real.

—Un momento, Norma… ¿Qué quieres significar concretamente cuando dices esas cosas?

—El frasco estaba en mi cajón, sí. Lo abrí, encontrándolo inmediatamente.

—¿A qué frasco te refieres?

—Al que llevaba esa etiqueta «El Dragón Exterminador. Un Herbicida de Selección». El frasco era de color verde oscuro. El líquido era para rociar los puntos que se querían ver libres de malas hierbas. Había en la etiqueta dos rótulos más, que rezaban: «¡Cuidado!» y «Veneno».

—¿Lo compraste tú?

—No sé de dónde lo saqué. Pero se hallaba en aquel cajón y faltaba la mitad de su contenido total…

—Luego… tú… recordaste…

—Sí —repuso Norma—. Sí… —su voz era indecisa, vaga, como si la joven se hallase amodorrada—. Sí. Creo que fue entonces cuando todo volvió a mi memoria. Tú también piensas así, ¿verdad,

David?

—No sé qué hacer contigo, Norma. De veras que no lo sé. En ciertos momentos pienso que te estás forjando esa historia, que te la estás recitando a ti misma.

—No obstante, ella estuvo en el hospital, sometida a observación… Eso se dijo. Los médicos se hallaban desorientados. Le dijeron más tarde que no habían descubierto nada de particular. Ella, entonces, regresó a casa… Después volvió a caer enferma y yo empecé a tener miedo. Mi padre me miraba de un modo extraño. Un día, con ocasión de visitarnos el médico, los dos se encerraron en el estudio… Di la vuelta al edificio, apostándome junto a una ventana. Deseaban saber de qué hablaban. Se estaban poniendo de acuerdo para trasladarme no sé donde, para encerrarme en no sé qué establecimiento. Era un sitio en el que habría de «seguir un tratamiento»… Ya lo ves. Me tomaban por una demente… Tuve miedo… Y a todo esto yo no me hallaba segura de mí, yo no sabía si había hecho o había dejado de hacer algo…

—¿Fue entonces cuando huiste?

—No… Eso ocurrió más adelante…

—Cuéntamelo todo.

—No quiero volver a hablar de ello.

—Antes o después, habrás de decirles dónde paras.

—¡No lo haré! ¡Les odio! ¡Odio a mi padre tanto como a Mary! Quisiera verles muertos. Quisiera verles muertos, sí. Creo que luego… creo que luego podría volver a ser feliz.

—Mira. Norma… —el joven vaciló. No sabía cómo seguir—. El matrimonio y todo lo demás no me seduce mucho… Quiero decir que no pensé nunca en dar un paso adelante en tal sentido… Bueno… Habrían de transcurrir años. Uno no desea atarse, así como así. Ahora, sin embargo, se me antoja que es lo mejor que podemos hacer: casarnos. Recurriremos a cualquier oficina del registro civil Tendrás que decir que cumpliste ya los veintiún años. Recógete los cabellos, ponte unas gafas… Hay que hacer lo que sea para que no parezcas tan niña. Una vez casados, tu padre quedará atado de pies y manos. ¡Ya no podrá mandarte a ningún sitio! Su autoridad sobre ti habrá desaparecido.

—Le odio.

—Tú, por lo que veo, odias a todo el mundo.

—Sólo a mi padre y a Mary.

—Tengo que decirte que, en fin de cuentas, nada hay de censurable en el hecho de que un hombre vuelva a casarse.

—Piensa en cómo se portó con mi madre.

—Ha pasado ya mucho tiempo desde entonces, ¿no?

—Sí, claro. Yo era muy pequeña, pero no he olvidado. Nos abandonó a las dos. Al llegar las Navidades solía enviarme todos los años algún regalo. Por las fechas de su regreso no le habría reconocido, de habérmelo encontrado por la calle. Nada significaba para mí… Yo creo que él consiguió que mi madre fuese encerrada. Ella se asustaba cuando se ponía enferma. Ignoro a dónde iba. No sé qué le pasaba. A veces me pregunto… A veces me pregunto, David, si dentro de mi cabeza habrá algo que no marche bien, que me induzca a cometer una acción criminal. Como lo del cuchillo…

—¿De qué cuchillo hablas?

—No importa. ¡Qué más da!

—¿Te niegas a ser más explícita?

—Creo que tenía manchas de sangre… Se hallaba escondido allí… debajo de mis medias.

—¿Recuerdas haberlo ocultado en tal sitio? ¿Con tus cosas?

—Eso pienso. Pero no acierto a recordar qué hice con él antes. Me es imposible recordar dónde estuve. Hay una hora de aquella noche completamente *vacía* dentro de mi cerebro. No sé dónde estuve durante aquellos sesenta minutos. Y, sin embargo estuve en alguna parte, haciendo algo…

—¡Sssss!

La camarera se aproximaba a la mesa.

—Te recuperarás, Norma. Yo cuidaré de ti —levantando la voz, David agregó—: Vamos a pedir algo más, querida —cogiendo el menú dijo, mirando a la empleada—: Sírvanos un par de raciones de habas cocidas y dos tostadas, señorita.

Capítulo VIII

Hércules Poirot dictaba a su secretaria, la señorita Lemon.

—*Y aunque aprecio en lo que vale el honor que usted me dispensa, lamento tener que informarle…*

Sonó el timbre del teléfono. La señorita Lemon extendió un brazo, descolgando el micro.

—Diga. ¿Quién? —alargando aquél a Poirot, declaró—: La señora Oliver.

—¡Ah…! La señora Oliver —no le agradaba mucho que le interrumpieran en aquellos instantes, pero Poirot se dispuso a atender la llamada de su amiga—. Hércules Poirot al habla.

—¡Señor Poirot! ¡Cuánto me alegra estar en comunicación con usted! ¡Ya la he encontrado!

—No comprendo, señora Oliver.

—¡*Ya la he encontrado*! Me refiero a su chica: la que cometió el crimen o cree haberlo cometido. La he oído hablar de ese asunto un buen rato, por añadidura. Me parece que la muchacha no está muy bien de la cabeza. Pero, bueno, dejemos eso ahora. ¿Quiere venir a verla?

—¿Desde dónde me habla, *chère madame*?

—Desde un establecimiento situado entre la catedral de San Pablo y el teatro Mermaid, aproximadamente: desde la calle Calthorpe —al pronunciar estas palabras, la señora Oliver miró más allá de los cristales de la cabina telefónica que ocupaba—. ¿Podrá presentarse aquí rápidamente? Están en un restaurante…

—¿*Están*? ¿Quiénes?

—¡Oh! La chica en cuestión y su amigo, el joven que su familia ve con bastante desagrado. La verdad es que el muchacho no tiene nada de repulsivo y parece estar muy enamorado de ella. No sé por

qué… Hay gente la mar de rara. Bueno. No quiero entretenerme más… Entré por casualidad en el local y di con ellos.

—Vaya. Ha demostrado ser usted muy inteligente, señora Oliver.

—No. Nada de eso. Ha sido una cosa puramente fortuita.

—Cuestión de suerte, entonces. Se necesita suerte para todo en esta vida, señora Oliver. De ahí su importancia.

—Logré sentarme junto a la mesa que la pareja ocupaba, a espaldas de la chica. Creo que aunque hubiese vuelto la cabeza para mirarme no me habría reconocido. Cambié mi peinado a tal efecto. Los dos estuvieron hablando como si se hubiesen encontrado solos en el mundo y cuando pidieron otro plato… habas cocidas… (No soporto las habas cocidas y me choca que la gente las pida…).

—Olvídese, pues de ellas. Siga. Entonces se separó de ellos para telefonearme, ¿eh?

—Exacto. Decidí dedicar a esto el tiempo que tardaban en servirles el nuevo plato. He de volver a mi sitio ya. Puede que me vea usted frente al establecimiento. Bien, haga lo posible por llegar aquí cuanto antes.

—¿Cómo se llama ese local?

—«El Alegre Trébol Blanco»… Sólo que de alegre tiene esto muy poco. He observado cierta sordidez a mi alrededor. Sin embargo, hacen un café magnífico.

—No diga una palabra más. Vuélvase a su sitio. No tardaré en presentarme ahí.

—¡Magnífico! —exclamó la señora Oliver.

* * *

La señorita Lemon, siempre eficiente, le había precedido y se hallaba en la calle, aguardándole junto a un taxi. No hizo ninguna pregunta. Sabía contener su curiosidad. No dijo a Poirot en qué ocuparía su tiempo durante las horas que estuviese ausente. No era necesario. La señorita Lemon tenía siempre algo entre manos y ello venía a ser, normalmente, lo más oportuno.

Poirot no tardó mucho en llegar a la esquina de la calle Calthorpe. Se apeó, pagó al taxista y echó un vistazo a su alrededor.

Descubrió la entrada de «El Alegre Trébol Blanco», pero no vio frente al establecimiento ninguna persona que le hiciese pensar en la señora Oliver. Pensaba en su disfraz… Echó a andar hacia el final de la calle y volvió sobre sus pasos. Nada. Ariadne no se encontraba por allí. Podía ser que la pareja que a ellos les interesaba hubiese abandonado el lugar, lanzándose ella en su seguimiento… Finalmente decidió penetrar en el local. Primero se acercó a la puerta. No se veía muy bien lo que había al otro lado de los cristales por el vaho que empañaba éstos. Luego, empujó una de las hojas…

No tardó más que unos segundos en encontrar a la muchacha que la había visitado en su casa a la hora del desayuno. La mesa que ocupaba se hallaba adosada a una de las paredes. Fumaba un cigarrillo, mirando al frente… parecía hallarse ensimismada, absorta en sus pensamientos. Poirot se dijo que quizá no fuese esto último. No era el suyo un gesto reflexivo. Resultaba más bien de olvido. La chica, prácticamente, se encontraba en aquellos momentos en otra parte.

Cruzó la sala lentamente y se sentó en la silla situada enfrente de la joven. Ésta levantó la vista. Poirot se dio cuenta inmediatamente de que acababa de ser reconocido.

—Así pues, señorita, nos encontramos reunidos de nuevo —dijo él—. Sabe usted quién soy, ¿verdad?

—Sí, sí, claro.

Resultaba halagador siempre ser reconocido por una muchacha. Sobre todo si se piensa que ella nos ha visto una sola vez y por breves minutos.

Norma Restarick escrutó su rostro en silencio.

—Vamos a ver… ¿Qué detalle de mi persona especialmente le ha permitido reconocerme, señorita?

—Su bigote —contestó Norma sin vacilar—. Sólo podía ser el de Hércules Poirot.

A éste le agradó la observación. Vanidosamente, se pasó dos dedos de la mano derecha por el labio superior, su gesto de siempre en tales ocasiones.

—¡Oh, sí! Cierto. Hay pocos bigotes por ahí como el mío. Es bonito, ¿verdad?

—Sí… Pues sí… Supongo que lo es.

—Es muy posible que usted no sea precisamente una experta en materia de bigotes. Reconozca, sin embargo, que éste, señorita Restarick (señorita Norma Restarick, ¿eh?), es de los mejores perfilados que haya podido contemplar.

Deliberadamente, había hecho hincapié en el nombre. Había observado en la chica un aire tan ausente que Poirot se preguntó si ella se había dado cuenta de aquello. Pero sí que lo había advertido. Lo notó en su sobresaltada reacción.

—¿Cómo ha llegado a saber mi nombre? —inquirió.

—Es verdad. Usted no llegó a dárselo a mi servidor cuando fue a verme a casa…

—¿Quién le ha informado?

Poirot estudió la expresión de alarma, de temor, en el femenino rostro.

—Un amigo. Los amigos son, con frecuencia, muy útiles.

—¿Quién?

—Señorita Restarick, usted pretende sustraerme uno de sus secretos. ¿Por qué he de confesarle los míos?

—Es que no comprendo cómo ha podido enterarse…

—Está usted hablando con Hércules Poirot. ¿Necesito recordárselo? —repuso él, solemne.

Decidió cederle la iniciativa en el diálogo, creyendo lograrlo con el simple hecho de permanecer callado, contemplándola sonriente.

—Yo… —comenzó a decir Norma para interrumpirse inmediatamente—. Quisiera…

Otra pausa.

—La mañana de su visita no hicimos muchos progresos en nuestra conversación —señaló Hércules Poirot—. Sólo llegó a decirme que usted había cometido un crimen.

—¡Oh! Desea hablarme de eso…

—Sí, señorita: de *eso*…

—Pero… yo no hablaba en serio. Fue… una broma.

—*Vraiment*? Se presentó usted en mi casa temprano, a la hora del desayuno. Y dijo a mi criado que quería hablar conmigo urgentemente. Creía haber cometido un crimen… De ahí procedían sus prisas. ¿Es ésa la idea que usted tiene de lo que debe ser una

broma?

Una de las camareras del establecimiento danzaba por los alrededores de la mesa, mirando atentamente a Poirot. Repentinamente, se acercó a él, alargándole una especie de barquichuelo de papel, como los que se confeccionan los niños para hacerlos flotar en el agua del baño.

—¿Es esto para usted? —preguntó la mujer—. ¿El señor *Porrit*? Una señora que estuvo aquí me encargó que se lo entregara.

—¡Ah, sí! ¿Cómo ha podido identificarme?

—La señora me dijo que le localizaría fijándome en su bigote. Aseguró que yo no había visto un bigote como el suyo en toda mi vida. Y no se equivocaba —añadió la camarera, sin perderlo de vista.

—Muchísimas gracias.

Poirot deshizo, pliegue por pliegue, el barquichuelo de papel, alisándolo a continuación. Leyó luego lo que la señora Oliver había escrito apresuradamente con un lápiz en la cuartilla: «Él se marcha. La chica se queda aquí. Ocúpese de la muchacha mientras yo me dedico a seguir a su acompañante. Ariadne».

—Está bien —murmuró con toda naturalidad Hércules Poirot al tiempo que se guardaba la hoja en un bolsillo—. ¿De qué hablábamos? ¡Ah! Nos referíamos a su sentido del humor, señorita Restarick.

—¿Conoce mi nombre tan sólo o está al tanto también de mis circunstancias personales?

—Conozco unos cuantos hechos en relación con su persona. Usted se llama Norma Restarick. Sus señas en Londres: Borodene Mansions, número sesenta y siete. Hogar de sus padres: «Crosshedges», en Long Basing. Usted vive o ha vivido en compañía de su padre, su madrastra, un tío abuelo y… ¡oh, sí…! una joven *au pair*. Como verá, estoy bien informado.

—Me ha seguido, ¿eh?

—No, no —contestó Poirot—. Nada de eso. Por lo que a tal punto respecta puedo darle mi palabra de honor.

—Pero usted no es un policía, ¿eh? No me dijo que lo fuera…

—No lo soy, en efecto.

Norma Restarick pareció deshacerse de su aire de desconfianza y

desafío a un tiempo.

—No sé qué hacer —confeso.

—Mire, joven… No estoy dedicándome a apremiarla para que utilice mis servicios. Ya me comunicó oportunamente que yo le parecía demasiado viejo para eso. Es posible que esté en lo cierto. Pero puesto que sé quién es usted y conozco algunos detalles relativos a su persona, ¿por qué no hemos de hablar en tono amistoso de los problemas que la afligen? Recuerde que los viejos no somos muy aptos para la acción pura, cosa que se halla compensada por el hecho de habernos procurado una experiencia de la que muchas veces se puede sacar un partido sumamente beneficioso…

Norma continuó mirándole, indecisa. Poirot se había sentido desasosegado ya antes, al ser objeto de la atención de aquellos grandes ojos. La chica tenía que sentirse como atrapada. O bien se hallaba un momento ideal para la confidencia. Por otro lado, Poirot siempre había sabido suscitar la locuacidad en sus interlocutores.

—Me toman por una loca —dijo ella bruscamente—. Y en ocasiones me figuro que los que tal piensan están en lo cierto…

—He aquí un punto de gran interés —repuso Hércules Poirot, animoso—. Para las cosas del cerebro existen muy variados nombres. Todos ellos impresionantes. Los psicólogos, los psiquiatras, los tienen en los labios constantemente. Ha aludido usted a la locura. Muy bien. La gente ordinaria, las personas con quienes nos encontramos a cada paso, la padecen en mayor o menor grado. *Eh bien*! Puede que esté usted loca, o que lo parezca, o que se crea así… Le diré que no se trata de nada grave: es algo muy corriente. Tal desequilibrio se cura con facilidad, siempre y cuando se recurra al oportuno tratamiento. La perturbación procede de los esfuerzos exagerados de tipo mental. Hay demasiadas preocupaciones; la gente joven estudia con exceso ante la perspectiva de los exámenes; uno se recrea exageradamente en sus emociones; se es demasiado religioso o se carece, lamentablemente, de creencias religiosas; padres y madres dan motivo para que los hijos les miren con recelo, ¡les odien incluso! La causa puede ser también, lógicamente, una contrariedad de tipo amoroso.

—Yo tengo madrastra. La odio. Y creo odiar a mi padre también.

Ahí hay cosas de sobra, ¿no?

—Reconozcamos que no es su caso de los que se dan con más frecuencia —dijo Poirot—. Supongo que usted ha querido mucho a su madre. ¿Se divorció de su marido? ¿Murió?

—Murió hace dos o tres años.

—¿Y sintió mucho su desaparición?

—Sí. Me parece que sí… Desde luego que lo sentí. Estaba inválida… Paso por diversas clínicas en los últimos años de su vida.

—¿Qué fue de su padre?

—Mi padre se había marchado al extranjero mucho tiempo antes. Se trasladó a África del Sur teniendo yo cinco o seis años. Creo que quiso divorciarse de mi madre, pero ella no accedió. En África del Sur anduvo metido en negocios de minas o algo así. Tenía la costumbre de escribirme al llegar la Navidad, enviándome un regalo. A eso quedaron reducidos nuestros contactos. Por tal motivo, nunca me pareció una persona real. Volvió hace cosa de un año porque tuvo que liquidar los negocios de mi tío y solventar algunos problemas financieros… Se presentó aquí en compañía de su nueva esposa.

—Y a usted le disgustó su proceder…

—En efecto.

—Tenga en cuenta que él era viudo ya. Nada tiene de extraordinario que un hombre contraiga matrimonio por segunda vez. Especialmente, cuando ha habido una separación de muchos años. ¿Se trataba de la misma mujer con quien deseó casarse por la época en que solicitó de su madre el divorcio?

—¡Oh, no! Ésta de ahora es muy joven. Y hermosa, además. Se conduce en casa como si allí no hubiese más voluntad que la suya.

Norma guardó silencio unos instantes. Luego, agregó en un tono de voz diferente saturado de infantiles inflexiones:

—Me figuré que cuando volviera mi padre viviría pendiente de mí… Ella ha impedido que pudiera suceder tal cosa. Se puso desde el primer momento en contra mía. Me ha acorralado materialmente, hasta arrojarme a la calle…

—Bueno ¿y qué más da eso a su edad, Norma? No necesita de nadie que cuide de usted, al fin y al cabo. Es independiente, vive de su trabajo, goza de la vida, escoge sus amigos…

—¡Cómo se ve que no conoce la manera de pensar de mis familiares! Me refiero, sobre todo, al tema de la elección de amigos.

—La mayor parte de las chicas de hoy en día tienen que, soportar las duras críticas de los mayores cuando se habla de los muchachos que suelen acompañarlas —afirmó Poirot.

—¡Cambió tanto todo! —exclamó Norma—. Mi padre no era ya el que yo recordaba de cuando tenía cinco años. Entonces gustaba de jugar conmigo, a todas horas y se mostraba muy alegre. Actualmente, tiene bien poco de esto. Siempre le veo preocupado, irritado, más bien… ¡Oh, sí! ¡Qué diferente!

—Han transcurrido, según mis cálculos, unos quince años. Las personas cambian a medida que avanzan en la vida, Norma.

—¿Tanto, tanto como mi padre?

—¿Ha cambiado de aspecto?

—¡No, no! Hay un cuadro que le hicieron siendo todavía muy joven… Físicamente, mi padre es en la actualidad como aparece en aquél. Es su manera de ser, de comportarse, lo que determina la diferencia a que aludo.

—Escuche, Norma —dijo Poirot, muy atento—: los hombres y las mujeres no son nunca igual que se les recuerda. A medida que transcurren los años, modelamos aquéllos según nuestros deseos, según quisiéramos que fuesen, de acuerdo también con los recuerdos que alberga nuestra mente. Si usted les quiere agradables, alegres y bellos empieza, inconscientemente, a amontonar cualidades sobre las personas que añora, forjando en realidad otras distintas.

—¿Usted cree? ¿Piensa así de veras? —Norma calló de pronto, inquiriendo a continuación con forzosa brusquedad—: ¿A qué atribuye que yo sienta deseos de matar?

La pregunta salió de sus labios con entera naturalidad. Allí quedaba, como flotando entre ellos… Poirot pensó que habían llegado al instante crucial de la conversación.

—He aquí una pregunta muy interesante. También la causa puede encerrar un interés innegable. Existe una persona idónea a la hora de contestarla: el médico.

La reacción de Norma se produjo rápidamente.

—No iré a ver a ningún médico. Eso era lo que ellos querían.

Después me habrían encerrado en cualquier hospital para perturbados mentales, de donde no hubiera vuelto a salir. No. Por supuesto que no voy a hacer lo que usted acaba de indicarme.

La joven se agitó, inquieta, disponiéndose, quizás, a levantarse.

—Yo no he pensado ni por un momento en mandarla a ningún médico, señorita. ¿Por qué ha de alarmarse? Visite al doctor que le plazca. Proceda espontáneamente. Déle todas las explicaciones que me ha dado a mi y luego formule su pregunta. Es muy posible que el médico sea capaz de facilitarle la respuesta oportuna.

—Eso mismo es lo que David viene diciéndome. Sí. Eso es lo que me ha dicho en varias ocasiones… Pero creo que no sería comprendida. Tendría que decirle al doctor que yo… que yo he intentado hacer ciertas cosas…

—¿Qué es o qué la hace pensar que ha procedido así?

—Es que… Verá… Yo no siempre recuerdo mis últimas acciones, ni sé en todo momento dónde he estado… Hay paréntesis en mi vida de una hora… o de dos… que no consigo llenar. Una vez estuve en un corredor… al que daba una puerta, su puerta… Llevaba, algo en la mano… No sé cómo me hice con aquello… Ella se me acerco. Pero al aproximarse a mí su faz cambió. Ya no era ella. En absoluto. Se había transformado en otra persona.

—Es probable que esté usted recordando una extraña pesadilla…

—No se trataba de una pesadilla. Cogió el revólver… Estaba junto a mis pies…

—¿En un pasillo?

—No. En un patio. Ella se me acercó, quitándomelo.

—¿Quién procedió así?

—Claudia. Me llevó escaleras arriba obligándome a beber un líquido amargo.

—¿Dónde se encontraba su madrastra entonces?

—Allí también… No. No estaba allí… Se hallaba en «Crosshedges». O en el hospital. Aquí averiguaron que estaba siendo envenenada… Y que era yo…

—Pudo no haber sido usted… ¿Por qué no pensar en otra persona?

—¿Qué otra persona?

—El… esposo de esa mujer, quizá.

—¿Mi padre? ¿Por qué ha de querer mi padre envenenar a Mary? Está perdidamente enamorado de ella. ¡Ve por sus ojos!

—Hay más gente en la casa, ¿verdad?

—¿El tío Roderick? ¡Qué disparate!

—Nunca se sabe… —contestó Poirot—. Podría sufrir cualquier perturbación de tipo cerebral. ¿Y si se le había metido en la cabeza la idea de que era su deber envenenar a una mujer que pudiera ser, según él, una hermosa espía? Quien dice esto, dice otra cosa semejante.

—Muy interesante —replicó Norma, momentáneamente divertida, expresándose ahora con toda naturalidad—. Durante la última guerra, tío Roderick anduvo metido entre espías. ¿Quién hay más? ¿Sonia? También podría ser una bella espía, pero no responde al concepto que yo me he formado de tales personajes.

—No. Además, ¿qué motivos podría tener para desear envenenar a su madrastra, Norma? Bueno… Habrá servidores, jardineros, por ejemplo.

—Los que hacen tareas allí no están fijos. A mi juicio, no existe ni uno solo al que se le pueda asignar un móvil razonable.

—¿Y si todo fue obra de la propia Mary?

—¿Sugiere usted un intento de suicidio?

—Es una posibilidad.

—No me imagino a Mary tomando esa resolución. Es una mujer demasiado sensata. ¿Por qué había de querer suicidarse, además?

—Ya veo lo que piensa. En tal caso, ella optaría por meter la cabeza en el horno de gas, o se tendería en un lecho artísticamente adornado para ingerir una dosis exagerada de pastillas somníferas. ¿Me equivoco?

—Podría haber sido algo más sencillo la causa… Pude haber sido yo, simplemente —dijo Norma con toda formalidad.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. Eso me interesa. Al parecer, *prefiere* haber sido usted, ¿eh? Le atrae la idea de ser la administradora de la dosis fatal. Sí. Le complace tal pensamiento.

—¿Cómo se atreve a decir eso? ¿Cómo puede…?

—*Porque creo que es la verdad* —manifestó Poirot—. ¿Por qué se siente excitada ante el pensamiento de haber cometido un crimen? ¿Por qué se complace en idear tal cosa?

—No hay nada de verdad en lo que afirma.

—Me limitaba a plantearme unas preguntas.

Norma alcanzó su bolso, tanteándolo con nerviosos dedos.

—No estoy dispuesta a seguir aquí, consintiéndole que me diga cuanto se le antoje.

La muchacha hizo una seña a la camarera, quien se aproximó a la mesa. Hizo su cuenta en el bloc de que era portadora, arrancó la hoja y la depositó en el plato que la chica tenía delante.

—Por favor, permítame… —medió Hércules Poirot.

Ella cogió rápidamente el papel, abriendo su billetero. Se había adelantado al movimiento de su acompañante.

—No quiero que pague usted.

—Como guste, señorita Restarick.

Poirot vio todo lo que había querido ver. La cuenta se refería a dos personas. David, pese a sus finas maneras, no creía que estuviese mal que su enamorada amiga corriese con todos los gastos.

—Así, pues, es usted quien invita cuando está con un amigo.

—¿Quién le ha dicho que yo estaba aquí con alguien?

—Yo sé más cosas de las que usted se figura, señorita.

Norma dejó sobre la mesa unas monedas, poniéndose en pie.

—Me voy, señor Poirot —declaró—. Y le prohíbo que me siga.

—¿Podría hacerlo? Recuerde mi avanzada edad. Si una vez en la calle echara a correr no sería capaz de alcanzarla.

Norma se encaminó a la puerta.

—¿Ha oído bien? Absténgase de seguirme.

—Permítame al menos que le abra la puerta —Poirot hizo esto con un caballeresco ademán, no carente de ironía—. *Au revoir, mademoiselle*.

Norma le miró recelosa. Echó a andar por la acera con rápidos pasos. De cuando en cuando volvía la cabeza. Poirot se quedó junto a la entrada del establecimiento observándola. No llevó a cabo el menor intento de lanzarse sobre sus pasos, ni mucho menos de alcanzarla. Cuando hubo perdido de vista la gentil figura de Norma Restarick penetró de nuevo en el local.

«¿Y qué diablos significa todo esto?, se preguntó Poirot».

La camarera avanzaba en dirección a él, con un gesto de

evidente desagrado en el rostro. Poirot tornó a ocupar su sitio frente a la misma mesa, aplacando sus contenidas iras con la petición de una taza de café. «Hay en todo este asunto algo muy curioso —pensó—. Muy curioso, si, señor». Una taza llena de un liquido color beige pálido fue colocada al poco sobre la mesa. Poirot tomó un sorbo e hizo una mueca.

Se preguntó dónde estaría la señora Oliver en aquellos momentos…

Capítulo IX

La señora Oliver se hallaba sentada dentro de un autobús. Su respiración era algo agitada, pero se sentía aún poseída por el celo de la caza. La «pieza» denominada por ella mentalmente el «pavo real», había estado moviéndose con bastante viveza. La señora Oliver, no tenía ninguna de las cualidades del buen andarín. Por el «Embankment» habíase deslizado detrás del muchacho estableciendo una distancia entre los dos de veinte metros, aproximadamente. En Charing Cross, él se metió bajo tierra. La señora Oliver se apresuró a perder de vista la calle. En la plaza de Sloane, David tornó a emerger y ella le imitó. Después estuvo esperando en la cola de un autobús, separándoles tres o cuatro personas de su perseguido. Éste subió al vehículo. Ariadne también. Él se sumergió en el desconcertante laberinto de calles que hay entre King Road y el río, para penetrar por fin en un patio lleno de materiales de construcción. La señora Oliver se ocultó en una entrada, manteniéndose a la expectativa. David enfiló una callejuela y ella le concedió unos segundos de ventaja, reanudando seguidamente la persecución… De pronto, perdió de vista al joven. La amiga de Poirot se apresuró a efectuar un detenido reconocimiento de sus alrededores. Todo parecía hallarse en estado de ruina por allí. Se adentró más por el pasadizo. Caminaba ya sin rumbo. Había otras insignificantes vías, muchas de ellas callejones sin salida… Se había desorientado por completo y cuando realizaba otro intento para regresar al patio de unos minutos antes, Ariadne oyó una voz a su espalda, una voz que le produjo un sobresalto tremendo:

—Espero no haber andado demasiado de prisa para usted.

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono cortés.

Volvió la cabeza rápidamente. Súbitamente, lo que le había parecido hasta hacía poco pura diversión dejaba de serlo. Habíase lanzado despreocupadamente sobre los pasos de David, muy animada por la perspectiva de aquella experiencia. Ahora se sintió sacudida por un ramalazo de temor. Sí, en efecto, tenía miedo. Respiraba un aire cargado de amenazas. Y, sin embargo, la voz de él sonaba cortés, agradable, en sus oídos. Pero tras ella, adivinaba el peligro.

Recordó confusamente un sinfín de cosas que había leído todos los días en los periódicos. Mujeres ya ancianas habían sido atacadas por pandillas de mozalbetes. Tales mozalbetes se habían mostrado rudos, crueles, dejándose guiar por el odio y el afán de causar daño. Delante de ella tenía al joven que había estado siguiendo. Se había dado cuenta de su presencia, engañándola, llevándola hábilmente hasta la calle en que se encontraban. Le cerraba el paso… Londres y otras ciudades menores en extensión y habitantes tienen puntos muy especiales en los que sin transición se pasa de un sitio invadido por verdaderas multitudes a otro silencioso y desierto.

Existía la posibilidad de que hubiese gente en la calle vecina, en las casas cercanas… Ahora bien, lo más próximo a ella era la poderosa figura del muchacho, una figura dotada, seguramente, de fuertes y crueles manos. La señora Oliver creía que en aquellos momentos su dueño proyectaba usarlas. «El pavo real». Un tipo orgulloso, por naturaleza, con sus terciopelos, sus apretados y elegantes pantalones negros, que hablaba con ironía, la ironía que ocultaba una maldad cierta.

La señora Oliver hizo tres profundas inspiraciones seguidas. Tomó una determinación. Tenía que montar su defensa. Como fuera. Sin vacilar lo más mínimo se dejó caer sobre la tapa de un cubo de desperdicios que se encontraba adosado al muro muy cerca de ella.

—¡Dios mío! ¡Y qué susto me ha dado usted, joven! —dijo Ariadne—. ¿Cómo iba a figurarme que estaba aquí? Supongo que no se habrá enfadado.

—Así, pues me seguía, ¿eh?

—Efectivamente, le seguía. Le habré ocasionado alguna molestia quizás. Estimé que me hallaba ante una oportunidad incomparable,

¿sabe? Estoy segura de que se habrá irritado… Olvídelo. Mire… —la señora Oliver se instaló más cómodamente sobre la tapa del cubo —. Le explicaré… Yo me dedico a escribir novelas. Son historias detectivescas siempre… Esta mañana andaba preocupada. Penetré en un café, a ver si una taza de este brebaje me proporcionaba alguna idea inspirada. En el libro que tenía entre manos había llegado precisamente a una situación como la nuestra hace un rato. Yo seguía a alguien… Bien. Quiero decir que el héroe de mi novela seguía a otra persona. Reflexioné, diciéndome: «La verdad es que de estas experiencias sé muy poco. O nada». Yo lo único que dominaba en tal terreno era la teoría, lo que era fruto de mis lecturas, lo que yo misma me había inventado con motivo de cualquier relato… «¿Por qué no lo intentas?», me pregunté. «Lo que se vive se narra con más agilidad después, dando a la aventura o episodio veracidad». Miré a un lado y a otro en el café, y le vi sentado a la mesa vecina… No se enoje: pensé que usted era la persona ideal para realizar yo el experimento…

Los ojos del joven, fríamente azules, parecían haber perdido un poco de su dureza.

—¿Por qué era yo la persona ideal en ese sentido?

—No viste usted como los demás —explicó la señora Oliver—. Son las suyas unas prendas muy atractivas… Casi como las de la época de la Regencia. Simplemente, quise aprovechar la ventaja que suponía el que usted se distinguía claramente entre los demás. De manera que cuando salió del café yo dejé el establecimiento también. La experiencia, a decir verdad, ha sido una dura prueba para mí —Ariadne levantó la vista—. ¿Le importaría decirme si se dio cuenta en seguida de que yo le espiaba, o si tardó mucho?

—No, en seguida, no.

—Ya, ya —la señora Oliver se quedó pensativa—. Pero desde luego, a mí no se me ve como a usted. En resumidas cuentas, que usted apenas sería capaz de distinguirme si me hallara en un grupo de mujeres de mi edad, ya entradas en años. Mi persona ofrece escasas particularidades, ¿eh?

—¿Escribe usted libros que han sido publicados? ¿Los conozco yo?

—No lo sé… Es posible que haya leído alguno. Llevo escritos

cuarenta y tres hasta el momento. Oliver es mi apellido.

—¿Ariadne Oliver?

—Así, pues, usted conoce mi nombre. Bueno, joven, esto es halagador. Pero me atrevo a afirmar que mis libros no le gustan mucho. Es muy probable que se le antojen de corte antiguo, pasados de moda, carentes de la violencia que gusta al público actual…

—¿Me conocía usted de antes?

La señora Oliver movió la cabeza, denegando.

—No… Estoy segura que no…

—¿Y qué dice de la chica que estaba conmigo?

—¿Se refiere a la… a la que comía habas cocidas con usted… en aquel local? No, creo que no la conozco tampoco. Claro que sólo llegué a ver su nuca. Me pareció… Bueno. Lo cierto es que las chicas ahora son todas iguales.

—Pues ella sí que la conocía a usted —dijo el muchacho repentinamente. Ahora su tono era más agrio—. Me indicó que habían estado hablando las dos recientemente. Hace cosa de una semana, creo.

—¿Dónde? ¿En una reunión? Es posible… ¿Cómo se llama ella? Quizá recuerde su nombre.

—Se llama Norma Restarick.

El muchacho miro con más fijeza que nunca a la señora Oliver al pronunciar estas palabras.

—Norma Restarick… ¡Oh, sí! Desde luego… Fue en una reunión celebrada en el campo, en un sitio denominado… espere, espere un momento… Long Norton. ¿No es eso? He olvidado cómo se llamaba la casa, en cambio. Me presenté en ella acompañada de varios amigos. No creo que la hubiera reconocido nunca… Sé que hizo algún comentario sobre mis libros. E incluso que le prometí regalarle uno. ¡Qué coincidencia tan extraña, verdad, que habiendo escogido al azar una persona para mi experiencia detectivesca, ésta resulte hallarse acompañada por otra más o menos conocida! Sí, señor: es muy raro. Me parece que no voy a poder aprovechar este incidente en mi novela. El público diría que es mucha casualidad…

La señora Oliver volvió a ponerse en pie.

—¡Dios mío! Pero… ¿dónde me he sentado? ¡Si es un cubo de desperdicios! ¡Vaya! Y bien sucio que está —Ariadne resopló—. ¿En

qué lugar de la ciudad estaremos concretamente?

La señora Oliver experimentó de pronto la impresión de que se había equivocado por completo al sentirse atemorizada. «¡Qué absurdo! ¡Qué tonterías he llegado a pensar! —se dijo—. Imaginé que este joven era un individuo peligroso, capaz de causarme algún daño». La sonrisa del joven se le antojó encantadora. Movió la cabeza ligeramente y las puntas rizadas de sus cabellos se pasearon sobre sus hombros ¡Qué criaturas tan fantásticas venían a ser los muchachos modernos!

—Opino —dijo él—, que lo menos que puedo hacer es enseñarle el paraje a que ha llegado siguiéndome. Suba por estas escaleras.

El joven le indicaba unas de muy mal aspecto, que parecían conducir a un desván.

—¿Que suba por las escaleras?

La señora Oliver dudaba. Quizá su interlocutor hubiese desplegado su seductora sonrisa con el propósito de convencerla para que entrase allí y propinarle un fuerte golpe luego que la dejase inconsciente. «No está bien. Ariadne —se dijo—. Te has metido espontáneamente en este laberinto y habrás de arreglártelas tú sola para salir de él. De paso averigua lo que puedas. Si es que hay algo que averiguar».

—¿Cree usted que esos peldaños resistirán mi peso? Parecen hallarse carcomidos —comentó.

—Están perfectamente. Subiré yo primero.

La señora Oliver puso el pie en el primer escalón, detrás del joven. Estaba asustada, muy asustada. Le inspiraba más temor que el propio «pavo real» el lugar a donde éste podía estar conduciéndola. Bien. Pronto sabría a qué atenerse. Su acompañante empujó la puerta que había arriba del todo y los dos penetraron en una habitación. Era un cuarto grande y desnudo, el improvisado estudio de un artista. Vio distribuidas por el piso varias colchonetas y lienzos apoyados en las paredes. Y un par de caballetes de pintor. Flotaba en el aire un olor penetrante a pinturas.

En la habitación se encontraban dos personas. Frente a uno de los caballetes se había instalado un joven barbudo, pintando. Volvió la cabeza hacia ellos al oírles entrar.

—¡Hola, David! ¿Qué? ¿Nos traes compañía?

La señora Oliver pensó que no había visto nunca en su vida un hombre de aspecto más desaseado que aquél. Sus negros y aceitosos cabellos le caían tanto sobre la nuca, por detrás, como sobre los ojos, por delante. La barba era un rastrojo descuidado. En las prendas que vestía entraba en abundancia el cuero y calzaba botas de media caña. Ariadne se fijó a continuación en la muchacha que posaba como modelo. Habíase acomodado en una silla, encima de un estrado… Esto es un decir, ya que su posición no podía ser más molesta: tenía la cabeza echada hacia atrás y sus cabellos caían como una cascada hasta el suelo, casi. La señora Oliver reconoció inmediatamente a la chica. Era la segunda de las tres chicas que ocupaban el apartamento de Borodene Mansions. No se acordaba de su apellido, pero sí de su nombre de pila. Tratábase de la altamente decorativa y lánguida Frances.

—Le presento a Peter —dijo David, señalando al artista un tanto repulsivo—, uno de nuestros genios en ciernes. Y ahí tiene a Frances, posando como una muchacha desesperada que aspira a abortar.

—Cállate mono —contestó Peter.

—Nos conocemos, ¿verdad? —inquirió la señora Oliver, dirigiéndose a la muchacha en un tono alegre, pero algo vacilante —. Me parece que nos hemos visto en alguna parte antes de ahora. Y muy recientemente, tal vez.

—Usted es la señora Oliver, ¿no? —preguntó Frances.

—Eso me ha dicho —manifestó David—. Por consiguiente, no me ha engañado.

—Veamos… ¿Dónde nos vimos antes? —prosiguió diciendo Ariadne—. ¿En una reunión? No. Déjeme recordar… ¡Ya sé! Fue en Borodene Mansions.

Frances había adoptado una posición normal en su silla y se expresaba haciendo gala de sus finos modales. Peter lanzó un gemido.

—¡Ya has estropeado la pose! ¿A qué vienen todos esos alocados movimientos? ¿Es que no puedes estarte quieta?

—No soy capaz de resistirlo un momento más. Esta postura me resulta terriblemente molesta. Se me ha puesto un dolor aquí en el hombro…

—Me he estado dedicando a vivir ciertas experiencias, últimamente. Por ejemplo: he seguido a una persona —explicó la señora Oliver—. La cosa es más fácil de lo que yo me había imaginado. ¿Es esto el estudio de un artista? —añadió, mirando a su alrededor con absoluta desenvoltura.

—Eso viene a ser este desván… Y dé gracias a que el suelo no se haya hundido bajo sus pies —repuso Peter.

—Hay aquí todo lo que se necesita para trabajar, realmente: luz del norte, espacio suficiente, una colchoneta en la que poder tenderse, un apartamento para cuatro abajo y lo que se llama «derecho a cocina» —comentó David—. También suele haber una botella o dos de licor —volviéndose hacia la señora Oliver, el joven agregó—: ¿Le apetece beber algo, señora Oliver?

David pronunció las anteriores palabras haciendo un gesto amable, de extremada cortesía.

—No bebo nunca licores.

—¡Y será verdad! —exclamó David—. ¿Quién lo habría dicho?

—Encuentro su observación muy brusca, muy poco galante, pero me parece explicable —manifestó la señora Oliver—. He topado ya con muchas personas que a las primeras de cambio me han dicho, en cuanto ha habido alguna confianza: «De veras, ¿eh? Siempre pensé que bebías como una esponja».

Ariadne abrió su bolso… Inmediatamente cayeron al suelo tres mechones de grisáceos cabellos. Los cogió David, quien procedió a entregárselos a su dueña.

—¡Oh! Muchas gracias. No dispuse de mucho tiempo esta mañana. Me pregunto si llevaré aquí más horquillas…

Después de registrar a fondo el bolso comenzó a arreglar su peinado.

Peter soltó una carcajada…

«Es raro —pensó la señora Oliver—. ¿Por qué se me metería en la cabeza la idea de que me hallaba en peligro? *Peligro*… ¿Por qué causa? El aspecto de estos muchachos podrá ser extraño, pero la verdad es que me resultan simpáticos y cordiales. Es cierto lo que constantemente me dicen mis amistades: tengo demasiado imaginación».

Luego, anunció que tenía que irse. David, con galantes ademanes

que le hicieron pensar en la caballeresca época de la Regencia, la ayudó a bajar por las desvencijadas escaleras. A continuación le facilitó detalladas instrucciones para que pudiese llegar a King's Road de la manera más rápida posible.

—Más tarde —dijo el joven—, tome un autobús… O un taxi, si es que se siente fatigada.

—Tomaré un taxi —repuso ella—. Tengo los pies destrozados. Cuanto antes me siente, mejor. Gracias por haber sido tan indulgente conmigo. Reconozco que mi conducta ha sido algo impertinente. Pudo usted haberse molestado. Es lógico. Pienso que en fin de cuentas, no lo hice mal, ¿eh?

—Esté tranquila —dijo David, gravemente—. Salga por aquí hacia la izquierda… Tuerza luego a la derecha y coja la izquierda de nuevo hasta que vea el río. Después, diríjase hacia él en línea recta… ¿Ha comprendido?

Cosa curiosa: a los pocos minutos volvió a sentirse nerviosa, intranquila igual que al principio. «He de frenar mi imaginación a toda costa —recomendóse a sí misma. Volvió la cabeza contemplando las escaleras y la ventana del estudio. Todavía divisó la figura de David—. Tres jóvenes verdaderamente corteses, agradables, sí, señor. Muy amables, muy simpáticos… A la izquierda hasta aquí. Y luego hacia la derecha. Por el hecho de guiarse una de su aspecto exterior, tan peculiar, he llegado a concebir ridículas ideas, juzgándolos peligrosos… ¿Tenía que dirigirme hacia la derecha de nuevo o hacia la izquierda? Por la izquierda me parece. ¡Oh, Dios mío! Los pies. ¡Cómo me duelen! Y por lo que veo no tardará en llover». Su paseo se le antojo interminable. Pensó que King's Road quedaba increíblemente lejos. Apenas oía el familiar rumor del tráfico. ¿Dónde demonios estaba el río? Ariadne comenzó a sospechar que había interpretado mal las instrucciones de David…

«Bien. No tardaré en llegar, supongo a algún sitio conocido: al río, a Putney, a Wandworth o donde sea…».

Abordó a un transeúnte, preguntándole qué camino tenía que seguir para ir a King's Road. El hombre le hizo saber que era extranjero, que no hablaba inglés.

Muy cansada la señora Oliver dobló otra esquina. Frente a ella

divisó el móvil brillo del agua. Apretó el paso… Deslizábase por una estrecha vía cuando oyó un rumor a su espalda. Alguien avanzaba tras ella. Y en el momento en que empezaba a volver la cabeza sintió que golpeaban fuertemente en ésta. El mundo se esfumó ante sus ojos con insólita rapidez, siendo sustituido por un aluvión de sorprendentes chispas.

Capítulo X

Una voz dijo:

—Bébase esto.

Norma estaba temblando. Sus ojos denotaban la confusión que poseía. Se echó hacia atrás, encogida, en la silla que ocupaba. La orden fue repetida.

—Bébase esto.

Esta vez obedeció, dócilmente. Luego, se contuvo un poco.

—Es… es muy fuerte —objetó, abriendo la boca, angustiada.

—La pondrá buena en seguida. Se sentirá mejor dentro de unos segundos. Usted limítese a mantenerse inmóvil. Espere y verá.

El mareo se le había pasado. Sus mejillas tenían ya algún color. Los estremecimientos iban, progresivamente, a menos. Por vez primera, la joven miro a su alrededor, intentando descubrir dónde estaba. Habíala dominado una sensación de miedo, de horror a todo, pero ahora parecía regresar lentamente a la realidad. Se hallaba en una habitación de regulares dimensiones, decorada y amueblada en un estilo que le resultaba vagamente familiar. Una mesa, una litera, un armario, una silla corriente, un estetoscopio encima del pupitre y un aparato que la chica se figuró que tenía cierta relación con los ojos… Más adelante, su atención se apartó de lo general para fijarse en lo particular: el hombre que acababa de acercar a sus labios un vaso…

Tendría treinta y tantos años. Sus cabellos eran rojos. La cara del desconocido, de facciones irregulares, de trazos nada bellos, resultaba, sin embargo, muy interesante. Movió la cabeza expresivamente, como si hubiese querido terminar de tranquilizarla.

—¿A que se está recuperando ya?

—Eso creo… Yo… ¿Qué me ha sucedido?

—¿No lo recuerda?

—El tráfico… Yo… Vino corriendo hacia mí… —La muchacha miró atentamente a su interlocutor—. Fui atropellada por un coche.

—¡Oh, no! Nada de eso —el hombre movió la cabeza de nuevo, denegando ahora—. Está hablando con un testigo presencial del hecho.

—¿Quién? ¿Usted?

—Se había plantado usted en medio de la calzada y avanzaba un automóvil velozmente. Dispuse de los segundos indispensables para apartarla bruscamente a un lado… Pero, ¿en qué estaba usted pensando, criatura, para dejar la acera en aquellos momentos?

—No acierto a recordar. Yo… Sí. Me imagino que estaría pensando en otra cosa, que caminaría distraída y…

—Se le acercaba un «Jaguar» rápidamente y había un autobús al otro lado de la vía. El automóvil no iba a atropellarla…

—No, no, claro… Seguro que no. He querido decir que…

—He estado pensando en ello… Bien. Pudo haber sido otra cosa muy distinta, ¿no cree?

—¿Qué insinúa usted?

—¿No pudo haber sido todo una acción deliberada?

—Deliberada… ¿Qué quiere decir?

—He llegado a pensar que quiso usted matarse —con gran naturalidad, el hombre añadió—: ¿Me he equivocado en mi suposición?

—Yo… Sí… Bueno. Por supuesto que sí.

—¡Qué estúpido medio el elegido por usted, de hallarme yo en lo cierto! —él se expresaba ya en otro tono—. Ahora tiene que esforzarse. Es preciso que recuerde lo sucedido.

La joven comenzó a temblar de nuevo.

—Yo creí… creí que todo terminaría de este modo… Me figuré…

—En consecuencia, intentó suicidarse, ¿eh? ¿Qué le ha pasado? Háble me con entera franqueza. ¿Cosas de novios? Los asuntos amorosos pueden acabar muy mal. Además, la presunta víctima siempre se imagina que el otro (o la otra) sufrirá al enterarse de la terrible decisión… La verdad es que no debe de confiarse mucho en semejantes reacciones por parte del prójimo. A nadie le gusta vivir

apesadumbrado; nadie quiere reconocerse culpable. El causante de la tragedia opta por hacerse este comentario cuando es el novio: «Siempre la tuve por una muchacha desequilibrada. Quizás haya ganado la pobre con desaparecer del mundo de los vivos». La próxima vez que se decida a tomarla con los «Jaguar» piénselo bien. Hasta los vehículos tienen *sentimientos* que merecen ser tomados en consideración. ¿Qué problema la agobia? ¿Le ha hecho alguna mala jugada su novio, señorita?

—No —repuso Norma—. ¡Oh, no! Sucedió todo lo contrario — de pronto, añadió—: Quería casarse conmigo.

—¿Es eso un motivo? ¿Quiso lanzarse bajo las ruedas de un «Jaguar» por tal causa?

—Procedí así porque…

Ella se interrumpió.

—Es mejor que me lo explique todo.

—¿Cómo llegué hasta aquí? —quiso saber Norma.

—La traje a esta casa en un taxi. Me pareció que no sufría graves heridas… Unas cuantas contusiones, todo lo más, espero que se haya producido. Estaba, eso sí muy afectada emocionalmente. Le pregunté por sus señas, pero usted se limitó a mirarme fijamente, como si no entendiese lo que le decía. La gente iba agolpándose a nuestro alrededor. Llamé a un taxi, la subí a él y la traje…

—¿Es esto la consulta de un medico?

—Sí. Y el doctor soy yo; Stillingfleet es mi apellido.

—¡Yo no quiero ver a ningún médico! ¡No quiero seguir hablando con usted! Yo no…

—Cálmese, cálmese. Hace diez minutos que habla usted con un médico… ¿Ha observado algo anormal en nuestra relación?

—Tengo miedo. Tengo miedo a que usted crea…

—Vamos, vamos… No vea en mí al doctor. ¿Quiere complacerme? Míreme como a un entrometido que le ha salvado de la muerte, que le ha salvado de otra cosa peor, quizá de haber perdido un brazo, de haberse fracturado una pierna, de haber sufrido heridas que la incapacitasen para el resto de su existencia… Conviene tener en cuenta otros detalles. Antiguamente, cuando una persona intentaba suicidarse y fracasaba en su empeño, era detenida y llevada ante los tribunales. Todavía corre usted ese

riesgo… No podrá decir qué no le he sido sincero. Corresponda usted a mi actitud con otra de entera franqueza. Empiece a explicarme, por ejemplo, en qué se basa para que los médicos le inspiren tanto temor. ¿Le ha hecho algo malo alguno de mis compañeros?

—No. Nada. Es que temo…

—¿Qué teme concretamente?

—Temo que me encierren en cualquier clínica.

El doctor Stillingfleet enarcó sus espesas cejas, contemplando más atentamente que nunca a la joven.

—¡Vaya! Esa cabeza suya parece albergar muy curiosas ideas en lo tocante a nuestra sufrida clase. ¿Por qué he de pretender yo encerrarla aquí o allá? ¿Le gustaría tomar una taza de té? ¿Prefiere, acaso, un tranquilizante…?

Hubo una breve pausa en el diálogo.

—Bien, señorita… ¿Por qué ha de vivir alarmada? ¿Por qué ha de sentirse abatida? Usted no es ninguna perturbada. Y los médicos no tienen el menor interés en encerrar a la gente. Los manicomios se hallan saturados ya. Es difícil encontrar sitio en ellos para los que, desgraciadamente, aguardan fuera una oportunidad para entrar y someterse a tratamiento. Lo que se hace precisamente es lo contrario, dar facilidades para que los enfermos menos graves se trasladen a sus domicilios. En este país todo está atestado de gente: las clínicas, las calles, las salas de espectáculos…

»Bueno. ¿Hacia dónde se inclinan sus preferencias? ¿Desea tomar alguno de los medicamentos de mi botiquín, que está perfectamente surtido, dicho sea de paso, o le apetece más una buena taza de té inglés?

—Me gustaría tomar té —respondió Norma.

—¿Té procedente de la India o de la China? ¿No es ésta la pregunta correcta? Aunque del de China no sé si tengo…

—Me agrada más el de la India.

—Perfectamente.

El doctor se acercó a la puerta de la habitación, diciendo:

—¡Annie! ¿Quieres traer té para dos?

Tornando a sentarse, manifestó:

—Dejemos bien sentada una cosa, joven. A propósito… ¿cómo

se llama usted?

—Norma…

—Norma…, ¿qué más?

—Norma West.

—Bien, señorita West. Planteemos la situación con toda claridad. Yo no hablo con usted en plan de médico, usted no ha venido a mi consulta como paciente. Usted es, sencillamente, la víctima de un accidente callejero. Así nos referiremos al suceso y así supongo que querrá que aparezca el hecho, que tantas consecuencias desagradables habría tenido para el conductor del «Jaguar», si hubiera usted logrado su lamentable propósito.

—Primeramente pensé en arrojarme por el pretil de un puente.

—¿De veras? No vaya a creer que le habría resultado fácil. Hoy en día, los constructores de puentes cuidan bien todos sus detalles. Quiero decir que se habría visto obligada a trepar por una de las paredes laterales, cosa muy penosa. Alguien la hubiera visto a tiempo. Bien. Continuaré con mi informe… En vista de su estado, en vista de que no podía lograr que me diera sus señas, la traje a esta casa. A propósito… ¿Quiere decirme ahora cuál es su dirección?

—No tengo ninguna que dar. Yo no… no vivo en ningún sitio, concretamente.

—Muy curioso —dijo el doctor Stillingfleet—. «Sin domicilio conocido», suele indicar en estos casos la policía. ¿Dónde pasa las noches? ¿Dónde para durante el día? ¿Se dedica a vagar por las calles de la ciudad?

Ella le miró recelosa.

—Pude haber dado cuenta a la policía del accidente de que había sido testigo, aunque no era mi obligación. Preferí pensar, de momento, que abstraída en sus pensamientos cruzó la calzada sin tomar la precaución primero de mirar a la izquierda.

—Usted no responde a la idea que yo me había forjado de los médicos en general —manifestó Norma.

—¿De veras? He de confesarle que, profesionalmente, dentro de este país, me siento desilusionado. Tan es así que pienso cerrar mi consulta. Dentro de quince días, aproximadamente, me trasladaré a Australia. No tiene, pues, por qué temer nada de mí. Háble me, en

consecuencia, de lo que se le antoje. Confíeme sus más íntimos pensamientos. No crea que va a impresionarme si me dice que ha visto a unos cuantos elefantes de color rosa cruzar unos muros, o si se ha creído en peligro de morir estrangulada entre las ramas serpenteantes de varios árboles, o si ha descubierto al diablo en los ojos de ciertas personas. Escucharé esas y otras fantasías, similares con absoluta naturalidad. Permítame que le diga no obstante, que usted me parece una chica bastante cuerda.

—No creo serlo, sin embargo.

—Bueno. Es posible que tenga razón —contestó el doctor Stillingfleet, complaciente—. Veamos cómo se justifica.

—Hago cosas de tas que luego no me acuerdo… Refiero hechos míos pero más tarde no recuerdo haberlos contado.

—Con ello está indicándome que tiene muy mala memoria.

—No me comprende. Las cosas a que me refiero son… perversas.

—¿Manías de tipo religioso? He aquí un punto interesante.

—Nada de eso. Todo se refiere al *odio*, al que yo siento.

Alguien llamó discretamente a la puerta. Entró una mujer ya de edad, portadora de un servicio de té. Dejó la bandeja sobre la mesa y volvió a salir.

—¿Azúcar? —inquirió el doctor Stillingfleet.

—Sí, por favor.

—Una muchacha sensata. El azúcar es muy bueno cuando se ha sufrido una emoción fuerte.

El médico llenó dos tazas, colocando el azucarero entre ambos.

—Volvamos a lo nuestro —dijo luego—. ¿De qué hablábamos? ¡Ah, sí! Del odio.

—¿Es posible que una persona llegue a odiar intensamente a otra, hasta el extremo de desear matarla?

—¡Ya lo creo que es posible! —exclamó Stillingfleet—. Hasta *natural*, dada la frecuencia con que se da el fenómeno. Lo difícil es llegar al punto crucial incluso esforzándose. El ser humano posee un sistema de frenado peculiar, que acaba funcionando en los instantes críticos.

—Enfoca usted estas cuestiones como si fuesen algo corriente y moliente, el pan nuestro de cada día —observó Norma.

Había un leve tono de enojo en su voz.

—Lo son en realidad, amiga mía. Fíjese en lo que hacen los niños. Cuando se enfadan, se dirigen a sus padres empleando los siguientes términos, u otros parecidos: «Sois malos. Os odio. Os quisiera ver muertos». Las madres, habitualmente (personas sensatas, al fin y al cabo), no prestan atención a tales salidas de sus retoños. Son muchas las personas mayores que, desgraciadamente, sienten odio hacia otras. Pero ellas mismas eliminan la perspectiva de matar. La sombra de la prisión se alza ante esos seres, o del patíbulo, sí adoptan la actitud contraria. A propósito… No creo que estas consideraciones, señorita, tengan mucho, que ver con usted, ni siquiera de lejos…

Norma se irguió. Sus ojos, relampagueantes de ira, escrutaron el rostro del doctor.

—¿Cree usted que yo iba a mencionar cosas tan terribles si no fuesen ciertas?

—Un momento, un momento. La gente procede con frecuencia así. Hay personas que afirman cosas terribles sobre sí mismas y que incluso gozan procediendo de este modo —el doctor cogió la taza de la muchacha, ya vacía—. Será mejor que me lo cuente todo. ¿Quién o quiénes han merecido su odio? ¿Por qué tremendas pruebas haría pasar a esos seres que detesta?

—«Del amor al odio hay un paso», reza un proverbio.

—El cual, a decir verdad suena a melodrama. Tenga presente que el caso inverso es también posible. El refrán es válido en ambos sentidos. Y usted me ha dicho antes que no se trata de un escarceo amoroso con ningún muchacho. No hay nada de eso, ¿eh?

—No, no. Se trata… de mi madrastra.

—Aquí tenemos el motivo clásico de la cruel madrastra ¡Qué tontería! A su edad se está en condiciones casi siempre de apartarse de ella. ¿Qué le ha hecho, aparte de haberse casado con su padre? ¿Odia a éste también? ¿O le quiere tanto que no está decidida a compartir su cariño con ningún otro ser?

—No hay nada de lo que supone. Nada en absoluto. Amé a mí padre en otro tiempo. Le quise mucho. Era un hombre… era… maravilloso. Así pensaba yo.

—Atención ahora —dijo el doctor Stillingfleet—. Escúcheme. Voy a decirle algo… ¿Ve usted esta puerta?

Norma volvió la cabeza, fijando la vista en aquélla.

—Es una puerta corriente como tantas otras. No está cerrada con llave. Se abre y se cierra igual que otras muchas. Acérquese a ella. Haga la prueba… Ha visto a Annie entrar por ahí y salir después. Esto no ha sido una ilusión de sus sentidos. Levántese. Haga lo que le digo.

Norma abandonó su silla y con gesto vacilante obedeció. Quedóse plantada en el umbral, mirando al doctor inquisitivamente.

—Perfectamente. ¿Qué ve usted ahora? Un vestíbulo también corriente que, todo lo más, anda necesitado de unos retoques, cosa que no vale la pena ordenar ya, cuando estoy a punto de partir para Australia. Siga andando en dirección a la puerta principal y ábrala. Nada de extraño observará tampoco. Salga luego y pise la acera… Así se dará cuenta de que es usted completamente libre, de que nadie pretende encerrarla en ningún sitio. Cuando se haya convencido de que puede ir de un lado para otro fuera de esta casa, durante el tiempo que le plazca, regrese, siéntese en esta cómoda silla y cuénteme todo lo que recuerde sobre su propia persona. Seguidamente, procederé a aconsejarla. Y créame: mi consejo será de gran utilidad para usted, señorita. No es preciso que me prometa que va a seguirlo al pie de la letra —añadió el doctor para apaciguarla—. Es normal que la gente pida consejos. Lo es más todavía que no haga el menor caso de ellos. ¿Me ha comprendido? ¿Estamos de acuerdo?

La joven echó a andar lentamente, llegando a la puerta de la entrada que abrió corriendo un simple pestillo. Cuatro pasos más y empezó a caminar por la acera de una calle llena de edificios de decoroso aspecto, pero carente de interés. Permaneció quieta unos momentos, sin saber que estaba siendo observada por el doctor Stillingfleet, apostado junto a una ventana dotada de finos visillos. Transcurrieron dos minutos… Luego, con aire resuelto, giró en redondo, desanduvo el breve camino y de nuevo entró en la habitación en que se desarrollara la primera parte de su entrevista con el médico.

—¿Conforme? —inquirió aquél—. ¿Se ha convencido de que no tengo nada escondido en la manga? Todo está claro, pues. La muchacha hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien. Siéntese ahí. Póngase cómoda. ¿Fuma usted?

—Yo… si bien…

—Sólo cigarrillos de marihuana, ¿verdad? O algo por el estilo, ¿eh? No importa. No tiene por qué darme explicaciones.

—Desde luego que no hago uso de nada de lo que usted supone.

—¿«Desde luego»? Aquí no viene a cuento esta expresión, amiga mía. Pero, en fin, uno tiene que creer lo que el paciente dice. De acuerdo. Háble me de usted ahora.

—No sé… qué decirle. ¿Qué podría contarle? ¿No pretende usted que me tienda en un diván?

—¡Ah! ¿Alude ahora a los recuerdos de sus sueños y todo lo demás? No me refería a eso en particular. Me gustaría conocer el ambiente en que se ha desenvuelto su existencia. Ya se lo puede usted figurar: lugar de nacimiento, si ha vivido en la ciudad o en el campo, si tiene hermanos y hermanas o si es hija única, etcétera. La muerte de su madre debió de producirle una fuerte impresión, ¿no?

—Desde luego —contestó Norma, irritada.

—Es usted muy aficionada a esa expresión, señorita West. A propósito… West es su verdadero apellido, ¿verdad? ¡Oh! No importa. No tengo mucho interés en conocer otro. Lo mismo da que se llame West que otra cosa. Eso queda a su elección. Dígame qué sucedió a raíz del fallecimiento de su madre.

—Mi madre estuvo inválida durante mucho tiempo, antes de morir. Visitó algunas clínicas. Yo me quedé a vivir con una tía, mujer de avanzada edad, en Devonshire. Era, exactamente, una prima hermana de mi madre. Más adelante, mi padre había de regresar… Esto ocurrió hace unos seis meses. Fue estupendo —la faz de Norma pareció iluminarse en aquellos instantes, repentinamente. No sorprendió la rápida y astuta mirada con que siguió sus últimos gestos su joven interlocutor, el hombre que la había salvado por casualidad… al parecer—. Apenas podía recordarlo. Se había marchado cuando yo sólo contaba cinco años de edad. Nunca había pensado volver a verle. Mi madre me habló de él en muy pocas ocasiones. Me figuré que abrigaba la esperanza de que se cansara de la otra mujer pronto, reintegrándose seguidamente al hogar.

—¿La otra mujer?

—Sí. No se fue solo. Mi madre me contó que aquélla era muy mala. Siempre que se refería a la otra mi madre lo hacía con amargura. Mi padre, naturalmente, no se libraba de sus furiosos ataques. Yo me decía muchas veces que lo más seguro era que mi padre no fuese tan perverso como ella aseguraba, que todo había sido una «cuestión de faldas»…

—¿Contrajeron matrimonio los fugitivos?

—No. Mi madre no quiso divorciarse. Pertenecía a una rama de la Iglesia anglicana de severas costumbres, semejantes a las de la Iglesia romana. No era partidaria del divorcio, ni se lo autorizaba su religión.

—¿Prosiguieron su vida en común? ¿Cómo se apellidaba la otra mujer? Bueno… Si eso no es un secreto también.

—No me acuerdo de su apellido —Norma movió la cabeza a un lado y a otro—. Creo que no vivieron juntos mucho tiempo… Sobre este punto, sin embargo, sé muy poco. Se trasladaron a África del Sur. Me parece que luego riñeron, separándose. En esto se fundamentaba mamá para pensar que mi padre no tardaría en regresar. Se equivocó. Ni siquiera escribió. En cambio, al llegar la Navidad siempre me enviaba algún obsequio.

—¿La quería entonces?

—No sé. ¿Qué puedo decirle yo sobre el particular, doctor? Nadie me hablaba de él… Solamente tío Simon, ¿sabe? Cuidaba de sus negocios en la *City* y se enfadó mucho al enterarse de que mi padre lo había arrojado todo por la borda. Manifestó que siempre había sido el mismo, que no tenía constancia, pero que no era un malvado, ni mucho menos… Era débil, simplemente. No crea usted que yo veía a tío Simon con frecuencia. Tenía más relación con los amigos de mamá, que en su mayor parte eran tipos muy aburridos. Toda mi vida ha sido así: aburrida.

»Pues sí… Me pareció maravilloso que mi padre regresara. Me esforcé por recordarle mejor. Intenté evocar ciertas cosas que había dicho; pensé en los ratos que habíamos pasado juntos jugando… Había sabido hacerme reír. Busque por nuestra casa un puñado de fotografías en las que aparecía él. Habían desaparecido. Me figuré que mi madre las habría roto.

—Por lo que veo, no perdonó nunca.

—Su hostilidad se dirigía principalmente contra Louise.

—¿Louise?

La postura de Norma se tornó más rígida, observó el doctor.

—No me acuerdo… Ya se lo dije… No puedo recordar bien los nombres.

—Da igual. Está usted hablando de la mujer que huyó con su padre, ¿no es eso?

—Sí. Mamá decía que bebía mucho, que tomaba drogas y que terminaría mal.

—Pero usted ignora lo que sucedió después, ¿verdad?

—Yo… no sé nada, doctor… —la muchacha estaba cada vez más agitada—. No me haga más preguntas, ¡por favor! No sé nada acerca de ella: no volví a oír hablar de ella… Yo no me acordaba de esa persona hasta que usted la mencionó. ¡Le he dicho que no sé nada!

—Está bien, está bien —dijo el doctor Stillingfleet—, no se excite. No se preocupe por lo pasado. Pensemos en el futuro. ¿Qué va a hacer ahora?

Norma suspiró.

—Lo ignoro. No tengo a dónde ir. No puedo… Será mejor… Seguro que es mejor acabar de una vez con todo… Pero…

—¿No estará pensando en un segundo intento de suicidio, eh? Cometería una grave tontería. Es una insensatez, amiga mía. De acuerdo. Convengo con usted que no tiene a dónde ir, que no puede confiar en nadie… ¿Dispone de dinero?

—Si. Mi padre me abrió una cuenta corriente en un banco. Cada quince días hace en ella un ingreso, para mis gastos. Me asigna más dinero del que en realidad preciso. No estoy segura, sin embargo… Es posible que anden buscándome por ahí. *Quiero impedir que descubran mi paradero, que me encuentren*.

—No la localizarán, si no quiere. Yo me ocuparé de eso. Pensaba en un sitio denominado Kenway Court. El lugar no es tan grande como suena. Se trata de un hogar para convalecientes. La gente va allí para sus curas de reposo. Nada de médicos o literas. Nadie la encerrará en ninguna habitación, se lo prometo. Podrá salir cuando lo desee. Le servirán el desayuno en la cama si le apetece; se quedará en la cama todo el día sí ése es su gusto. Descanse allí a

placer. Un día de éstos le haré una visita. Ya verá cómo de común acuerdo solucionamos algunos de sus problemas ¿Le agrada mi proposición? ¿Está dispuesto a aceptar mi sugerencia?

Norma miró al doctor Stillingfleet. Sus ojos eran inexpresivos. Luego, lentamente, bajó la cabeza…

* * *

Más adelante, en las últimas horas de la tarde, el doctor Stillingfleet hizo una llamada telefónica.

—Una operación de secuestro perfecta —comentó—. Se ha dirigido a Kenway Court. Se adaptó a todo dócilmente, como una corderita. No me es posible hacer afirmaciones todavía. La chica se halla saturada de drogas. Yo diría que ha estado tomando continuamente tranquilizantes, somníferos y «L.S.D.», probablemente. Durante algún tiempo ha estado bien «cargada»; ella afirma que no. Ahora bien, yo me inclino por no dar mucho crédito a lo que cuenta.

Hubo una pausa.

—¡No me diga! Hay que ir con cuidado por lo que a eso respecta. Se torna recelosa fácilmente… Sí. Hay algo que le causa terror. Puede ser, asimismo, que se empeñe en querer dar tal impresión.

»No lo sé todavía. No puedo decir nada. Las personas habituadas al uso de las drogas tienen reacciones engañosas. No siempre se pueden tomar como artículo de fe sus declaraciones, ni mucho menos. Hemos caminado paso a paso, sin precipitaciones, y no quiero sobresaltarla.

»Un complejo maternal, de niña. Yo diría que no sentía mucho cariño por su madre, una mujer, por los detalles que conozco, sombría; el tipo de mártir clásico en estas situaciones. El padre debió de ser un individuo de carácter alegre, incapaz de soportar la monótona existencia del hogar… ¿Sabe de alguien llamada Louise…? Este nombre pareció asustarla… Yo afirmaría que fue el primer odio de la muchacha. (El primer amor a la inversa, ¿eh?). “Se llevó al padre” cuando la niña contaba cinco años. La facultad

de comprensión de los chiquillos, a esa edad, es muy limitada. En cambio, son capaces de albergar graves resentimientos contra las personas que estiman responsables de cualquier hecho ingrato para ellos.

»La joven volvió a ver a su padre recientemente, hace unos meses. Se sentiría dominada por sentimentales sueños… Aspiraría, quizás, a convertirse en la compañera inseparable de él… Quería ser su juguete preferido, la "niña de sus ojos"… Al parecer, sufrió una decepción. El padre se presentó aquí con su esposa, otra mujer, joven y atractiva. No se llama Louise, ¿verdad…? ¡Oh, bien! Sólo era una pregunta. Le estoy facilitando los detalles generales del caso: estoy elaborando un cuadro a grandes trazos…

La voz procedente del otro extremo del hilo telefónico inquirió con viveza:

—¿Qué ha dicho? Repita sus últimas palabras.

—Estoy elaborando un cuadro a grandes trazos…

Otro silencio.

—A propósito… He aquí un pequeño hecho que quizá le interese conocer: la muchacha realizó un torpe intento de suicidio. ¿Le sorprende?

»¡Oh, no! No. No ingirió una dosis de aspirinas, ni metió la cabeza en el horno de gas. Se plantó en la calzada frente a un «Jaguar» que corría más de la cuenta… Puedo decirle que llegué a su lado en el crítico instante… Sí. Creo que fue un impulso espontáneo. Lo admitió. Utilizo la frase típica; "deseaba acabar de una vez con todo".

El doctor guardó silencio, escuchando a su comunicante, que le hablaba con gran rapidez, tras lo cual repuso:

—No lo sé. Por ahora no tengo seguridad. El cuadro clínico se ve bien claro. Nos hallamos frente a una chica nerviosa, una neurótica en estado de agotamiento a consecuencia de haber ingerido drogas de distintas clases. No. Aún no me es posible especificar… Estos casos se presentan por docenas. Los efectos son diferentes. Hay fenómenos de confusión, pérdida de memoria, impulsos agresivos, desorientación, poco o ningún juicio al enfrentarse con las cuestiones cotidianas… Lo difícil estriba en señalar las reacciones reales, diferenciándolas de las producidas por las drogas.

»Se nos ofrecen dos caminos a seguir… Puede que esta joven esté representando un papel, obstinándose en presentarse a sí misma como una neurótica, con tendencias suicidas… Cabe la posibilidad de que eso sea cierto también. Ahora bien, no hay que descartar tampoco la probabilidad de que todo sea un montón de embustes. ¿Y si ella hubiese forjado esta historia impulsada por una oscura razón? Podría ser que se empeñase en dar una falsa impresión de sí misma… En tal caso, habría que reconocer que se comporta de una manera muy inteligente. De cuando en cuando, surge algo que no encaja a la perfección en la trama que nuestra amiga nos ofrece. ¿Se trata de una actriz consumada? ¿O es una persona estúpida, una presunta suicida corriente y moliente? Es posible, desde luego… ¿Cómo dice?… ¡Oh! ¡El "Jaguar"!… Sí. El automóvil corría lo suyo. ¿Usted cree que pudo no ser un intento de suicidio? ¿Opina que quizá quisiera atropellarla el individuo que conducía el "Jaguar"?

El doctor Stillingfleet reflexionó unos segundos.

—No puedo decírselo —declaró después—. Pudo ser así, naturalmente. Sí… Pero yo no había llegado a tal interpretación. Claro, también hay que contar con esa hipótesis… La complicación siempre es posible, ¿no? De todos modos, dentro de poco ella me va a ofrecer más detalles. La chica se muestra inclinada a depositar su confianza en mí. Todo saldrá perfectamente, con tal de que yo no me precipite, con tal de que no suscite en ella recelos. Nuestros lazos no tardarán en estrecharse. Yo seré el receptor de sus confidencias al final. De momento se siente atemorizada por algo…

»Sí, naturalmente… Me conducirá de la mano, hasta que demos con el porqué. Se encuentra en Kenway Court y me figuro que se quedará allí. Le sugiero la conveniencia de que designe una persona para su vigilancia por espacio de un día o dos… De esta manera, si decide marcharse podrá ser seguida. Lo más indicado es alguien que no conozca de vista, para eludir todo riesgo…

Capítulo XI

Andrew Restarick estampaba su firma al pie de un cheque. Hizo una mueca al proceder así.

Su despacho era grande. Se hallaba hermosamente amueblado, con los elementos típicos que suelen rodear inevitablemente al hombre de negocios próspero, al magnate moderno. Todo aquello había pertenecido a Simón Restarick. Andrew lo había aceptado sin demostrar mucho interés por los detalles. Habíase limitado a realizar unos cuantos cambios. En su día hizo quitar un par de cuadros, sustituyéndolos por su retrato, que se había traído desde el campo, y una acuarela.

Andrew Restarick era un hombre de mediana edad, que comenzaba a estar metido en carnes. Cosa extraña: quien ocupaba aquella mesa de trabajo presentaba escasas diferencias con la figura del cuadro, pintado quince años atrás, y que colgaba de la pared, por encima de su cabeza. La misma barbilla prominente, idénticos labios, firmemente apretados, iguales cejas, ligeramente alzadas, que daban a su rostro una expresión burlona. Sus rasgos, en general, eran más bien corrientes… Andrew podía ser conceptuado como un tipo normal, en aquellos momentos no muy sereno.

Entró su secretaria en el despacho. La joven avanzó hacia la mesa al levantar él la vista.

—Ahí fuera hay un señor. Dice llamarse Hércules Poirot e insiste en que tiene una cita con usted… Sin embargo, yo no he conseguido localizar entre mis notas ninguna relativa a esta entrevista.

—¿Hércules Poirot? —aquel nombre le resultaba vagamente familiar. Pero Andrew Restarick no logró recordar nada concreto en relación con su visitante—. No sé… No obstante, he leído ese nombre en algún periódico o libro. Quizá se lo haya oído

pronunciar a alguien… Descríbame a ese señor, ¿quiere?

—Es de pequeña talla… extranjero… de nacionalidad francesa, seguramente… con un bigote enorme…

—¡Claro! Recuerdo que Mary me habló de él. Se presentó en casa, para ver al viejo Roddy. Bueno, pero, ¿qué hay de esa cita conmigo?

—Dice que usted le ha escrito una carta.

—No me acuerdo… ¿Que yo le he escrito una…? Tal vez, Mary… Bueno, no importa… Hágale pasar. Veamos qué es lo que desea exactamente.

Unos segundos después, Claudia Reece-Holland volvía a entrar en el despacho acompañada por un hombrecillo de cabeza en forma de huevo, en cuyo labio superior campeaba un frondoso bigote. Su persona emanaba un aire de íntima complacencia que redondeaba la descripción que a Andrew Restarick facilitara su esposa.

—El señor Hércules Poirot —dijo Claudia Reece-Holland.

Tornó a salir; nada más que empezar a acercarse el recién llegado a Andrew. Éste se levantó.

—¿El señor Restarick? Soy Hércules Poirot…

—¡Oh, sí! Mi esposa me dijo que había estado usted en casa, para ver a mi tío. ¿En qué puedo servirle?

—He hecho acto de presencia aquí contestando a su carta.

—¿A qué carta se refiere? Yo no le he dirigido a usted ningún escrito, señor Poirot.

Éste miró fijamente a su interlocutor. Luego, sacó de uno de sus bolsillos una hoja de papel cuidadosamente plegada, que procedió a extender con todo esmero. Con una leve reverencia, se la alargó a Restarick, por encima de la mesa.

—Léala usted, monsieur.

Restarick contempló vacilante el papel. Era el que utilizaba normalmente su secretaria. En el ángulo inferior derecho descubrió una firma.

Estimado señor Poirot:

Le quedaría muy reconocido si tuviese la amabilidad de visitarme en las señas arriba indicadas, lo antes posible. Deduzco

de lo que mi esposa me ha dicho y también de los informes solicitados en Londres, que usted es un hombre en el cual se puede confiar cuando se muestra dispuesto a aceptar un encargo que exige la máxima discreción.

Suyo atentamente,

Andrew Restarick

Andrew inquirió con viveza:

—¿Cuándo recibió esto?

—Esta mañana. No tenía nada más importante que hacer de momento y opté por complacerle.

—Se trata de algo muy extraño, monsieur. Esta carta no fue escrita por mí.

—¿Que no fue escrita por usted?

—No. Yo firmo siempre de otra manera… ¿Quiere verlo?

Proyectó una mano sobre la mesa, haciéndola vagar brevemente de un lado para otro, en busca de algún escrito de su puño y letra. Finalmente, dio con su libro de cheques, que se hallaba abierto todavía, en la primera hoja del cual se veía su firma.

—¿Ve usted? La de la carta no se parece en nada a la mía.

—Pero esto es asombroso, señor Restarick. ¿De quién ha podido salir este escrito?

—Eso es lo que yo me pregunto.

—¿No puede haber sido… perdóneme… su esposa la autora de la carta?

—No, no. Mary no haría una cosa semejante. Además, ¿por qué había de firmar con mi nombre? ¡Oh, no! De haber procedido así hubiera puesto en mi conocimiento su inminente visita.

—Así, pues, ¿no tiene usted la menor idea sobre la procedencia de la misiva?

—Ciertamente que no.

—¿No sabe tampoco nada, señor Restarick, sobre el asunto que en ella se alude?

—¿Qué puedo saber yo de eso?

—Perdone —dijo Poirot—. Me parece que no ha leído la carta en su totalidad. Observe que más abajo de su firma hay una

pequeña postdata.

Restarick volvió a fijarse en el papel. El asombro que le causara el texto principal le había hecho interrumpirse al principio, cortando prácticamente la lectura su diálogo con Poirot. Las otras dos líneas decían lo siguiente:

El asunto sobre el cual deseo consultarle guarda relación con mi hija Norma.

Ahora observó Poirot un cambio en los modales de Restarick. La faz de éste pareció ensombrecerse.

—De eso se trata, pues, ¿eh? Pero, ¿quién puede estar enterado…? ¿Quién se atreve a entrometerse en estas cosas? ¿Quién?

—Le diré lo que pienso. ¿No habrá sido ésta una treta para forzarle a usted a ponerse en comunicación conmigo? Quizás ande por en medio algún amigo bien intencionado. ¿No es usted capaz de señalar a ningún probable autor del escrito?

—Ya he dicho que no.

—¿Y no tiene usted en la actualidad ningún problema con su hija, con Norma?

Restarick dijo lentamente:

—Lo que si es verdad es que tengo una hija de ese nombre. No poseo más descendencia.

—¿Se halla en algún aprieto acaso? ¿Tiene alguna dificultad de un tipo u otro?

—No, que yo sepa.

Pero Andrew Restarick vaciló levemente al pronunciar estas palabras:

Poirot se inclinó hacia él.

—Creo que no me ha dicho la verdad, señor Restarick. Lo más seguro es que se está usted enfrentando con algún problema relacionado con su hija.

—¿Por qué piensa así? ¿Le han contado a usted algo, en este aspecto?

—No he hecho más que observar sus reacciones, monsieur. En nuestro mundo de hoy son numerosos los padres que tienen

problemas con sus hijas —manifestó Hércules Poirot—. Las jóvenes posen una aptitud especial, derivada de su propia naturaleza y carácter, para meterse en peligrosos atolladeros. ¿Por qué no puede ocurrirle lo mismo a su chica? ¿Qué hay de extraño en ello tal como hoy se enfoca la vida?

Restarick guardó silencio unos momentos, tabaleando sobre su mesa de trabajo.

—Pues, sí… Norma me preocupa —dijo por fin—. Es una muchacha bastante difícil. Veo en ella a una neurótica que se inclina hacia el histerismo. Yo… desgraciadamente, no la comprendo muy bien.

—Habrá, quizás, algún muchacho por en medio…

—En cierto modo. Pero no es eso lo que a mí me lleva de cabeza. ¿Es usted un hombre auténticamente discreto?

—Dentro de mi profesión habría llegado a ser bien poco, de lo contrario…

—Este caso se reduce… Yo lo que quiero es saber el paradero de mi hija.

—Explíquese.

—Habitualmente pasa el fin de semana con nosotros, en el campo. Es lo que hizo este último sábado. El domingo por la noche regresó… Ocupa un piso con otras dos muchachas. Después me he enterado de que no se presentó allí, como de costumbre. Tiene que haberse ido… ¡yo qué sé a dónde!

—En otras palabras: ha desaparecido.

—Se me antoja una declaración exagerada. Sin embargo, en definitiva, eso es realmente lo que ha sucedido. Espero que el episodio sea luego explicado con toda naturalidad, pero entretanto… Supongo que cualquier otro padre estaría lo mismo de preocupado que yo. Mi hija no ha telefoneado, ni avisado por otro medio a las muchachas que con ella viven.

—¿También ellas andan preocupadas?

—No. Yo no diría que lo estén… Me inclino a pensar que ellas aceptan tal estado de cosas con toda tranquilidad. Las jóvenes de ahora se distinguen por su espíritu independiente. Son más libres que las de hace quince años, cuando yo salí de Inglaterra.

—¿Y qué me dice del muchacho que a usted le disgusta como

acompañante asiduo de su hija? ¿Será posible que se haya escapado con él?

—Deseo fervientemente que no. Claro que cabe esa posibilidad, pero… Mi esposa lo niega. Me parece que usted llegó a conocer a ese joven. Sí: el día en que fue a visitar a mi tío…

—¡Ah, sí! Desde luego que lo conozco. Un buen mozo, si se me permite decirlo. Advertí que su esposa no se sentía muy complacida precisamente al verle…

—Mi esposa está convencida de que ese día anduvo por la casa procurando escapar a la observación de los que allí se encontraban.

—Quizá sepa que no es bien recibido…

—Sin «quizá». Está seguro de ello —manifestó Restarick sombríamente.

—¿No cree usted entonces en la posibilidad de que su hija se haya reunido con él?

—No sé absolutamente qué pensar. Al principio me figuré que… no.

—Habrá comunicado el hecho a la policía, supongo.

—No.

—Cuando una persona desaparece, lo mejor es ponerse en contacto con la policía. Los agentes son siempre discretos y disponen además de muchos medios para desarrollar su labor, medios de los cuales un simple particular, como yo, carece.

—No quiero recurrir a la policía. Se trata de mi hija, ¿comprende usted?, mi hija. Si ha preferido desaparecer por algún tiempo sin informarnos de ello… bueno. Eso es cosa suya. No existe ninguna razón para pensar que está en peligro. Yo quiero averiguar su paradero sólo para mi tranquilidad.

—Puede ser, señor Restarick… Espero que no tome a mal lo que voy a decirle… Puede ser que usted esté preocupado por algo concreto, que quiera saber dónde se encuentra por algo más que para quedarse tranquilo.

—¿Qué es lo que le induce a formular tal suposición?

—Lo siguiente: hoy no es nada del otro mundo que una chica se ausente del lugar en que vive o no se deje ver por espacio de varios días sin comunicárselo previamente a sus familiares o amigos. Usted se ha alarmado por *algo más*.

—Tal vez tenga usted razón. Verá. Es que resulta… —Andrew miró vacilante a Poirot—. Es que resulta muy violento hablar de ciertas cosas con los extraños.

—No estoy de acuerdo con usted. Es infinitamente más fácil hablar de asuntos delicados con las personas ajenas a la familia que con los amigos o parientes. Se expresa uno con más libertad. ¿No le parece que tengo razón?

—Quizá, quizá… Ya sé lo que quiere decir. Pues, sí. Admito que lo de mi hija me tiene trastornado. Le explicaré… Norma no es como las otras chicas de su edad y hay algo… algo que ha acentuado mis preocupaciones, que nos ha inquietado a los dos.

—Su hija, amigo mío, se encuentra en una edad difícil. Es una adolescente… Todos los jóvenes a esa edad, son capaces de emprender acciones de las que en muy escasa medida son responsables. No me lo tome a mal si yo aventuro ahora una suposición más. ¿Le disgusta a Norma tener que convivir con una madrastra?

—Ha tocado usted un punto desgraciadamente ingrato. Y he de señalar que la actitud que ha adoptado, contraria a mi mujer, es injusta. Lo de mi primera esposa, lo de nuestra separación, sucedió hace mucho tiempo ya. —Restarick hizo una pausa, agregando—: He decidido hablarle con entera franqueza. Después de todo, no es ningún secreto… Mi primera esposa y yo nos separamos… ¿Para qué entrar en detalles? Había conocido a otra mujer, de la que me enamoré. En compañía de ella salí de Inglaterra, dirigiéndome a África del Sur. Mi esposa no accedió a divorciarse de mí. Procuré que no le faltasen medios… La pequeña contaba por entonces cinco años solamente.

Restarick calló unos momentos, prosiguiendo luego su discurso:

—Recuerdo perfectamente lo que me pasó… La vida que llevaba no me satisfacía lo más mínimo. Ansiaba viajar. Por entonces no me resignaba a vivir *amarrado* a una mesa, a un despacho. Mi hermano me echó en cara, en diversas ocasiones, mi escaso interés por los negocios de la familia. Sostenía que no hacía buen uso de mis facultades naturales. Pero aquella existencia me repugnaba. Yo era un hombre inquieto. Deseaba llevar una vida aventurera. Quería ver el mundo y sus rincones más remotos…

Andrew se interrumpió bruscamente.

—Bueno… Usted no ha venido aquí a escuchar la historia de mi vida. Me trasladé a África del Sur y Louise me acompañó. Nuestra unión no fue un éxito precisamente. He de admitirlo así. Me hallaba enamorado de ella. Pero nuestras riñas eran incesantes. No le gustaba vivir en el continente africano. Deseaba regresar a toda costa a París y a Londres, a los centros principales del mundo civilizado. Total: al año de haber llegado allí nos separamos.

El hombre suspiró.

—Tal vez debí volver entonces encajándome en la existencia rutinaria que tanto detestaba. Pero no regresé. No sé si mi esposa me habría perdonado o no. Probablemente sí, por estimar ésa su obligación. En lo tocante al cumplimiento de sus deberes era una mujer inflexible.

Poirot se fijó especialmente en el tono amargo con que había pronunciado Restarick las últimas frases.

—Pienso que hubiera debido mostrar más interés por Norma. En fin. La cosa estaba planteada de ese modo. A la niña, que, naturalmente, vivía con su madre, no le faltaba nada. Yo me había ocupado a su tiempo de la parte económica. Le escribía de cuando en cuando, enviándole regalos, pero nunca me pasó por la cabeza la idea de presentarme en Inglaterra para verla. De todo esto no tuve yo la culpa por completo… Llevaba una existencia nada apta para una criatura. Mis incesantes idas y venidas la habrían descentrado, quizá, de haber estrechado nuestros contactos. Digamos que dentro de todo guiaba mi conducta la mejor de las intenciones en aquel aspecto.

Ahora, Andrew Restarick hablaba de prisa, con fluidez. Parecía hallar un gran consuelo al confiarse a un oyente comprensivo y atento. Era una reacción que Poirot había observado, poniendo acto seguido los medios a su alcance para darle consistencia.

—¿De veras que nunca pensó en volver por aquellas fechas?

Restarick movió la cabeza, denegando.

—No. Le diré por qué… Llevaba la vida que a mí me gustaba, para la cual creía encontrarme perfectamente preparado. De África del Sur pasé a la zona oriental del continente. Desde el punto de vista financiero no podía quejarme. Cuanto caía en mis manos

parecía prosperar. Trabajé solo y en compañía, asociado con hombres emprendedores, y siempre me fueron las cosas bien. Me movía a gusto en aquellos ambientes. Yo soy, por mi carácter, un hombre de la calle. Por tal motivo, quizás, al contraer matrimonio con mi primera mujer experimenté la impresión de que había caído en una trampa, de que acababa de quedar atado de pies y manos. No. No regresé, amaba la libertad sobre todo y no deseaba, en absoluto, volver a vivir la convencional vida que había llevado aquí.

—Pero al final…

Andrew suspiró nuevamente.

—Sí. Al final claudiqué. Bueno. Es que no en balde, uno se va haciendo viejo. Ocurrió también que tuve una racha de suerte en compañía de uno de mis socios. Nos aseguramos una concesión que podía tener interesantísimas derivaciones. Había que efectuar ciertas negociaciones en Londres… Mi hermano hubiera podido encargarse de ellas, pero por entonces aquél había fallecido ya. Yo pertenecía todavía a la firma familiar. De querer, podía regresar y actuar personalmente. Era la primera vez que pensaba en tal posibilidad, en la de volver a la vida de la *City*…

—Tal vez su esposa… su segunda esposa…

—Sí. Por ahí no va usted desencaminado. Mary y yo llevábamos un mes o dos de casados cuando murió mi hermano. Mary nació en África del Sur pero había estado en Inglaterra en diversas ocasiones y le gustaba esta tierra. Lo que más le alegraba era poder tener un jardín aquí…

»¿Qué pensaba yo? Bien. Por vez primera me dije que se imponía la vuelta, que aquí no lo pasaría mal. También pensé en Norma. Su madre había muerto hacía dos años. Hablé con Mary… No se opuso, en absoluto, a que yo integrase a la chica en nuestro hogar. Todo parecía hallarse perfectamente planteado y entonces… —Restarick sonrió—, entonces nos presentamos aquí.

Poirot contempló el retrato que colgaba del muro, por encima de la cabeza de Andrew. La luz del despacho era mejor que la de la casa de campo. El cuadro reproducía la figura del hombre que ocupaba el sillón, frente a la mesa. Las mismas facciones, el gesto obstinado, que subrayaba el mentón, las cejas irónicas, igual

posición de la cabeza… Pero el individuo del cuadro tenía algo de que carecía el ejemplar real: ¡juventud!

Poirot se formuló una pregunta. ¿Por qué había trasladado Andrew Restarick el cuadro a su despacho de Londres, desde el campo? El retrato suyo y el de su esposa habían estado siempre juntos. Habían sido pintados por las mismas fechas, aproximadamente, por un artista popular en su época, especializado en aquella clase de trabajos. Hubiera sido más natural, se dijo Poirot, dejarlos juntos, como habían estado desde el principio. Pero Restarick no había opinado igual, sin duda… ¿Vanidad? ¿Afán de presentarse ante todos como un personaje destacado de la *City*? Y, sin embargo, él era un hombre que había pasado la mayor parte de su vida en sitios alejados, remotos, salvajes, sitios que además, prefería. También podía ser que quisiera obsesionarse, que deseara identificarse con su nueva personalidad. Era muy posible que anduviese empeñado todavía en la tarea de convencerse a sí mismo al reflexionar sobre las secuelas de su última decisión.

«¡Naturalmente que puede ser una cuestión de simple vanidad!», concluyó Poirot.

«Incluso yo mismo —se dijo Hércules Poirot, en un arrebato de modestia, nada habitual en él—, incluso yo soy capaz de dejarme llevar de la vanidad».

La breve pausa, de la cual los dos hombres no parecieron darse cuenta, terminó. Restarick se expresó ahora en un tono de excusa.

—Tendrá usted que perdonarme, señor Poirot. He estado aburriéndole con la historia de mi vida.

—No tengo nada que perdonar, señor Restarick. Me ha hablado de su existencia en la medida que ésta podía afectar a su hija. Por su causa, según aprecio, se halla usted gravemente preocupado. Pero se me antoja que aún no me ha revelado el verdadero origen de su desasosiego. Usted querrá localizar a Norma, ¿verdad?

—Sí, naturalmente.

—De acuerdo. Y ¿desea que sea yo quien dé con ella? No vacile, por favor. La *politesse*… es muy necesaria en la vida, pero en la presente situación podemos prescindir de ella. Escúcheme. Yo, Hércules Poirot, le aconsejo que si quiere que Norma sea hallada se dirija inmediatamente a la policía. Ésta dispone de magníficos

medios para desarrollar tal labor y, por experiencia propia, le diré que sus miembros actuarán con la máxima discreción.

—No quiero recurrir a la policía. Sólo me pondré al habla con ella si la situación llega a ser desesperada.

—¿Preferiría un detective privado?

—Sí. Ahora bien, no conozco a nadie, no sé cuál podría ser el hombre idóneo, a quien poder confiarme…

—¿Qué sabe usted concretamente acerca de mi persona?

—No mucho. Sé, por ejemplo, que desempeñó un puesto de responsabilidad dentro del servicio secreto durante la guerra y que mi tío ha elogiado su celo y eficiencia. Es éste un hecho admitido.

Restarick no sorprendió la expresión débilmente irónica que apareció en el rostro de Poirot. Éste se hallaba, desde luego, bien impuesto de que el hecho admitido era una ilusión… Y, no obstante, Restarick tenía que saber cuan poco se podía confiar en la memoria y en la vista de sir Roderick. El «cuento» de Poirot había producido su efecto. Andrew se había tragado hasta el anzuelo. Poirot, ni que decir tiene, no iba a sacarle de su engaño. La experiencia hizo pensar a aquél una vez más, que no debía dar crédito a nada, por evidente que fuese, sin que mediara la previa comprobación. «Sospecha de todo el mundo…». Éste había sido por espacio de muchos años, o mejor, a lo largo de toda su existencia profesional, uno de sus lemas favoritos.

—Permítame que le tranquilice —dijo Poirot—. A lo largo de mi carrera he cosechado muchos triunfos. En muchos aspectos, no ha habido nadie que me igualara.

Las anteriores palabras produjeron en Andrew Restarick un efecto contrario al perseguido por Poirot. El inglés normalmente mira con cierto recelo al hombre que se alaba a sí mismo.

—¿Cuál es su impresión acerca del caso, monsieur Poirot? ¿Cree usted que podrá dar con mi hija?

—Sí. Lo más seguro es, sin embargo, que necesite para ello más tiempo del que la policía requeriría.

—De conseguir…

—Pero si de veras desea que averigüe su paradero, señor Restarick, habrá de ponerme al corriente de todas las circunstancias que concurren en este asunto.

—¡Pero si ya le he dicho todo lo que había! He hablado del sitio en que ella vive, creo haber citado sus señas… Podría facilitarle una lista de amistades…

Poirot movió violentamente la cabeza varias veces, a un lado y a otro.

—No, no. Le sugiero que me diga toda la verdad.

—¿Supone que he silenciado algo deliberadamente, que he mentido?

—No me lo ha dicho todo ¡Oh! Estoy seguro de eso. ¿Qué es lo que teme usted? ¿Cuáles son, concretamente, los detalles desconocidos? Bueno… Desconocidos para mí. He de estar al tanto de ellos para poder cumplir su encargo, para que mi misión acabe en rotundo éxito. Su hija detesta a su madrastra. Eso es evidente. Nada hay de extraordinario en ello. La reacción es muy natural. Recuerde que durante muchos años idealizó su figura en secreto. Suele suceder esto cuando un matrimonio se deshace y los hijos sufren un severo revés en sus afecciones. Sí, sí. Sé muy bien lo que me digo… Los niños olvidan, afirma usted. Es verdad. Su hija pudo haberle olvidado en un sentido. Podía no haber recordado, por ejemplo, su cara ni su voz. Cabía que se forjara una nueva imagen de usted. Su padre se hallaba lejos. Ansiaba su regreso. La madre, indudablemente procuraba no hablarle de usted, por cuya razón, quizá, de su memoria no se esfumó el ausente. Usted le importaba más y más. Al no poder hablar del padre con ella reaccionó de un modo natural en una criatura: vio en su madre a la culpable de su ausencia. Se dijo algo así: «Papá me quería. Es a mamá a quien él no quiere». De ahí arranca el proceso de idealización, determinante de un secreto lazo entre usted y la chica. De lo ocurrido no tenía la culpa su padre… ¡Nadie le convencería jamás de lo contrario!

»Sí, señor Restarick. Puedo asegurarle que tales cosas suceden bastante a menudo. Soy algo psicólogo. En consecuencia, cuando la joven se entera de que usted vuelve, de que van a reunirse de nuevo, muchos recuerdos dormidos cobran vida en su mente. ¡Su padre regresa, por fin! Otra vez van a reunirse, para vivir juntos y felices el resto de sus existencias. Lo más probable es que no haya pensado en la madrastra, hasta el instante de verla. Entonces siente unos violentos celos. Nada más natural, señor Restarick, se lo

aseguro. La joven se muestra celosa porque su mujer es hermosa, porque es una dama de mundo, porque la ve llena de aplomo, cualidad esta última de que carecen las chicas de familia debido a la falta de confianza en sí mismas. Su hija se nota torpe incluso, naciendo entonces dentro de ella un complejo de inferioridad. En estas condiciones, lo más lógico es que al enfrentarse con la bella y desenvuelta mujer que es su madrastra empiece a odiarla. No olvide que estamos hablando, en fin de cuentas, de una adolescente…

—Bien —Restarick vaciló—. Todo esto es, más o menos, lo que nos dijo el doctor cuando le consultamos. Quiero significar…

—¡Aja! —exclamó Poirot—. De manera que consultaron el caso a un doctor, ¿eh? Debió de mediar alguna sólida razón para ir en busca del médico…

—Nada hubo de particular realmente.

—¡Oh, no! Usted no debe decirle eso a Hércules Poirot. *Nada hubo de particular, realmente*. Tuvo que haber algo grave y lo mejor es que me lo diga, ya que si conozco en detalle todo lo que pasó por el cerebro de la chica yo haré más progresos en mi tarea. Todo irá rápido, entonces.

Restarick guardó silencio unos instantes. Por fin pareció tomar una resolución.

—¿Estamos hablando en confianza, señor Poirot? ¿Puedo confiar por entero en usted? ¿Me asegura que sí?

—Desde luego… ¿Qué fue eso?

—No sé muy bien a qué atenerme, créame.

—¿Emprendió su hija alguna acción contra su esposa? ¿Hizo algo más grave que mostrarse brusca con destempladas observaciones, con respuestas desagradables? Hubo algo peor, ¿sí, verdad? Algo más serio, sin duda. ¿Llegó a atacarla *físicamente*?

—No se trató de ningún ataque… No quedó probado nada…

—Admitámoslo, señor Restarick.

—Mi esposa no se encontraba bien…

—¡Ah! Sí, ya comprendo ¿De qué naturaleza era su enfermedad? ¿Alguna perturbación del aparato digestivo? ¿Una especie de enteritis?

—Es usted muy perspicaz, señor Poirot, muy perspicaz. Sí. La complicación se localizaba en el aparato digestivo. La dolencia de

mi esposa nos desconcertó. Ella había gozado siempre de una salud excelente. Finalmente, fue a parar al hospital, para someterse a observación… ¿No se dice así? Los médicos procedieron a efectuar un reconocimiento general.

—¿Con qué resultado?

—Me parece que no quedaron satisfechos del todo. Ella se recobró rápidamente. Le dieron el alta. Pero la perturbación se repitió. Estudiamos las comidas que se le habían servido, vigilamos todo lo que entraba en la cocina. Parecía sufrir una intoxicación intestinal, sin que se pudiera localizar la causa. Se dieron nuevos pasos, se llevaron a cabo pruebas con los alimentos que mi esposa prefería. Mediante el examen de varias muestras quedó definitivamente probado que en varios platos se halla presente cierta sustancia, ingerida solamente por Mary, ya que ella había sido la única persona que comiera lo que contenían.

—Digámoslo de una vez, sin más rodeos: alguien le estaba administrando arsénico. ¿Es así?

—Así es, efectivamente. En pequeñas dosis… El fatal desenlace se produciría por acumulación de las mismas.

—¿Sospechó de su hija?

—No.

—Yo me inclino a pensar que sí. ¿Qué otra persona pudo hacer eso? Decididamente, usted sospechó de su hija.

Restarick suspiró.

—Francamente: sí.

* * *

Poirot llegó a su casa. George le estaba esperando.

—Una mujer llamada Edith telefoneó, señor…

—¿Edith?

Poirot frunció el ceño.

—Según he deducido, es la servidora de la señora Oliver. Me indicó que le dijera que ésta se encuentra en el hospital de St. Giles.

—¿Qué le ha sucedido?

—Me parece que fue atacada y golpeada en la cabeza…

George se abstuvo de añadir la última parte del recado: «…y dígale que de lo ocurrido tiene él la culpa».

Poirot chascó la lengua.

—La previne a tiempo… Yo me sentía inquieto al llamarla anoche por teléfono. No me contestó… *Les femmes*!

Capítulo XII

—Compremos un pavo —dijo la señora Oliver, inesperadamente.

No abrió los ojos al hablar así. Su voz era débil, pero sonaba muy irritada.

Tres personas la miraron con sobresaltados ojos, inclinándose hacia ella. Añadió en seguida algo más:

—Un golpe en la cabeza…

Entonces abrió los ojos mirando a su alrededor como si hubiera querido saber dónde se hallaba.

Lo primero que vio fue una faz completamente desconocida para ella. Pertenecía a un joven que tomaba notas en un pequeño cuaderno y que luego se le quedó mirando, sin soltar el lápiz que tenía en la mano.

—Un policía —murmuró la señora Oliver, convencida.

—¿Cómo ha dicho, señora?

—Acabo de decir que es usted un policía. ¿Me equivoco?

—No señora.

—Ataque criminal —declaró la señora Oliver, tornando a cerrar los ojos, ahora con expresión satisfecha.

Al volver a abrirlos examinó sus alrededores más detenidamente. Se encontraba acostada en un lecho, uno de esos lechos característicos de los hospitales, de aspecto completamente aséptico. No. No estaba en su dormitorio. Miró otra vez a su alrededor, pareciendo que llegaba a una conclusión definitiva.

—Estoy en un hospital o en una clínica —manifestó.

En la puerta, adoptando un aire de indiscutible autoridad, había una monja. Al lado de la cama vio a una enfermera. Localizó ahora una cuarta figura.

—Nadie puede llamarse a engaño teniendo delante ese bigote —

declaró—. ¿Qué hace usted aquí, monsieur Poirot?

Hércules Poirot avanzó hacia el lecho.

—Le dije que tuviera cuidado, señora Oliver.

—¿Quién está libre de extraviarse dentro de la ciudad? —contestó la señora Oliver, algo confusamente. En seguida, agregó—: Me duele la cabeza…

—Muy justificadamente. Como ya ha supuesto, le han propinado un golpe en ella.

—Sí. Fue «el pavo real».

El policía, desasosegado, se movió en su silla.

—Perdón, señora… ¿Sostiene usted que fue asaltada por un pavo?

—Desde luego. Por espacio de cierto tiempo me sentí inquieta… Aquello se mascaba en el aire, ¿sabe? —la señora Oliver hizo ondear una mano por encima de su rostro, como si hubiese querido expresar de una manera gráfica su idea y parpadeó varias veces—. ¡Uf! —exclamó—. Será mejor que no vuelva a hacer una prueba de este tipo.

—Hay que evitar a la paciente toda excitación —indicó la monja con una mueca de desaprobación.

—¿Puede usted decir donde se produjo el ataque?

—No tengo la menor idea… Me extravié. Yo acababa de visitar un estudio… Estaba muy desordenado, muy sucio. Hacía días que el otro joven no se afeitaba… Y vestía un chaquetón de cuero muy grasiento…

—¿Fue ése el hombre que la atacó?

—No. Fue otro…

—Si pudiera decirme…

—Se lo estoy diciendo, ¿no? Le seguí durante todo el trayecto, desde el café… Claro que esto de seguir a la gente es una cosa que no se me da muy bien. Falta de práctica. Es más difícil de lo que uno se imagina.

La señora Oliver buscó con la mirada al policía.

—Supongo que usted se halla al corriente de lo que estoy refiriendo. Los profesionales hacen cursos sobre la materia, ¿no? Bueno. No importa, no importa… —de pronto, Ariadne empezó a hablar rápidamente—. Todo fue muy sencillo… Yo me figuré que él

se había quedado con los otros, o que se había marchado en otra dirección. Pero en lugar de proceder así se lanzó tras mis pasos…

—¿Quién procedió así?

—El «pavo real»… Me causó un tremendo sobresalto. ¿Quién no se sobresalta cuando ve que sucede todo lo contrario de lo que esperaba? O sea, que él me seguía a mí en vez de seguirle yo a él. Me sentí intimidada. Pues sí: sepa que tuve miedo. No sé por qué. Me habló muy cortésmente. Pero yo estaba asustada. En fin, la cosa ya no tenía remedio…

»Después, va él y me dice: «Suba por estas escaleras y podrá ver el estudio». Acepté su invitación, trepando por unos desvencijados peldaños. Unos segundos más tarde vi al otro joven (el individuo sucio) que pintaba un cuadro, y a la chica que utilizaba como modelo. Ella sí que era una persona limpia. Y bastante bonita, en realidad. Hablaron normalmente, con cortesía. A continuación declaré que había de marcharme a casa y ellos me facilitaron instrucciones para que llegara a King's Road sin novedad. Seguramente, no me señalaron el camino correcto. Naturalmente, también puede ser que me equivocase yo. Ya sabe usted lo que pasa cuando alguien le dice que para llegar a tal sitio hay que torcer primero a la derecha y más adelante a la izquierda y luego… Termina una incurriendo en un error. Eso fue, al menos, lo que me sucedió a mí. Él caso es que me vi repentinamente en un barrio mísero. Mis temores se habían esfumado. El «pavo real» debió de sorprenderme completamente desprevenida…

—A mi me parece que está delirando —opinó la enfermera con cierta suficiencia.

—No estoy delirando —manifestó la señora Oliver—. Sé muy bien lo que me digo.

La enfermera abrió la boca para responder, pero entonces captó la mirada de reproche de la monja y volvió a cerrarla.

—Rasos, terciopelos y largos, y rizados cabellos —dijo la señora Oliver.

—¿Un pavo envuelto en raso? Se tratará de un pavo corriente, señora… ¿Es que vio usted un pavo en las inmediaciones del río, en Chelsea?

—¿Un pavo auténtico? Por supuesto que no. ¡Qué tontería! ¿Qué

podría hacer un animal como éste por las orillas del río?

Por lo visto, nadie tenía una respuesta a mano para aquella pregunta.

—Él caminaba contoneándose, tan orgulloso como un pavo. Para ser más exacta se pavoneaba. De ahí el mote que le puse. Sin duda, le gustaba exhibirse. Es el individuo vano, satisfecho de su físico. Tendrá otros defectos por lo que vi… —Ariadne miró a Poirot—. David y no sé qué más. Usted sabe a quién me estoy refiriendo.

—¿Me está usted diciendo que ese joven llamado David le atacó, golpeándole en la cabeza?

—Sí.

Hércules Poirot inquirió:

—¿Llegó a verle?

—No. No le vi en ese preciso instante —contestó la señora Oliver—. Creí oír un rumor de pasos a mi espalda y… todo sucedió antes de que me diera tiempo a volver la cabeza. Fue como si una tonelada de ladrillos se hubiera derrumbado sobre mí. Me parece que voy a dormir un poco ahora —añadió la señora Ariadne.

Ésta movió la cabeza ligeramente, hizo una pequeña mueca de dolor y se quedó como aletargada sumida en la inconsciencia.

Capítulo XIII

En muy raras ocasiones usaba Poirot la llave de su piso. Prefería siempre pulsar el botón del timbre y esperar a que su admirable factótum, George, le abriese la puerta. Esta vez sin embargo tras su visita al hospital, aquélla fue abierta por la señorita Lemon.

—Tiene usted dos visitantes —anunció la señorita Lemon en un susurro—. Uno de ellos es el señor Goby y el otro un anciano caballero: sir Roderick Horsefield. No sé a quién querrá usted ver primero.

—A sir Roderick Horsefield —murmuró Poirot.

Consideró esta última decisión un momento, con la cabeza inclinada a un lado, de modo que recordaba en tales instantes a un petirrojo. Y… ¿hasta qué punto los últimos acontecimientos afectarían al cuadro general del caso?

Apareció el señor Goby, procedente de la pequeña habitación en que frecuentemente se encerraba la señorita Lemon para trabajar a solas. Había sido ella, con toda seguridad, quien le hiciera pasar allí provisionalmente.

Poirot se quitó el abrigo que la señorita Lemon se apresuró a colgar de una percha. El señor Goby, como ya tenía por costumbre, al hablar se dirigió a la nuca de la secretaria.

—Tomaré una taza de té en la cocina con George —anunció—. Yo dispongo de tiempo. Esperaré.

El hombre se esfumó, camino de aquel lugar de la casa. Poirot entró en su cuarto de estar, por el cual se paseaba sir Roderick, derrochando vitalidad.

—Le he localizado ya, amigo mío —dijo el anciano de buen humor—. ¡Qué cosa tan maravillosa el teléfono!

—¿Recuerda usted ya mi nombre? Me alegro de…

—Bueno, no es que recuerde su nombre, exactamente —declaró sir Roderick—. Usted sabe que esto de conservar los nombres de los demás en la memoria no ha sido nunca mi punto fuerte. En cambio, jamás olvido un rostro —añadió en tono orgulloso—. No… Estuve hablando por teléfono con Scotland Yard.

—¡Oh!

Poirot parecía hallarse alarmado. Reflexionó que aquello era de esperar en un hombre como sir Roderick, no obstante.

—Me preguntaron que con quién deseaba hablar. Respondí: «Póngame con el jefe de todos los servicios». Así es cómo hay que proceder en la vida, amigo mío. Supriman los mediadores, los «segundos». Es preciso subir a la cumbre, tal es mi norma.

»Dije quién era yo… Al final me salí con la mía. Me atendió un funcionario muy cortés. Le pedí las señas de un individuo que había pertenecido a los servicios secretos aliados quien en cierta época y lugar había coincidido conmigo dentro de Francia. Mi comunicante parecía hallarse un tanto desconcertado. Insistí: "Se trata de un francés o de un belga". ¿Usted no es belga? Añadí: "Su nombre de pila es algo así como… Achilles. No, no es Achilles, sino que se le asemeja… Un frondoso bigote…" Entonces, el otro comprendió, hizo memoria y me contestó que su nombre figuraba en la guía telefónica. Contesté que conforme, pero que no se hallaría registrado por Achilles o Hércules… ¿No podía recordar su apellido? Por fin me lo dio. Un señor muy amable, sí. He de decirlo…

—Encantado de verle —repuso Poirot, que no quería pensar en lo que hubiera podido decir a sir Roderick más adelante su comunicante.

Afortunadamente, no debía de tratarse de ningún alto jefe. Lo más seguro era que fuese alguna persona que él realmente conociese, encargado de atender con toda cortesía a los colaboradores distinguidos de otros tiempos.

—Bien. El caso es que aquí me tiene —concluyó sir Roderick.

—Es un honor para mí verle por esta casa, sir. Permítame que le ofrezca algo de beber… ¿Le apetece un té? ¿Le gustaría más, tal vez, una granadina, un whisky con soda, un *sirop de cassis*…?

—¡Santo Dios! No —repuso sir Roderick, espantado a la sola

mención del *sirop de cassis*—. Prefiero un whisky. No me están permitidos los licores —añadió—, pero todos sabemos que los médicos son muy estúpidos. Todo lo resuelven prohibiéndole a uno lo que más le agrada.

Poirot tocó el timbre para llamar a George, al que facilitó en seguida las oportunas instrucciones. Al poco, sir Roderick tenía al alcance de su mano la botella de whisky y el sifón. El servidor de Poirot se retiró inmediatamente.

—Dígame ahora en qué puedo servirle —repuso Poirot.

—Tengo un trabajo para usted, amigo mío.

A medida que pasaban las horas, sir Roderick parecía más convencido de su estrecha unión con Poirot en otra época, circunstancia beneficiosa por partida doble, pensó aquél, ya que reforzaría la confianza que en sus aptitudes pudiera tener el sobrino de su visitante.

—Quiero referirme a unos papeles —declaró sir Roderick, bajando la voz—. He perdido unos papeles y no tengo más remedio que encontrarlos ¿comprende? Por mi vista no me encuentro en condiciones de ir a ninguna parte… Además, me falta la memoria. Me hallo forzado a recurrir a otra persona. Es lo mejor, ¿no? El otro día llegó usted a casa con toda oportunidad, en el momento crítico, cuando le necesitaba…

—Muy interesante —comentó Poirot—. ¿De qué se habla en esos documentos?

—Perfectamente. Si va usted a dedicarse a buscarlos, es lógico que pregunte. Le diré que son escritos muy reservados, altamente confidenciales. Bueno… Lo fueron en otro tiempo. Y todo parece indicar que van a poseer de nuevo su antiguo carácter. Un intercambio de cartas. No tuvieron una importancia particular en esa época… O, por lo menos, así se pensó. Pero… la política cambia de rumbo con frecuencia. Ya sabe lo que suele suceder en este terreno: lo de arriba se vuelve hacia abajo y viceversa. ¿Se acuerda de cuando estalló la guerra? Unas veces andábamos de pie y otras de cabeza. En una guerra fuimos amigos de los italianos; en la siguiente eran nuestros enemigos. En el primer conflicto armado los japoneses eran nuestros amados aliados; en la otra, aquéllos volaban Pearl Harbour. No sabe uno nunca a qué atenerse en

realidad. Empezamos al lado de los rusos a combatir y terminamos enfrentándonos a ellos. Reconozca, amigo Poirot que nada es más difícil de aclarar hoy en día que la cuestión de los aliados. La situación, en este aspecto, suele cambiar frecuentemente y de la noche a la mañana.

—Así, pues, ha perdido usted unos papeles… —señaló Poirot con toda intención, recordando al anciano el objeto de su visita.

—Sí. Yo había procedido a guardarlos con todo cuidado. Los tenía en la caja fuerte de un banco, sacándolos posteriormente. Verá usted… Quería escribir mis memorias. Ahí tenemos a Montgomery, a Alan Brooker, a Auchinleck… ¿Qué han hecho? Principalmente, en fin de cuentas, se han dedicado a decir todo lo que pensaban de los otros generales. Tenemos, incluso, el caso de un Moran, un doctor respetado, contando cosas referentes a sus ilustres pacientes. ¿Qué va a venir después? ¡Cualquiera lo sabe! Pues sí… Pensé que me distraería mucho referir hechos concernientes a las personas que conocí.

—Tengo la seguridad de que lo que usted haga interesará a mucha gente —opinó Poirot.

—¡Oh sí! Conozco a muchas personas de fama, que son miradas por el público sencillo con infantil asombro. Soy de los pocos que están al corriente de las necesidades de aquéllas ¡Dios mío! ¡La de errores que han cometido! Si los conociera usted en detalle se quedaría aterrado. Sí. Yo estoy bien informado, amigo mío.

»Saqué, pues, mis papeles de la caja fuerte, procediendo a clasificarlos. Disponía para tal labor de la ayuda de esa jovencita ¡Qué simpática, qué inteligente! No domina el inglés a la perfección, pero resulta brillante y servicial. Deseché un sinfín de «hojarasca»… Pero avanzando en mi estudio descubría por último *que los papeles que buscaba no se hallaban entre los que tan celosamente guardara*.

—¿De veras?

—Como se lo digo. Al principio, creíamos haber procedido un poco a la ligera en nuestra revisión, por cuya razón repetimos la labor. Ya no hubo duda, Poirot… Me faltaban muchas cosas. Parte de los papeles sustraídos carecían de importancia. En su totalidad, realmente, no eran de gran trascendencia… Eso, al menos se había

estimado, ya que de lo contrario supongo que no habría permitido que los conservara yo. Bueno, el caso es que aquellas cartas, concretamente, no estaban allí.

—No desearía que me juzgase indiscreto, sir Roderick, pero, ¿podría decirme qué carácter tenían esas misivas?

—¿Puedo hacerlo?, he de preguntarme yo. Para aludir a su contenido tengo que referirme a una persona que hoy habla mucho acerca de lo que hizo y dijo en el pasado. Pero no dice la verdad y esas cartas revelan hasta qué punto miente el individuo en cuestión. Me imagino qué ahora no serían publicadas. Nosotros le enviamos unas copias de ellas, señalándole qué fue lo que realmente manifestó en su momento y lo que nosotros íbamos a escribir. No me sorprendería que… que las cosas tomaran otro rumbo tras esto. ¿Me entiende? Creo que apenas necesito insistir sobre el tema. Usted se halla familiarizado con esa clase de chismorrerías.

—Tiene usted razón, sir Roderick. Sé muy bien por dónde va. Sin embargo, ha de comprender… Hágase cargo… ¿Cómo voy a ayudarle a recuperar algo cuya naturaleza desconozco? Unos detalles más pudieran facilitarme indicios respecto al paradero de las cartas robadas…

—Lo primero es antes: yo quiero saber quién ha sido el autor de la sustracción. Entiendo que ése es el punto capital de la cuestión. Quizás haya más documentos de importancia en mi pequeña colección y yo deseo saber quién anda metiendo las narices en ella.

—¿Tiene alguna idea sobre el particular?

—¿Cree usted que debo tenerla?

—Pues… La posibilidad principal apunta a…

—Sé lo que me va a decir. Usted quiere que señale a esa jovencita. Pues, no. No creo que haya sido ella. Sonia lo ha negado y, me inclino a pensar que la chica no miente. ¿Usted me entiende?

Poirot suspiró.

—Sí —replicó—. Lo entiendo.

—Hay una cosa, para empezar: es demasiado joven. No puede saber que esos papeles son importantes. Datan de una época anterior a ella.

—En cuanto a eso… Alguien podría haberle dado instrucciones —sugirió Poirot.

—Sí. Claro. Es verdad. Ahora bien, la treta se me antoja excesivamente simple.

Otro suspiro de Poirot. ¿A qué insistir? Sir Roderick se mostraba muy parcial, evidentemente.

—¿Quién más tenía acceso a esos papeles?

—Andrew y Mary, por supuesto. Dudo que el primero llegase a interesarse por mis documentos. Además, siempre ha sido un chico muy modesto. Siempre lo fue… No es que yo lo conociera a fondo. Solía pasar de cuando en cuando las vacaciones con su hermano y pare usted de contar… No pierdo de vista, desde luego, el hecho de su escapada (y no solo), abandonando a su mujer y a su hija… Pero, bueno, eso puede sucederle a cualquier hombre, especialmente cuando se tiene una esposa como Grace. A la que a decir verdad, tampoco conocí muy bien. Era una mujer de mirada baja, llena de buenas intenciones…

»Sea lo que fuere, es imposible imaginarse a Andrew trabajando como espía. En cuanto a Mary, nada hay que objetar. Por lo que he apreciado, su atención se encuentra exclusivamente en sus rosales. Lo demás le tiene sin cuidado. Hay en la casa un jardinero, pero ha cumplido ya los ochenta y tres años y se ha pasado la vida en el poblado. Se dispone de dos mujeres para las tareas domésticas, dos mujeres que se pasan el día haciendo ruido y corriendo de un lado para otro. No me siento capaz tampoco de asignarles el papel de espías.

»Tiene que haber sido, pues, un individuo extraño a la casa el autor de la sustracción —sir Roderick, bastante inconsecuente, agregó—: Claro… está el hecho de que Mary usa peluca… Vengo a decir esto porque existe la ingenua tendencia de relacionar a las personas que utilizan tales artificios con quienes se dedican a las labores de espionaje. Aquí no hay tal… Mary perdió sus cabellos cuando contaba dieciocho años de edad, a consecuencia de unas fiebres. Un incidente desgraciado, sobre todo tratándose de una muchacha. Yo ignoraba eso. Lo descubrí casualmente con motivo de haberse enredado ella con las ramas de un rosal… Pero, ¡qué mala suerte!, ¿eh?

—Ya me produjo cierta extrañeza su peinado —manifestó Poirot.

—De otro modo —siguió diciendo sir Roderick—, los buenos

agentes secretos no han usado nunca peluca. Los pobres diablos se ven obligados a algo peor: a ponerse en manos de los doctores especializados en cirugía estética, para alterar sus rasgos faciales. Sí, amigo mío… Alguien, no sé quién pudo ser, ha estado enredando con mis papeles privados.

—¿No ha pensado que pudo haberlos colocado en otro sitio, en otra carpeta, en un cajón o archivador distinto? ¿Cuándo los vio por última vez?

—Los estuve clasificando hace cosa de un año. Fue entonces cuando me fijé en esas cartas que ahora han desaparecido. Si. Alguien se las llevó.

—No sospecha usted, de su sobrino Andrew ni de su esposa, ni de los servidores de la casa… ¿Qué opina acerca de la hija?

—¿De Norma? Bueno, Norma está un poco ida de la cabeza, diría yo. Cabe la posibilidad de que sea una cleptómana, una de esas personas que roban lo que hallan a mano sin darse cuenta de lo que hacen. No me la imagino sin embargo, revolviendo mis papeles.

—Por consiguiente, ¿qué piensa usted?

—Verá. Usted ha estado en la casa, ya la conoce. Cualquiera puede entrar y salir de allí a su antojo. Nuestras puertas no se cierran con llave. Nunca lo hemos hecho.

—Cuando va usted a Londres o a otro lugar, ¿tiene la costumbre de cerrar con llave la puerta de su propia habitación?

—Nunca consideré eso necesario. Ahora, desde luego, ya pienso de otro modo, pero, ¿de qué sirve? Ya es tarde. De todas maneras, yo poseo una llave solamente, útil para todas las cerraduras. Tuvo que entrar algún extraño… Actualmente, los robos se cometen empleando sus autores métodos muy sencillos. Los ladrones entran en las casas en pleno día, toman las escaleras y se meten en la habitación que se les antoja. Cogen la cajita de las joyas, salen de nuevo a la luz del día y se alejan tan campantes. Nadie suele verles. Y si llaman la atención de alguien, ese alguien se desentiende del delincuente, en evitación de mayores complicaciones. A esas raterías se dedican muchos de los tipos que andan por ahí con los cabellos hasta los hombros y las uñas sucias, conocidos por el público con los nombres no siempre justificados de «gamberros», «existencialistas», «beatles», etc. He visto a más de un sujeto de esa

calaña rondar por los alrededores de nuestra casa. A uno le cuesta trabajo no abordar a una de tales personas y dispararle a bocajarro esta pregunta: «¿Quién diablos es usted?». Y todo porque se hace difícil, de buenas a primeras, adivinar su sexo. Créame, estas situaciones resultan embarazosas… En nuestro hogar ha hecho acto de presencia oficial esa gente. Me figuro que eran amigos de Norma. En otros tiempos no habría sido permitida una cosa como ésta. No obstante, ¡cualquiera los expulsa de la casa! Hágalo y a lo mejor después lo dejan parado, explicándole que el sujeto del incidente era el vizconde de Enderleigh o lady Charlotte Marjoribanks. No hay quien sepa a qué atenerse hoy… —sir Roderick hizo una pausa —. Si existe algún hombre capaz de profundizar en este asunto ése es usted, Poirot.

El anciano apuró su whisky, poniéndose en pie.

—Eso es todo, amigo mío. Espero ahora que acepte mi encargo.

—Haré cuando este en mi mano para que quede satisfecho — respondió.

Sonó el timbre de la puerta.

—Ésa es la pequeña Sonia —aclaró sir Roderick—. Esta muchacha es exageradamente puntual. Algo maravilloso, ¿eh? Sin ella no podría ir por Londres. Tengo menos vista que un murciélago. Sin su ayuda no soy capaz de cruzar una calzada.

—¿Y por qué no usa usted gafas?

—Las tengo, no crea. Pero se me caen de la nariz cuando me las pongo o bien las dejo olvidadas en un sitio u otro. Ocurre, además, que no me gustan. Nunca las he usado continuamente. A los sesenta y cinco años leía sin ellas… ¿Qué le parece?

George hizo pasar a Sonia. Era muy bonita la muchacha. Su expresión tímida le favorecía, decidió Poirot.

—*Enchanté, mademoiselle* —dijo aquél al verla.

—Supongo que no me he retrasado, sir Roderick, que no le he hecho esperar.

—Como siempre, muchacha, has llegado a tu hora en punto.

Sonia parecía hallarse un tanto perpleja.

—Me imagino que habrás entrado en algún sitio para tomarte una taza de té —prosiguió diciendo sir Roderick—. Te indiqué que lo hicieras. También me figuro que te habrás hecho servir algún

bollo o *éclair* o lo que tengáis por costumbre comer con aquél las jovencitas actuales. ¿Has obedecido mis órdenes?

—No, no, exactamente. Invertí el tiempo en comprarme unos zapatos. Son bonitos, ¿verdad?

La chica extendió un pie. Éste si que era de veras precioso.

—Bueno, muchacha, hemos de tomar el tren todavía —manifestó el anciano—. Poirot: quizá le parezco yo un individuo sumamente anticuado, pero he de confesarle que éste es el medio de locomoción que prefiero sobre todos los demás. Los trenes salen a una hora fija y llegan a su punto de destino a otra previamente conocida generalmente. Esos autobuses, en cambio, hay que hacer cola a las «horas punta» y todo el tiempo que uno se ahorra en el camino hay que invertirlo en la espera preliminar. Los autobuses ciudadanos. ¡Bah!

—¿Quiere que le diga a George que busque un taxi? —inquirió Hércules Poirot—. No le resultará difícil localizar uno.

—Nos aguarda ya uno ahí fuera —anunció Sonia.

—¿Lo ve usted, Poirot? Esta muchacha está en todo —dijo sir Roderick.

El anciano dio a la joven varias palmaditas en un hombro, mirando expresivamente al dueño de la casa. Poirot les acompañó hasta la puerta, despidiéndose cortésmente de sus visitantes. El señor Goby acababa de salir de la cocina y deambulaba por el vestíbulo. Representaba a la perfección el papel del hombre recién salido allí para inspeccionar los servicios del gas.

George cerró la puerta tan pronto como sir Roderick y la joven hubieron penetrado en la cabina del ascensor. Su mirada tropezó inmediatamente con la de Poirot.

—George, me gustaría saber qué opina usted de la chica.

En ciertas ocasiones, Hércules Poirot se valía de las informaciones que le suministraba su servidor. Había puntos en los que éste era infalible.

—Si me permite la expresión, señor, le diré que el anciano caballero está colado por la muchacha. Prácticamente, se encuentra en sus manos.

—Creo que tiene usted razón.

—La cosa no es rara tratándose de caballeros de esa edad. Me

acuerdo ahora de lord Mountbryan. Su experiencia, naturalmente, era grande, pero a él sólo se le veía tan desasistido como si no hubiese tenido ninguna. Se encargaba de darle masajes una mujer joven… Fue sorprendente su manera de recompensarla por los servicios que ella le prestó. Llegó a regalarle un vestido de noche, un precioso brazalete, un «nomeolvides», exactamente, cuajado de turquesas y diamantes. Le costó lo suyo, seguramente, aunque no se tratase de una de las joyas de la corona… Luego, le tocó el turno a un abrigo de pieles. Nada de visón: armiño ruso, y un lindo bolso. No hubo nada censurable… La relación de los dos tuvo siempre un carácter platónico. Los hombres, al llegar a edades tan avanzadas, parecen perder la cabeza. Son las «pegajosas» quienes los conquistan y no las osadas.

—No digo que no estés en lo cierto, George, pero no considero tus palabras una contestación a mi pregunta. Te he preguntado qué pensabas acerca de la joven.

—¡Ah! La joven… Bien, señor. Veo en ella un tipo de mujer muy definido. No hay nada especial que señalar, ninguna llaga en que poder poner el dedo. Yo aseguraría que ambos saben lo que se hacen.

Poirot entró en el cuarto de estar y el señor Goby le siguió obediente; a una seña suya, Goby tomó asiento, adoptando su actitud de siempre. Habíanse juntado sus rodillas; las yemas de los dedos de la mano derecha buscaron las correspondientes de la izquierda. De uno de sus bolsillos sacó una pequeña libreta. Una de las hojas de la misma se encontraba doblada por una esquina. En cuanto la hubo abierto, operación que realizó con todo cuidado, procedió a una detenida inspección del sifón que tenía delante.

—Me referiré a los datos que usted indicó que debía procurarle. La familia Restarick es muy respetable y sus miembros disfrutan de una posición económica sólida. No ha habido escándalos en su seno. El padre, James Patrick Restarick, fue un hombre vivo, que sabía ver el negocio donde lo había. Tres generaciones vienen cuidando de los asuntos de la firma. Ésta fue fundada por el abuelo; el padre la amplió; Simon Restarick la mantuvo en marcha. Simon tuvo hace un par de años una «cosa» de corazón y su salud declinó. Falleció a consecuencia de una trombosis coronaria, un año atrás.

»Su hermano Andrew, más joven, entró a formar parte de la entidad recién llegado de Oxford, contrayendo matrimonio con Grace Baldwin. Hubo una hija: Norma. Andrew abandonó a su esposa, trasladándose a África del Sur. Le acompañaba una tal señorita Birell. No hubo divorcio. Grace murió hace dos años y medio. Durante algún tiempo estuvo inválida. Norma Restarick figuró como interna en el colegio de "Meadowfield Girls". No hay nada en contra de la muchacha.

Permitiéndose ahora fijar sus ojos en el rostro de Hércules Poirot, el señor Goby observó:

—Efectivamente, dentro de la familia Restarick todo parece hallarse en orden.

—¿No ha habido ninguna oveja negra? ¿No han sufrido enfermedades de tipo mental?

—Parece ser que no.

—Es desconcertante —comentó Poirot.

El señor Goby hizo una pausa. Se aclaró la garganta, humedeciéndose un dedo con la punta de la lengua y pasó una hoja de su libreta.

—David Baker. Historial nada satisfactorio. Ha estado en libertad vigilada dos veces. La policía muestra bastante interés por él. Ha rozado varios asuntos dudosos. Se le creyó relacionado con un robo importante de objetos de arte, pero no se encontraron pruebas. Se junta con pintores, etcétera. No se le conocen medios específicos para subsistir, pero se las arregla muy bien. Prefiere las chicas que disponen de dinero. Se sospecha que vive (o poco menos) de las jóvenes que más se interesan por él. No está lejos, quizás, el día en que tome dinero de los padres a cambio de dejar en paz a sus hijas. Tiene inteligencia suficiente para evitarse determinadas complicaciones de carácter más grave.

El señor Goby miró fijamente de pronto a Poirot.

—¿Ha llegado usted a conocerlo?

—Sí.

—¿Me permite que le pregunte a qué conclusiones ha llegado con respecto a su persona?

—A las mismas que usted —manifestó Poirot—. Es un individuo muy llamativo, una criatura de relumbrón —agregó

pensativamente.

—Es un sujeto que atrae a las mujeres —declaró el señor Goby —. Lo más malo de lo que sucede hoy es que las jóvenes no sienten el menor interés por los hombres serios y trabajadores. Vamos, es que no los miran dos veces. Prefieren esas malas piezas, esos pordioseros… Aquéllos son compadecidos, más bien.

—Y los últimos van por ahí, pavoneándose, orgullosos de sí mismos —concluyó Poirot.

—Tal es la situación planteada, en efecto.

—¿Le cree capaz de haber hecho uso de una cachiporra o de cualquier instrumento contundente para atacar a una persona?

El señor Goby reflexionó. Luego, muy lentamente, movió la cabeza a un lado y a otro, sin apartar la vista del radiador eléctrico.

—Nadie le ha acusado de tal cosa. Creo que una acción como ésa se sale de su norma de conducta. Es un individuo de buenos modales. No le conceptúo capaz de tal brusquedad.

—¿No pudo haber sido comprado? ¿Cuál es su opinión?

—Se desentendería de cualquier muchacha igual que si fuese una brasa que le hubiesen puesto en una mano de verse compensado económicamente por ello.

Poirot asintió. Se acordaba de algo… Andrew Restarick le había enseñado un cheque para que pudiese ver cómo era su firma. Y Poirot había visto algo más: el nombre de la persona que iba a cobrarlo. El cheque en cuestión se hallaba extendido a nombre de David Baker y la suma era importante. ¿Vacilaría David a la hora de aceptar aquel papel?, se preguntó Poirot. Se contestó que no. Evidentemente, la opinión del señor Goby coincidía con la suya. Siempre, siempre, en todos los tiempos, había habido hombres y mujeres capaces de venderse por dinero. Éste siempre tuvo y tiene un poder ilimitado. Ante Norma, David se había ofrecido… ¿Era sincero al proponerle el matrimonio? ¿Amaba realmente a la chica? En caso afirmativo, aquello no quedaría zanjado con un cheque. No había parecido estar representando ninguna comedia. Norma, indudablemente, no le juzgaba un farsante. Andrew Restarick, el señor Goby y Poirot pensaban de manera muy distinta. Y lo más probable es que fueran éstos quienes se hallaban en lo cierto.

El señor Goby torno a carraspear.

—¿La señorita Claudia Reece-Holland? Ninguna objeción. Nada hay contra ella. Nada dudoso, esto es. El padre de la joven es miembro del Parlamento. Nada de escándalos. No es como algunos de sus compañeros. Ella tiene cursados los estudios de secretariado. Trabajó primeramente con un médico en la calle Harley, pasando más adelante a la Junta Nacional del Carbón. Hace dos meses que se halla a las órdenes del señor Restarick. Posee amigos, pero no existe entre ellos ninguno preferido que haga pensar en la existencia de un noviazgo. Es buena compañera. Nada hay que pensar en una relación *personal* entre ella y el señor Restarick. De acuerdo. Durante estos tres últimos años ha vivido en uno de los pisos de Borodene Mansions. Paga una elevada renta. Comparte el piso habitualmente con otras dos jóvenes. Carece de amigos *especiales*. Frances Cary, la segunda, hace ya algún tiempo que habita allí. Primeramente trabajó en «Rada» y luego en el Slade. Actualmente está colocada en la «Wedderburn Gallery», un local muy conocido de la calle Bond. Está especializado en la organización de exposiciones en Manchester, Birmingham, y a veces en el extranjero… La chica ha estado en Suiza y Portugal. Tiene muchos amigos entre la gente del arte, como dibujantes, pintores, actores y demás.

El señor Goby guardó silencio, se aclaró la garganta y echó un vistazo a su libreta.

—En lo tocante a los informes que se relacionan con África del Sur, no es mucho lo que he conseguido. Supongo que no será difícil ampliar los que poseo. Restarick se movió bastante. Estuvo en Kenya, Uganda, Costa de Oro y África del Sur… Es un hombre inquieto. Parece ser que no existe una sola persona que le conozca a fondo. Dispuso desde un principio de dinero de sobra para dirigirse a donde se le antojase. Por añadidura, lo supo ganar. Y en cantidad. Le agradaban los sitios más remotos, los más alejados del mundo civilizado. Había nacido para vagabundo. Nunca se mantuvo en contacto con nadie. Tres veces se dio la noticia de su muerte… Afirmóse que había desaparecido en la selva… Pero, al final, siempre terminaba dando señales de vida en un punto u otro, generalmente distinto del anterior.

»El año pasado su hermano murió repentinamente, en Londres.

Costó bastante trabajo localizarlo. El fallecimiento de aquél le produjo una honda impresión, parece ser. Quizá se hubiese cansado de correr ya… Tal vez fuera que había dado con la mujer que él necesitaba. Ella es mucho más joven que su marido. Profesional en la enseñanza. Eso es lo que han dicho. Una cabeza bien sentada…

»Llegado el momento indicado, Andrew Restarick, sin duda, tomó la resolución de cesar en sus vagabundeos para fijar su residencia en Inglaterra. Es un hombre rico y por si fuera poco esto es el heredero de su hermano.

—La historia de un individuo que triunfa y de una mujer desgraciada —comentó Poirot—. Quisiera conocer más detalles acerca de ella. Me ha procurado usted todos los datos que ha podido, los datos que yo precisaba. Es sumamente interesante saber qué personas han rodeado constantemente a la joven, quiénes han podido influir en su conducta e ideas, quién ha puesto, quizás, empeño en moldearla a su gusto… Yo quería saber algo acerca de su padre, de su madrastra, del joven que la acompaña, de la gente con que convive, de aquellos para quienes trabajó en Londres. ¿Está usted seguro de que no se ha producido ninguna muerte que de cerca o de lejos tenga que ver con la chica? Esto es importante…

—No sé nada sobre ese particular —contestó el señor Goby—. Ella trabajaba para una firma llamada «Homebirds», que se hallaba al borde de la quiebra. Le pagaban poco. La madrastra estuvo en un hospital recientemente para ser sometida a observación… Circulan muchos rumores por ahí, pero no se materializan en nada concreto.

—La madrastra no murió —dijo Poirot—. Y lo que yo necesito es una *muerte*.

El señor Goby repuso que sentía no tener nada más que informar, poniéndose en pie.

—¿Desea algo más, de momento?

—A modo de información, no.

—Perfectamente, señor —mientras se guardaba su libreta en un bolsillo, el señor Goby agregó—: Perdone… Tal vez sea inoportuno, pero esa joven que acaba de marcharse…

—Sí, sí… ¿Qué hay acerca de ella?

—Bueno… Desde luego, no creo que se trate de nada que guarde relación con esto, pero… me figuré que debía mencionarlo, señor…

—Hable. ¿No es la primera vez que la ve, quizá?

—La vi hace dos meses…

—¿Donde?

—En Kew Gardens.

—¿En Kew Gardens?

Poirot parecía hallarse un poco sorprendido.

—No la estaba siguiendo. Iba detrás de otra persona que se encontró con ella.

—¿Quién?

—Me imagino que no viene a cuento mencionarla. Se trataba de uno de los jóvenes agregados a la embajada hertzegovina.

Poirot enarcó las cejas.

—Muy interesante, hombre. Sí, muy interesante En Kew Gardens, ¿eh? —musitó—. Un lugar estupendo para una cita. Un lugar muy agradable, verdaderamente.

—Es lo que pensé yo en aquellos instantes.

—¿Hablaron?

—No, señor. Viéndolos, no habría podido afirmar nadie que se conocían. La joven era portadora de un libro. Se sentó en uno de los bancos. Estuvo leyendo unos minutos y luego colocó el libro encima de aquél a su lado. El individuo cuyos pasos iba yo siguiendo se sentó poco más tarde junto a ella. No cruzaron una sola palabra. Después, la muchacha se levantó, alejándose de allí. Él hizo lo mismo posteriormente. El libro de la chica había cambiado de manos ya. Eso fue todo, señor.

—Pues, sí, encuentro su información muy interesante.

El señor Goby fijó su mirada en la estantería, dedicándole un cortés «Buenas noches». Tras ello, salió del cuarto.

Poirot exasperado, dio un fuerte resoplido.

—*Enfin*! —exclamó—. Esto ya es demasiado ¡Demasiado, sí señor! Ahora tenemos un pasaje de la historia a base de espionaje y contraespionaje. Y todo lo que yo busco es un crimen, un sencillo crimen. Comienzo a sospechar que ese crimen sólo tuvo lugar en la mente de una persona adicta a las drogas.

Capítulo XIV

—Chére madame —Poirot se inclinó en una leve reverencia, presentando a la señora Oliver un ramo de flores muy artístico, confeccionado al estilo de la época victoriana.

—¡Monsieur Poirot! Es usted atento, muy atento, pero no me causa ninguna extrañeza su amable gesto… Estas flores mías dejan mucho que desear habitualmente, con que al lado de las suyas… —la señora Oliver contempló durante unos segundos unos mustios crisantemos, fijando luego de nuevo la vista en el primoroso ramo de rosas—. Ha venido a verme: otra atención que he de agradecerle.

—He venido, señora, para felicitarla por su restablecimiento.

—Sí. Supongo que he vuelto a la normalidad —la señora Oliver movió la cabeza a un lado y a otro cautelosamente—. Sin embargo, tengo dolores de cabeza todavía, fuertes dolores de cabeza.

—Usted recordará, madame, que yo la previne, que le aconsejé que no hiciera nada peligroso…

—Usted me aconsejó, en efecto, que no metiera las narices donde no debía. Eso es precisamente lo que hice. —Ariadne calló un momento, añadiendo después—: Experimenté la impresión de que me rodeaba algo anómalo, perjudicial, amenazador. Estaba asustada y me dije que era una estúpida… Asustada… ¿de qué? Me encontraba en Londres. En el centro de Londres. Me rodeaban muchas personas. ¿A qué podía tener miedo yo? No era como si me hubiese encontrado en el Interior de un bosque o en medio de un desierto.

Poirot contempló a su amiga con gesto pensativo. Se preguntaba si la señora Oliver habría sentido de veras aquel nervioso temor de que hablaba, si realmente había llegado a sospechar la presencia del mal, si había experimentado la impresión de que algo o alguien la

amenazaba… Todo esto, ¿no sería de elaboración posterior? Sabía perfectamente que podía darse el caso. Habían sido muchos los clientes de Poirot que se expresarán ante él en términos semejantes a los empleados por la señora Oliver. «Presentía que algo andaba mal. Lo notaba… Estaba segura de que iba a suceder algo de un momento a otro». Y la verdad era que no habían sospechado nada por el estilo. ¿Qué clase de persona era Ariadne Oliver?

Estudió a su amiga con todo detenimiento. La señora Oliver, de acuerdo con ella misma, era famosa por su intuición. Una intuición dejaba paso a otra y la señora Oliver reclamaba invariablemente para sí el derecho de aplicar la más apropiada, la que resultaba más oportuna.

Y, no obstante, el ser humano vive frecuentemente el desasosiego del perro o del gato en los momentos que preceden a la tormenta. Se tiene en muchas ocasiones conciencia de que algo va mal, aunque no se sepa qué es…

—¿Cuándo se sintió asaltada por ese temor?

—Al dejar la vía principal —respondió Ariadne Oliver—. Hasta entonces todo me pareció normal aunque interesante, y… Sí. Yo disfruté lo mío, si bien me irritaba haber llegado a comprobar de una manera palpable lo difícil que es seguir a alguien sin que el otro se dé cuenta.

Hizo una pausa, reflexionando.

—Fue como un juego. Y, de pronto, aquello perdió el carácter de tal. Me veía entre callejas, en un sitio desconocido en el que imperaba el desorden, con sus cobertizos, con espacios faltos de edificación. ¡Oh! No sé. No acierto a explicarlo como yo quisiera. Pero todo era diferente ya. Era como suele ocurrir en los sueños. Usted sabe cómo se desarrollan éstos. Se empieza por cualquier cosa, por una reunión de amigos, por ejemplo. Súbitamente, una se ve en medio de una espesa selva o en otro paraje similar, distinto…, siniestro siempre.

—¿Una selva? —inquirió Poirot—. Resulta curioso que haya puesto usted ese ejemplo. En consecuencia, experimentó la impresión de que se hallaba en una selva… Y en tales circunstancias, ¿sintió miedo al ver un pavo?

—No sé exactamente si era ese animal el que me inspiraba

temor… Después de todo, no se trata de ningún ser peligroso. La verdad es que asocié la figura de él con un pavo porque lo miré como una criatura decorativa. El pavo es un animal decorativo, ¿no? Lo mismo que el joven en cuestión.

—¿No se le ocurrió pensar antes de ser atacada que alguien podía estar siguiéndola?

—No pensé en ello ni por un momento… Pienso, en cambio, que me facilitaron una dirección equivocada, deliberadamente.

Poirot frunció el ceño, asintiendo.

—Desde luego, tuvo que ser el «pavo real» quien me atacara —opinó la señora Oliver—. ¿En qué otra persona, cabe pensar? ¿En el sucio tipo de las ropas grasientas? Olía mal, pero no había en él nada siniestro. ¿Y a qué pensar en la desmadejada Frances no sé qué más…? Se hallaba sentada sobre una caja de embalaje. Sus largos y negros cabellos le caían hasta casi tocar el piso de la habitación… Me acordé al verla de cierta actriz.

—¿Y dice usted que actuaba como modelo?

—Sí. Pero no para el «pavo»… sino para el joven sucio. No recuerdo si usted conoce a la chica o no.

—No he tenido el placer de trabar relación con ella… Si es que eso puede constituir realmente un placer.

—He de decirle que es una muchacha de muy buen ver. Y limpia, aunque muy maquillada. Debe de llevar los cabellos sobre la mitad del rostro, bastante pálido, cuando va peinada normalmente. Trabaja en una galería de arte, de modo que veo natural que frecuente el trato de los pintores, aunque yo juzgué, al que vi, estrambótico. Lo de que haga de modelo, por tal motivo, no ha de extrañarnos. ¡Qué chicas, qué chicas! Probablemente, andará enamorada del amigo de mi perseguido. Yo no me imagino a Frances golpeándome en la cabeza…

—Estoy calibrando otra posibilidad, madame. Alguien pudo haberla descubierto cuando seguía a David, dedicándose a su vez a espiar sus pasos.

—¿Que alguien…?

—¿Y si andaba por allí alguien interesado en vigilar los movimientos de la persona que a usted le había llamado la atención antes?

—Es una hipótesis como otra cualquiera —manifestó la señora Oliver—. ¿Quién, quién, Señor, podría ser esa persona?

Poirot contestó, exasperado:

—Hemos llegado a un punto muerto… El problema es de difícil solución, muy difícil. Hay demasiada gente por en medio: son demasiadas cosas. No veo nada con claridad suficiente. Veo solamente una chica que asegura que es posible que haya cometido un crimen. He de ver en esto la base de todo, y también en lo que a ello respecta encuentro obstáculos, dificultades.

—¿Dificultades? ¿Qué quiere usted decir?

—Reflexione, señora Oliver, reflexione —le aconsejó Poirot.

Esta facultad no había sido nunca el punto fuerte de Ariadne.

—Siempre termina usted desconcertándome —dijo ella, quejumbrosa.

—Estoy hablando de un crimen, sí, pero… ¿de cuál?

—Piensa usted en lo de la madrastra, sin duda.

—Es que la madrastra no ha sido asesinada. Esa mujer vive.

—La verdad es que es usted un hombre que enreda a cualquiera —opinó la señora Oliver.

Poirot se irguió en su asiento. Juntó las yemas de sus dedos y se dispuso a disfrutar de unos segundos de diversión. Eso es, al menos, fue lo que Ariadne pensó.

—Se niega usted, obstinadamente, a reflexionar —manifestó Hércules Poirot—. Ahora bien, para intentar alcanzar nuestra meta es preciso que meditemos.

—No me interesa. Yo lo que quiero es saber qué ha estado usted haciendo por ahí mientras yo me encontraba en el hospital. Tiene que haber hecho algo… ¿Qué?

Poirot hizo casi omiso de la anterior pregunta.

—Debemos comenzar por el principio. Uno de estos pasados días usted me telefoneó. Yo me encontraba muy disgustado. Sí, lo admito: estaba profundamente disgustado. Me habían dicho algo que me sentó mal. Usted, madame, fue entonces la amabilidad personificada. Me dio ánimos, me estimuló… Me obsequió incluso con una taza de riquísimo chocolate. Y lo que valía más: me ayudó de una manera práctica. Es decir, que su ofrecimiento no quedó en eso sólo… Localizó a la chica que me había visitado, que me había

dicho que «quizás» hubiera cometido un crimen. Hablemos de ese crimen, madame. ¿Quién ha sido asesinado? ¿Dónde? ¿Por qué?

—¡Oh, calle usted, por Dios! —exclamó la señora Oliver—. Está consiguiendo que me duela la cabeza de nuevo, cosa que no me conviene en absoluto.

Poirot no escuchó su súplica.

—¿Hemos llegado acaso a enfrentarnos con un crimen? Usted ha hablado de la madrastra. Y yo le he contestado que la madrastra no ha muerto, que vive todavía… No hay crimen todavía, pues. Pero tiene que haberlo, forzosamente. Por tanto pregunto antes de nada: ¿quién ha muerto violentamente? Una persona me ha visitado, haciendo referencia al suceso, refiriéndose a un crimen que se ha cometido en alguna parte, por un procedimiento u otro. Pero no doy con él… No vuelva a hablarme del intento de asesinato de Mary Restarick porque esto no puede satisfacer la curiosidad de Hércules Poirot.

—En realidad es que no se me ocurre nada más —manifestó ingenuamente la señora Oliver.

—*Quiero un crimen* —insistió Hércules Poirot.

—¡Me parece usted un tipo muy macabro cuando se expresa en tales términos!

—Busco un crimen y no doy con él. La situación no puede ser más exasperante… Por tanto, le ruego que reflexione conmigo.

—Acabo de tener una idea magnífica —dijo Ariadne—. Supongamos que Andrew Restarick asesinó a su primera esposa antes de marcharse a toda prisa rumbo a África del Sur. ¿Ha pensado usted en tal posibilidad?

—Por supuesto que no he pensado en ella —replicó Poirot, indignado.

—Pues yo sí, ¡ea! Y la hipótesis mía merece ser considerada detenidamente. El hombre estaba enamorado de la otra mujer y deseaba huir en su compañía. Nadie sospechó nunca…

Poirot hizo un gesto de honda resignación.

—Piense, amiga mía, que su esposa falleció a los once o doce años de haberse ido el marido a África del Sur… La hija no pudo en ese caso tener nada que ver con el asesinato de su madre, por el hecho de contar tan sólo cinco años de edad.

—¿Y si administró a su madre, equivocadamente, cualquier medicamento perjudicial? ¿Y si lo de su muerte es sólo una declaración de Restarick? Después de todo, *nosotros no sabemos* que haya fallecido.

—Yo sí lo sé —declaro Hércules Poirot—. He llevado a cabo algunas indagaciones. La primera señora Restarick murió exactamente el día catorce de abril de mil novecientos sesenta y tres.

—¿Cómo puede usted saber esas cosas?

—Porque he dedicado a una persona a comprobar determinados datos. Le ruego, madame, que no formule conclusiones imposibles así, tan atropelladamente.

—¡Y yo que me las estaba dando de perspicaz! —exclamó la señora Oliver obstinadamente—. Si utilizara esa historia como argumento de uno de mis libros, tal es la forma en que lo dispondría todo. Y de la chica haría la culpable. Sin proponérselo ella, naturalmente. Presentaría a su padre ordenándole que administrase a la esposa una bebida, una pócima especial…

—*Nom d'un nom d'un nom*! —exclamó Poirot en elevado tono.

—Está bien. Explique usted los acontecimientos según su modo de ver y entender.

—¡Ay, amiga mía! Nada tengo que decir. Busco un crimen y no doy con él…

—¿Ni siquiera después de haber visitado a Mary Restarick en el hospital? Piense que regresó restablecida y que luego volvió a caer enferma… Si se registrara detenidamente la casa, con seguridad que encontrarían, escondido en alguna parte por Norma, arsénico u otra sustancia tóxica.

—¡Si eso es precisamente lo que ya se halló!

—Pues ¿qué quiere usted más, señor Poirot? ¿Qué quiere usted más?

—Yo quisiera que pusiese usted más atención a la hora de interpretar el significado real de una frase. La chica me dijo lo mismo que poco antes indicara a George, mi servidor. En ninguna de esas ocasiones declaró: «He intentado matar una persona», ni tampoco: «He intentado matar a mi madrastra…». Se refirió cada vez a un acto que había sido realizado, a algo que ya había

sucedido. Exactamente: sucedido. En tiempo pasado.

—Renuncio —contestó la señora Oliver—. Digámoslo claramente: usted no cree que Norma intentara matar a su madrastra.

—Sí. Yo sí creo perfectamente posible que Norma intentara matar a su madrastra. Me parece que eso es, probablemente, lo que ocurrió… psicológicamente. Dada la conformación de su mentalidad. Pero no está *probado*. Tenga presente que alguien pudo haber escondido un preparado a base de arsénico entre las cosas de Norma. El autor de tal treta pudo haber sido incluso el esposo.

—Usted supone siempre a los maridos con inclinaciones asesinas cuando piensan en sus esposas —objetó Ariadne.

—El marido es, habitualmente, la persona más probable —señaló Hércules Poirot—. En consecuencia, debe ser considerado en primer lugar. El culpable podría ser, asimismo, sir Roderick, o la chica, Norma, o uno de los criados de la casa, o Sonia… Hasta se podría pensar en la propia señora Restarick.

—¡Qué insensatez! ¿Por qué?

—Es posible que existan razones. Todo lo forzadas que usted quiera, pero dignas de crédito, tal vez.

—Pero, monsieur Poirot: no se puede sospechar de todo el mundo…

—*Mais oui*. Eso es precisamente lo que yo hago: sospechar de todos. Antes de nada, yo desconfío de cuantos me rodean. Luego, me dedico a buscar razones para justificar mi actitud.

—¿Y qué razones aduce al pensar en esa pobre muchacha extranjera?

—Depende de lo que esté haciendo en esa casa, de los motivos que la hayan impulsado a venir a Inglaterra y de otros muchos detalles más.

—Está usted loco, Poirot.

—Otro personaje culpable, probablemente: David, su «pavo real»…

—Muy traído por los pelos, amigo mío, David no va por el poblado. Nunca se le ha visto por los alrededores de la casa.

—Esta usted en un error. Precisamente vagaba por sus pasillos el día que yo la visité.

—Pero no se hallaría dedicado a colocar sustancias tóxicas en el cuarto de Norma.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Es que la muchacha y ese tipo están enamorados.

—Admito que tal es la impresión que dan.

—Usted se empeña en hacerlo todo difícil —se lamentó la señora Oliver.

—Nada de eso. Lo que sucede es que las cosas se me han dado ya difíciles a mí. Necesito más información y la única persona que está en condiciones de facilitármela es quien usted sabe… Y ella ha desaparecido.

—Se refiere a Norma, ¿eh?

—En efecto, me refiero a Norma.

—No ha desaparecido. Usted y yo hemos sabido encontrarla.

—Después de abandonar el establecimiento se esfumó de nuevo.

—¿Y usted la dejó marchar?

La voz de la señora Oliver sonó muy temblorosa. El reproche era evidente.

—¡Ay!

—¿Y permitió usted que se fuera? ¿No hizo nada por dar con ella otra vez?

—Yo no he dicho nunca que no intentara volverla a encontrar.

—Pero hasta ahora no lo ha logrado. Monsieur Poirot: me ha decepcionado usted.

—Existe un planteamiento general del problema —dijo Hércules Poirot, casi amodorradamente—. Sí. Lo hay. Pero nos falta un factor y por esa causa aquél carece de sentido. Usted lo comprende, ¿no?

—No —respondió, tajante, la señora Oliver.

A ésta le dolía la cabeza.

Poirot continuó hablando más para sí mismo que para su oyente. Si es que podía decirse que la señora Oliver le escuchaba… Estaba indignada con Poirot y pensaba que Norma Restarick había estado en lo cierto al asegurar que aquél era demasiado viejo ya. ¡Vaya con el hombre! Después de dar con la chica habíale telefoneado, dedicándose ella a seguir los pasos de David… Había colocado materialmente a la muchacha en manos de Poirot. ¿Para qué? Para que ella terminara desapareciendo nuevamente. ¿Qué labor

provechosa había desarrollado aquel hombre? Sí. Se sentía decepcionada. Cuando diera fin a su discurso se lo volvería a repetir.

Poirot, lenta, metódicamente, perfilaba el caso…

—Los conceptos, diversos, se entrecruzan. He ahí parte la dificultad. Una cosa se relaciona con otra y luego se ve que todo se refiere a algo más que falta. Por eso no se sale del cuadro general. Y así es como penetra en el círculo de nuestras observaciones más gente sospechosa. Sospechosa… ¿de qué? De nuevo el fallo. Tenemos primero a la chica y a través del laberinto de detalles entrecruzados he de buscar la respuesta a la más intrigante de las respuestas: ¿hay que ver en la joven a una víctima? ¿Se encuentra en peligro? O bien: ¿es la chica una criatura extremadamente astuta? ¿Estará creando la impresión que necesita suscitar para sus particulares propósitos? Las dos proposiciones son buenas. Necesito conceptos más estables. Preciso un punto de apoyo sólido, y éste se encuentra en alguna parte. Estoy seguro de que existe.

La señora Oliver estaba dedicada a rebuscar entre las cosas que contenía su bolso.

—Nunca sé dónde pongo las aspirinas… —dijo, enojada.

—Tenemos una serie completa de relaciones que no admiten duda: el padre, la hija, la madrastra. Hay puntos comunes en sus vidas. Contamos, asimismo, con el anciano tío, algo ido de la cabeza, que también vive en la casa. Tenemos a la joven Sonia relacionada con el tío, para quien trabaja. Posee buenos modales, es bonita… Él se siente encantado con la chica. Diríamos que es en extremo indulgente con ella. ¿Y qué papel representa en el seno de la familia?

—Creo que pretende aprender bien el inglés —declaró la señora Oliver.

—La muchacha se cita con uno de los miembros de la embajada hertzegovina… en Kew Gardens. Se ven allí, pero no se hablan. Sonia deja un libro sobre el banco en que está sentada y se aleja del lugar.

—¿Qué significa todo eso?

—¿Tiene esta cuestión algo que ver con el primer problema? No lo sabemos todavía. Parece improbable, pero quizá no lo sea tanto.

¿Ha dado Mary Restarick, sin querer, con algo que pudiera resultar peligroso para la joven?

—No vaya a decirme que esto desemboca ahora en un asunto de espionaje o cosa parecida.

—No iba a decirle nada. Me estaba formulando a mí mismo una pregunta.

—Usted acaba de señalar que sir Roderick está chiflado.

—Lo de menos es que sea verdad. Fue una persona de bastante relieve durante la guerra. Por sus manos pasaron importantes documentos. Puede que recibiera cartas de gran trascendencia. Era libre de guardarlas cuándo las circunstancias hubieran decidido la pérdida de su antiguo carácter.

—Está usted hablando de la guerra y la guerra hace muchos años que terminó.

—Cierto. Pero el pasado siempre cuenta, pese al tiempo que haya transcurrido. Se forjan nuevas alianzas. Se pronuncian discursos al público, rechazando esto y aceptando lo otro, diciendo mentiras…

»Imagínese por unos instantes que existen ciertos documentos o cartas que pueden volver del revés a cualquier personalidad. No le estoy diciendo nada concreto, ¿me comprende? Yo estoy dedicado en estos momentos a hacer hipótesis… Otras más disparatadas se descubrieron válidas tiempos atrás.

»Es posible que sea de la máxima importancia el pase de algunas cartas u otros documentos a un gobierno extranjero o que convenga su urgente destrucción… ¿Quién mejor para emprender tal tarea que una encantadora damita que ayuda en muchos aspectos a una vieja personalidad? Ella es quien le secunda a la hora de seleccionar los textos que exige la redacción de las memorias del anciano caballero. Hoy en día todo el mundo se dedica a escribir sus memorias. ¿Quién podría impedírselo a esa gente? Suponga usted que Mary Restarick ve algo en su plato, el día en que la utilísima secretaria de sir Roderick hace su turno de cocina. Suponga que es ella quien da los pasos necesarios para que las sospechas recaigan en Norma…

—¡Qué mentalidad la suya! —exclamó Ariadne—. Yo me atrevería a calificarla de tortuosa… En pocas palabras: no es posible

que hayan sucedido todas esas cosas.

—Justo. Existen demasiados planteamientos. ¿Cuál es el verdadero? Norma abandona su hogar para trasladarse a Londres. Comparte un piso con dos amigas. Ella es la «tercera muchacha», según usted me explicó. Aquí tiene el primer cuadro. Las dos muchachas no se hallan unidas a Norma por la amistad, en el fondo, sino por la mutua conveniencia. Pero, luego, ¿qué averiguo yo? Claudia Reece-Holland es la secretaria particular del padre de Norma Restarick. Otro eslabón más de la cadena. ¿Hay que ver en eso una simple casualidad? No sé. También pudiéramos encontrarnos ahí con otra cosa. La otra chica, me ha dicho usted, hace de modelo y conoce al joven bautizado por usted con el apodo de «el pavo real», del cual Norma, a su vez, está enamorada. Otro eslabón. Hay más aún… ¿Y qué pinta David («el pavo real») en toda esta historia? ¿Ama a Norma realmente? Parece ser que sí. El disgusto que inspira a los padres de ella es natural, instintivo…

—Lo de Claudia Reece-Holland trabajando como secretaria de Restarick no deja de ser raro —comentó la señora Oliver pensativamente—. Tengo entendido que es una muchacha apta para los más diversos menesteres, muy eficiente. Quizá fue ella quien empujó a la suicida, a la que se cayó a la calle desde una de las ventanas del séptimo piso.

Poirot se volvió lentamente hacia Ariadne.

—¿Qué está usted diciendo? —pregunto—. ¿Qué está usted diciendo, señora Oliver?

—Fue allí, en los pisos… Ni siquiera sé su nombre… Una persona, una mujer, que se cayó o se tiró desde una de las ventanas del séptimo piso matándose, desde luego.

Poirot levanto la voz, hablando a su amiga con toda severidad.

—¿Y no me ha dicho usted nada hasta ahora? —inquirió en tono acusador.

La señora Oliver, le miró sorprendida.

—Una vez más, monsieur Poirot, no le entiendo.

—¿Que no me entiende? Le había pedido que me hablara de una muerte. A eso me refiero. *Una muerte*. Y usted me dice que no sabe de ninguna. A usted sólo se le ocurre pensar en un intento de envenenamiento. *Y, sin embargo, se ha producido una*… Una muerte

en… ¿Cómo se llaman esas casas?

—Borodene Mansions.

—Sí, sí. ¿Y cuándo ocurrió eso?

—¿El suicidio? Bueno, el suicidio o lo que fuera… Sí… Me parece que fue una semana antes de mi visita a aquel lugar.

—¡Perfecto! ¿Qué oyó usted contar de particular sobre el hecho?

—Estuve hablando con un lechero…

—Un lechero… *Bon Dieu*!

—Se mostraba charlatán el hombre —dijo la señora Oliver—. Fue una cosa triste… Ocurrió todo de día… A muy temprana hora de la mañana, creo.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—No tengo ni idea. Me parece que no me lo dijo.

—¿Joven? ¿De mediana edad? ¿Viejo?

La señora Oliver reflexionó.

—No me dijo su edad exacta. Tendría cincuenta y tantos años…

—¿Estaban informadas las tres muchachas?

—¿Cómo voy a saberlo? Nadie ha hablado de ello.

—Y usted no pensó en decírmelo…

—Vamos por partes, señor Poirot… Yo no relacioné el suceso con nada de esto. Comprendo que existe la posibilidad de una relación, pero… lo cierto es que nadie ha afirmado tal cosa, a nadie se le ha ocurrido esa hipótesis.

—Pues la relación existe. Tenemos a Norma, que vive en uno de aquellos pisos. Cierto día, una persona se suicida… (Ésta, al menos, es la impresión general). Con más detalles: alguien se arroja (o se cae) desde una de las ventanas de la séptima planta, resultando muerto. Y luego… ¿qué? Luego, varios días más tarde esa joven, Norma, tras haber oído hablar de mi en una reunión, me visita, comunicándome que teme haber cometido un crimen. ¿No comprende? Se produce una muerte… Y poco después surge alguien que se cree autor del crimen. Sí: *éste tiene que ser el que yo buscaba*.

La señora Oliver quiso exclamar: «¡Qué tontería!», pero no se atrevió. Limitóse a pensar la frase, a manera de consuelo.

—Éste debe de ser el elemento indispensable, la pieza que yo echaba de menos… Esto tiene que redondear el planteamiento del problema. No sé concretamente *por qué*, pero creo que no hay otro

orden posible. Tengo que reflexionar… He de entregarme a la meditación. Debo irme a casa y procurar unir los componentes que conozco… Hay que dar con la clave de toda la historia, que podría ser muy bien lo que acabamos de describir… Sí. Por fin, por fin veo el camino despejado, el camino que hay que seguir.

Poirot se puso en pie, diciendo:

—*Adieu, chére madame*.

Luego, salió a toda prisa de la habitación.

La señora Oliver miró a su alrededor, murmurando:

—¡Tonterías! ¡Cuántas tonterías, Señor! Me pregunto ahora… ¿Obraría imprudentemente si me tomara cuatro aspirinas a la vez?

Capítulo XV

Hércules Poirot tenía junto a él una *tisane* que George acababa de prepararle. Sorbió un poco de líquido reflexionando. Meditaba conforme a sus peculiares métodos. Empleaba una técnica bien definida: seleccionaba ideas igual que cualquiera seleccionaba trozos de un rompecabezas. A su debido tiempo compondría un cuadro claro y coherente. De momento, lo importante era la selección, la separación de los distintos elementos. Tomó otro sorbo más de su bebida y dejó la taza encima de la mesita. Sus manos descansaban sobre los antebrazos del sillón que ocupaba. Clasificaba mentalmente las numerosas piezas del «puzzle». En cuanto las identificara bien procedería a seleccionarlas. Había trozos de firmamento, de verdes orillas y elementos a rayas, que recordaban el cuerpo de un tigre…

El dolor de sus pies embutidos en los clásicos zapatos de duro cuero. Empezó por ahí… Caminaba a lo largo de una carretera en la que le había puesto su buena amiga Ariadne Oliver. Una madrastra. Volvió a verla con una mano apoyada en la puerta. Una mujer que se volvía, una mujer que se inclinaba para cortar un brote erizado de espinas, en un rosal, y que luego le miraba… ¿Qué había para él allí? Nada. Una dorada cabeza, de un rubio que hacía pensar en un campo de trigo, saturada de rizos… Se interponía entonces la imagen de la señora Oliver, con sus complicados peinados. Poirot sonrió. Sin embargo los cabellos de Mary Restarick se hallaban más esmeradamente dispuestos que los de Ariadne. Un marco dorado para su faz que parecía demasiado grande. Se acordó de que el viejo sir Roderick le había dicho que usaba peluca, a consecuencia de una desgraciada enfermedad. Una cosa muy triste, tratándose de una mujer tan joven. Pues sí… Desde el primer momento había

advertido algo anormal en la disposición de aquella cabellera. Se le antojó demasiado estática, excesivamente bien arreglada. Consideró atentamente la cuestión de la peluca de Mary… Creía poder confiar en las manifestaciones de sir Roderick. Estudió las posibilidades de aquel raro elemento por si podían ser de alguna significación. Recordó la conversación que sostuvieron. ¿Habían hablado de algo importante? Se dijo que no. Evocó la habitación en que entraran. Una habitación sin carácter recientemente ocupada en la casa de otro. Dos cuadros en la pared… El de una mujer embutida en un vestido gris. Fina boca y labios firmemente apretados. Cabellos de un gris ceniciento. La primera señora Restarick. Daba la impresión de haber sido mayor que el esposo. El otro cuadro, el retrato de él, se encontraba en el muro opuesto, enfrente, exactamente. Buenos retratos, ambos. Lansberger había sido un artista excelente. Poirot se recreó en la evocación del retrato del marido. El primer día no lo había visto bien. En cambio, en el despacho de Restarick…

Andrew Restarick y Claudia Reece-Holland. ¿Había algo allí? ¿Debíase a motivos exclusivamente profesionales la asociación de aquellas dos personas? Seguramente ¿Por qué tenía que existir otra cosa? Andrew era un hombre que había regresado a su país después de largos años de ausencia del mismo. Carecía de amigos y parientes; vivía conturbado a causa del carácter y la conducta de su hija. Era un gesto natural el suyo el volverse hacia su eficiente secretaria, cuyos servicios contratara hacía no mucho tiempo para preguntarle dónde podía vivir Norma en Londres. Claudia le hacía un favor al jefe proporcionando a su hija habitación. Y como ella de todos modos buscaba una tercera chica para su piso, con la que compartir el alquiler… «La tercera muchacha». Esta frase se le había quedado impresa en la memoria después de habérsela oído pronunciar a la señora Oliver. Como si tuviera otro significado que ahora, por una razón u otra, se le escapaba.

Entró en el cuarto George, cerrando la puerta discretamente a su espalda.

—Ahí fuera hay una joven, señor. La que vino el otro día.

Esas frases encajaban perfectamente en el tema objeto de las meditaciones de Poirot. Se irguió sobresaltado.

—¿Se refiere usted a la muchacha que llegó cuando yo estaba

desayunándome?

—¡Oh no, señor! He aludido a la que acompañaba a sir Roderick Horsefield.

—¡Ah!

Poirot guardó silencio un momento, enarcando las cejas.

—Hágala pasar. ¿Dónde está?

—En el cuarto de la señorita Lemon.

—Bien, bien. Dígale que pase.

Sonia no esperó a que George la anunciara. Penetró en la habitación precediendo a aquél. Habíase movido rápidamente y adoptaba una actitud agresiva.

—Me ha costado trabajo venir, pero quería decirle que yo no sustraje esos papeles, que no robé ningún documento. ¿Me ha entendido?

—¿Y quién sostiene lo contrario? —le preguntó Poirot—. Siéntese mademoiselle.

—No quiero sentarme. Dispongo de muy poco tiempo. He venido solamente para decirle que es mentira que yo robara esos escritos. Soy una joven honesta y suelo hacer lo que me mandan.

—Comprendo muy bien su punto de vista. Usted declara formalmente que no ha sustraído ningún papel, información, carta ni documento de ningún género del despacho de sir Roderick Horsefield, ¿no es eso?

—Eso es. No tiene otro objeto mi visita. Él me cree. Él sabe que soy incapaz de cometer semejante acción.

—Perfectamente, señorita. Y yo tomo nota de sus manifestaciones.

—¿Cree usted que acabará dando con esos papeles?

—De momento, tengo otros quehaceres —señaló Poirot—. El asunto de que me ha encargado sir Roderick habrá de aguardar su turno.

—Está preocupado, muy preocupado. Hay algo que no me está permitido decirle a él. Se lo comunicaré a usted. *Sir Roderick pierde cosas con relativa facilidad*. Las pone en… en los sitios más inesperados. ¡Oh, lo sé! Usted sospecha de mí. Todos recelan de mí por el hecho de ser una extranjera. Procedo de otro país y esa gente piensa… piensa que me dedico a robar documentos secretos, igual

que si fuera uno de esos personajes que aparecen en tan absurdas historias de espionaje inglesas. Yo no soy nada de lo que se figuran. Yo soy una intelectual.

—¡Aja! Siempre es agradable saberlo —a continuación, Poirot agregó—: ¿Deseaba usted decirme algo más?

—¿Por qué habría de querer decirle algo más?

—¡Mujer! Uno nunca sabe…

—¿A qué se refieren sus otros quehaceres señor Poirot?

—¡Oh! No quiero entretenerla. Seguramente, hoy es su día libre, ¿no?

—Sí. Dispongo de uno cada semana y aprovecho mis horas de asueto dedicándolas a lo que más me agrada. A veces me acerco a Londres, para visitar el Museo Británico.

—Claro, claro… Irá usted también, sin duda, al «Victoria» y al «Albert»…

—Así es, en efecto.

—Y a la «National Gallery», a ver cuadros. Si el día es bueno visitaría, asimismo, en ocasiones, los jardines de Kensington y los de… Kew.

Sonia se quedó rígida, obsequiando a su interlocutor con una mirada de desafío.

—¿Por qué ha aludido a los jardines de Kew?

—Porque en «Kew Gardens» hay plantas muy bonitas, arbustos notables y árboles maravillosos. ¡Por Dios, señorita! No deje de visitar el lugar. La entrada cuesta una insignificancia. Un penique o dos, me parece. Y a cambio de ese dinero podrá dedicarse a admirar los árboles tropicales que pueblan el recinto, si es que no opta por sentarse en cualquier banco, dedicándose a leer un libro —Poirot sonrió, desarmándola. Era muy interesante para él comprobar que el desasosiego de la muchacha iba en aumento—. Pero, lo dicho, mademoiselle, no quiero entretenerla. Es muy posible que haya de visitar a los amigos que tenga en una u otra embajada…

—¿Por qué me dice eso ahora?

—No me impulsa ningún motivo especial a expresarme así. Usted es extranjera en nuestro país y lo lógico es que conozca a personas relacionadas con su representación diplomática aquí.

—Alguien le ha estado hablando de mí, contándole cosas.

Alguien ha formulado acusaciones contra mí. Le digo que él es un viejo estúpido, que lo pierde todo. ¡Ya está! Y cuanto sabe carece realmente de importancia. No posee documentos secretos. No los ha poseído jamás.

—Habla usted en esos términos porque no se ha detenido a pensar seriamente sus palabras… El tiempo pasa y nadie es capaz de detenerlo. Pero sir Roderick Horsefield fue años atrás un hombre importante, que conoció algunos secretos de enorme trascendencia, que le conste.

—Intenta usted asustarme, por lo visto.

—No, no, ¡por Dios! A mí no me da por lo melodramático.

—La señora Restarick. Sí. Es la señora Restarick quien le ha estado refiriendo cosas. Siente una gran antipatía por mí.

—No es eso lo que ella me ha dicho precisamente.

—Bueno: no me gusta la señora Restarick. Pertenece a una clase de mujeres que suscita en mí una desconfianza instintiva. Creo que su cabeza alberga numerosos secretos.

—¿De verás?

—Sí. Y pienso que algunos de esos secretos no los conoce ni su esposo. Me figuro que se desplaza a Londres y a otros sitios para verse con hombres, para ver a uno solo, quizá…

—¿Qué me dice? Encuentro muy interesante sus declaraciones. ¿Sospecha que celebra entrevistas con algún hombre?

—Sí. Se desplaza a Londres muy a menudo y me imagino que no se lo comunica a su marido… Puede ser que le diga que va de compras o que alegue otras excusas semejantes. Andrew Restarick siempre anda muy atareado en su despacho y suele desentenderse de los demás. Su mujer, ésta es la verdad, se pasa más tiempo en Londres que en el poblado. Y a todo esto no cesa de pretender que la jardinería colma sus aspiraciones…

—¿No tiene usted ninguna idea acerca de ese hombre con quien se entrevista?

—¿Qué puedo saber yo sobre el particular? Yo no la he seguido. El señor Restarick es un hombre confiado. Cree a pies juntillas cuanto su esposa le dice. Quizá sea que los negocios absorben todas sus horas del día. Por otro lado, su hija le tiene muy preocupado…

—Eso es verdad: su hija le preocupa. ¿Qué sabe usted sobre

Norma? ¿Hasta qué punto la conoce?

—No la conozco muy bien, si he de serle sincera. Pero si me pregunta mi opinión se la daré: yo creo que está loca.

—¿Loca? ¿Y por qué ha de estar loca?

—Dice cosas muy raras, a veces. Ve cosas (es lo que asegura) que sólo se hallan en su imaginación.

—¿Sí?

—Ve ciertas personas, por ejemplo. En ocasiones la he visto muy excitada y otras me ha dado la impresión de que se hallaba sumida en el sueño. Se le habla y no oye… No contesta. Creo que ha deseado más de una vez la muerte de alguien.

—¿Se refiere usted a la señora Restarick?

—Y también a su padre. Le mira como si le odiase con toda su alma.

—¿Por el hecho de haberse opuesto a que se casara con el joven que a ella le gusta?

—Sí. Ellos quieren impedir ese enlace por todos los medios Tienen toda la razón del mundo, desde luego, pero esto no evita que ella se muestre terriblemente irritada —haciendo despreocupados gestos de asentimiento Sonia añadió—: Me parece que el día menos pensado se suicidará… Ojalá me equivoque, pero hacia eso tienden las personas que aman desesperadamente —se encogió de hombros —. Señor Poirot, tengo que marcharme ya…

—Voy a hacerle una pregunta más todavía. ¿Usa peluca la señora Restarick?

—¿Que si usa peluca? ¿Cómo voy a saberlo? —Sonia reflexionó un momento—. Es posible… —admitió—. Para el viaje resulta muy útil aquélla. Es elegante, además. Yo misma tengo una que me pongo a veces. ¡Una *verde*! O me ponía… —la joven agregó—: Me voy, señor Poirot.

Y, sin más, salió de la habitación.

Capítulo XVI

—Hoy tengo que hacer muchas cosas —anunció Hércules Poirot, al levantarse de la mesa.

Acababa de desayunarse, reuniéndose en seguida con la señorita Lemon.

—He de llevar a cabo algunas indagaciones. Ha dado usted los pasos previos, ¿no? Me refiero a las citas, a los contactos imprescindibles…

—Claro —contestó la señorita Lemon—. Todo se encuentra aquí.

Aquélla le entregó una pequeña cartera de mano. Poirot echó un vistazo al contenido, asintiendo.

—En usted se puede confiar, señorita Lemon. *C'est fantastique*.

—La verdad, monsieur Poirot: nada veo de fantástico en ello. Usted me dio unas instrucciones y yo las he cumplido. Es lógico.

—¡Uf! No es tan lógico como usted cree. Habrá advertido con qué frecuencia doy instrucciones a los empleados de la compañía del gas, a los electricistas, al hombre que se encarga de las pequeñas reparaciones domésticas… ¿Y qué? ¿Las cumplen acaso? En muy raras ocasiones.

Poirot pasó al vestíbulo.

—Mi gabán intermedio, George. Me parece que el frío peculiar del otoño se deja ya sentir.

Se asomó a la habitación de su secretaria.

—A propósito… ¿Qué opina usted de la joven que vino a verme ayer? —preguntó.

La señorita Lemon, que iba a comenzar a escribir a máquina, se quedó con ambas manos suspendidas sobre aquélla, en el aire.

—Era una chica extranjera…

—Sí, sí.

—Evidentemente, es extranjera.

—¿Sólo se le ocurre eso en relación con su persona?

La señorita Lemon reflexionó brevemente.

—No dio motivos para que llegara a juzgar su capacidad en un sentido u otro —vacilante, añadió—: Parecía estar muy afectada.

—Sí. Se la tiene como persona sospechosa de haber cometido un robo. ¡Oh! Nada de dinero, sino papeles. Y la víctima es su jefe.

—¡Válgame Dios! —exclamó la señorita Lemon—. ¿Documentos de importancia?

—Es lo más probable. Es igualmente probable, sin embargo, que su jefe no haya perdido nada.

—¡Vaya! —contestó la secretaria de Poirot, obsequiando a éste con la mirada que asomaba a sus ojos cuando deseaba desembarazarse de él, a fin de entregarse a su trabajo—. Yo siempre digo que cuando se contratan los servicios de alguien hay que saber a qué atenerse en todos los aspectos y que es preferible dar ocupación a las gentes que son del país.

Hércules Poirot salió de la casa. La primera visita sería para Borodene Mansions. Tomó un taxi. Se apeó en el patio central, llegando a su punto de destino, echando un vistazo a su alrededor. En una de las entradas vio a un portero uniformado. Silbaba ensimismado una triste melodía. Al ver avanzar hacia él a Poirot, inquirió:

—Usted dirá, señor.

—¿Podría usted informarme acerca de un lamentable suceso de que fue escenario este sitio recientemente?

—¿Un lamentable suceso? —preguntó el portero—. No sé nada de eso…

—Una señora se arrojó, o se cayó, desde uno de los pisos altos, matándose…

—¡Ah vamos! No estoy enterado del caso porque sólo llevo aquí una semana. ¡Eh, Joe!

Del lado opuesto del bloque emergió otro compañero.

—Tú que estás enterado de lo de aquella señora que se arrojó desde el piso séptimo a la calle… Fue hace un mes, ¿no?

—No llega —respondió el tal Joe. El hombre era de los que tienen la costumbre de hablar lentamente, arrastrando las palabras

—. ¡Vaya un asunto desagradable!

—¿Falleció instantáneamente?

—En efecto.

—¿Como se llamaba esa mujer? Estoy considerando la posibilidad de que se tratara de una pariente mía, ¿comprende? —explicó Poirot, que carecía de escrúpulos a la hora de mentir, si le convenía.

—¿De veras, señor? Lo siento. Aquí se la conocía por la «señora Charpentier».

—¿Hacía tiempo que ocupaba su piso?

—Veamos… Déjeme pensar… Hacía cosa de un año o año y medio, quizás. Era el apartamento número setenta y seis, de la séptima planta.

—La última, ¿no?

—Sí, señor. Ya me ha oído: la señora Charpentier.

Poirot no presionó a su interlocutor solicitando detalles descriptivos, de los que el otro le supondría informado por el hecho de pertenecer a su familia. Limitóse a preguntar:

—Se armaría aquí un gran alboroto, supongo. Quiero decir que habría interrogatorios y todo lo usual en estas situaciones… ¿A qué hora ocurrió el hecho?

—Me parece recordar ahora que a las cinco de la mañana. No se advirtió nada alarmante con anterioridad al suceso. La señora Charpentier se arrojó a la calle, sin más… A pesar de ser tan temprano, esto se llenó de gente. La curiosidad. Ya sabe usted cómo es aquella.

—Vendría la policía enseguida, claro.

—¡Oh sí! La policía hizo acto de presencia aquí a los pocos minutos. Vino también una ambulancia con un médico. Lo de siempre —agregó el portero con el tono fatigado de una persona que estuviera habituada a ver caer suicidas desde las ventanas del séptimo piso a razón de uno o dos por mes.

—Supongo que los vecinos saldrían al enterarse…

—No crea… A consecuencia de los ruidos del tráfico, muchos no se enteraron de nada. Hubo algún grito de espanto al venir abajo la mujer, pero no se originó una conmoción general en la casa… Los testigos del hecho hubo que buscarlos entre los transeúntes. Más

tarde, desde luego, fueron muchas las cabezas que se asomaron por encima de las barandillas. A los primeros curiosos se unieron otros… ¡Ya sabe usted lo que es un accidente!

Poirot aseguró al portero que sabía muy bien lo que era un accidente.

—¿Vivía sola la señora Charpentier? —inquirió Poirot con exagerada naturalidad.

—Pues sí.

—Tendría amistad con otros vecinos de la casa, creo.

Joe se encogió de hombros, moviendo la cabeza.

—Puede ser. No me es posible asegurárselo. Yo nunca la vi en el restaurante con gente conocida de aquí. Tenía amistades de fuera del bloque, con las que cenaba a veces. No. Yo no diría que cultivaba la amistad de nadie dentro de este edificio. Mire, señor… —agregó Joe, un tanto nervioso ya—. Entrevístese con el señor MacFarlane, quien es el administrador de la casa, si desea más información sobre esa mujer.

—Muchas gracias, ¿eh? Sí. Eso era lo que me proponía hacer.

—Su despacho, señor, se encuentra en aquel bloque. En la planta baja. Ya verá su nombre sobre la puerta.

Poirot se encaminó hacia allí. Sacó de su cartera la carta de que le había provisto la señorita Lemon, dirigida al «señor MacFarlane». Éste resultó ser un individuo de magnífico aspecto y ojos de astuta expresión, que contaría unos cuarenta y cinco años de edad. Poirot puso en sus manos el escrito, que el otro se apresuró a leer.

—Bien, bien. Me hago cargo.

Dejó el papel sobre la mesa, mirando a Poirot.

—Los propietarios me han dado instrucciones en el sentido de prestarle a usted toda la ayuda que pueda en relación con el triste suceso de que fue protagonista Louise Charpentier. Usted dirá, monsieur, qué es lo que desea conocer exactamente. Le escucho…, señor Poirot —manifestó MacFarlane tras haber echado un nuevo vistazo a la carta.

—Esto es, desde luego, estrictamente confidencial —declaró Poirot—. Los parientes de la señora Charpentier fueron informados oportunamente por la policía acerca del desgraciado suceso, pero cuando tuvieron noticias de mi desplazamiento a Inglaterra

expresaron sus deseos de poseer una versión del hecho menos impersonal que la facilitada por las autoridades. Usted sabe tan bien como yo que los informes oficiales son muy fríos, excesivamente descarnados…

—Estamos de acuerdo. Yo estoy a su disposición. ¿Qué quiere saber?

—¿Cuánto tiempo hacía que habitaba aquí la señora Charpentier? ¿Cómo se procuró su apartamento?

—Apareció por aquí hace un par de años. Puedo concretar más consultando mi archivo, si tiene usted interés en conocer ese dato con exactitud. Iba a quedarse libre un apartamento. Me imagino que la señora que lo dejaba era la amiga de Charpentier y que le comunicó que se mudaba por anticipado. Se trataba de la señora Wilder, quien trabajaba en la *BBC*. Después de una larga estancia en Londres, partía para Canadá. Una mujer muy agradable… Yo creo que ni siquiera ella conocía muy bien a la difunta. Mencionaría lo de su marcha por casualidad… A la señora Charpentier le gustaba ese piso…

—Y como inquilina, ¿qué? ¿Qué concepto le mereció entonces?

El señor MacFarlane pareció vacilar una fracción de segundo antes de responder.

—No puedo formular ningún reparo, no.

—No le importe decírmelo —sugirió hábilmente Hércules Poirot —. En ese apartamento serían frecuentes las reuniones un tanto ruidosas.

¿No era un poco… alegre… libre… ella cuando invitaba a sus amistades?

El señor MacFarlane ya no sintió deseos de seguir siendo discreto.

—Tuve quejas, de cuando en cuando, pero la mayor parte de ellas procedían de gente ya entrada en años.

Hércules Poirot hizo un gesto muy expresivo.

—Si, señor… Era excesivamente aficionada al alcohol, he de decirlo. Esto daba lugar a algunas complicaciones.

—¿Era también aficionada a… los caballeros?

—Bien… no quisiera profundizar tanto.

—De acuerdo. Pero le entiendo, señor MacFarlane.

—Por supuesto, ella no era muy joven…

—Las apariencias engañan, suele decirse. ¿Qué edad le habría usted calculado? Vamos a ver…

—Es difícil… Cuarenta, cuarenta y cinco años… —el hombre se apresuró a agregar ahora—: De salud no andaba muy bien esa mujer.

—Es lo que tengo entendido.

—Bebía en exceso… indudablemente. Y luego se sentiría presa de una tremenda depresión. Creo que se pasaba la vida yendo de un médico a otro. A las mujeres se les meten unas ideas en la cabeza, a veces… Sobre todo entradas ya en años. La señora Charpentier llegó a pensar que tenía un cáncer. Estaba segura de que era así. Su médico insistía en que no había nada de eso, pero era inútil: ella no lo creía. El doctor declaró en la encuesta que no le pasaba nada en absoluto. Bueno. Cosas como ésta se oyen todos los días… Fue agotándose, agotándose, y luego, una mañana…

—Es triste, ¿verdad? —dijo Poirot—. ¿Había hecho amistad con otros inquilinos?

—Que yo sepa, no. Éste es un sitio que no se presta a ciertas cosas. La mayor parte de los inquilinos permanecen ausentes de los apartamentos casi toda la jornada. Es gente que trabaja, que se dedica a los negocios…

—Estaba pensando concretamente en la señorita Claudia Reece-Holland. Me estaba preguntando sí habrían llegado a conocerse.

—¿La señorita Reece-Holland? No. No lo creo. Todo lo más, cruzarían unas palabras de cortesía, seguramente, en las escaleras, en la cabina del ascensor… Pero, vamos, contactos amistosos, de etiqueta social, no creo que los hubiera entre las dos. Pertenecían a generaciones distintas. Sin embargo…

El señor MacFarlane pareció vacilar. Y Poirot se preguntó por qué, e indagó:

—Una de las otras chicas que comparten el apartamento de la señorita Holland conoció a la señora Charpentier, me parece: la señorita Norma Restarick.

—¿De veras? No sé… Vive aquí desde hace poco tiempo, relativamente. Sólo la conozco de vista. Es una jovencita que da la impresión de ser muy tímida, de estar asustada. No hará tanto que

salió del colegio, diría yo. ¿En qué más puedo servirle, señor?

—Ya está bien, muchas gracias. Ha sido usted muy amable. ¿Podría ver el apartamento ahora? Sólo para poder decir…

Poirot se calló, absteniéndose de explicar lo que quería «poder decir» exactamente.

—Veamos… El apartamento pertenece ahora al señor Travers, quien se pasa todo el día en la *City*. Acompáñeme.

Subieron al séptimo piso. Cuando el señor MacFarlane introducía su llave en la cerradura de la puerta de la vivienda uno de los números de la misma cayó al suelo, junto a uno de los zapatos de Poirot. Inclinóse ágilmente, cogiéndolo y procediendo a fijarlo en su pequeño tornillo, operación que realizó con todo esmero.

—Estos números están sueltos —señaló.

—Lo siento, señor. Tomo nota de esto ya. No sé qué les pasa que de cuando en cuando, de abrir y cerrar la puerta… Bien. Ya hemos llegado. Pasemos dentro.

Poirot entró en el cuarto de estar. Era una habitación que carecía casi de «personalidad». El dibujo del empapelado recordaba la madera granulada. El mobiliario era cómodo y convencional. El único toque de carácter se debía a un receptor de televisión y a cierto número de libros.

—Todos los apartamentos se entregan parcialmente amueblados —declaró el señor MacFarlane—. Los inquilinos no necesitan traer consigo nada. Claro que si quieren… Esto es ideal para la gente que va y viene.

—¿Es siempre igual la decoración?

—No por completo. A nuestros inquilinos parece agradarles particularmente este empapelado. Es un buen fondo para fotografías. Los apartamentos difieren sobre todo en el decorado de la pared que hay enfrente de la puerta. Tenemos un juego completo de dibujos, con motivos diferentes. Nuestros inquilinos escogen el que más les place.

»El juego se compone de diez modelos —subrayó el señor MacFarlane—. Está el japonés, muy artístico; tenemos el clásico jardín inglés; otro sorprendentemente atractivo, con pájaros; un Arlequín; uno de composición abstracta, con rayas y cubos, de vivos

y contrastados colores… Se trata de trabajos realizados por artistas magníficos. Con nuestros muebles pasa lo mismo. Hay dos colores para elegir. Naturalmente, los ocupantes del apartamento pueden incorporar al mobiliario lo que deseen. Pero habitualmente no se molestan en eso…

—Es decir —sugirió Poirot—, que aquí el personal no es muy estable…

—Verá usted. Aquí impera principalmente el ave de paso, aunque tenemos también hombres de negocios que lo único que desean es comodidad, que no se interesan lo más mínimo por la decoración y otros detalles similares. Contamos también con el tipo que se lo hace todo, que a nosotros es el que menos nos agrada. Hubimos de poner una cláusula en el contrato de arrendamiento, por la cual se especifica que al dejar el piso cualquier inquilino, éste se comprometía a poner todas las cosas donde las encontrara al llegar… o a pagar para que fuese realizado esto en su nombre.

Los dos parecían estar apartándose demasiado del tema de la muerte de la señora Charpentier. Poirot se aproximó a una de las ventanas.

—¿Se arrojó por aquí? —murmuró Poirot.

El otro asintió.

—Sí, señor. Ésa de la izquierda.

Hércules Poirot se asomó al exterior.

—Siete pisos —comentó—. Es mucha altura.

—En efecto. La muerte fue instantánea. Mejor para ella, ¿no? Por supuesto, pudo haber sido un accidente.

Poirot hizo un movimiento denegatorio con la cabeza.

—No habrá usted sugerido esa idea en serio, señor MacFarlane, ¿verdad? Tuvo que ser forzosamente un suicidio.

—¿Qué quiere que le diga? Uno no quiere pensar en que haya seres que vivan tan desesperados y busca instintivamente una explicación. Sé que no era una persona feliz.

—Gracias por su atención, amigo mío —dijo Poirot—. Ahora ya estoy en condiciones de informar a sus familiares en Francia con una versión casi directa del suceso.

La versión que para sí mismo reservaba no estaba todo lo clara que él hubiera deseado. Hasta aquel momento no había hallado

nada allí que reforzara su hipótesis de que la muerte de Louise Charpentier constituía un hito importante. Repitió, mentalmente, el nombre de pila. Louise… ¿Por qué el nombre de Louise le invitaba a querer recordar algo? Movió la cabeza. Tras haber dado las gracias de nuevo al señor MacFarlane, se separó de él…

Capítulo XVII

Neele, el inspector jefe, se hallaba sentado detrás de su mesa de despacho, adoptando una actitud solemne, oficial. Saludó a Poirot cortésmente y le señaló una silla. Tan pronto el joven que había introducido a Poirot en la habitación se hubo marchado, Neele cambió de modales.

—¿Qué es lo que andará usted buscando ahora, viejo y reservado diablo?

—Sobre ese punto —replicó Poirot—, está usted ya informado.

—¡Ah, sí! Algo he conseguido, pero no creo que usted obtenga nada sustancioso acechando desde su particular escondrijo.

—¿A qué viene esa palabreja?

—Es que le veo como si fuese un gatazo, un buen cazador de ratones, aguardando pacientemente la aparición de su menuda víctima. Mire… Yo no digo que usted no pueda «airear» ciertas transacciones dudosas. Ya sabe lo que son realmente esos financieros. Me atrevería a afirmar que hay engaños por en medio y todo lo demás en relación con concesiones mineras y petrolíferas y asuntos por el estilo.

»Sin embargo, la firma *Joshua Restarick Ltd.*, goza de una reputación excelente. Es una empresa familiar (o lo era)… Simon Restarick no tuvo descendencia y Andrew sólo tiene una hija. Había una vieja tía por la parte de la madre. La hija de Andrew Restarick vivió con ella después de abandonar el colegio y morir la madre. La anciana falleció a consecuencia de un ataque al corazón hace cosa de seis meses. Era una mujer algo extravagante… Perteneció a varias sociedades de carácter religioso. Simon Restarick fue un hábil hombre de negocios, un arquetipo dentro de los de su clase. Su mujer alternaba mucho en sociedad. Se casaron cuando contaban ya

algunos años.

—¿Y qué me dices de Andrew?

—A Andrew le sedujo la distancia. Nada se conoce en contra de él. Nunca echó raíces en ningún lado. Estuvo en África del Sur, en América, Kenia y otros sitios. Su hermano insistió más de una vez, pidiéndole que volviera. Era igual… No le agradaba Londres ni sus negocios, pero parecía haber heredado el olfato de los Restarick a la hora de ganar dinero. Con los minerales se encumbró… No fue nunca cazador de elefantes, ni arqueólogo, ni botánico. Veíase abocado a las transacciones financieras y de éstas siempre escapó bien.

»Ignoro qué fue lo que le hizo regresar a Inglaterra después de la muerte de su hermano. Su nueva esposa, seguramente… Habíase casado por segunda vez. Se trata de una mujer de buen ver, mucho más joven que él. De momento, vive con ellos el anciano sir Roderick Horsefield, cuya hermana estuvo casada con el tío de Andrew Restarick. Pero me imagino que ésta es una situación provisional. ¿Hay alguna novedad para usted en mis declaraciones? ¿Estaba ya al tanto de lo que acabo de decirle?

—Sabía ya casi todo lo que me ha contado —declaró Poirot—. Por una rama u otra, ¿ha habido enfermos mentales en la familia?

—Creo que no… si exceptuamos a la vieja tía a que me he referido y sus manías religiosas. Tales derivaciones no son raras en las personas que viven solas.

—En consecuencia, todo lo que puede indicarme es que disponen de mucho dinero, ¿eh?

—Mucho —corroboró Neele—. Parte de él, tome usted nota, constituye una aportación de Andrew Restarick a la firma. No en balde ha tenido que ver siempre con concesiones de minas y depósitos de minerales de gran importancia…

—Y… ¿quién heredará todo eso? —preguntó Poirot.

—Depende de cómo lo deje todo dispuesto Andrew Restarick. Pero, desde luego, los herederos evidentes son su esposa y su hija.

—En consecuencia, llegará un día en que serán poseedoras de una gran fortuna.

—Tal creo, amigo mío.

—¿No existe ninguna otra mujer en quien él pudiera hallarse

interesado?

—Nada se sabe a ese respecto. No lo estimo probable. Tiene una esposa muy bella.

Poirot se quedó pensativo.

—Más de un joven podría saber lo que usted dice.

—¿Que abrigara en consecuencia el propósito de contraer matrimonio con la hija? Nada podría detener al que fuese… Claro que el padre siempre dispondría del recurso de desheredar a aquélla.

Poirot consultó una hoja de papel que tenía en la mano.

—¿Qué puede usted explicarme acerca de la «Wedderburn Gallery»?

—Me pregunto cómo ha llegado a reparar en esa entidad. ¿Le consultó algún cliente sobre cualquier falsificación?

—¿Trafican con falsificaciones?

—La gente no se dedica a esas cosas —dijo Neele, en tono de reproche—. Hubo una historia desagradable más bien. Un millonario de Texas se presentó en Londres con el fin de adquirir algunos cuadros. Pagaba sumas increíbles por ellos. Le vendieron un Renoir y un Van Gogh. El primero era una cabeza femenina. Circularon rumores… No existían razones fundamentales para creer que la «Wedderburn Gallery» no había comprado el cuadro de buena fe. Surgió el problema… Se requirió el auxilio de muchos expertos, los cuales dieron sus veredictos. Como de costumbre, éstos fueron contradictorios. La galería se ofreció, aceptando la devolución. Pero el millonario siguió opinando lo mismo que al principio, debido sobre todo a que el último experto convocado aseguró la autenticidad del cuadro. Desde entonces, la firma ha sido censurada por algunos, se ha sembrado la desconfianza…

Poirot consultó nuevamente su lista.

—¿Qué hay acerca de David Baker? ¿Le han estado ustedes observando?

—¡Oh! David Baker es uno de tantos entre los de su clase. Frecuenta pandillas y no sale de los clubs nocturnos. Se junta con los que viven a base de heroína y otras drogas… Y a todo esto las chicas se vuelven locas por esta gente. Al igual que muchos de su calaña, afirma que su vida ha sido muy dura y que es un verdadero

genio. Sostiene que su pintura no es apreciada como se merece.

Otro vistazo de Poirot a su papel.

—¿Qué sabe usted acerca de Reece-Holland, uno de los miembros del Parlamento?

—Desde el punto de vista político marcha bien. Ha habido una o dos transacciones especiales en la *City*, pero se ha salido de ellas limpiamente. Yo diría que es un individuo escurridizo. Ha reunido una buena suma de dinero, por medios más bien dudosos.

Poirot tocó el último punto.

—¿Y sir Roderick Horsefield?

—Un simpático anciano, algo chiflado, quizá. Pero, hombre… ¿De qué métodos se vale usted para poner siempre el dedo en la llaga? Sí, señor. Últimamente ha habido un poco de mar de fondo en la sección especial de Scotland Yard. Todo ha sido por culpa del aluvión de memorias personales. Nadie sabe qué indiscretas revelaciones tendrán lugar a lo largo de los meses venideros. Todos los viejos, pertenecientes al servicio secreto o que laboraron en otros organismos reservados, se aprestan a dar cuenta al público de los tropezones de los demás. Normalmente, lo que dicen carece de importancia, pero a veces… Bueno, ya sabe usted lo que suele ocurrir. Los sucesivos gabinetes alteran su política. Es una estupidez herir la susceptibilidad de nadie o hacer públicos determinados datos… En consecuencia, siempre que nos es posible, acostumbramos tapar la boca a esos individuos. No siempre es fácil tal labor. Para ponerse al corriente de ella habría de ponerse usted en contacto con los hombres de la sección. Me parece que no se han producido acosos graves. Se procura que no sean destruidos los documentos que realmente interesan. La cosa no es muy amplia, sin embargo. Y tenemos pruebas de que anda por ahí husmeando un tal Power…

Poirot suspiró.

—¿Es que no le sirven mis informes? —inquirió Neele.

—Estoy muy satisfecho de poseer la versión oficial de una serie de hechos que yo conocía o sospechaba en parte. Creo, no obstante, que lo que usted me acaba de referir no me va a servir de mucho. —Hércules Poirot suspiró nuevamente, agregando—: Si a usted le comunicaran qué una mujer, una bella mujer, usa peluca, ¿cuál

sería su comentario?

—¿Qué comentario podría hacer? —Neele agregó con cierta aspereza—: Mi esposa usa peluca siempre que viajamos. Ahorra muchas molestias.

—Discúlpeme, Neele.

Cuando los dos hombres se habían dicho ya adiós, el inspector jefe preguntó a su visitante:

—Supongo que se habrá hecho con todos los datos del suicidio que tuvo por escenario el inmueble en que usted anduvo efectuando indagaciones, Poirot. Ya le envié el informe correspondiente.

—Sí. Y le doy las gracias por este nuevo favor. Conozco, por lo menos, los detalles oficiales. Un informe escueto.

—Hace unos momentos dijo usted algo que me llevó a pensar en ese caso. La historia triste de siempre… Una mujer alegre, que gustaba de los hombres, disfrutaba de dinero, no tenia muchas preocupaciones y que luego inició el descenso. Más adelante se siente perturbada por lo que yo denomino «el microbio de la salud». Ya se sabe: la persona de turno está convencida de que sufre de cáncer u otra enfermedad cualquiera muy grave. Se presenta en la consulta de un doctor, quien le dice que no hay nada de lo que ella sospecha. La paciente (o el paciente), se marcha a su casa sin dejarse convencer. ¿De dónde arranca tal actitud? Lo más frecuente es que la mujer supuestamente enferma haya perdido sus atractivos. Ve que los hombres ya no la buscan como antes. Esto le origina una terrible depresión. No es rara la historia… Esos seres se sienten muy solos, ¡pobres diablos! La señora Charpentier era una mujer más entre tantas… —Neele guardó silencio de pronto, agregando luego —: ¡Oh, sí! Ya me acuerdo… Recuerdo perfectamente lo que ha pasado. Usted me hablaba de un miembro del Parlamento llamado Reece-Holland. Es un sujeto algo alegre, pero sabe conducirse con discreción. Louise Charpentier fue su amante en otro tiempo… Eso es todo, amigo mío.

—¿Fue la suya una *liasion* seria?

—Hombre, yo no particularizaría tanto. Salían juntos, visitando algunos clubs nocturnos de dudoso carácter… Nosotros vigilamos esas cosas discretamente. Pero en la prensa no apareció nada sobre ese asunto. Nada en absoluto.

—Ya, ya…

—Pero aquello duró algún tiempo, ¿eh? Se les vio juntos constantemente, por espacio de seis meses, casi. Ahora bien, yo no creo que vivieran exclusivamente el uno para el otro. Existían otras relaciones secundarias por ambas partes… ¿Sacará algo en limpio de eso?

—A mí me parece que no —repuso Poirot.

«No obstante —se dijo mientras bajaba las escaleras—, no obstante, el dato constituye un eslabón más en la cadena. Queda explicado el embarazo del señor MacFarlane al llegar a cierto punto de nuestra conversación. Quedan así relacionados dos nombres: Emilyn Reece-Holland, miembro del Parlamento, y Louise Charpentier».

Probablemente, aquello no tenía ningún significado prometedor. ¿Por qué había de ocurrir lo contrario? Sin embargo…

«Sé demasiadas cosas —se dijo enfadado Poirot—. Sé demasiado, sí. Sé un poco de todo y otro poco de todos, pero no acierto a esbozar un planteamiento general del caso. La mitad de los hechos que domino carecen de importancia. Necesito ese planteamiento. Lo quiero a toda costa…».

—¡*Mi reino para él*! —exclamó Poirot en voz alta.

—¿Cómo ha dicho usted, señor? —inquirió el joven empleado del vestíbulo, mirándole sobresaltado.

—Nada, nada…

Capítulo XVIII

Poirot se detuvo en la entrada de la «Wedderburn Gallery» para contemplar un cuadro en el que aparecían tres vacas de aspecto agresivo y alargados cuerpos que sombreaban los colosales molinos de la complicada composición. A consecuencia del colorido, sin embargo, la mitad del tema parecía no guardar relación con la otra mitad.

—Muy bien, ¿verdad? —dijo a su lado alguien con voz baja y ronroneante.

Poirot volvió la cabeza para contemplar el rostro de un hombre de mediana edad, quien exhibía un número excesivo de blancos y bellos dientes.

—¡Qué frescura, qué impulso juvenil del artista!, ¿eh?

El hombre movía sus carnosas e inmaculadas manos en el aire, dibujando complicados e invisibles arabescos.

—Una exposición inteligente. Se clausuró la semana pasada. Anteayer colgó sus cuadros Claude Raphael. La exposición marcha bien, muy bien, francamente.

—¿Sí? —preguntó Poirot.

Su acompañante apartó unas cortinas verdes de terciopelo para que él pudiera penetrar en una larga estancia.

Poirot formuló unas cuantas observaciones. El hombre de las manos gordezuelas, notando sus vacilaciones, decidió hacerse cargo del visitante. Pensaba, evidentemente, que había que hacer lo posible para no «espantar» a aquel probable cliente. Era un hombre muy experto en el arte de la venta. Todos los que entraban en aquel local experimentaban la impresión de que podían deambular libremente por aquél sin hacer una compra siquiera. No había nadie que al penetrar en el establecimiento pensara que los cuadros que

colgaban de los muros merecían, por ejemplo, el calificativo de *deliciosos*… Luego era cuando se juzgaba el vocablo apropiado. Tras aprovechar algunas de las tímidas observaciones del aficionado para explayarse sobre el tema de la pintura, en el momento en que el cliente en potencia decía: «A mí me gusta mucho más ése», el señor Boscombe, muy vivaz, respondía, más o menos con las mismas palabras, en los siguientes términos:

—Encuentro sumamente interesante su elección. Demuestra una gran perspicacia. Desde luego, la suya no es la elección corriente en el aficionado. La mayor parte de la gente prefiere uno como éste… —el señor Boscombe señalaba un lienzo en que predominaban las tonalidades azules y verdes—. Esto, en cambio… Sí. Está claro: usted se ha dado cuenta de que aquí hay calidad. Yo diría… Bueno. Se trata de una opinión muy personal, ¿eh? Yo diría que aquí tenemos una de las obras maestras de Raphael.

Poirot y su amable acompañante contemplaron en silencio durante unos momentos un diamante de anaranjado tono, del que pendían dos ojos humanos mediante una especie de tela de araña. Formalizada la conversación entre los dos, acordada tácitamente la inexistencia de ingratas prisas, Hércules Poirot preguntó:

—Tengo entendido que trabaja para usted una señorita llamada Frances Cary. ¿Es eso cierto?

—¡Ah, sí!, Frances… Una chica inteligente. Muy capaz… Acaba de regresar de Portugal, donde ha organizado una exposición por nuestra cuenta. Trabaja muy bien. Es ella misma una artista… Compréndame. No hay que buscar en esa chica al artista creador. Donde se desenvuelve perfectamente es dentro del sector comercial. Me imagino que Frances hace tiempo que descubrió en si misma lo que le estoy diciendo.

—Me han dicho que en la medida de sus fuerzas es una especie de mecenas del arte…

—¡Oh, sí! Se interesa por les *jeunes*. Estimula a los talentos prometedores… La primavera pasada me convenció para que organizase una exposición colectiva a la que aportaron sus trabajos los miembros de un grupo juvenil. Fue un éxito… Así lo dijeron los periódicos. Claro que tampoco se pretendía nada de resonancia nacional, ¿me comprende? Pues sí, Frances tiene sus protegidos.

—He de confesarle que soy un hombre algo anticuado… Esos jóvenes, amigo mío… *Vraiment*!

Poirot levantó ambas manos, en un elocuente gesto de aprensión.

—¡Ah! —exclamó el señor Boscombe, indulgente—. No se guíe usted por su aspecto. Se trata de una moda a base de barbas, pantalones ajustados, telas brillantes y cabellos largos. Pasará, como todas.

—Estaba pensando en David… ¡Vaya! Se me ha olvidado el apellido —declaró Poirot—. La señorita Cary parece tener un gran concepto de él.

—¿Seguro que no se refiere usted a Peter Cardiff? Éste es su protegido actual. Debo confesarle que a mí no me convence como a ella. No es tan *avant garde*… A veces resulta positivamente ¡reaccionario! ¡Lo mismo, lo mismo que Burne-Jones en otras! Claro que nunca se sabe… La muchacha actúa también de modelo.

—David Baker… Éste era el nombre que yo intentaba recordar.

—No es mal pintor —contestó el señor Boscombe, sin entusiasmo—. No hay mucha originalidad en sus obras, a mi juicio. Formó parte del grupo de artistas a qué me he referido antes, pero no causó ninguna impresión particular en la crítica, ni en el público. Pintará bien, bastante bien, pero, es de suponer que, no dará lugar a una revolución precisamente.

Poirot regresó a su casa. La señorita Lemon le puso delante unas cartas que tenía que firmar y se fue. George le sirvió una *omelette fines herbes*, desplegando la discreción y cordialidad de siempre, característica de él. Después de la comida, cuando Poirot se había recostado en un cómodo sillón, con el café al lado, sonó el timbre del teléfono.

—La señora Oliver, señor —dijo George, alargándole el micro.

Poirot lo cogió de mala gana. No le apetecía en aquellos instantes hablar con la señora Oliver. Pensaba que podía apremiarle, inducirle a hacer algo contrario a su voluntad.

—¿Monsieur Poirot?

—*C'est moi*.

—¿Qué está usted haciendo? ¿Qué ha hecho?

—Estoy sentado en un amplio sillón. Pensando.

—¿Y no se le ocurre nada más?

—Lo importante, de momento, es que me entregue a la meditación. Ignoro si mis reflexiones terminarán proporcionándome un nuevo éxito.

—Pero… ¿no se acuerda ya? Tiene que localizar a esa chica. Lo más probable es que haya sido secuestrada.

—No le digo que no —dijo Poirot—. En el correo del mediodía me ha llegado precisamente una carta del padre. Quiere que vaya a verle y le expliqué qué progresos he hecho en el asunto de la desaparición de su hija.

—Bien… ¿Qué progresos ha hecho usted?

—Ninguno, por el momento —manifestó Poirot, muy a su pesar.

—¡Monsieur Poirot! Entiendo que ha sonado ya la hora de que ponga en marcha su voluntad…

—¡Vaya! ¿Usted también?

—¿Yo también? ¿Por qué me dice eso?

—Usted también me apremia.

—¿Por qué no va usted a Chelsea y visita el lugar en que fui atacada?

—¿Para qué? ¿Para que me golpeen a mí asimismo en la cabeza?

—No le comprendo, hombre… Es que no le comprendo. Le di una pista magnífica para que localizase a la joven en aquel establecimiento que usted sabe. ¡Y la encontró! Es lo que me dijo, al menos…

—Desde luego…

—¡Para después perderla de vista!

—Sí.

—¿Qué me dice sobre la mujer que se arrojó por una de las ventanas de Borodene Mansions? ¿Ha sacado algo en limpio de ese asunto?

—He hecho indagaciones, sí.

—¿Con qué resultado?

—Con ninguno positivo. Es una historia repetida hasta la saciedad… Son muchas las mujeres que, atractivas de jóvenes, ganan dinero, se divierten y cambian de amigo frecuentemente… Después comienza el descenso. Se sienten desgraciadas, beben con exceso, se ponen a pensar que están enfermas, que padecen cáncer o

cualquier otra grave enfermedad… Por último, sobreviene la desesperación y agobiadas por su terrible soledad terminan arrojándose por una de las ventanas de su piso.

—Usted dijo que la muerte de esa mujer constituía un hecho importante, que significa algo concreto…

—Tenía que sucederle eso, forzosamente.

—¿Qué me dice?

Perpleja incapaz de formular un comentario más, la señora Oliver colgó.

Poirot se recostó en su sillón todo lo que pudo, que no era mucho, a causa de la natural conformación de su figura muy derecha. Luego, hizo una seña a George para que se llevara el servicio de café y también el teléfono, entregándose seguidamente a la meditación, a pensar en lo que sabía y en lo que aún ignoraba. A fin de aclarar mejor sus ideas, hablaba en voz alta. Se planteó tres filosóficas preguntas:

—¿Qué es lo que sé? ¿Qué espero averiguar? ¿Qué debiera hacer?

No estaba seguro de habérselas planteado en el orden lógico. Tampoco sabía si eran las procedentes en aquella etapa. Sin embargo, se puso a pensar en todo lo que sugerían.

—Quizá sea ya demasiado viejo —dijo Poirot, profundamente desanimado—. ¿Qué es lo que sé?

Al cabo de unos minutos se dijo ¡que sabía demasiado! Dejó aquella pregunta a un lado, de momento.

—¿Qué espero averiguar? Hombre… Hay que ser ambicioso. Espero averiguarlo todo, merced a mi cerebro, gracias a Dios eficientemente organizado. Tarde o temprano acabaré dando con la solución del problema que ahora se me antoja intrincado e incomprensible.

—¿Qué debiera hacer?

Bien. Eso estaba claro. Debía entrevistarse con Andrew Restarick, evidentemente afectado por la desaparición de su hija. Aquél estaría irritado. Lo más seguro era que le echase en cara su ineficacia. Poirot comprendía, se hacía cargo de cuál era su estado de ánimo. Tal situación no le era nada favorable. Aparte de eso no podía hacer otra cosa que telefonear a cierta persona para inquirir

qué había sucedido últimamente…

Pero antes volvió a ocuparse de la pregunta que había dejado a un lado.

—¿Qué es lo que sé?

Sabía que se recelaba de las actividades comerciales de la «Wedderburn Gallery»… Hasta aquel día se había mantenido la firma dentro de la ley. Los que la regían, sin embargo, no vacilaron en seducir a millonarios ignorantes que se prestasen a comprar cuadros de dudosa procedencia.

Se acordó del señor Boscombe con sus gruesas y pequeñas manos, muy blancas, tanto como sus dientes. Poirot decidió que aquel individuo no le hacia la menor gracia. Era un tipo que casi con absoluta certeza se prestaría al juego sucio, si bien sabría ponerse a salvo de cualquier contingencia desagradable, perfectamente. Había aquí un hecho útil porque podía tener relación con David Baker.

David Baker, «el pavo real». ¿Qué sabía acerca de él? Le había conocido, había charlado con el joven, concibiendo una opinión sobre su persona. Por dinero aceptaría lo que fuese… No vacilaría, quizás, en casarse con una rica heredera, por su dinero exclusivamente, que no por amor. Y era una persona que se podía comprar, ¿tal vez? sí. Esto era lo más probable. Andrew Restarick, por ejemplo, estaba convencido de ello. A menos que…

Su pensamiento se detuvo en Andrew, considerando más el cuadro que colgaba de la pared, a su espalda. Recordó los firmes rasgos, el prominente mentón, su aire resuelto, decidido… Luego, pensó en su mujer, en la difunta señora Restarick. Vio las arrugas de su boca, denotadoras de una gran amargura. Algún día se acercaría, quizás, a «Crosshedges» de nuevo para echar otro vistazo a aquel retrato. Probablemente, existía allí una pista conducente a Norma. Norma… No debía pensar en ella todavía. ¿Qué más había allí?

Mary Restarick… De esta mujer había afirmado Sonia que tenía un amante, porque se desplazaba con frecuencia a Londres. Examinó este punto. Pero no creía que la joven estuviese en lo cierto. Lo más seguro era que la señora Restarick visitase Londres con el exclusivo fin de estudiar la posibilidad de adquirir algunas propiedades: pisos de lujo, viviendas en Mayfair, todo cuanto

proporcionaba el dinero en la gran ciudad.

Dinero…

Poirot se inclinaba a pensar que todos los elementos que había estado clasificando mentalmente terminaban en aquél.

Dinero.

El dinero era un factor importante. Y en aquel caso era lo que más abundaba. De una manera u otra, en una forma que no resultaba evidente, el dinero pesaba lo suyo en aquella historia. Sí. Estaba representando su papel.

Hasta aquel punto no había surgido nada que justificara su creencia de que la muerte de la señora Charpentier había sido una consecuencia de las actividades de Norma. No apreciaba pruebas, no veía móviles. Y, sin embargo, se figuraba que allí existía otro innegable eslabón.

«Quizás he cometido un crimen». Tal había sido, aproximadamente, la expresión de la joven. Un día o dos antes, tan sólo, alguien había muerto violentamente. La víctima vivía en el mismo edificio… ¿Y no sería demasiada coincidencia que aquella muerte no estuviese relacionada con la joven de algún modo? Poirot volvió a pensar en la misteriosa enfermedad de Mary Restarick. El incidente era tan simple que por sus trazas resultaba clásico. Un caso de envenenamiento… El culpable era —tenía que ser—, uno de los habitantes de la casa. ¿Habría intentado Mary Restarick envenenarse a sí misma? ¿Sería Norma la culpable de aquello? ¿Tendría que ver algo Sonia con el suceso? ¿Habría sido todo obra de Andrew…? Poirot tuvo que confesarse que todos los razonamientos señalaban a su hija como autora lógica del intento.

—*Tout de même* —dijo Poirot—, puesto que no doy con nada. *Et bien*… Entonces la lógica se derrumba… por la ventana.

Suspiró una vez más, diciéndole a George que le buscara un taxi. Tenía que atender a su cita con Andrew Restarick.

Capítulo XIX

Claudia Reece-Holland no se encontraba en la oficina. Poirot fue recibido por una mujer de mediana edad, quien le dijo que Andrew Restarick le aguardaba en su despacho.

—¿Y bien? —Restarick apenas esperó a que Hércules Poirot hubiese franqueado la puerta—. ¿Qué puede usted decirme acerca de mi hija?

Poirot extendió ambas manos.

—Hasta ahora… nada.

—Pero… vamos a ver, hombre…, ha de haber algo…, alguna pista. Una muchacha no puede esfumarse en el aire, desaparecer así como así…

—No es esta la primera vez que desaparece una joven. Ni será la última, claro.

—¿Usted se ha dado cuenta de que, estoy dispuesto a gastar lo que sea con tal de localizarla? Yo… yo no puedo seguir de este modo. Andrew Restarick estaba muy nervioso, más nervioso que nunca. Daba la impresión de haberse quedado más delgado. Sus enrojecidos ojos hablaban de noches sin sueño…

—Me hago cargo de su inquietud, señor Restarick. Le aseguro que he hecho cuanto en mi mano estaba para localizar a su hija. En estas cosas, sin embargo, no hay que precipitarse.

—¿Y si ha sufrido un ataque de amnesia? Pudiera ser que estuviera enferma…

Poirot conocía muy bien el significado de aquella frase. Restarick había estado a punto de decir: «Tal vez esté muerta…».

Tomó asiento frente a la mesa, declarando:

—Créame usted, señor Restarick: comprendo su ansiedad. Volveré a repetirle lo que ya le he dicho: obtendría resultados más

positivos y rápidos poniendo el hecho en conocimiento de la policía.

—¡*No*!

La exclamación fue casi explosiva.

—La policía dispone de más medios que yo. Le aseguro que no es cuestión de dinero. Éste no le dará jamás lo que puede proporcionarle una organización altamente eficiente.

—Nada ganaremos los dos perdiéndonos en divagaciones. Sus palabras, proferidas en tono de consuelo, no me sirven, Poirot. Piense usted que Norma es mi hija, la única que tengo, mi única descendencia. Es carne de mi carne y sangre de mi sangre…

—¿Está usted seguro de que en relación con ella me lo ha dicho todo, absolutamente todo?

—¿Qué más podría decirle?

—Usted puede saberlo yo no. Por ejemplo: ¿se han producido algunos incidentes en el pasado?

—Incidentes… ¿de que clase? ¿A qué se refiere usted, hombre?

—A si ha habido algún suceso originado por cualquier alteración de tipo mental.

—Usted cree que… que…

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Cómo podría saberlo?

—Eso mismo he de preguntar yo —repuso Restarick con repentina amargura—. ¿Cómo voy a saberlo? Han transcurrido muchos años. Grace fue siempre una mujer de mal carácter. Era una mujer que no perdonaba ni olvidaba fácilmente. A veces pienso… pienso que era la persona menos indicada para educar y criar a Norma.

Andrew Restarick comenzó a pasear de un lado a otro del despacho.

—Desde luego, obré mal al abandonar a mi esposa, lo reconozco. Nuestra hija así quedó en sus manos. Mi acción, no obstante, se explica… Pensé que Grace sería una buena guardiana para Norma. ¿Lo fue realmente? Varias de las cartas que me escribió hallándome yo lejos de aquí rezumaban ira y afán de venganza. Estimo su actitud natural hasta cierto punto. Yo estaba ausente… Debí volver de cuando en cuando, aunque sólo hubiera sido para observar a mi hija. Fui egoísta, sin duda… ¡Oh! ¿A qué formular excusas ya?

Súbitamente miró a Poirot.

—Sí. Al enfrentarme con Norma, ya crecida, descubrí en ella a una neurótica. No tenía la menor noción de lo que era la disciplina. Abrigué la esperanza de que Mary… Creí que mejoraría. Tuve que admitir qué esa chiquilla no era por completo normal. Me figuré más tarde que le convenía vivir y trabajar en Londres, para pasar los fines de semana con nosotros. Así no le impondría a todas horas la compañía de Mary. Me imagino que he terminado cometiendo una serie de errores imperdonables. Y ahora, ¿dónde está, señor Poirot? ¿Qué ha sido de ella? ¿Cree usted posible que haya perdido la memoria? ¡Se oyen tantas cosas raras por ahí!

—Pues, sí, señor Restarick existe tal posibilidad. Pudiera ser que estuviese vagando por las calles de la ciudad sin saber ella misma quién es. Puede haber sufrido un accidente… Esto es menos probable. Le aseguro que he llevado a cabo indagaciones en todos los hospitales y lugares semejantes.

—¿No cree usted… no cree usted… que haya muerto?

—Sería más fácil de localizar muerta que viva. Cálmese, señor Restarick, por favor. Tenga presente que puede tener amigos de los cuales usted no sabe una palabra. Tales amigos, viven, quizás, en este o aquel sitio de Inglaterra… Quizá los conociera en la época en que vivió con su madre, o con su tía… ¿Y si se tratara de algunos de sus condiscípulos? Para descifrar estos enigmas se requiere tiempo. Hay otra posibilidad y usted debe estar preparado para afrontarla: ¿habrá desaparecido en compañía de algún muchacho?

—¿Alude usted a David Baker? De haber pensado yo que…

—No se encuentra con David Baker —replicó Poirot secamente —. En este sentido, mis primeras indagaciones se orientaron por ahí.

—¿Cómo voy a saber quiénes son sus amigos? —Restarick suspiró—. Si doy con ella… Cuando la encuentre… voy a alejarla de todo esto…

—Alejarla… ¿de qué?

—La sacaré de este país. Desde mi regreso, señor Poirot, no he vivido un día de paz. Siempre odié la vida de la *City*. Me ha fastidiado desde bien joven el rutinario trabajo de la oficina y el despacho, las continuas consultas con abogados y financieros.

Siempre gusté de otra clase de existencia, muy distinta. Me ha agradado viajar, ir de un lugar para otro, visitar parajes remotos y puntos de la Tierra inaccesibles para la mayoría de los hombres. Ésa es la vida que apetecí siempre. No debiera haber renunciado a ella jamás. Podía haber invitado a Norma a que se reuniese con nosotros en el extranjero… Algo de eso haré cuando la encuentre. Sí Nos marcharemos de aquí. Ya me han sido pasados buenos ofrecimientos. Que se queden otros con lo que aquí voy a dejar. Conseguirán condiciones muy ventajosas. Me llevaré mi efectivo para regresar a un país que dejé hace poco, un país que significa algo, que resulta real…

—¡Aja! ¿Y qué pensará su esposa de tal decisión?

—¿Mary? Está habituada a la vida que le aguarda. En su seno ha nacido, crecido y se ha hecho mujer…

—Indudablemente, Londres resulta fascinante para *les femmes* que disponen de dinero en abundancia —señaló Poirot.

—Se pondrá a mi lado. Me comprenderá perfectamente.

Sonó el timbre del teléfono. Restarick descolgó el micro para atender la llamada.

—¡Diga! ¿De Manchester? Sí. De ser Claudia Reece-Holland póngame inmediatamente.

Esperó unos segundos.

—Hola, Claudia. Sí… Hable… ¡Qué mal se oye, por Dios! Esta línea es pésima. ¿Se mostraron de acuerdo?… ¡Qué lástima!… No. Me parece que ha obrado bien. Conforme… Entendidos. Tome para regresar el tren de la noche. Hablaremos de ese asunto mañana por la mañana.

Restarick tornó a colocar el microteléfono en su sitio.

—¡Ésa sí que es una joven competente! —exclamó.

—¿La señorita Reece-Holland?

—Sí. Competente como muy pocas secretarias. ¡Válgame Dios! ¡La de preocupaciones que me ahorra! Le di *carte blanche* para que arreglara un asunto en Manchester según su criterio. Yo no podía dedicarle todo el tiempo que necesitaba. Ya sabe usted cómo estoy. Y ella se ha portado magníficamente. En las cosas del trabajo supera a algunos hombres y…

Andrew Restarick fijó la mirada en Poirot. Parecía haber vuelto

de pronto al instante presente.

—¡Oh, sí, señor Poirot! Bueno… Creo que ya no sé dominarme siquiera. ¿Precisa de más dinero para gastos?

—No, monsieur. Le aseguro que haré todo lo que pueda para que vuelva a sus brazos pronto Norma, sana y salva. He adoptado todas las precauciones posibles, velando por su seguridad.

Andrew se quedó atrás. Poirot cruzó la oficina rumbo a la calle. Al poner los pies en la acera paseó la mirada por el firmamento.

—Una contestación concreta a determinada pregunta; eso es lo que yo necesito —se dijo.

Capítulo XX

Hércules Poirot contempló la fachada de la severa construcción de estilo georgiano que había sido hasta hacía poco tiempo mercado ciudadano, de los de corte antiguo. La calle High era una vía amplia. Los establecimientos elegantes de aquella zona, la «Gifte Shoppe». «Margary's Boutique», el «Pep's Cafe», un nuevo banco que parecía un palacio y el supermercado habían escogido sus sitios en la Croft Road.

El picaporte de latón había sido pulido a conciencia, observó Poirot haciendo un gesto de aprobación. Oprimió el pulsador del timbre.

La puerta fue abierta casi en seguida por una mujer alta, de aspecto distinguido, de canosos cabellos, que llevaba peinados cuidadosamente hacia arriba. Sus ademanes se notaban cargados de energía.

—¿Monsieur Poirot? Es usted muy puntual. Entre.

—¿La señorita Battersby?

La mujer inclinó la cabeza. Poirot entró en la casa. Ella dejó su sombrero en la percha del vestíbulo y condujo a su visitante a una agradable habitación desde la que se dominaba un pequeño jardín cercado.

La dueña de la casa señaló a Poirot una silla, mirándolo, expectante. Evidentemente, la señorita Battersby no era de las personas que suelen andarse con rodeos en determinadas situaciones.

—Tengo entendido que usted ocupó el cargo de directora de la *Meadowfield School*…

—Sí. Me retiré hace un año. Deseaba verme para hablar de Norma Restarick, en otro tiempo discípula de dicho centro,

¿verdad?

—En efecto.

—En su carta —puntualizó la señorita Battersby—, no me daba detalles. Puedo decir ahora que sé quién es usted, monsieur Poirot… Me agradaría poseer alguna información más antes de proseguir: Por ejemplo, ¿piensa contratar los servicios de Norma Restarick?

—No es ésa mi intención, desde luego.

—Sabiendo cuál es su profesión usted se hará cargo de por qué deseo hallarme mejor informada. ¿Lleva usted encima, por ejemplo, una carta de presentación para mí procedente de cualquier familiar de Norma?

—No —contestó Poirot—. Me explicaré más adelante.

—Gracias.

—Lo cierto es que el padre de esa señorita, Andrew Restarick, ha recurrido a mí.

—¡Ah! Me han dicho que regresó hace poco a este país, después de muchos años de ausencia.

—Así es.

—¿Pero no le ha dado ninguna carta de recomendación para mí?

—No se la pedí.

La señorita Battersby miró extrañada a Poirot.

—Habría insistido en acompañarme —manifestó aquél—. Su presencia, entonces, me habría coaccionado, impidiéndome formular las preguntas que yo deseo formularle, ya que lo más probable es que las contestaciones correspondientes le afectaran dolorosamente. No hay por qué atormentarlo más… Ya sufre el hombre bastante en estos momentos.

—¿Le ha pasado algo a Norma?

—Espero que no… Claro que cabe siempre la posibilidad de que haya sufrido algún accidente. ¿Se acuerda usted bien de la muchacha, señorita Battersby?

—Me acuerdo de todas mis alumnas. Mi memoria es excelente. *Meadowfield* en todo caso, no es un colegio muy grande. No teníamos más que doscientas internas.

—¿Por qué se retiró usted, señorita Battersby?

—La verdad, monsieur Poirot, no creo que ésta sea una cuestión

de su incumbencia.

—No, desde luego. Me he dejado llevar, simplemente, de una natural curiosidad.

—He cumplido los setenta años. ¿No cree usted que es ésta una buena razón?

—Yo diría que no, en su caso. La veo llena de vigor, enérgica. La conceptúo, por tanto, capaz de desempeñar el cargo del que dimitió durante muchos años más.

—Los tiempos cambian, monsieur Poirot. Y uno no siempre se halla de acuerdo con la tónica general de esas alteraciones. Voy a satisfacer su curiosidad. Un buen día descubrí que cada vez tenía menos paciencia con los padres de nuestras discípulas. Las aspiraciones de ellos en relación con sus hijas eran propias de personas miopes, francamente estúpidas.

La señorita Battersby había sido una especialista muy conocida en la enseñanza de las matemáticas, según dedujo Poirot del historial que se procurara con anterioridad a aquella visita.

—No vaya usted a creer que llevo una vida ociosa —dijo ella—. No concibo la existencia sin un afán cotidiano, sin una tarea diaria. Actualmente, guío por el mundo los pasos de estudiantes ya mayores, a los que ayudo con mis consejos y experiencia. Y ahora, por favor… ¿Podría decirme por qué se interesa tanto por Norma Restarick?

—La inquietud actual de su padre está más que justificada. Voy a decírselo sin más rodeos: la chica ha desaparecido.

La señorita Battersby siguió sin alterarse, escrutando el rostro de su interlocutor.

—¿Sí? Al decir usted que ha desaparecido yo interpreto que la joven se ha marchado de su casa sin indicar a sus padres a dónde se dirigía. ¡Oh! Creo que su madre murió, de manera que a quien no le ha dicho nada es al padre. Esto, señor Poirot, no es cosa muy rara en nuestros días. ¿Y no ha llamado el señor Restarick a la policía?

—En este aspecto no transige. Se ha negado rotundamente a proceder así.

—Puedo asegurarle que yo no tengo la menor idea sobre el paradero de la chica. Nada he oído referir acerca de Norma. Lo cierto es que no he vuelto a saber de ella desde que salió de

Meadowfield. Lamento no poderle ser útil en ningún sentido.

—No es precisamente esa clase de información la que he venido a buscar aquí, señorita Battersby. Yo quisiera saber *qué tipo de muchacha es*… ¿Cómo me la describiría? No me refiero a su físico. No… ¿Cómo es en realidad Norma, por dentro?

—En el colegio fue una muchacha más entre sus compañeras. Como estudiante no hizo nada extraordinario.

—¿No era un tipo neurótico?

La señorita Battersby consideró detenidamente la pregunta. A continuación respondió, hablando con lentitud:

—No. Yo no me atrevería a afirmar eso de ella. Claro que todo es relativo… En estos casos es preciso tener en cuenta las circunstancias familiares.

—¿Está usted pensando en su madre, una inválida?

—Si. Norma procedía de un hogar deshecho. El padre, a quien quería la joven mucho, me parece, abandonó a su esposa, trasladándose a un país extranjero en compañía de otra mujer… Es natural que la madre se mostrase siempre resentida por aquella mala acción del marido. Al exteriorizar ese resentimiento más de la cuenta en presencia de Norma perturbó su manera de pensar y sentir.

—Quizá se ciña más a lo que me interesa si me da su opinión sobre la difunta señora Restarick.

—¿Quiere que le dé mi opinión puramente personal?

—Si usted no tiene inconveniente…

—No. No tengo el menor inconveniente en contestar a su pregunta. Las condiciones del propio hogar influyen decisivamente en la formación del carácter de los hijos. Por tal motivo, siempre estudié aquéllas. Tuve que valerme de los escasos informes que llegaban a mí por diversos conductos, en ocasiones por el más directo. La señora Restarick era una mujer recta, digna, diría yo. Las cualidades positivas que poseía, sin embargo, se hallaban mermadas ¡por ser una criatura extraordinariamente estúpida!

—¡Ah! —exclamó Poirot, atento a las palabras de la señorita Battersby.

—Era también, lo diré así, una *malade imaginaire*. Es decir, una mujer sumamente exagerada al hablar de sus dolencias. Una de esas

personas que se pasan la vida en las clínicas y hospitales. El ambiente familiar de la muchacha no podía ser más desgraciado, especialmente tratándose de una joven que no poseía una personalidad muy acusada. Norma carecía de ambiciones intelectuales. No tenía tampoco confianza en sí misma. Era, en suma, una chica a la que jamás habría recomendado yo que siguiera una carrera. Un empleo corriente, seguido del matrimonio y los hijos era todo lo que yo le hubiera deseado.

—¿No advirtió usted…, perdóneme la pregunta, señales de trastorno mental?

—¿Señales de trastorno mental? —inquirió la señorita Battersby —. ¡Tonterías!

—De manera que ésa es su respuesta, ¿eh? Y nada de pensar en ella como una criatura neurótica, ¿verdad?

—Todas las muchachas, casi todas las muchachas, particularmente en la adolescencia, y en sus primeros encuentros con el mundo, pueden ser tipos neuróticos. Se enfrenta una entonces con seres no maduros aún, que necesitan de un buen guía… Con mucha frecuencia, las chicas se sienten atraídas por los hombres que menos les acomodan, por hombres peligrosos, incluso.

»Hoy en día parece ser que no hay padres con carácter, capaces de tomar las medidas precisas, al objeto de evitar a sus hijas experiencias sumamente desagradables. Y si los hay, andan escasos… Por tal razón muchas de ellas viven períodos más o menos prolongados de auténtico histerismo. Muy a menudo se unen en matrimonio a quien menos les conviene y la aventura termina, poco tiempo después, en un divorcio.

—¿Y Norma, con toda seguridad, no dio nunca señales de sufrir perturbaciones de carácter mental?

Poirot se mostraba fatigosamente insistente al enfocar aquella cuestión.

—La señorita Restarick es un tipo de mujer emocional. Lo era, por lo menos, tiempo atrás. Todo en ella apuntaba hacia la normalidad. ¡*Perturbaciones de carácter mental*! Como ya dije antes: ¡tonterías! Lo más probable es que haya desaparecido en compañía del joven con quien desea casarse, con el hombre que ama y, ¡nada hay menos anormal que eso, amigo mío!

Capítulo XXI

Poirot se encontraba sentado en un sillón de ancho respaldo, muy cómodo. Sus manos descansaban sobre los brazos de aquél. Había fijado los ojos en la chimenea, que tenía enfrente, la cual miraba sin ver. Al lado tenía una pequeña mesita. Sobre ésta se veían unos cuantos papeles cogidos con un sujetador metálico, limpios y cuidadosamente unidos. Había allí informes redactados por el señor Goby, declaraciones de Neele, el inspector jefe, y una serie de hojas con este encabezamiento: «Comentarios, habladurías, rumores». Se detallaba hasta la procedencia de cada dato.

De momento, no tenía necesidad de consultar aquellos documentos. Ya los había leído con todo detenimiento. Los había colocado allí por si en un instante determinado tenía necesidad de echarles un vistazo, en demanda de cualquier detalle olvidado o confuso. Quería ahora reunirlos todos en su mente, ensamblar cuanto sabía porque estaba convencido de que aquellas cosas habían de formar un conjunto armónico.

¿Cuál era el ángulo exacto a considerar?, se preguntaba ahora. Él no era de los que se dejaban llevar, entusiasmados, por cualquier intuición particular. No era un intuitivo… Pero, eso sí: tenía sus sentimientos. Lo importante no eran los sentimientos en sí, sino lo que los originaba. Le inspiraba interés la causa… Y había que poner en juego casi siempre la lógica, el sentido común y el conocimiento, sabiamente aliados.

¿Qué era lo que sentía ante aquel caso? Y como tal caso, ¿qué clasificación le correspondía? Era preciso arrancar de lo general para desembocar en lo particular. ¿Cuáles venían a ser de los hechos considerados los más salientes del caso?

El dinero constituía uno de sus factores determinantes, se dijo, si

bien no sabía por qué. Una motivación, por una causa u otra: *dinero*… También pensaba, cada vez más, que había *maldad*, aquí o allí, no sabía dónde. Poirot entendía de esto. Había tropezado con la maldad muchas veces anteriormente. La *olía*, conocía su *sabor*, la forma en que se presentaba. Lo malo era ahora que no acertaba a localizarla, a fijarla. Había dado ciertos pasos para combatirla. Esperaba que bastase lo que había hecho. Algo se estaba desarrollando, algo estaba en continua evolución, algo que por tal razón *no se había realizado aún*. Alguien, en alguna parte, se hallaba *en peligr*o.

Lo malo era que los hechos señalaban dos caminos. Si la persona que se imaginaba estaba en peligro, si era verdad esto, no acertaba a ver el por qué. ¿Por qué había de correr aquel ser un riesgo? No existía ningún móvil. De estar equivocado, de no hallarse en peligro aquella criatura humana, habría de girar en redondo y repasar a su vez en toda su extensión el punto de vista opuesto.

Dejó aquella cuestión de momento, sin decir nada, como en equilibrio. Quería pasar a ocuparse de los individuos, de los personajes que intervenían en el drama. ¿Cómo quedaban dispuestos en el escenario del mismo? ¿Qué papel representaba cada uno?

Se detuvo primeramente en… Andrew Restarick. Había llegado a reunir una información de regular importancia sobre él. Poseía el cuadro descriptivo de su vida en general antes y después de marcharse al extranjero. Había sido un individuo inquieto, que jamás echara raíces en ninguna parte. Pero, en general, caía bien a la gente. No era un sujeto derrochador, precisamente, ni amigo de la ostentación. No se le podía considerar, probablemente, un individuo de personalidad fuerte, acusada. ¿Sería débil en algunos aspectos?

Poirot frunció el ceño, disgustado. Aquel retrato, sin saber exactamente por qué, no coincidía con la imagen que él había tenido delante de los ojos. Nada de debilidad delataba el saliente mentón, la firme mirada, el aire resuelto del padre de Norma. Aparentemente, había sido un hombre de negocios de reconocido éxito. Su habilidad se había puesto de manifiesto en los primeros años de su carrera, realizando beneficiosas transacciones en África

del Sur y en Sudamérica. Había sabido incrementar su fortuna. El suyo era un historial saturado de triunfos. No. Nada de fracasos. ¿Cómo atribuirle en tales condiciones una personalidad *débil*? Su debilidad se ponía de manifiesto únicamente en lo que a las mujeres se refería. Su matrimonio había constituido un error. Se había casado con una mujer que no encajaba en su temperamento. ¿Influyó la familia en aquella unión? Después tropezó con otra mujer… ¿Una? ¿No habría habido varias? Después de tantos años era difícil hacerse con cierta clase de datos. No se le podía juzgar un esposo infiel dentro de la primera etapa de su matrimonio. Había fundado un hogar como tantos, demostrando, a su modo, un gran cariño por su hija. Más tarde, sin embargo, dejó que entrara en su vida otra mujer, con tanta fuerza que se decidió a abandonar su casa y su patria. Aquélla debía haber sido una auténtica historia de amor.

¿Habría existido para dar tal paso algún motivo adicional? ¿Había influido en él el disgusto que le producía su trabajo en la *City*, la diaria rutina de la existencia londinense? Poirot pensó que sí, que tal vez… Venía bien aquello, encajaba perfectamente en su composición de lugar. Parecía haber sido, además, un solitario. Sí. Había caído bien entre gentes muy diversas, pero no contaba en ningún sitio con amigos íntimos, ni en su país ni en el extranjero. Naturalmente, a esto ultimo se oponía su carácter inquieto, de autentico trotamundos. Había cambiado constantemente de horizontes. Tras concebir una idea osada, habíase apresurado a llevarla a la práctica, sacando el máximo provecho de ella. Posteriormente, no mucho después, cansado del juego, se había retirado, trasladándose a otro punto. Andrew Restarick había sido siempre un nómada, un vagabundo…

Esto continuaba sin encajar en su personal interpretación del carácter de aquel hombre, en el retrato que se había forjado. El… ¿El retrato? Se le vino a la memoria a Poirot entonces el cuadro que viera colgado en una de las paredes del despacho de Restarick, detrás de su mesa de trabajo, que quedaba por encima de su cabeza. Se trataba del mismo hombre quince años atrás. ¿Qué diferencia separaba al cabo del tiempo a los dos individuos, al real y al plasmado por el pintor en el lienzo? Muy pocas, muy pocas.

Resultaba verdaderamente extraño. Los cabellos se habían poblado de canas: la línea de los hombros era más rígida… Pero los rasgos faciales permanecían casi inalterables. La expresión era decidida. Revelaba al hombre que sabe lo que quiere y que aspira a pisar la meta de sus aspiraciones. A un tipo así no le arredrarían nunca los riesgos. Y hasta sería capaz de algunas rudezas…

Poirot se preguntó por qué razón se habría traído a Londres aquel cuadro de Restarick. Los esposos, en el lienzo, habían estado siempre juntos. Desde el punto de vista artístico lo aconsejable era que hubiesen seguido igual. ¿Sostendría un psicólogo que subconscientemente, Restarick pretendía disociarse de su primera esposa una vez más? ¿Estaba él entonces alejándose todavía de ella, incluso después de muerta? Un punto interesante.

Los cuadros, sin duda, habían estado guardados largo tiempo en una habitación, junto con otras piezas familiares del mobiliario. Mary Restarick habría seleccionado algunos elementos personales para complementar la decoración de «Crosshedges». Poirot se preguntó si Mary, la nueva esposa, habría colgado con agrado aquel par de retratos. Se habría conducido de una forma más normal de haber relegado a la buhardilla el cuadro de la primera mujer de Andrew. Luego pensó en la posibilidad de que no hubiese en la finca un sitio adecuado donde «enterrar» prácticamente cosas por las que no podía sentir aprecio alguno. Evidentemente, sir Roderick había hecho espacio para que cupieran unos cuantos retratos familiares mientras la pareja buscaba una vivienda adecuada en Londres. Siendo aquello provisional, la prueba resultaba menos dura. Por otro lado, Mary Restarick daba la impresión de ser una mujer sensata, nada celosa, poco dada a dejarse llevar por impulsos caprichosos, arbitrarios.

«*Tout de même* —se dijo Poirot—, *les femmes* son capaces de sentir celos. Y éstos anidan donde uno no piensa».

Sus reflexiones se detuvieron en Mary Restarick, cuya figura pasó a considerar detenidamente. Ahora se sorprendía de que hubiera pensado tan poco en ella. Habíala visto en una ocasión y por un motivo u otro aceptó su persona con entera naturalidad. Le había llamado la atención su aire de mujer eficiente y también —¿cómo expresarlo?—, cierto perfume de artificio que emanaba…

(«¡Eh!, amigo mío —pensó Poirot, como si se llamará a sí mismo la atención—. Has reparado de nuevo en su peluca»).

Era absurdo que supiese tan poco acerca de aquella mujer. Se trataba, en suma, de una mujer capaz, que gastaba peluca, que era muy bella, que parecía sensata, que se sentía presa de la ira… Porque Mary se había irritado al ver al «pavo real» vagando por la casa sin que nadie le hubiese invitado a pasar. El arrebato había sido vivo, inmediato, inconfundible. ¿Y cuál había sido la reacción del joven? Se había sentido divertido, no más, pero la ira de Mary fue patente en aquellas circunstancias. Poirot encontraba el incidente lógico. Ninguna madre habría querido un joven como David Baker para su hija…

Poirot se detuvo en sus reflexiones, moviendo la cabeza, fatigado. Mary Restarick no era la madre de Norma. En ella no encajaba la angustia de la mujer que se enfrenta con la posibilidad de que su hija se una para siempre a un hombre que no le conviene en absoluto o con el terrible anuncio de la llegada al mundo de un hijo cuyo padre se ha conceptuado como un indeseable. ¿Qué sentimientos albergaba el corazón de Mary con respecto a Norma? Aquélla, por muchas causas, debía de pensar que su hijastra era una criatura fastidiosa, que había terminado fijándose en un individuo que al convertirse en su marido sería con seguridad una fuente inagotable de preocupaciones para Andrew. ¿Cómo habría evolucionado su actitud inicial? ¿Qué pensaría de una chica que, al parecer, había intentado deshacerse de ella, envenenándola?

Su actitud había sido dictada por la sensatez. Había querido que Norma saliese de la casa, librándose ella misma de un peligro. Había colaborado también con su marido en la tarea de evitar un escándalo en torno al suceso. Norma volvía al hogar paterno en los fines de semana para guardar las apariencias, pero su vida se desarrollaba y centraba en Londres ya. Los Restarick no iban a sugerir a la muchacha que se fuese a vivir con ellos cuando hallasen la casa que buscaban en la capital. Actualmente, eran muchas las jóvenes que vivían alejadas del recinto familiar. Aquel problema, pues, había quedado totalmente resuelto.

Sin embargo, Poirot seguía preguntándose: ¿quién había administrado a Mary Restarick el veneno? Porque él continuaba sin

ver la solución del enigma. El propio Restarick contemplaba en su hija a la autora de la acción…

¿Por qué?

Jugó ahora con una serie de posibilidades concernientes a Sonia. ¿Qué hacía esta joven en aquella casa? ¿Cómo había llegado allí? Sir Roderick bebía los vientos por la chica… Tal vez Sonia abrigaba el propósito de quedarse en Inglaterra para siempre. ¿Y si sus proyectos eran exclusivamente de índole matrimonial? Todos los días había casamientos desiguales. Hombres de edad avanzada, como sir Roderick, contraían matrimonio con chicas jóvenes. ¿Por qué no podía pensar Sonia en tal cosa? Una posición social segura, una viudez en perspectiva sin inquietudes… ¿O se había señalado otras metas? ¿Habíase presentado en los jardines de Kew con los documentos que sir Roderick echara de menos escondidos entre las páginas de un libro?

¿Desconfiaba Mary Restarick de ella? ¿Le inspiraban recelos sus actividades, su pretendida lealtad? ¿Habría querido saber en qué empleaba sus días de asueto? ¿Habría ansiado averiguar con qué amigos se reunía? ¿Era Sonia la administradora del veneno? ¿Era ella quien había calculado la dosis, siempre pensando en no despertar sospechas, en alcanzar el objeto propuesto provocando una simple gastroenteritis?

Luego, Poirot decidió apartar su atención de «Crosshedges»…

Pensó en la llegada de Norma a Londres y procedió a considerar las tres jóvenes que compartían en la ciudad un piso.

Claudia Reece-Holland, Frances Cary y Norma Restarick… Claudia Reece-Holland era hija de un miembro del Parlamento, de un hombre público, acomodado. A ella se la conceptuaba como una secretaria capaz, instruida, de excelente físico, una profesional de primera clase…

Frances Cary era hija de un abogado. Sus inclinaciones artísticas habíanle llevado a la escuela dramática y luego al Slade. Había trabajado para el «Arts Council», comenzando después a trabajar para una galería de arte. Ganaba un buen sueldo y se juntaba con gente bohemia. Conocía a David Baker, pero esta relación era, al parecer, casual. ¿Estaría enamorada del joven? Poirot se dijo que él venía a representar el tipo de hombre generalmente rechazado por

los padres al pensar en sus hijas. ¿En qué radicaba su atractivo desde el punto de vista de ellas? Poirot no acertaba a verlo. Sin embargo tenía que aceptar aquél como un hecho. ¿Y qué opinión se había forjado él mismo de David?

Era, indudablemente, un muchacho de buen aspecto y aire insolente. Se acordaba de su burlona sonrisa cuando tropezara con él en «Crosshedges»… ¿Habíase presentado entonces en la finca por cuenta de Norma? ¿Efectuaba alguna inspección con cualquier fin particular? Poirot recordó la conversación que habían sostenido en el coche. El joven tenía personalidad, poseía facultades. Pero había una faceta de su carácter que distaba mucho de satisfacer al observador imparcial. Poirot cogió uno de los papeles que tenía sobre la mesa, al lado, comenzando a releerlo. Un historial no criminal positivamente. Y, no obstante, no podía ser calificado de bueno. Pequeños fraudes en diversos garajes, actos de puro gamberrismo y cosas por el estilo. Había estado en libertad vigilada dos veces. Todo aquello era el pan nuestro de cada día. Poirot no calificaba sus acciones de malvadas. No llegaba a tanto. David había sido un artista del pincel que prometía. Era de los individuos que rechazan el trabajo sistemático, sostenido. Resultaba vano, orgulloso. Era un «pavo real», que andaba por el mundo prendado de su propio físico. ¿Habría algo más?

Extendió una mano luego, colocándose ante los ojos el papel en que había trazado un esbozo del diálogo de Norma y David en el establecimiento público, tal como lo recordara, por lo menos, la señora Oliver. Movió la cabeza, ponderativo. Dudaba. ¿En qué punto del relato había empezado a estremecerse la imaginación de su amiga? ¿Hablaba sinceramente el muchacho al proponerle a Norma el matrimonio? No se podía dudar, en cambio, de la naturaleza de los sentimientos de ella hacia David. ¿Disponía de una fortuna personal? Era la hija de un hombre rico, pero esto no era lo mismo, aunque lo pareciera. Poirot, cansado, lanzó una exclamación de impaciencia. No se había acordado de estudiar el testamento de la difunta señora Restarick. Consultó diversos papeles. No. El señor Goby no había descuidado tan interesante extremo. Por lo que se apreciaba la primera señora Restarick había disfrutado de dinero, gracias a su esposo, durante toda su

existencia. Había percibido una renta anual de mil libras esterlinas. Todo cuanto poseyera fue a parar después a su hija. Poirot calculó que aquello no constituía un señuelo suficientemente poderoso para que una persona interesada pensase en el matrimonio. Probablemente, como tal hija única, Norma heredaría de su padre mucho dinero. La cosa cambiaba mucho, sin embargo. El padre podía dejarle muy poco si le desagradaba el esposo elegido.

Tenía que creer que David amaba realmente a la joven, ya que estaba dispuesto a hacerla su mujer. Pero… Poirot movió la cabeza expresivamente una vez más. (Habría hecho media docena de veces el mismo gesto). Todas estas cosas no casaban bien, no componían un planteamiento satisfactorio. Se acordó del despacho de Restarick, de su mesa de trabajo, del cheque que había extendido, al parecer con el propósito de «comprar» al muchacho, ¡quien daba la impresión de acceder a «venderse»! Otra falta de concordancia. El cheque extendido a nombre de David Baker lo había sido por una fuerte suma. La suma era de tal importancia que supondría una fuerte tentación para cualquier joven pobre de no muy claras inclinaciones. Y sin embargo, sólo el día anterior él había hablado de matrimonio a Norma. Podía haber sido también un movimiento en el transcurso del juego, un movimiento proyectado con la única intención de elevar el precio de la «venta». Poirot evocó la figura de Restarick tras su mesa, con los labios apretados. Debía de haber puesto mucho amor propio en aquel asunto para decidirse a pagar una cantidad exorbitante de dinero. Y demostraba haberse asustado mucho al calibrar la posibilidad de que la chica estuviese decidida a casarse a toda costa con David.

De Restarick pasó a Claudia… Claudia y Andrew Restarick. ¿Había llegado a ser ella su secretaria por pura casualidad? Quizás existiera entre los dos un lazo de unión. Claudia… Pensó detenidamente en la joven. Tres muchachas en un piso, el piso de Claudia Reece-Holland. Ella había sido quien tomara el piso, compartiendo la renta con una amiga, una amiga de antes, y luego, con otra chica, la «tercera chica». La tercera muchacha, pensó Poirot. Sí, siempre volvía a aquel punto. La tercera muchacha. Aquí había venido a parar al final. Era inevitable. El hilo de sus razonamientos terminaba allí. En Norma Restarick.

La muchacha se había presentado en su casa mientras él desayunaba. Con ella había estado sentado alrededor de la mesa de un establecimiento público, la misma mesa en que Norma había estado comiendo habas cocidas con el hombre que amaba. (¡Siempre se encontraban a las horas de las comidas!, observó Poirot). ¿Y qué pensaba él de Norma? En primer lugar: ¿qué pensaba la gente acerca de la chica?

Restarick hablaba desesperado de su desaparición. Estaba atemorizado. No solamente sospechaba… Se hallaba seguro, aparentemente, de que Norma había sido la autora del intento de envenenamiento de Mary. Había consultado con un médico el caso. A Poirot le habría gustado charlar con el doctor, si bien dudaba de que tal gestión le hubiera conducido a alguna parte. A los médicos no les gusta compartir con nadie sus averiguaciones en el terreno profesional. Necesitan la presencia de un pariente para explayarse.

Pero Poirot era capaz de imaginarse con bastante exactitud las declaraciones del doctor consultado. Habría insistido en que era preciso aplicar un tratamiento. Debía de haberse mostrado cauteloso, como sólo saben serlo los médicos. Probablemente, no habría hablado de trastornos mentales, pero sí sugeriría cualquier cosa sobre este particular. En efecto, el doctor pensaría para sí que allí estaba el quid de todo. Como buen profesional, sabría cuanto se puede saber acerca de las muchachas histéricas y que éstas hacen cosas que no son realmente consecuencia de perturbaciones mentales, sino de una mezcla de celos y otras emociones. Probablemente, la persona consultada no era especialista en psiquiatría, ni neurólogo. Tal vez fuera un practicante, un hombre de experiencia, quien no se avendría a correr ciertos riesgos formulando algunas acusaciones, pero, en cambio, apuntaría ideas con toda despreocupación. Un trabajo en un sitio o en otro, en Londres, por ejemplo… ¿Un tratamiento a fondo dirigido por un especialista más tarde?

¿Qué pensaban los demás de Norma Restarick? Claudia Reece-Holland… Poirot no sabía contestarse a esto. No podía deducir la respuesta de los informes que tenía de la joven. Era capaz de guardar un secreto. Con toda seguridad que sólo lo revelaría cuando ella quisiera. No había dado señales de pretender echar del piso a

Norma, decisión que hubiera estado justificada nada más que con alegar el estado mental de la «tercera muchacha». Norma Restarick no había regresado al piso después del fin de semana en la casa del padre. A Claudia le había enojado esto. Era posible que Claudia influyese más de lo que parecía en el planteamiento general del problema… Poirot se dijo que era una joven inteligente, que realizaba su trabajo con gran eficiencia… Luego, su atención volvió a concentrarse en Norma, en la «tercera muchacha» de nuevo.

¿Cuál era su papel dentro del caso? ¿Podría ser considerada la pieza fundamental del rompecabezas, una de las que le permitirían el rápido ensamble de la mayor parte de los elementos del «puzzle»? ¿Era una Ofelia? Existían dos opiniones a este respecto… Igual que había dos sobre Norma. ¿Estaba Ofelia loca o pretendía estarlo? Las actrices no se habían mostrado nunca de acuerdo a la hora de decidir cómo había de ser presentado el papel… Bueno, no, los productores. Era de ellos de quienes salían las ideas. ¿Estaba Hamlet cuerdo o loco? Que cada uno decidiera según su leal manera de ver y entender. ¿Estaba Ofelia loca o cuerda?

Al referirse a su hija, Andrew Restarick no había empleado el vocablo «loca». Había hablado siempre de «una perturbación mental», preferentemente. Otros calificativos habían sido «algo ciego», «un tanto extravagante». En cuanto al juicio de la mujer de la limpieza… ¿Se obraba prudentemente aceptando la opinión de los servidores? Poirot pensaba que sí. En Norma existía algo raro, desde luego. La recordó en el instante de entrar en su habitación, peinada y vestida como tantas otras chicas modernas, con sus cabellos caídos sobre los hombros, el vestido sin personalidad, el aire desprendido, la mirada de una persona adulta.

«*Lo siento. Es usted demasiado viejo*».

Tal vez tuviera razón. Él la había mirado con los ojos de un viejo prácticamente, sin demostrar admiración. Y Norma no había adoptado la pose instintiva de la mujer, deseosa siempre de agradar. Sus gestos estaban exentos de coquetería. Era una muchacha carente de sentido, que no pensaba en su feminidad. No había en ella encanto, ni misterio, ni atracción. Tal vez no tuviera nada que ofrecer al hombre, si se exceptuaba lo rigurosamente vital, lo puramente biológico. Quizás hubiese tenido razón al rechazarlo. Él

no podía ayudarla porque no la comprendía, porque era totalmente incapaz de apreciar y valorar sus sentimientos. Poirot había hecho por la chica todo lo que pudiera. Ahora bien, ¿qué ventajas habíanse derivado de su actitud? ¿Qué realizaciones cabía señalar? La contestación acudió rápidamente: *La había mantenido a salvo*. Eso, por lo menos. Pero, ¿necesitaba Norma ser puesta a salvo de algún peligro? Era éste un punto extraordinariamente interesante. Su confesión… ¡Oh! ¿Confesión o anuncio? *Quizás he cometido un crimen*…

Un momento. Llegaba a la clave del enigma. Aquél era su oficio. Enfrentarse con el crimen, aclarar el crimen, ¡impedir el crimen! Tenía que ser un buen sabueso, rastreador del delito. Un crimen anunciado. Una acción violenta en alguna parte. *La había buscado*. Sin encontrarla. ¿El incidente del arsénico en la sopa? ¿La escena de los jóvenes gamberros atacándose mutuamente navajas en mano? Recordaba la frase ridícula y siniestra: *manchas de sangre en el patio*. Una bala que sale del corazón de un revólver… ¿Contra quién? ¿Por qué?

No existía seguramente una fórmula criminal que se acomodara a las palabras de la chica. ¿*Quizás he cometido un crimen*? Poirot había estado dando tropezones en la oscuridad, esforzándose por ver el planteamiento del caso criminal, calculando en qué parte del mismo encajaba la «tercera muchacha». Pues bien, siempre habíase visto obligado a retroceder, apremiado por la urgente necesidad de saber cómo era aquella muchacha en realidad.

Y luego, con frase accidental, Ariadne Oliver le había enseñado la luz: el supuesto suicidio de una mujer en Borodene Mansions. Este hecho encajaba perfectamente en el rompecabezas. La «tercera muchacha» vivía precisamente allí. Tenía que tratarse del crimen que él había estado buscando; otro crimen cometido en la misma fecha hubiera sido una coincidencia demasiado grande. Aparte de que no se sabía de ningún otro que hubiera tenido lugar entonces. Ninguna otra muerte la habría impulsado a consultarle a él, a Poirot, a toda prisa, tras haber escuchado en cierta reunión las alabanzas prodigadas por la señora Oliver al mencionar al detective privado. Y así, cuando Ariadne le había hablado con toda naturalidad de la suicida, él experimentó la impresión de haber

hallado lo que estuviera buscando con tanto empeño.

Allí tenía la pista. La respuesta a su perplejidad. Aquel hallazgo era lo que andaba necesitando. El porqué, el cuándo, el dónde…

—*Quelle déception*! —exclamó Hércules Poirot en voz alta.

Extendió una mano para coger un papel en que había sido escrito el resumen de una existencia de mujer. Allí estaban los datos más sobresalientes de la vida de la señora Charpentier. Una mujer de cuarenta y tres años de edad, de buena posición social, de la que se afirmaba que había sido una joven alocada… Dos matrimonios… Dos divorcios… Una mujer que sentía una gran afición por los hombres. Años más tarde se había ido entregando progresivamente a la bebida. Gustaba mucho de las reuniones de amigos. Se decía de ella que se había procurado últimamente la compañía de gente mucho más joven, hombres sobre todo. Vivía sola, en su apartamento de Borodene Mansions. Poirot se hacía cargo de lo que habría sido aquel tipo de mujer. Y hasta comprendía por qué una mañana, al despertar y enfrentarse con un nuevo día, desesperada, había sentido el impulso de arrojarse a la calle por una de las ventanas de su piso.

¿Por qué? ¿Porque padecía cáncer o creía padecerlo? ¿Cómo? ¡*Si en la encuesta el médico forense había declarado de forma tajante que no existían motivos para creer tal cosa*!

Poirot quería dar con algo que uniera a aquella mujer con Norma Restarick. No acertaba a localizarlo. Empezó a releer el informe…

En la encuesta la identificación había corrido a cargo de un abogado. Se llamaba Louise Carpentier, si bien ella usaba este apellido afrancesado. Charpentier. ¿Porque iba mejor con su nombre de pila? ¿Por qué a Poirot Louise le sonaba vagamente familiar? ¿Lo había mencionado alguien durante una conversación? ¿Formaba parte de una frase? Sus dedos se movieron ágilmente, separando unas cuartillas de otras. ¡Ah! ¡Allí estaba! Había una referencia. Andrew Restarick había abandonado a su mujer para irse con otra, llamada Louise Birell. Una persona que había quedado prácticamente anulada en las etapas posteriores de la vida de Andrew. Al cabo se disgustaron, separándose. La misma línea de conducta, se dijo Poirot. Conocía aquel tipo de mujer… Después de

haber amado violentamente a aquel hombre, llevándole a destrozar su hogar, venía la riña y la separación definitiva… Estaba seguro, muy seguro, de que aquella Louise Charpentier y Louise Birell eran la misma persona.

Aun así, ¿cómo ligar su vida a la de Norma? ¿Habría regresado Andrew Restarick a Inglaterra en compañía de Louise Charpentier? Poirot dudaba de esto. Se habían separado años atrás. Que se hubieran reunido nuevamente le parecía improbable, por no decir imposible. Aquel había sido para Restarick un amor pasajero, en realidad. Mary no podía mostrarse celosa a consecuencia del pasado tormentoso de su marido en el grado que revelaba el propósito de arrojar a la antigua amante por la ventana de un séptimo piso. Pensar eso era ridículo. La única persona que Poirot estimaba capaz de albergar y fomentar un resentimiento años y años, como colofón, de vengarse, era la primera señora Restarick. Y aquí el hilo del razonamiento se acababa por un motivo evidente: la madre de Norma había fallecido hacía tiempo.

Sonó el timbre del teléfono. Poirot no se movió. En aquel instante lo único que deseaba era no ser molestado. Tenía la impresión de haber dado con una huella de cierta categoría… Quería insistir, seguir por aquel camino… El teléfono dejó de sonar. Perfectamente. La señorita Lemon se las entendería con el comunicante.

Abrióse la puerta de la habitación, entrando aquélla.

—La señora Oliver quiere hablar con usted —anunció.

Poirot movió una mano, despidiéndola.

—No, no. Ahora no. ¡Se lo ruego! No me es posible hablar con ella ahora.

—Dice que se trata de algo que acaba de recordar… de algo que había olvidado decirle. Se refiere a un trozo de papel…, a una carta sin terminar, la cual, según parece, se salió del cajón de una mesa que dos hombres subían a un capitoné. Me ha contado una incoherente historia —manifestó la señorita Lemon, permitiéndose dar a sus palabras un leve tono de desaprobación.

El movimiento de la mano de Poirot se tornó frenético.

—Ahora, no —respondió, impaciente—. Se lo ruego, señorita Lemon… Ahora, no.

—Le diré que está usted muy ocupado.

La señorita Lemon se retiró.

Poirot sintió que la paz volvió a renacer a su alrededor. Se notaba fatigado, sin embargo. Llevaba entregado a sus reflexiones demasiado tiempo, quizás. Era preciso descansar. Había que borrar aquella tensión. Probablemente, lo vería todo más claro luego. Cerró los ojos. Allí, ante él, tenía todos los elementos, todos los datos del problema con sus incógnitas. Estaba seguro de una cosa ahora: nada nuevo llegaría ya a él desde el exterior. Lo que más le interesaba había de venir de *dentro*…

* * *

Y… de repente, en el preciso instante en que sus párpados se cerraban por el sueño (pura paradoja), *lo vio*…

Estaba allí… ¡esperándole! Tendría que desenmarañarlo. Pero ya sabía a qué atenerse. Todos los elementos del rompecabezas se hallaban al alcance de su mano. Y encajaban perfectamente unos en otros. Una peluca, un cuadro, las cinco de la madrugada, unas mujeres, y sus respectivos peinados, el «pavo real»… Todo conducía a la frase con que comenzara la historia.

Quizás haya cometido un crimen… ¡Naturalmente!

La tercera muchacha…

Se le vino a la memoria una absurda canción infantil. Recitó la letra en voz alta:

> Rub, a dub dub*, tres hombres en una bañera.*
> *¿Y quiénes creéis que son?*
> *Un carnicero, un panadero, un fabricante de palmatorias*…

—¡Lástima que no se acordara del último verso!

Un panadero[1], sí, y de una manera un poco rebuscada, un carnicero…

> Pat a cake, pat*, tres chicas en un piso.*
> *¿Y quiénes creéis que son?*

Una secretaria particular y una muchacha del Slade.
La tercera es…

Entró de nuevo en el cuarto de la señorita Lemon.

—¡Ah! ¡Ya recuerdo! «Y los tres salieron de una imaginaria patata».

La señorita Lemon contempló a su jefe con cierta expresión de ansiedad en sus ojos.

—El doctor Stillingfleet insiste en hablar con usted enseguida. Me ha dicho que es urgente.

—Contéstele al doctor Stillingfleet que… ¿El doctor Stillingfleet, ha dicho usted?

Poirot cruzó aprisa por delante de su secretaria, cogiendo el micro.

—Aquí me tiene, doctor. ¡Poirot al habla! ¿Ha ocurrido algo?

—La muchacha se me ha escapado.

—¿Qué?

—Lo que acaba de oír: se ha ido. Utilizó la puerta principal para marcharse.

—¿Y le permitió usted…?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Pudo usted haberla obligado a quedarse ahí.

—No.

—Eso ha sido una locura.

—No.

—¿Es que no comprende?

—Lo convenido fue eso. Era libre: podía marcharse cuando ella quisiera.

—Usted no sabe qué complicaciones acarreará ese paso.

—Es posible. Pero yo sé muy bien lo que me hago. Y de no haberla dejado partir todo mi trabajo no habría servido de nada. Me ha encargado un trabajo y yo no lo he rehusado… Su labor es distinta de la mía. No perseguimos el mismo fin. Le notifiqué que estaba consiguiendo resultados positivos. Tanto es así que me hallaba seguro de que no se iría.

—Entonces, *mon ami*… ¿A qué se debe esa acción suya?

—Francamente: no lo entiendo. No me explico este retroceso.

—Algo ha sucedido.

—Sí, pero, ¿qué?

—Habrá visto a alguien; alguien habló con ella, una persona que descubrió su paradero…

—¿Cómo? ¿Cómo? Ahora bien, usted ni parece darse cuenta de que la chica es una persona libre, dueña de sus acciones. Tiene que ser así.

—Alguien la localizó; alguien averiguó dónde se encontraba… ¿Recibió alguna carta o un telegrama? ¿La llamaron por teléfono?

—No, no. No ha sido nada de eso, estoy seguro.

—Entonces… ¿cómo? ¡Claro! Los periódicos. Ustedes, naturalmente, recibirán periódicos en ese establecimiento, ¿no?

—Por supuesto. Yo siempre he abogado en mi centro por que los pacientes lleven una existencia completamente normal.

—Pues ésa ha sido la vía utilizada, la de la vida cotidiana… ¿Cuántos periódicos reciben ustedes?

—Cinco.

El doctor Stillingfleet los citó uno por uno.

—¿Cuándo se marchó la joven?

—Esta mañana, a las diez y media.

—Exacto. Después de haber leído los diarios. Se trata de un buen punto de partida. ¿Qué periódicos leía ella habitualmente?

—Yo no creo que tuviese predilección por ninguno. Unas veces leía uno y otras veces otro… En ocasiones echaba un vistazo a los cinco.

—Bien. No quiero perder el tiempo hablando.

—Usted piensa quizá que leyó algún anuncio, ¿verdad? ¿Es por ahí por donde apunta?

—¿Y qué otra explicación puede existir? Adiós, doctor. No voy a decirle más por ahora. Tengo que buscar… He de buscar ese supuesto anuncio y proceder rápidamente…

Poirot colgó…

—Señorita Lemon, tráigame nuestros dos periódicos: el *Morning News* y el *Daily Comet*. Dígale a George que salga para comprar los restantes…

Mientras escudriñaba en las páginas tratando de localizar la sección de anuncios particulares, siguió reflexionando…

Era preciso llegar a tiempo. Ya se había cometido un crimen. Había otro en perspectiva… Él era Hércules Poirot, el vengador de la persona inocente. ¿No había dicho más de una vez (y la gente se reía al escuchar su afirmación): «Yo no apruebo el crimen»? Todos habían tomado aquellas palabras por una declaración de tipo elemental, superflua, que sobraba. Pero no tenía nada de tal. Era una sencilla declaración *de hecho*, desprovista de acentos melodramáticos. Poirot no aprobaba el delito.

Entró George en la estancia, portador de un puñado de periódicos.

—Son de esta mañana, señor.

Poirot miró a la señorita Lemon, quien aguardaba órdenes suyas.

—Repase los que acabo de ver, por si se ha escapado cualquier cosa.

—¿Se refiere a la columna de anuncios particulares, a los de índole personal?

—Sí. Puede que en alguno de ellos aparezca el nombre de David. O el de una chica. También puede ser que encuentre un diminutivo cariñoso o un apodo del mismo tipo: no creo que utilicen el de Norma… El anuncio adoptará la forma de una solicitud de ayuda o dará los datos necesarios para una cita.

Obedientemente, aunque con cierto disgusto, la señorita Lemon se hizo, cargo de los periódicos. Aquello no era lo suyo. A ella le agradaba demostrar su eficiencia con otras tareas. Pero, de momento, no tenía nada que hacer.

Poirot extendió sobre la mesa el *Morning Chronicle*. Empezó a leer la sección correspondiente, grande, dilatada. No había otra mayor. Tres columnas.

Una señora que quería deshacerse de su abrigo de pieles… Un proyecto de viaje al extranjero para el que se precisaba la aportación de varias personas… El anuncio de venta de una casa sumamente atractiva… Una solicitud de huéspedes… Una petición de corresponsales… Ofrecimientos para la elaboración de chocolates caseros… «Julia. Nunca te olvidaré. Siempre tuyo». Éste hubiera podido servir de modelo en la sección. La mayoría eran así. Consideró un momento aquella declaración, pero prosiguió su examen de los restantes. Muebles estilo Luis XV… Un ofrecimiento

de colocación para una señora de mediana edad, necesaria para regentar un hotel… «En desesperado apuro. Tengo que verte. Ven al piso a las 4.30. No faltes. Nuestra clave: Goliath».

Oyó el timbre de la puerta en el preciso momento en que él decía:

—Un taxi, George.

Poirot se embutió en su abrigo, penetrando en el vestíbulo cuando su servidor abría la puerta, tropezando entonces con la señora Oliver, que entraba. Los tres hicieron rápidos e instintivos movimientos en el estrecho corredor para recobrar la, por un momento, perdida compostura…

Capítulo XXII

Frances Cary, que llevaba consigo un pequeño maletín, bajaba por Mandeville Road, charlando con la amiga que acababa de encontrar en la esquina de la calle, cuando se dirigía a Borodene Mansions.

—La verdad, Frances: ese inmueble es como una prisión. Le recuerda a una Wordwood Scrubs o algo por el estilo.

—¡Bah! Tonterías, Eileen. Lo que te he dicho: esos pisos son muy cómodos. Yo me considero una persona con suerte por el hecho de vivir en ese inmueble. Y luego, Claudia es una excelente muchacha, con la que resulta fácil entenderse. No molesta jamás. Por añadidura, cuenta con una estupenda asistenta. Nuestro apartamento se halla maravillosamente atendido.

—¿Vivís las dos solas? ¡Oh! Se me olvidaba. Ya sé que hay una tercera muchacha.

—Pues… Al parecer se nos ha ido.

—Entonces, ¿no paga ya su parte de alquiler?

—Creo que por ese lado todo marcha bien. Yo me inclino a pensar que hay por en medio algún escarceo amoroso con un muchacho.

A Eileen no le interesaba el tema. Siempre venía a ser lo mismo…

—¿De dónde vienes ahora?

—De Manchester. Ha habido una exposición privada que ha constituido un gran éxito.

—¿Es cierto que te vas a Viena el mes próximo?

—Sí, creo que sí. La cosa es segura ya, casi. Va a resultar divertido ese viaje.

—¿Y qué pasaría si os robaran algunos cuadros?

—Bueno. Todos están asegurados —respondió Frances—. Y si no todos, sí los de más valor.

—¿Qué tal la exposición de tu amigo Peter?

—Me temo que no todo lo bien que nosotros desearíamos. Sin embargo, el crítico de arte de *The Artist* ha escrito para su revista una crítica elogiosa, y esto ya es bastante.

Frances se encaminó a Borodene Mansions mientras su amiga se alejaba en dirección a su pequeña casita, situada más abajo de la carretera.

—Buenas noches —dijo Frances al portero del inmueble.

Seguidamente fue hacia el ascensor, que la trasladó al sexto piso. Por el pasillo, tarareando una cancioncilla en voz baja, se acercó a la puerta de su apartamento.

Introdujo la llave en la cerradura. El vestíbulo se encontraba a oscuras todavía. Claudia tardaría en regresar de la oficina hora y media todavía. Pero la puerta del cuarto de estar se hallaba abierta de par en par y dentro había luz…

—La luz encendida… ¡Qué raro! —exclamó Frances.

Se quitó el abrigo después de dejar su maletín. Luego, dio unos pasos adelante, entrando en aquella habitación…

Quedóse inmóvil, paralizada. Abrió la boca y lanzó un grito desgarrador. Estaba rígida… No podía apartar la mirada de la figura que yacía sobre el suelo tendida boca abajo. A continuación, lentamente, levantó la vista fijándola en el espejo de la pared, que reflejaba su propio rostro, contraído por una mueca delatora del horror que le inspiraba aquel atemorizador cuadro.

Hizo una profunda inspiración. Tras aquella momentánea paralización de su cuerpo, echó la cabeza a un lado y gritó de nuevo. En el vestíbulo tropezó con su maletín, lanzándolo a un lado de una patada. Salió corriendo del piso, deslizándose por el corredor para empezar a golpear la puerta del apartamento más próximo.

Abrió la puerta del mismo una mujer ya entrada en años.

—¿Qué demonios…?

—Ahí ha muerto alguien… alguien… Y me parece que es una persona que yo conozco… David Baker. Está tendido en el suelo. Me parece que le han dado una puñalada… Debe de haber sido

apuñalado. Hay sangre… sangre por todas partes.

Frances comenzó a sollozar histéricamente. La señorita Jacobs la sujetó por los hombros. Luego la obligó a que tomara asiento en un sofá, diciéndole con voz autoritaria:

—Quieta ahora, ¿eh? Voy a traerte un poco de coñac.

Pasaron unos segundos. La señorita Jacobs no tardó en reaparecer.

—Bébete esto y no te muevas de ahí.

Frances tomó un sorbo de licor, obediente. La señorita Jacobs abandonó el apartamento para pasar al otro y aproximarse al cuarto de estar. La puerta se hallaba abierta y la diligente vecina de Frances no vaciló, entrando…

No era de las mujeres que gritan al situarse ante cosas como la que contemplaba… La señorita Jacobs se limitó a seguir por unos momentos plantada en el umbral de la habitación, con los labios muy apretados.

Lo que estaba viendo parecía pertenecer a una fantástica pesadilla. Sobre el suelo yacía tendido boca abajo un hombre joven, de excelente figura. Tenía los brazos en cruz; sus cabellos, de color castaño, le caían sobre los hombros. Llevaba una chaqueta de terciopelo carmesí y su blanca camisa se hallaba manchada de sangre.

La señorita Jacobs advirtió un gran sobresalto que en el cuarto había una segunda figura. Una muchacha se hallaba pegada al muro… Un Arlequín parecía ir a saltar sobre ella desde el empapelado.

La chica vestía un modelo de lana. Un espeso mechón de oscuros cabellos le caía sobre una mejilla. En la mano tenía un cuchillo de cocina. Las miradas de las dos mujeres se cruzaron…

Luego, la joven, lentamente, como si contestara a una pregunta, dijo:

—Sí. Le he matado… La sangre del cuchillo me ha manchado las manos… Entré en el cuarto de baño para lavármelas, pero no es fácil nunca… Y después he vuelto aquí para ver si es cierto que… Sí que lo es, sin embargo… ¡Pobre David! Supongo que tenía que hacerlo…

De la boca de la señorita Jacobs salieron unos vocablos, unas

frases que más tarde juzgaría absurdas.

—¿Sí? ¿Y por que tenías que hacer una cosa como ésta, muchacha?

—Lo ignoro… Al menos… supongo… que debía proceder así. Estaba en un gran apuro. Me hizo venir… y yo acudí a su llamada. Pero quería librarme de él. Deseaba separarme de él. En realidad no le amaba.

La joven dejó el cuchillo encima de una mesa, sentándose a continuación.

—No es bueno odiar a una persona —dijo ahora—. No. No lo es… porque una no sabe a dónde puede llegar… Como Louise…

Seguidamente, añadió:

—¿No cree usted que sería mejor que llamara a la policía?

Obedientemente, la señorita Jacobs cogió el teléfono, marcando el 099.

* * *

En la habitación empapelada con el motivo del Arlequín se habían reunido ahora seis personas. Habían transcurrido muchas horas. La policía había entrado y salido de allí muchísimas veces.

Andrew Restarick, sentado, estaba muy quieto. Parecía un hombre al que acabaran de asestar un tremendo mazazo. Repetía periódicamente las mismas palabras: «No puedo creerlo, no puedo creerlo…». Le habían llamado por teléfono a su despacho y se acababa de presentar en compañía de Claudia Reece-Holland. Siempre silenciosa, siguió siendo eficiente en todo momento. Habíase encargado de llamar a unos abogados, de telefonear a «Crosshedges», de poner a unos agentes de la propiedad inmobiliaria en contacto con Mary Restarick… Finalmente, administró a Frances Cary un sedante, ordenándole que se acostara.

Hércules Poirot y la señora Oliver hallábanse sentados. Habían llegado juntos y al mismo tiempo que la policía.

El último en arribar, cuando el apartamento se había despejado bastante ya, fue un hombre de tranquilos ademanes, grisácea cabeza y agradables maneras. Tratábase de Neele, inspector jefe de

Scotland Yard, quien saludó a Poirot con una leve inclinación de cabeza, siendo presentado a Andrew Restarick. Un individuo muy alto, de rojos cabellos, se había plantado junto a una ventana, contemplando el patio central de la edificación.

¿Qué estaban esperando allí todos? se preguntó la señora Oliver. El cadáver había sido retirado; los fotógrafos y diversos técnicos de la policía habían dado fin a sus respectivas tareas. De la habitación de Claudia habían pasado al cuarto de estar… Indudablemente, habían estado aguardando la llegada del hombre de Scotland Yard.

—Si desea que yo me retire… —dijo la señora Oliver.

—Usted es Ariadne Oliver, ¿no? Prefiero que se quede, si no tiene inconveniente. Sé que no le ha resultado agradable la experiencia.

—Me ha parecido algo irreal, fantástico.

La señora Oliver cerró los ojos… Evocó los detalles de aquella historia. El «pavo real», tendido en el suelo, se le había antojado una figura teatral con sus extravagantes ropas. Y la chica… la chica había sido otra cosa… No la incierta Norma de «Crosshedges» —la Ofelia carente de atractivos, como Poirot había aludido a ella—, sino una serena mujer, símbolo de la dignidad de la tragedia, aceptando, con orgullosa resignación, su destino.

Poirot había preguntado si podía hacer un par de llamadas telefónicas. Una había sido a Scotland Yard. El sargento de la policía accedió a la petición después de haber hecho, receloso, una consulta por teléfono. Seguidamente, dirigió al detective al aparato auxiliar instalado en la habitación de Claudia. Poirot cerró la puerta a su espalda nada más entrar en aquélla.

El sargento miraba a su alrededor, no muy convencido todavía de cómo se desarrollaban las cosas allí. Murmuró unas palabras al oído de su subordinado.

—¿Quién será este hombre? —inquirió—. ¡Qué facha tan rara la suya!, ¿eh?

—Me han dicho que es extranjero. ¿Pertenecerá al servicio especial?

—No creo. Era con Neele, el inspector jefe, con quien deseaba hablar.

El otro enarcó las cejas y ahogó un silbido.

Después de hacer sus llamadas, Poirot abrió la puerta, levantando una mano en dirección a la señora Oliver, para que ésta se uniera a él. Los dos se sentaron sobre el borde del lecho de Claudia Reece-Holland, uno junto al otro.

—Me gustaría poder hacer algo —manifestó Ariadne, siempre pronta para la acción.

—Paciencia, *chère* madame.

—Usted sí que acaba de rebelarse contra esta inactividad…

—En efecto… He estado hablando por teléfono… Nada podemos intentar mientras la policía no haya dado fin a sus investigaciones preliminares.

—¿Ha llamado al padre de la chica? ¿No podría conseguir que la pusieran en libertad bajo fianza?

—Con los casos criminales, eso, amiga mía, no procede —repuso Poirot secamente—. La policía se ha puesto ya en contacto con el padre. La señorita Cary se encargó de facilitarles su número de teléfono.

—¿Dónde para la muchacha?

Se encuentra en el piso de al lado, en el de la señorita Jacobs, según tengo entendido. Tiene los nervios destrozados, la pobre. Ella fue quien descubrió el cadáver. Salió de este apartamento dando gritos.

—Es esa joven tan… artística, ¿verdad? Claudia habría sabido dominarse.

—Estoy de acuerdo con usted. Se trata de una mujer muy… equilibrada.

—¿A quién telefoneó usted, concretamente?

—En primer lugar al inspector jefe Neele, de Scotland Yard.

—¿Aceptará esta gente con agrado su presencia aquí?

—¡Qué remedio les queda! Últimamente, ha efectuado unas indagaciones por mí sugeridas, las cuales es posible que arrojen luz sobre este asunto.

—¡Oh! Ya entiendo… ¿A quién más llamó?

—Al doctor Stillingfleet.

—¿Quién es él? ¿Va a declarar que Norma está loca y que no puede evitar sus criminales inclinaciones?

—Su fama profesional le autoriza a prestar declaraciones muy

autorizadas en este sentido ante un tribunal si es preciso.

—¿Sabe él algo acerca de la muchacha?

—Me atrevo a afirmar que bastante. De Norma Restarick ha estado cuidando desde el día en que usted la localizó en aquel establecimiento público.

—¿Quién la puso en sus manos? Poirot sonrió.

—Yo… Dicté ciertas instrucciones por teléfono poco antes de visitar el local en que había estado usted.

—¿Qué me dice? Me ha tenido usted desilusionada día tras día, hasta el punto de que he pasado las horas, siempre que nos hemos visto, incitándole a actuar… Y usted ha actuado, en efecto. ¡Pero sin decírmelo! ¡Monsieur Poirot! ¡No me ha dicho una palabra! ¿Cómo ha podido ser conmigo tan… tan duro?

—No se irrite, madame, se lo ruego. Procedí así con la mejor de las intenciones.

—Todos decimos lo mismo cuando hemos hecho algo particularmente enojoso. ¿Qué tiene usted más que contarme?

—Di los pasos necesarios para que su padre contratara mis servicios. Eso me permitió tomar las medidas precisas para evitar que a la chica le sucediera algo desagradable.

—¿Alude al doctor Stillingwater?

—Stillingfleet —corrigió Poirot—. Sí.

—¿Cómo demonios se las arregló para lograr tal propósito? No podía ocurrírseme la idea de que el padre de Norma le hubiera elegido como el hombre más indicado para proteger a la chica. Siempre me pareció receloso, desconfiado con los extraños.

—Forcé la cosa… Le visité alegando haber recibido una carta suya rogándome que me presentara en su despacho.

—¿Y él le creyó?

—Naturalmente que me creyó. ¡Si le enseñé la carta en cuestión! Había sido escrita a máquina, en una hoja de papel igual que el que se usa en su oficina, hallándose aquélla firmada con su nombre, si bien no de su puño y letra.

—¿Fue usted mismo quien escribió la carta entonces?

—Sí. Juzgué que despertaría su curiosidad y que accedería a hablar. Habiendo ido ya tan lejos, apelé a mis facultades.

—¿Le dijo qué proyectaba en relación con el doctor Stillingfleet?

—No. Eso no se lo dije a nadie. El paso implicaba un peligro.

—¿Para Norma?

—Para Norma, sí. Aparte de que la muchacha era peligrosa para los demás. Hubo desde el principio ambas posibilidades… Los hechos podían ser interpretados en ambos sentidos. El intento de envenenamiento de la señora Restarick no era convincente: Había sido aplazado demasiado tiempo; no constituía una seria intentona criminal. Luego, hubo una confusa historia referente a un disparo de revólver que tuvo por escenario Borodene Mansions, y otro cuento a base de navajas y manchas de sangre.

»Cada vez que sucedía una de esas cosas, Norma no sabía nada acerca de ellas, no recordaba, etc. Encuentra arsénico en un cajón, pero no recuerda haber puesto tal sustancia allí. Manifiesta perder la memoria a veces; hay largos períodos de tiempo vacíos, los cuales no sabe a qué ha dedicado… En consecuencia, uno tiene que preguntarse: ¿es verdad lo que ella dice?, o bien: ¿lo inventa por una razón u otra? ¿Es ella víctima de un monstruoso complot?, o ¿parte todo de Norma? ¿Se presenta como una chica víctima de cualquier perturbación de tipo mental?, o bien, ¿anida el crimen en su mente con una atenuante de responsabilidad?

—Hoy la advertí distinta, muy distinta —manifestó la señora Oliver como si meditara sus palabras.

Poirot asintió.

—Ya no era Ofelia… sino Ifigenia.

Oyóse un ruido exterior que les distrajo momentáneamente.

—¿Usted cree…? —la señora Oliver se interrumpió, mirando inquisitiva a Poirot.

Éste se había acercado a la ventana más próxima a él, asomándose al patio de la edificación. Acababa de llegar una ambulancia.

—¿Es que van a *llevárselo*? —preguntó Ariadne con voz trémula. Y luego añadió, complacida—: ¡Pobre «pavo real»!

—Tenía bien poco de elogiable ese individuo —manifestó Poirot fríamente.

—Era un tipo decorativo… Además, un hombre tan joven…

—Muy a menudo, eso es suficiente para *les femmes*.

Poirot entreabrió la puerta de la habitación, echando un vistazo.

—Dispensé… Voy a dejarla sola un instante —anunció.

—¿A dónde va usted? —inquirió la señora Oliver, recelosa.

—En este país, según tengo entendido, ésa no se considera una pregunta delicada —dijo Poirot en tono de reproche.

—¡Oh! Perdón.

Ariadne Oliver se asomó a la ventana para ver lo que ocurría allá abajo.

—El señor Restarick acaba de llegar en un taxi —observó al deslizarse dentro de la habitación silenciosamente Poirot, unos minutos más tarde—. Le acompañaba Claudia. ¿Consiguió usted entrar en el cuarto de Norma, si es que se ha dirigido allí?

—La habitación de Norma ha sido ocupada por la policía.

—Algo enojoso para usted ¿verdad? ¿Qué lleva en esa especie de carpeta negra que tiene en la mano?

Poirot correspondió a la pregunta de Ariadne con otra.

—¿Qué lleva usted en esa bolsa de lona adornada con figuras de caballos persas?

—¿Se refiere a mi bolso de compra? Pues… un par de peras solamente, la verdad.

—Bien. Creo que puedo confiarle mi carpeta. No la trate con rudeza, por favor.

—¿Qué es?

—Algo que yo había esperado encontrar… y que, por fin, he encontrado… ¡Ah! Una cosa tras otra…

La señora Oliver creía ver en las palabras de Poirot más de lo que ellas expresaban.

La voz de Restarick sonaba fuerte, con tonos de cólera. Claudia telefoneaba. Un taquígrafo de la policía había entrado en el piso vecino para tomar declaración a Frances Cary y a un personaje mítico del género femenino llamado Jacobs de apellido… Se producían entradas y salidas continuamente… Eran atendidas las órdenes… Por último, salieron del apartamento dos hombres armados de cámaras fotográficas.

Inesperadamente, se produjo la incursión en el dormitorio de Claudia de un hombre alto y joven, de rojos cabellos. Dirigióse a Poirot, sin hacer el menor caso de la señora Oliver.

—¿Qué ha hecho la muchacha? ¿Ha cometido un crimen?

¿Quién es la víctima? ¿Su amigo?

—Sí.

—¿Lo ha admitido?

—Parece ser que sí.

—Más claro: ¿lo admitió con palabras concretas?

—No lo sé. No he tenido oportunidad de hablar con ella.

Entró en la habitación un policía.

—¿El doctor Stillingfleet? —inquirió—. El médico de los servicios policíacos desea hablar con usted. El doctor Stillingfleet hizo un gesto de asentimiento, abandonando la habitación.

—Vaya, vaya… Conque ése es el doctor Stillingfleet, ¿eh? —dijo la señora Oliver, reflexiva—. Un buen ejemplar de la raza, monsieur Poirot.

Capítulo XXIII

El inspector jefe Neele cogió una hoja de papel, haciendo en ella un par de anotaciones. Su mirada se paseó luego por los rostros de las cinco personas que había en la habitación. Hablaba en tono solemne, muy formal.

—¿La señorita Jacobs? —preguntó.

Neele miró al policía apostado junto a la puerta, agregando:

—Ya sé, sargento Conolly, que se le ha tomado declaración. Ahora, no obstante, me agradaría hacerle yo unas preguntas.

Unos minutos después entraba en el cuarto la señorita Jacobs. Neele se puso en pie cortésmente para saludarla.

—Soy el inspector jefe Neele —dijo al estrechar su mano—. Lamento verme obligado a molestarla por segunda vez. Quisiera que me refiriese detalladamente todo lo que vio usted y oyó. Temo que le resulte doloroso…

—No. Doloroso, no. La impresión, eso sí, fue tremenda —manifestó la señorita Jacobs, aceptando la silla que se le ofrecía. Seguidamente, añadió—: Al parecer, usted ha aclarado un poco esto.

Él supuso que se estaba refiriendo a la retirada del cadáver.

La señorita Jacobs paseó la mirada por los rostros de los presentes, descubriendo con franco asombro a Poirot («¿Qué diablos significa esto?»); la nada disimulada curiosidad de la señora Oliver; el aire expectante del doctor Stillingfleet, con su roja cabeza vuelta a un lado; la sonrisa de reconocimiento de Claudia (a la que correspondió con un gesto afirmativo), y la mueca contrita de Andrew Restarick…

—Usted debe ser el padre de la muchacha —le dijo—. Soy una desconocida y las palabras de condolencia no vienen muy a menudo

a mis labios. Será mejor callar, en este sentido… Nos ha tocado vivir en un mundo lleno de cosas tristes… Eso es lo que yo opino, al menos. Creo que actualmente las chicas estudian demasiado.

La señorita Jacobs se volvió a continuación hacia Neele.

—Usted dirá, inspector.

—Deseo, señorita Jacobs, como ya le he indicado antes, que nos cuente todo lo que vio y oyó.

—Supongo que lo que declare ahora diferirá en algo de lo que manifesté anteriormente —contestó la señorita Jacobs, de modo inesperado—. Suele pasar… Una intenta hacer una descripción más completa e, inevitablemente, se vale de más palabras. Creo que no voy a ser más precisa, sin embargo. En estos casos, se dice siempre lo que una piensa que debió ver aparte de lo que tuvo ante los ojos. Bueno. Me esforzaré por ajustarme a la realidad con el máximo rigor.

»Todo empezó con unos gritos. Experimenté un gran sobresalto. Pensé que alguien acababa de sufrir algún accidente. Me acercaba ya a la puerta de mi apartamento cuando oí unos golpes en ella. Los gritos continuaban. La abrí, viendo que se trataba de una de mis vecinas, de una de las tres chicas que ocupaban el apartamento número sesenta y siete. Ignoro su nombre, si bien la conozco de vista.

—Frances Cary —dijo Claudia.

—Murmuró unas palabras incoherentes, unas frases confusas, sin sentido… Alguien había muerto… Una persona a quien ella conocía… Un tal David… no sé qué más. No logré enterarme de su apellido. La muchacha sollozaba. Su cuerpo era sacudido por fuertes estremecimientos. La hice pasar al apartamento, dándole un poco de coñac, tras lo cual salí a dar un vistazo.

Todos pensaron que la señorita Jacobs había pasado por la vida igual que por aquel episodio: impertérrita.

—¿Es necesario que describa lo que encontré? Usted lo sabe, inspector.

—Refiérase a ello brevemente.

—Vi a un hombre joven, uno de estos jóvenes de hoy en día, que visten ropas chillonas y llevan los cabellos largos. Estaba tendido en el suelo, muerto, evidentemente. La tela de la camisa se notaba

rígida, a causa de la sangre.

Stillingfleet hizo un movimiento. Volvió la cabeza, mirando atentamente a la señorita Jacobs.

—Luego, me di cuenta de que en la habitación había una muchacha y que ésta tenía en las manos un cuchillo de cocina. Parecía muy segura, muy dueña de sí… Verdaderamente, su actitud me chocó.

—¿Qué le dijo ella? —preguntó el doctor Stillingfleet.

—Me dijo que había entrado en el cuarto de baño con el propósito de lavarse las manos y quitarse la sangre. Después, añadió: «Claro que esto no se quita así como así».

—¿No dijo, por ejemplo: «¡*Fuera, mancha maldita*!»?

—No puedo señalar que ella me hiciera recordar especialmente a lady Macbeth. Estaba… ¿cómo diría yo esto?… la mar de tranquila. Después de dejar el cuchillo encima de la mesa tomó asiento en una silla.

—¿Qué más dijo? —inquirió el inspector jefe Neele, leyendo un papel en el que habían sido garabateadas unas palabras.

—Algo relativo al *odio*… Señaló que el odio que podía sentir una persona por otra no acarreaba nada bueno al final.

—¿No lanzó ninguna exclamación? Ésta quizá: «¡Pobre David!»… Es lo que usted contó al sargento Conolly. Y la muchacha agregó *que deseaba librarse de él*.

—No me acordaba ya de ese detalle. Sí. La joven habló de que la había hecho ir allí… Mencionó también a una tal… Louise…

—¿Cuáles fueron sus manifestaciones acerca de Louise?

Fue Poirot el autor de esta pregunta. Se había inclinado hacia delante, vivamente interesado. La señorita Jacobs contempló su rostro vacilando.

—«*Como Louise*», dijo solamente… Y se interrumpió. Eso ocurrió después de haber declarado que el odio no acarreaba nada bueno nunca.

—¿Qué más?

—Muy calmosa, me señaló después la conveniencia de llamar a la policía. Así lo hice… Permanecimos sentadas, hasta que llegaron los agentes. Creí mi deber no dejarla sola… No cruzamos una palabra. Parecía hallarse absorta en sus pensamientos y yo… yo,

con franqueza, estaba asombrada, no sabía qué decirle…

—Usted apreciaría en seguida, tal vez, que era una perturbada mental —manifestó Andrew Restarick—. Advertiría que no se daba cuenta de lo que había hecho, ¿no? ¡Pobre criatura!

Andrew Restarick hablaba en tono de súplica y como si abrigara una secreta esperanza…

—¿Es una señal de perturbación obrar con frialdad después de haber cometido un crimen?

La señorita Jacobs se enfrentó con él. No se hallaba dispuesta, por lo que se veía, a mostrarse de acuerdo con Restarick.

Medió Stillingfleet:

—Señorita Jacobs: ¿admitió la chica en algún momento que había matado a David?

—¡Oh, sí! Debo de haber mencionado eso antes… Fue lo primero que dijo… Como si hubiese estado contestando a alguna pregunta. «*Sí, le he matado*», declaró. Y luego habló de su visita al cuarto de baño para lavarse las manos.

Restarick lanzó un gemido, escondiendo el rostro entre las manos. Claudia dejó caer una de las suyas sobre su brazo más próximo.

Terció Poirot en la conversación.

—Usted, señorita Jacobs, ha indicado que la chica dejó el cuchillo sobre esa mesa. ¿Estaba usted cerca de ella? ¿Lo vio todo claramente? ¿Pudo apreciar si el cuchillo había sido lavado también?

La señorita Jacobs miró, dudosa, al inspector jefe Neele. Bien se notaba lo qué estaba pensando… Poirot era para ella un extraño, algo aparte en aquella encuesta oficial.

—¿Tiene usted la bondad de contestar a esa pregunta, señorita Jacob? —dijo Neele.

—Pues no… No creo que el cuchillo hubiese sido lavado o secado con algo. Hallábase manchado… Las manchas eran de una sustancia espesa y pegajosa, sin duda.

—Ya —respondió Poirot, echándose atrás en su asiento.

—Yo me inclinaba a pensar que ustedes sabían cuanto se podía saber acerca de ese cuchillo —manifestó la señorita Jacobs a Neele en tono acusador—. ¿Acaso no lo examinó la policía

detenidamente? A mí se me antoja que ha habido algo de abandono, de no ser así…

—Desde luego, señorita, la policía lo examinó —se apresuró a aclarar Neele—. Ahora bien, nosotros… ¡ejem!… necesitamos siempre que nuestras afirmaciones se vean corroboradas.

La señorita Jacobs correspondió a las palabras de Neele con una astuta mirada.

—Supongo que lo que quiere usted decir es que necesitan calibrar la precisión de las declaraciones de los testigos. La policía, es lógico, querrá saber qué han podido inventar, qué es lo que vieron realmente o creen haber visto.

El inspector jefe sonrió.

—Sobre sus palabras no hay duda alguna, señorita Jacobs. Usted hará una testigo excelente.

—No me agrada este papel, sinceramente. Pero ya me figuro que estas cosas son cosas por las que una no tiene más remedio que pasar en determinadas circunstancias.

—Así es. Gracias, señorita —Neele miró a su alrededor—. ¿Desean ustedes formular alguna pregunta?

Poirot hizo una seña. La señorita Jacobs se detuvo junto a la puerta, nada complacida.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Quería referirme a la mención de una persona llamada Louise. ¿Sabía usted a quién aludía la muchacha?

—¿Cómo iba a saberlo?

—¿No es posible que se refiera a Louise Charpentier? Usted conocía a esta señora, ¿no?

—No.

—¿Ignora que hace poco se arrojó por una de las ventanas de ese inmueble?

—Estoy enterada de eso, naturalmente. No sabía que su nombre de pila fuese Louise y personalmente no me hallaba relacionada con ella.

—Ni era ése tampoco su deseo, ¿verdad?

—No debiera hablar de esa mujer puesto que ya ha muerto… Sin embargo, admito que ha identificado exactamente mi posición. Era una inquilina indeseable y yo y otros vecinos nos hemos

quejado más de una vez a la dirección de la casa.

—¿Qué alegaban?

—Le hablaré con franqueza: la señora Charpentier bebía. Su apartamento quedaba por encima del mío y en él se celebraban continuamente reuniones de gente alborotadora. Rompían botellas, golpeaban los muebles, cantaban, daban gritos… En fin; no paraban con sus entradas y salidas.

—Sería, simplemente, una mujer que se sentía muy sola —sugirió Poirot.

—No era tal la impresión que daba —manifestó la señorita Jacobs acremente—. Se señaló en la encuesta judicial que se hallaba deprimida por su falta de salud. Todo era producto de su imaginación. Parece ser que no le pasaba absolutamente nada.

Habiendo terminado de hablar de la señora Charpentier sin la menor simpatía, la señorita Jacobs se apresuró a retirarse.

Poirot concentró su atención en Andrew Restarick, al que preguntó en tono afable:

—¿Es cierto, señor Restarick, que usted se relacionó en otro tiempo con la señora Charpentier?

Restarick guardó silencio unos segundos. Luego, suspiró profundamente, fijando la vista en Poirot.

—Sí. Hace muchos años de eso… La conocí bien, sí. Pero no bajo el apellido Charpentier. Cuando empezamos a tratarnos se llamaba Louise Birell.

—Estuvo usted enamorado de ella…

—En efecto. Locamente enamorado. Hasta el punto de abandonar a mi esposa y a mi hija por su culpa. Nos trasladamos a África del Sur. Al cabo de un año todo se fue abajó. Ella regresó a Inglaterra. No volví a saber de Louise. Nunca supe qué suerte había corrido.

—¿Y su hija? ¿Conocía su hija también a Louise Birell?

—Seguramente no se acordaría de ella. Tenía cinco años cuando…

—Pero, ¿la conocía? —insistió Poirot.

—Sí —repuso Restarick—. Es que Louise venía a nuestra casa. Solía jugar con la niña.

—Entonces es posible que la recordara al cabo de los años, ¿no

es así?

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Ignoro qué aspecto tenía; no sé si había cambiado mucho. No volví a verla, como ya le he dicho.

Poirot insinuó tozudamente:

—Pero sí tuvo noticias de ella, ¿verdad? Es decir, a raíz de su regreso a Inglaterra, ¿eh, señor Restarick?

Otra pausa. Y un nuevo suspiro, que revelaba cierto desasosiego.

—Efectivamente. Tuve noticias de ella… —manifestó Restarick. A continuación, asaltado por una repentina curiosidad, añadió—: ¿Cómo se ha enterado de eso, monsieur Poirot?

De uno de los bolsillos, Poirot extrajo un papel cuidadosamente plegado. Después de desdoblarlo, lo puso en manos de Andrew.

Éste procedió a leerlo, frunciendo el ceño.

Mi querido Andy:

Me he enterado por la prensa que has regresado a Inglaterra. Debiéramos vernos para hablar de lo que los dos hemos hecho a lo largo de estos últimos años…

El texto quedaba interrumpido aquí… Para seguir más adelante:

Andy. Piensa en quién es la que te dirige estas líneas. Soy Louise. No te atreverás a decirme que me has olvidado, ¿verdad?

Mi querido Andy:

Como verás por el membrete de esta carta, vivo en el mismo bloque de pisos que tu secretaria. ¡El mundo es un pañuelo, querido! Tenemos que vernos. Te invito a beber lo que te apetezca más, el lunes o el martes de la semana que viene… ¿Puede ser?

Andy querido: Tengo que verte de nuevo… Nadie me ha importado nunca tanto como tú… No me habrás olvidado, ¿verdad?

—¿Cómo ha ido a parar a sus manos esto? —inquirió Restarick mirando inquisitivamente a Poirot y señalando la carta.

—Salió de un camión de mudanzas y llegó a mi poder gracias a

una excelente amiga mía —contestó Poirot volviendo la cabeza hacia la señora Oliver.

Restarick miró a aquélla sin la menor simpatía.

—Fue algo inevitable —declaró la señora Oliver, interpretando correctamente su mirada—. Supongo que era su mobiliario el que era trasladado. A los hombres que realizaban aquel trabajo se les fue una mesa. Uno de los cajones de la misma se abrió, quedando esparcidas por el suelo un montón de cosas. El viento arrastró hasta mis pies ese papel, que cogí. Quise entregarlo a los mozos del camión, pero los dos estaban muy irritados y no quisieron saber nada, procediendo yo a guardarme el escrito en un bolsillo del abrigo, sin fijarme siquiera en lo que hacía. Ya no me volví a acordar de él, hasta esta tarde, cuando me encontraba ocupada vaciando los bolsillos, pues me proponía enviar a aquella prenda a la tintorería. En consecuencia, no se me puede echar nada en cara.

La señora Oliver guardó silencio. Se había quedado casi sin aliento con su largo discurso.

—Esto es un borrador —dijo Poirot—. ¿Llegó la carta original a su poder al fin?

—Sí… Recibí la más seria de las versiones. Pero no la contesté. Creí que era lo más prudente.

—¿No quería volver a enfrentarse con ella?

—¡Se trataba de la última persona a quien hubiera querido ver en este mundo! Louise siempre fue una mujer particularmente difícil. Y yo había oído contar algunas cosas de ella… Entre otras, que se hallaba entregada por completo al alcohol. Había otras… más graves.

—¿Conservó usted la carta?

—¡No! ¡La rompí!

El doctor Stillingfleet formuló bruscamente una pregunta.

—¿Le habló su hija de esa mujer en alguna ocasión?

Restarick no parecía dispuesto a contestar a aquélla.

El doctor Stillingfleet le apremió.

—Podría ser muy significativo si procedió así, ¿sabe?

—¡Vaya con los médicos y sus raras salidas! Pues sí: me habló de ella en una ocasión.

—¿Qué le dijo la chica exactamente?

—Sin previa preparación, me notificó: «El otro día vi a Louise, papá». Experimenté un tremendo sobresalto. Le pregunté: «¿Dónde la viste?». Y mi hija me contestó: «En el restaurante del inmueble». Me agité inquieto. «Jamás me imaginé que te acordaras de esa mujer». Norma me dijo entonces: «No la he olvidado. Mamá no habría tolerado que la olvidara. Aunque yo hubiese querido».

—Sí —corroboró el doctor Stillingfleet—. Eso, ciertamente, es expresivo.

—Su turno, mademoiselle —dijo Poirot, volviéndose repentinamente hacia Claudia—. ¿Le habló Norma alguna vez de Louise Charpentier?

—Sí… Tras su suicidio. Creo que me indicó que había sido una mujer perversa.

—¿Se hallaba usted en el inmueble aquella noche… mejor dicho, a primera hora de la mañana, el día en que se suicidó la señora Charpentier?

—Aquella noche no estaba yo aquí, no. Me encontraba ausente. Recuerdo que llegué al día siguiente, enterándome entonces del suceso.

Claudia miró a Restarick.

—¿Se acuerda usted…? Hablo del día veintitrés. Me había desplazado a Liverpool.

—Sí, sí, desde luego. Tenía usted que representarme en la reunión del *Henver Trust*.

Poirot inquirió:

—Pero Norma durmió aquella noche aquí, ¿verdad?

—Sí.

Claudia no acertaba a estarse quieta.

—¡Claudia! —Restarick dejó caer una mano sobre el brazo de la joven—. ¿Qué es lo que usted sabe acerca de Norma? Debe de haber algo, algo que usted me oculta.

—Nada. ¿Qué voy a saber?

—Usted cree que está loca, ¿eh? —dijo el doctor Stillingfleet en un tono de voz normal—. Lo mismo le ocurre a la chica de los cabellos negros. Y también a usted —añadió volviéndose rápidamente hacia Restarick—. Y todos se andan con buenos modales, ¡nos andamos!, evitando el motivo principal, pero

pensando en la misma cosa. Con la excepción, hay que señalarlo, del inspector jefe. Él no opina nada. Él recoge los datos, resume el hecho: locura o delito. ¿Y usted qué dice de la señorita Norma, señora?

—¿Yo? —inquirió dando un salto en su asiento la señora Oliver —. No sé…

—Se reserva su juicio, ¿eh? No se lo reprocho. Todo esto es difícil. ¿Hay en realidad aquí una persona que piense que la muchacha está cuerda? Aquí o fuera de aquí.

—La señorita Battersby —manifestó Poirot.

—¿Y quién diablos es la señorita Battersby?

—Una profesora.

—Pues si yo tuviera alguna vez una hija la enviaría a su colegio… Naturalmente, el caso mío, la situación mía, es distinta a la de ustedes. Yo hablo con conocimiento de causa. ¡Yo sé todo lo que se puede saber acerca de la muchacha!

El padre de Norma clavó con fijeza los ojos en el doctor.

—¿Quién es este hombre? —preguntó a Neele—. ¿Qué desea darnos a entender manifestando que sabe todo lo que se puede saber acerca de mi hija?

—Puedo hablarle de la chica porque ha estado bajo mi personal cuidado estos diez últimos días.

—El doctor Stillingfleet —aclaró el inspector jefe Neele—, es un famoso psiquiatra.

—¿Y cómo fue a parar Norma a sus manos? ¿Quién solicitó mi consentimiento para que se ocupara de ella?

—Pregúnteselo al hombre del bigote —contestó Stillingfleet.

—¿*Usted*? ¿*Usted*?

Restarick estaba tan indignado, que apenas podía hablar. Poirot le contestó plácidamente:

—Me atuve a sus instrucciones. Usted deseaba que su hija recibiese cuidados y que fuese protegida una vez localizada. Yo la encontré y conseguí que el doctor Stillingfleet se interesara por este caso. Se enfrentaba con un peligro, señor Restarick, con un peligro muy grande.

—¿Y era eso peor que lo que le ocurre ahora? No olvide que Norma se encuentra detenida bajo la acusación de asesinato.

—Técnicamente hablando, no se le acusa todavía de tal cosa —manifestó Neele.

Tras una breve pausa el inspector jefe prosiguió diciendo:

—Doctor Stillingfleet: tengo entendido que está usted dispuesto a dar su opinión como profesional sobre la señorita Restarick y a indicarnos, por tanto, si se halla en condiciones de valorar la naturaleza y el significado de sus actos.

—¿Qué es lo que ustedes quieren saber? Simplemente: Si la chica está loca o es una persona cuerda, ¿no? De acuerdo. Les contestaré con la misma sencillez: *Norma Restarick es una persona cuerda*… ¡Tanto como pueda serlo cualquiera de los que se encuentran en esta habitación ahora!

Capítulo XXIV

Las miradas de todos los presentes se concentraron en el rostro del doctor Stillingfleet.

—No esperaban ustedes esto, ¿verdad?

Restarick contestó, irritado:

—Está usted en un error. *Esa chica no ha comprendido siquiera lo que ha hecho*. Es una criatura inocente, sin lugar a dudas. No es responsable de sus acciones. Es injusto que se la castigue…

—¿Me quiere dejar hablar unos momentos? Yo sé muy bien lo que me digo. Usted, en cambio, no entiende de estas cosas. La muchacha es una criatura normal y, en consecuencia es responsable de sus acciones. Dentro de unos minutos se hallará entre nosotros y procederá a explicarse por sí misma. ¡Es el único personaje de este drama que no ha disfrutado de tal oportunidad! ¡Oh, sí! Está todavía aquí, en una de las habitaciones del apartamento, acompañada por una matrona de la policía, en su dormitorio, exactamente. Pero antes de que le hagamos unas preguntas tengo algo que decir, algo que será mejor que oigan ahora… Cuando la joven fue puesta bajo mi custodia *se hallaba saturada de drogas*.

—¡Él la acostumbraría a ellas! —gritó Restarick—. ¡Ese miserable, ese degenerado de David Baker!

—Él fue quien la inició en el pernicioso hábito, desde luego.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Restarick—. Gracias a Dios por esto…

—¿A qué viene esa exclamación suya ahora, señor Restarick?

—Había interpretado mal sus palabras. Creí que se preparaba para arrojar a mi hija a los leones al insistir en que era una persona normal. Le juzgué mal, doctor. Las drogas tuvieron la culpa de todo. Las drogas la impulsaron a hacer cosas que voluntariamente no

habría hecho jamás. De ahí sus fallos de memoria…

Stillingfleet levantó la voz.

—Si en lugar de hablar tanto me permitiera usted que terminara con mis explicaciones, podríamos lograr notables progresos. Y procure no mostrarse tan seguro al enjuiciar sus propias ideas… He de especificar antes de nada que ella *no es una adicta a las drogas*. No he descubierto en su cuerpo señales de inyecciones. No ingería cocaína por la nariz. Una persona u otra, el muchacho que la acompañaba frecuentemente u otro individuo, le administraba drogas sin que la chica se diera cuenta de ello. Y no se trataba de sustancias corrientes, por cierto. Manejaban una interesante mezcla de drogas: el «L. S. D.», que proporcionaba vívidas secuencias de sueños. Alterado el factor tiempo en su mente, la joven podía creer que una experiencia había durado una hora en vez de varios minutos. Hay otras curiosas composiciones que no tengo la menor intención de propagar entre ustedes. Alguien familiarizado con esos productos jugaba con Norma a su antojo. Los estimulantes y los sedantes convenientemente alternados, representaban su papel, a la hora de controlarla, consiguiéndose que se viera a sí misma como otra persona completamente distinta.

Restarick interrumpió al doctor.

—¡Es lo que vengo sosteniendo! ¡Norma no es responsable de sus actos! Alguien la hipnotizaba para que hiciera todas esas cosas.

—¡Todavía no sabe por dónde voy! Nadie podía obligar a la chica *a hacer algo que ella no quisiera*… Lo que sí se podía intentar era hacerla pensar que había llevado a cabo tal o cual acción. Bien. Procederemos a llamarla y le haremos ver lo que está ocurriendo.

El doctor consultó con una mirada el parecer del inspector jefe Neele, quien le correspondió bajando expresivamente la cabeza.

Stillingfleet miró a Claudia al ir a salir del cuarto de estar.

—¿Dónde está la otra joven, la que sacó usted del apartamento de la señorita Jacobs, a la que administró luego un sedante? ¿En su habitación? ¿Acostada, acaso? Procure que se despeje un poco y hágala venir aquí. Vamos a necesitar la colaboración de todos.

Claudia salió también del cuarto de estar.

Stillingfleet volvió con Norma, a la que animaba incesantemente.

—Vamos, vamos… Sé sensata, Norma. Aquí nadie va a morderte. Siéntate aquí.

Ella, obediente, se sentó. Su docilidad resultaba atemorizadora más bien.

La matrona de la policía se dejó ver junto a la puerta y parecía escandalizada.

—Sólo te pido que digas la verdad. No es tan difícil como tú crees.

Entró Claudia acompañada de Frances Cary. Ésta bostezaba. Sus negros cabellos colgaban ante su rostro, ocultando la mitad del mismo. Bostezaba una y otra vez.

—Usted necesita tomar un tentempié —le dijo Stillingfleet.

—Yo desearía que me dejasen ir a la cama. Estoy muerta de sueño —murmuró Frances, confusamente.

—Aquí no va a acostarse nadie hasta que yo haya terminado. Ahora, Norma, vas a contestar a mis preguntas… La señorita Jacobs ha declarado que tu admitiste haber matado a David Baker. ¿Es eso cierto?

La dócil voz respondió:

—Sí. Yo maté a David.

—¿Le apuñalaste?

—Sí.

—¿Y cómo sabes que fuiste tú quien hizo esto?

Norma pareció vacilar levemente.

—No sé qué quiere usted decir. Él estaba aquí, tendido en el suelo… muerto.

—¿Dónde estaba el cuchillo?

—Yo… lo cogí.

—¿Había sangre en él?

—Sí. Y también estaba manchada de sangre la camisa de David.

—¿Qué te pareció al tacto… la sangre del cuchillo? Me refiero, asimismo, a la de tus manos, a la que te quitaste lavándotelas. ¿Algo húmedo? ¿Se te antojó una especie de compota de fresas, por ejemplo?

—Era, sí, como la compota de fresas: pegajosa —Norma se estremeció—. Tuve que lavarme las manos.

—Una decisión muy sensata. Bien. Eso centra todos los detalles

perfectamente. Hemos hablado de la víctima, del criminal (tú), y del arma. ¿Recuerdas haber cometido esa acción? ¿Te ves a ti misma cometiéndola?

—No… no me acuerdo de eso… Pero todo debí de hacerlo yo, ¿no?

—¡No me hagas preguntas! Yo no me encontraba allí. Eres tú quien nos está refiriendo el episodio. Pero hubo otro asesinato antes de ése, ¿no? Un asesinato anterior…

—¿Se refiere a… Louise?

—Sí. Me refiero a Louise… ¿Cuándo pensaste en matarla por vez primera?

—Hace años. ¡Oh! Hace ya algunos años.

—¿Siendo tú una niña?

—Sí.

—Tuviste que aguardar mucho tiempo, ¿verdad?

—Lo había olvidado todo ya.

—Hasta que te volviste a enfrentar con ella y la reconociste, ¿eh?

—Sí.

—De niña, ya la odiabas. ¿Por qué?

—Porque me quitó a mi padre y se lo llevó lejos de mí.

—Y porque hizo de tu padre un ser desgraciado…

—Mamá odiaba a Louise. Decía siempre que Louise era una mujer muy perversa.

—Te hablaría con frecuencia de ella, ¿verdad?

—Sí. Yo habría preferido que se callase… No quería volver a oír hablar de ella.

—Te resultaba monótona la insistencia, ya veo. El odio no es creador. ¿Experimentaste el deseo de matarla cuando la viste nuevamente?

Norma consideró un momento la respuesta. Un débil centelleo de interés asomó a sus ojos.

—Pues… no, realmente. Tuve la impresión de que todo quedaba ya demasiado lejos. No podía imaginarme a mí misma… Ésa es la razón de que…

—¿Por qué no estabas completamente segura de haberla matado?

—Me asaltó la idea de que no había sido yo… Sentí como si todo hubiera sido un sueño. Llegué a pensar que había sido ella quien, espontáneamente, se arrojara por la ventana de su piso.

—¿Y por qué no pudo ser así?

—Por otro lado, yo estaba convencida de haberlo hecho.

—¿Dijiste eso? ¿Quién te sugirió que formularas tal declaración? Norma movió la cabeza.

—Yo no debo… Fue alguien quien intentó ser amable conmigo… ayudarme. Ella dijo que iba a fingir que no sabía nada acerca de eso —las palabras salían de la boca de Norma rápidamente. La joven se hallaba muy excitada—. Yo me encontraba frente a la puerta del apartamento de Louise, la puerta con el número setenta y seis. Acababa de salir… Me figuré que había estado caminando como una sonámbula. Ellos (ella), dijeron que había sido un accidente. Abajo… En el patio. Ella se aferró a que yo no había tenido que ver nada con el suceso. Nadie se enteraría… Y yo no podría recordar lo que había hecho… Tenía algo, además en la mano…

—¿Algo? ¿Qué era ese *algo*? ¿Sangre, quieres decir?

—No, no era sangre… un trozo de cortina rota. De cuando la empujé…

—¿Te acuerdas claramente de ese instante?

—No, no. Eso era terrible. Yo no me acordaba de *nada*. He ahí el motivo de que yo esperara… Por tal causa fui a… —Norma miró a Poirot—, a verle…

La chica tornó a fijar los ojos en Stillingfleet.

—Nunca recordaba las cosas que había hecho, ni una sola, jamás. Pero a medida que pasaba el tiempo me sentía más atemorizada. Notaba en mi memoria horas… en blanco, completamente en blanco, horas que yo no sabía con qué llenar. No sabía dónde había estado en esos momentos ni lo que había hecho… Luego, encontré algunas cosas, cosas que yo debía de haber escondido. Mary estaba siendo envenenada lentamente por mí… Lo descubrieron en el hospital. Y *tropecé con el herbicida que antes escondiera en un cajón*. En este piso apareció un cuchillo… ¡Y yo poseía un revólver que no recordaba haber comprado! Yo mataba a la gente, pero no recordaba mis acciones… No era, pues, una criminal…, sino… ¡*una loca*! Por fin comprendí. Estoy loca y me es

imposible evitar todo lo demás. A los dementes no se les reprocha nada. Por el hecho de haber venido aquí, matando después a David, quedaba demostrado una vez más que soy una persona que no sabe lo que se hace, que soy una perturbada…

—¿Te gusta serlo, en realidad?

—Sí. Supongo que sí.

—En consecuencia, ¿por qué dijiste a otra persona que habías matado a una mujer haciendo que cayera desde una ventana, empujándola? ¿A quién se lo hiciste saber?

Norma miró a su alrededor. Tornaba a vacilar. Por fin, levantó una mano, señalando…

—Se lo dije a Claudia.

—Eso es mentira —repuso Claudia, mirándola desdeñosamente —. ¡Tú no me dijiste, desde que nos conocemos, nada semejante!

—Sí que te lo dije, sí.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—No… no lo sé.

—Ella me comunicó que te lo había confesado todo a ti —medió Frances, terminante—. Con franqueza: me figuré que todo era consecuencia de su histerismo y que estaba exagerando…

Stillingfleet miró a Poirot.

—Puede que exagerara —manifestó serenamente—. Ahora hemos de encontrar un motivo, un motivo bien justificado… ¿Por qué había de desear ella la muerte de esas dos personas? Me refiero a Louise Charpentier y David Baker… ¿Un odio infantil? ¿Un odio olvidado con el paso de los años? ¡Tonterías! De David ha dicho que era «para librarse de él». ¡Las jóvenes no matan por esa razón! Necesitamos móviles más justificados. El ansia de procurarse una gran fortuna, o sea: ¡la codicia!

El doctor miró a su alrededor y su voz cambió ahora de tono.

—Necesitamos una colaboración más amplia… Aquí falta todavía una persona. ¿Va a reunirse con nosotros aquí su esposa, señor Restarick?

—Ignoro dónde se encontrará en estos momentos Mary. He usado el teléfono. Claudia ha dejado recados en cada uno de los sitios en que hemos pensado que pueda presentarse. A estas horas debiera haber llamado ya, desde dondequiera que esté.

—Quizá nos hayamos equivocado —apuntó Hércules Poirot—. Tal vez esa señora se encuentra ya aquí… parcialmente, por así decirlo.

—¿Qué diablos sugiere usted? —gritó Restarick, enfadado.

Poirot se inclinó sobre la señora Oliver. Ésta le miró, desconcertada.

—Eso que le confié hace unos momentos…

—¡Oh!

La señora Oliver echó un vistazo al interior de su bolso de compras. Inmediatamente puso en manos de él la carpeta negra. Poirot oyó a alguien suspirar, a su lado, pero no volvió la cabeza.

Abrió la carpeta delicadamente… enseñando a los presentes una peluca ahuecada de rubios cabellos.

—La señora Restarick no se encuentra aquí. Tenemos, en cambio, *su peluca*. Muy interesante.

—¿De dónde ha sacado eso, Poirot? —inquirió aturdido Neele.

—Del maletín de la señorita Frances Cary, quien no ha tenido ocasión de sacarla de él… ¿*Quieren ustedes que veamos cómo le sienta*?

Con un solo y diestro movimiento, Poirot echó a un lado los negros cabellos que ocultaban la faz de Frances tan efectivamente. Coronada con la dorada peluca antes de que ella pudiera impedirlo, la joven miró desafiante a los reunidos.

La señora Oliver murmuró:

—¡Santo Dios! ¡Si es Mary Restarick!

Frances se retorcía como una serpiente irritada. Restarick dio un salto desde su asiento para acudir en su auxilio, pero Neele le sujetó con una mano que más bien parecía una garra, impidiéndoselo.

—No. No queremos violencias. El juego ha terminado, señor Restarick… o, mejor dicho, Robert Orwell…

El hombre lanzó una obscena exclamación. La voz de Frances se elevó con aspereza:

—¡Cierra el pico, estúpido! —dijo.

* * *

Poirot había dejado su trofeo: la peluca. Acercóse luego a Norma, acariciando una de sus manos.

—Su prueba ha terminado, jovencita. La víctima no llegará al sacrificio ya. No está usted loca, ni ha matado a nadie. Ésas son dos crueles, dos desalmadas criaturas que iban contra usted, administrándole astutamente ciertas drogas y apelando también a las mentiras… Con sus ardides pretendían empujarla lentamente al suicidio. Querían que usted fuese la primera convencida de su culpabilidad. Hubieran acabado volviéndola loca, en pocas palabras…

Norma miraba con horror al otro…

—Mi padre… ¿Mi padre? ¿Cómo podía pensar en hacerme eso a mí, su hija? Mi padre, que tanto me quería…

—No se trata de su padre, *mon enfant*… Éste es, sencillamente, un individuo que se presento aquí tras la muerte del verdadero Andrew Restarick para suplantarle, para poner sus manos sobre una gran fortuna. Sólo una persona iba a descubrir su juego, dándose cuenta en seguida de que *él no era Andrew Restarick*: la mujer que había sido la amante del auténtico trotamundos y hombre de negocios quince años atrás.

Capítulo XXV

En aquella habitación de la casa de Poirot se hallaban sentadas cuatro personas. El detective, hundido en su sillón, bebía *sirop de cassis*. Norma y la señora Oliver se habían acomodado en el sofá. Ésta ofrecía un aire particularmente festivo con su nada apropiado vestido color verde manzana. Su figura aparecía rematada por uno de sus más esmerados peinados. El doctor Stillingfleet ocupaba una silla. Había extendido ambas piernas, de suerte que daba la impresión de ocupar la mitad del cuarto.

—Bueno. Hay un puñado de cosas que yo deseo conocer —dijo la señora Oliver en tono acusador.

Poirot se apresuró a derramar un poco de aceite en aquellas agitadas aguas.

—Reflexione, *chère madame*. No sé cómo agradecerle lo mucho que le debo… Mis mejores ideas me fueron sugeridas por usted.

La señora Oliver miró a Poirot haciendo un gesto de incredulidad.

—¿No fue usted acaso quien pronunció ante mí la frase «la tercera muchacha»? Pues de ahí arranca todo… Y ahí termina. Había que buscar la tercera muchacha de las tres que vivían en el mismo piso. Norma fue siempre, supongo, aquélla… Y nada más contemplar las cosas desde otro punto de vista, cada elemento encajó en el sitio que le correspondía. La respuesta que faltaba, la pieza extraviada del rompecabezas, resultó ser siempre la misma: la tercera muchacha.

»Fue siempre, ¿me comprende?, *la persona que no se encontraba allí*. Ella era un nombre para mí, no más.

—Me maravilla que nunca la relacionara con Mary Restarick —declaró la señora Oliver—. Yo había visto a Mary en «Crosshedges»,

llegando a hablar con ella. Desde luego, la primera vez que vi a Frances Cary ésta tenía sus negros cabellos caídos sobre la cara.

—Usted, madame, atrajo mi atención sobre determinado hecho también. Me hizo notar la facilidad con que cambiaba la faz de una mujer de acuerdo con sus peinados. Recuerde que Frances Cary había realizado estudios de actriz. Conocía a fondo el arte de la caracterización. Podía alterar su voz a su gusto o necesidad. Como tal Frances poseía una cabellera larga y negra, que enmarcaba su faz escondiéndola a medias. Por otro lado, acentuaba el maquillaje, se retocaba las cejas y modificaba el tono de sus párpados y el espesor de sus pestañas. Mary Restarick, con su rubia peluca, muy ondulada, con sus ropas convencionales, su leve acento extranjero y su vivacidad al hablar, venía a ser el extremo opuesto. Se notaba, sin embargo, que había bastante de artificio en su persona. ¿Qué clase de mujer era?

»No lo sabía. No reaccioné inteligentemente ante ella. Lo reconozco. Yo, Hércules Poirot, no estuve precisamente a la altura de las circunstancias.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? —dijo el doctor Stillingfleet—. Es la primera vez que le oigo expresarse en esos términos, Poirot. Todos los días tropieza uno con cosas nuevas, sorprendentes.

—No acierto a ver por qué razón deseaba tener dos personalidades —declaró la señora Oliver—. A mí me parece eso innecesariamente confuso.

—Para ella, la maniobra era de gran valor. Le proporcionaba una coartada perpetua para cuando la precisara. ¡Pensar que lo tuve todo ante mis ojos, a todas horas, y que no acerté a verlo! Había lo de la peluca, sí… Inconscientemente, me preocupaba, sin llegar a comprender por qué. Dos mujeres… Nunca, en ningún momento, habían sido vistas juntas. Sus existencias estaban tan ordenadas que nadie advertía las grandes lagunas de tiempo cuando ellas se esfumaban. Mary visita Londres a menudo. Va de compras, habla con agentes de la propiedad inmobiliaria; pretende coger ideas para la decoración de su futuro hogar… Así se supone que pasa su tiempo. Frances se traslada a Birmingham, a Manchester; vuela incluso al extranjero; frecuenta Chelsea, donde se reúne con su pandilla de amigos bohemios, individuos de los que hace uso según

sus aptitudes, que no hubieran merecido en ningún instante la aprobación de la ley. Fueron pintados cuadros especiales para la Wedderburn Gallery. Los jóvenes artistas en alza celebran allí exposiciones. Sus obras se vendieron perfectamente: otros son trasladados al extranjero… con los marcos llenos de heroína. Hay estafas a base de objetos de arte, diestras copias de viejos maestros… Frances era quien ponía en marcha todo aquel tinglado. David Baker fue uno de los pintores que empleaba. Como copista se le catalogaba magníficamente.

Norma murmuró:

—¡Pobre David! La primera vez que le vi pensé que era un muchacho maravilloso.

Poirot prosiguió diciendo, un tanto amodorradamente:

—Aquel cuadro, aquel cuadro… No conseguía olvidarme de él. ¿Por qué lo había instalado Restarick en su despacho? ¿Qué especial significación tenía para él? *Enfin*, cuando analizo mi comportamiento me irrita. He sido demasiado tardo, lento, torpe…

—No entiendo lo del cuadro.

—Tratábase de una idea estupenda. El lienzo venía a ser una especie de certificado de identidad. Veamos… Había un par de retratos: esposo y esposa, firmados por un artista popular en su día. David Baker reemplazó el de Restarick con uno de Orwell, en el que éste aparece veinte años más joven. Nadie hubiera podido sospechar que el retrato era una superchería. Por su estilo, por ciertos toques especiales, por muchos otros conceptos, resulta ser una obra espléndida, convincente. Cualquiera que hubiese conocido a Restarick años atrás podía decir: «¡Me ha costado trabajo reconocerle!». O bien: «¡Qué cambiado está usted!». En realidad, lo que tenía que pensar el observador era que él mismo no se acordaba del aspecto del otro hombre años atrás.

—Corrió un gran riesgo Restarick al proceder así… Orwell, mejor dicho —manifestó la señora Oliver, pensativa.

—El riesgo era menor del que usted se figura. No fue nunca un *claimant* en sentido de Tichborne. Era solamente un miembro de una conocida firma de la City, que se reintegraba a su patria tras el fallecimiento de su hermano. Sin más complicaciones tenía que hacerse cargo de los negocios de aquél. Se presentó aquí con su

joven esposa, a la que conoció en el extranjero. Los dos se acomodaron en la casa de un pariente, de un tío, hombre distinguido y medio ciego, que nunca había tenido contacto con Andrew Restarick desde los años de la niñez. Esa persona aceptó sin discusión la presencia de la pareja. No tenía más parientes, si se exceptúa la hija, a la que viera por última vez cuando contaba cinco años de edad. Al partir Andrew para África del Sur, el personal de su oficina se reducía a dos empleados de edad avanzada, que fallecieron posteriormente. No hablo de los empleados jóvenes porque éstos duran siempre muy poco en todas partes. El abogado de la familia había muerto también. Pueden ustedes estar seguros de ello: la situación fue estudiada a fondo por Frances una vez decidida ésta a dar el golpe con la colaboración de su compañero.

»Ella le había conocido, al parecer, en Kenya, dos años antes. Eran dos granujas con diferentes metas. Él tuvo que ver con varios negocios sucios referentes a prospecciones petrolíferas… Restarick y Orwell se trasladaron, juntos, a uno de los atrasados países del continente africano, ocupados en asunto de minerales. Luego, circuló el rumor de la muerte de Restarick (probablemente cierto), noticia que más tarde fue desmentida.

—Entraba mucho dinero en el juego, ¿eh? —comentó Stillingfleet.

—Una enorme fortuna. Había que actuar manteniéndose a tono con la trascendencia del caso. Andrew Restarick era un hombre riquísimo, siendo, por añadidura, el heredero de su hermano. Nadie puso en duda su identidad. Y después… Las cosas comenzaron a marchar mal. Como llovida del cielo, cae en manos de Orwell la carta de una mujer que nada más enfrentarse con él, sin dar lugar a tal cosa, sabrá que no es Andrew Restarick. Sobreviene otra desgracia: David empieza a hacerle víctima de un chantaje.

—Eso era de esperar, naturalmente —dijo Stillingfleet.

—Ellos no lo esperaban —manifestó Poirot—. David no se había visto envuelto en un asunto de aquel tipo nunca. Se le subió a la cabeza la enorme riqueza de su amigo, supongo. La suma que le había sido abonada por falsear el retrato le parecía, seguramente, inadecuada. Quería más dinero. Restarick, entonces, comenzó a extender cheques por fuertes sumas, alegando que la culpa de

aquello la tenía su hija… Él pretendía impedir que se casara con un hombre que no le convenía en absoluto. Ignoro si las intenciones de David eran honestas… Quizás. Ahora bien, sacar dinero de dos personas como Orwell y Frances era una empresa plagada de peligros.

—¿Quiere usted decir que es posible que esa pareja de delincuentes pensara en eliminar a dos personas sin más, a sangre fría…? —inquirió la señora Oliver.

Ésta parecía hallarse muy impresionada.

—Es muy probable que hubiesen añadido su nombre a la lista, madame.

—¿Mi nombre? ¿Quiere usted sugerir que fue uno de ellos el autor del ataque que sufrí? Frances, me imagino… ¿No fue el pobre «pavo real»?

—No. No creo que fuese él. Pero usted había estado ya en Borodene Mansions. Para seguir luego a Frances hasta Chelsea… Es, por lo menos, lo que ella se figura. Hay por en medio una pequeña historia que no justifica sus movimientos, señora Oliver. En consecuencia, se lanza en su busca, propinándole un golpe en la cabeza para que pierda la curiosidad temporalmente. Usted no quiso escucharme cuando le dije que había peligro…

—¿Cómo iba a figurarme que había sido ella? La veo adoptando poses de heroína de Burne-Jones en aquel raro estudio… No obstante, ¿por qué…? —Ariadne miró a Norma y luego su vista volvió a fijarse en Poirot—. Esa gente utilizó a la muchacha con la peor de las intenciones, sí… Es decir: quisieron inculcarle determinadas ideas, con el auxilio de las drogas; quisieron hacerle creer que había asesinado en dos ocasiones. Mi pregunta es ésta: ¿Por qué?

—Necesitaban una *víctima*… —repuso Poirot.

Éste abandonó su sillón, acercándose a Norma.

—Ha pasado usted por una terrible experiencia, *mon enfant*. No volverá a vivir un episodio semejante, por fortuna. Recuerde que no debe perder jamás la confianza en sí misma. Al haber conocido el mal tan de cerca se ha hecho usted de una especie de armadura que le servirá para protegerse contra los avatares de la vida.

—Creo que tiene usted razón, monsieur Poirot —contestó Norma

—. Pensar que una está loca, creerlo a pies juntillas, estar convencida de eso, es horroroso… —la joven no pudo reprimir un estremecimiento—. Ni siquiera ahora comprendo por qué… por qué hubo quien creyó que no había matado a David, pese a mis continuas afirmaciones…

—Todo radica en la sangre —explicó el doctor Stillingfleet con la mayor naturalidad—. Había empezado a coagularse. La camisa de la victima aparecía *rígida a causa de ella*, según especificó la señorita Jacobs… Fíjate bien: *rígida* y no *húmeda*. Y había que hacer ver que tú habías matado a David Baker unos minutos antes de que Frances comenzara a dar gritos…

—¿Cómo es que…? —la señora Oliver no sabía por dónde empezar—. Ella había estado en Manchester.

—Llegó a su casa en uno de los primeros trenes, poniéndose la peluca de Mary. Durante el camino completó su maquillaje. Entró en Borodene Mansions, dirigiéndose al ascensor. Era en aquellos momentos una rubia desconocida, una de tantas visitantes del inmueble. Entró en el piso, donde David la aguardaba, tal como ella le había indicado que hiciera. El joven no sospechaba nada y Frances le apuñaló a la primera oportunidad.

»Seguidamente, se marchó, manteniéndose a la expectativa hasta ver llegar a Norma. Penetró en un guardarropa público y allí cambió de aspecto, uniéndose a una amiga, con la cual cruzó unas palabras mientras caminaban. Tras separarse de ella en Borodene Mansions subió al piso y… representó la comedia, tal como la tenía preparada. Supongo que disfrutaría lo suyo mientras se entregaba a aquel papel. Por la hora en que la policía fue llamada y se presentó allí, ella no pensaba que surgiera alguien señalando la diferencia del tiempo… He de decir, Norma, que nos hiciste pasar muy mal rato: querías convencernos a toda costa de que eras tú la autora del asesinato.

—Deseaba confesar… terminar con todo de una vez… ¿Pensó usted… pensó usted en que realmente yo podía haber hecho aquello?

—¿Quién? ¿Yo? ¿Por quién me has tomado? Yo sé en todo momento de qué son capaces mis pacientes. Me figuré únicamente que ibas a ocasionar dificultades. Ignoraba qué medidas proyectaba

adoptar Neele, en definitiva. Lo que estaba viendo no me parecía corriente.

Poirot sonrió.

—Hace muchos años que nos conocemos el inspector Neele y yo. Aparte de que él había llevado a cabo ya ciertas indagaciones. Usted, Norma, no estuvo nunca en realidad frente a la puerta de Louise. Frances cambió los números. Invirtió el 6 y el 7 en su propia puerta. Los números en cuestión se hallaban sueltos: colgaban de pequeños clavos. Claudia se encontraba ausente aquella noche. Frances la drogó a usted; así el episodio se le antojaría una especie de pesadilla…

»Vi la solución repentinamente. La única persona que podía haber dado muerte a Louise era la auténtica «tercera muchacha»: Frances Cary.

Norma miró a Stillingfleet pensativamente.

—Usted se mostraba muy brusco con la gente… —murmuró. El doctor pareció desconcertarse levemente.

—¿Brusco yo?

—Hay que ver las cosas que decía a todos, cómo gritaba…

—¡Oh! Pues si, es posible que sí tengas razón… El prójimo es a veces muy irritante y yo andaba por en medio…

Stillingfleet sonrió de pronto, mirando a Poirot.

—Toda una mujer, ¿eh? —dijo.

La señora Oliver se puso en pie, suspirando.

—Tengo que volver a casa —miró a los dos hombres y después a Norma—. ¿Qué vamos a hacer con esta criatura ahora? —inquirió.

Poirot y Stillingfleet se sobresaltaron.

—Ya sé qué; de momento se queda conmigo —prosiguió diciendo la señora Oliver—. Y ella ha manifestado que eso le agrada. Ahora bien, deseaba señalar la existencia de un problema. Va a ir a parar a tus manos, hija mía, mucho dinero, mucho, el que te dejó tu padre… Me refiero al auténtico, naturalmente… Y eso acarreará complicaciones… y cartas de pedigüeños, y todo lo demás. Norma podría vivir con el viejo sir Roderick, pero eso es muy aburrido para una chica. El hombre está sordo y medio ciego. Además, es un egoísta. Sólo piensa en él. A propósito… ¿Qué hay acerca de los documentos que se le extraviaron? ¿Y Sonia? ¿En qué

ha quedado lo de la visita de ésta a los jardines de Kew?

—Aparecieron en un sitio que él se figuraba que ya había registrado… Los localizó Sonia —manifestó Norma—. Tío Roddy y Sonia van a casarse, ¿no lo sabían? Sí. La semana que viene…

—Cuanto más viejo, más pellejo —declaró Stillingfleet.

—¡Aja! —exclamó Poirot—. De manera que esa damita prefiere la existencia tranquila dentro de Inglaterra antes que las complicaciones de la *politique*. Tal vez sea una muchacha más prudente de lo que nos figurábamos.

—Todo ha terminado, pues —dijo la señora Oliver—. No obstante (hablo pensando en Norma), creo que es preciso ser prácticos. Hay que hacer planes. La chica no puede saber por sí misma qué es exactamente lo que más le conviene. Está esperando que alguien se lo diga.

Su mirada, al estudiar los rostros de los dos hombres, era muy severa. Poirot guardó silencio, limitándose a sonreír.

—¡Oh! —exclamó el doctor Stillingfleet—. Te lo diré todo, Norma… El martes tomaré el avión para Australia. Quiero echar un vistazo por allí, ver si lo que me tienen preparado va a dar resultado y todo lo demás… Luego, te enviaré un cable para que te reúnas conmigo. Seguidamente, nos casaremos. Habrás de creerme si te digo que no es tu dinero lo que yo ansío. Yo no soy de esos médicos que sueñan con montar grandes centros de investigación… Mi interés fundamental se centra en las personas. Y pienso que los dos podremos entendernos perfectamente. En cuanto a lo de que soy brusco con los que me rodean… te diré la verdad: no lo había advertido. No olvidaré fácilmente la aventura que has vivido en el transcurso de la cual debiste de sentirte en ocasiones tan desvalida y en peligro como un indefenso mosquito que revoloteara por encima de una cuba de vino. En definitiva, por tu carácter, serás tú quien me lleve de la mano y no yo a ti…

Norma no hizo el menor movimiento. Escudriñó el rostro de John Stillingfleet cuidadosamente, como si hubiera estado considerando algo que conocía desde otro punto de vista distinto por completo.

Y luego esbozó una sonrisa. Fue la suya una sonrisa muy dulce, como la de una niña que se sintiera súbitamente feliz.

—De acuerdo, John —murmuró.

A continuación se dirigió a Hércules Poirot.

—Yo también me he mostrado brusca —declaró—. Me acuerdo del día en que me presenté en su casa, cuando usted se encontraba desayunándose. Señalé que era demasiado viejo para poder ayudarme. Fui ruda, sí. Y eso, por añadidura, *no era verdad*.

Norma colocó sus manos sobre los hombros de Poirot, besándole.

—Será mejor que llame usted a un taxi —dijo Poirot a Stillingfleet.

Éste asintió, saliendo de la habitación. La señora Oliver cogió el bolso y su estola de pieles. Norma se embutió en su abrigo y la siguió hasta la puerta.

—*Madame, un petit moment*.

La señora Oliver movió la cabeza. Poirot acababa de descubrir sobre el sofá un hermoso mechón de grisáceos cabellos.

Ariadne exclamó, ligeramente enfadada:

—Son como todas las cosas que se hacen hoy día: malas… Me refiero a las horquillas. Resbalan y a una se le cae todo…

La señora Oliver salió del cuarto frunciendo el ceño todavía. Unos segundos después, en la entrada, tornó a volver la cabeza. Ahora habló en un susurro:

—Sólo quiero que me diga… Ella ya no está ahí. No hay novedad… ¿Envió usted a la chica a ese doctor con un fin determinado previamente?

—Desde luego. Los méritos profesionales de Stillingfleet…

—Déjese de méritos profesionales. Usted sabe a qué me refiero. Él y ella… ¿Se lo pensó antes?

—Puesto que tiene tanto interés en saberlo, le diré que sí.

—Me lo figuraba. ¡Está usted en todo, monsieur Poirot!

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Miss Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La*

ratonera ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.

Notas

[1] Panadero en inglés es *baker*. Alusión a David Baker, amigo de Norma Restarick (N. del T.) < <